



ILUMINANDO LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

*Medio siglo de aventuras, fe provada y resultados
en la vida del irlandés Juan Ruddock;
pionero en la jungla por el Señor.*

Una autobiografía oral contada a Barry Colman

Iluminando

La Costa de los Mosquitos

La aventura de medio siglo del irlandés
John Ruddock, fe pura y resultados.
Pioneros en la jungla para el Señor.

Una autobiografía oral contada a Barry Colman

Christian Missions in Many Lands

P.O. Box 13, Spring Lake, N... 07762

Derechos de Autor (1993)

Christian Missions in Many Lands

(Misiones cristianas en muchas tierras)

ISBN 0-88873-558-8

Diseño de portada de Todd Mindermann

Impreso en Hong Kong

Dedicación

Este libro está dedicado a Margaret Randall y a mi madre Johnette Colman. Ellas se sacrificaron por la obra del Señor en Honduras, incluso cuando eran niñas. También es para todos aquellos que apoyaron la obra de John y Nettie por el Señor. Y especialmente para los futuros misioneros pioneros.

En agradecimiento a Betty Lukas por su aliento y por las largas horas de edición y corrección; a Todd Mindermann por crear la portada; a Karen Proctor por la corrección y la mecanografía limpia y eficiente; y a Harriet Ducott por el esmero en transcribir todo a partir de la cinta.

Y gracias a María por su comprensión y amor; a Natalie por escuchar las historias cada dos noches; y a Lukas por los buenos y malos comentarios.

Contenido

Dedicatoria.

Índice

Prólogo

Introducción

1. Cuatro cumpleaños
2. “El primogénito y el hijo más travieso
3. Dos vidas salvadas: de un muro y de un pozo
4. Un nuevo trabajo y un alma salvada
5. “Las primeras luces y un día festivo”
6. Mi decisión por el Señor
7. La soleada California y un nuevo trabajo
8. Una esposa y la decisión de ir
9. Primera clase a Guatemala y lecciones de español
10. Un chaparrón de cenizas
11. Una mordedura de perro y un suéter prestado
12. Don Alfredo, Misionero General.
13. Un breve sabático y una nueva vida dura.
14. Una bienvenida misionera
15. En busca del distrito de los mosquitos
16. Cabalgando con plátanos hacia Trujillo
17. Una bienvenida revolucionaria y un nuevo hogar embrujado
18. La ley de la selva de los mosquitos
19. Pioneros en Trujillo con una ayudante

Fotos

20. Un viaje a la selva de los mosquitos
21. Sembrando semillas en campos de plátanos
22. Un viaje a la selva de los mosquitos cuatro meses después
23. "Los niños de Juan 3 y 16
24. Cosechando la cosecha
25. Un ataque de mosquitos
26. Risas del valle
27. Sinfónica Rojas, un hombre malvado
28. Un machete de dos filos
29. El obispo reacio
30. Expatriados, soñadores y oro
31. El general Navidad y el general mono
32. Sansón, el zurdo
33. Distribuyendo los evangelios de puerta en puerta
34. Los indios caribes
35. Cuatro domingos en Tela y sus alrededores
36. "Dos cartas desde la costa de los mosquitos

Epílogo

Prefacio

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Juan 8:12

La luz vino al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.

Juan 12:46

Hubo un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella era la luz verdadera, que alumbría a todo hombre que viene al mundo.

Juan 1:6-9

Este libro está escrito con las propias palabras de mi abuelo, como si estuvieras en una habitación escuchándolo recordar íntimamente su vida. Grabé muchas horas de conversación con él recordando sus 52 años en América Central. Viajé a Irlanda con él y revisé los lugares de su infancia y juventud y grabé más.

Luego edité esas palabras para que fluyeran como una carta personal largamente esperada y apreciada. Este formato de libro oral captura su personalidad motivada pero contagiosamente feliz. Por lo general, tenía un brillo en los ojos, como un niño pequeño que espera la culminación de una broma. Era conocido por hacer algunas, como descubrirás más adelante en el libro.

También tenía una sonrisa sutil y era animado en la conversación, usaba sus brazos para la puntuación y su rostro para las emociones. Era pequeño pero enérgico, casi nervioso, pero cálido y accesible. Su habilidad con las palabras se refleja aquí en esta historia oral. El libro también contiene varias cartas escritas por él en los años 30 y 40 desde Honduras. El brillo de su

personalidad se muestra en las palabras. Cuando era joven, aparecía periódicamente en nuestra casa en Los Ángeles en un Jeep con tracción en las cuatro ruedas lleno de barro o en un avión de Pan Am. Traía pieles de leopardo y de jabalí, sierras para peces sierra y machetes de un metro de largo. También traía historias de la selva hondureña y de los indios nativos que hacían que la jungla cobrara vida en mi mente propensa a la imaginación.

Solo había que escucharlo pronunciar unas pocas palabras o verlo interactuar con una camarera o un empleado de una tienda de comestibles para saber que Estaba en una misión de la que ninguna persona, cosa o lugar podía distraerlo. Era, ante todo, un siervo del Señor con un solo propósito.

Pero disfrutaba cada minuto de ella, de una manera contagiosa. En cualquier situación, podía romper el hielo con un chiste, una broma o simplemente una pregunta inesperada. Tenía la energía y la curiosidad de un niño durante toda su vida. Apostaba conmigo a que no podría permanecer despierto toda la noche, y lo decía en serio. Me indicaba que dijera "cuando" mientras servía la leche y luego desbordaba el vaso si no lo hacía. Pero lo más importante, me mostró que ser cristiano no tenía por qué ser aburrido. Podía ser divertido servir al Señor.

En Honduras, preparaba eficientemente su ropa todas las noches para poder literalmente ponerse los pantalones y los zapatos mientras se abrochaba la camisa al salir por la puerta. No soportaba perder ni un minuto del tiempo del Señor. Esa historia, mejor que cualquiera de los cientos de otras, capta de qué se trataba la vida de John Ruddock: entusiasmo por el Señor. Se acercó más a cualquier persona que haya conocido, o que yo pueda conocer, en cuanto a ver el mundo a través de los ojos del Señor.

Creo que sentirá que lo conoce antes de leer mucho. Creo que le agradará él y sus historias de aventuras para el Señor. Gran parte del libro, de hecho, se lee como una aventura ficticia. Era un narrador muy electivo porque tenía muchos años de práctica. Preste atención a su acento irlandés y español mientras lee. Sí, llevó una vida de grandes aventuras, pero eso no era lo importante para él y ciertamente no lo buscó. De hecho, lo único que era importante para él era compartir la luz de Cristo. Recibí una llamada telefónica reveladora de él al final de su vida.

El teléfono sonó dos veces y luego hizo clic mientras me dirigía al contestador automático. Corré tarde para atenderlo, pero mi abuelo habló por el auricular en el Hogar Misionero de las Asambleas Occidentales en Claremont, California. “Tengo luz”, dijo. “La batería funciona, muchacho. Tengo luz”.

Lloré ese día de junio de 1987 al recordar los versículos sobre la luz de Cristo, su historia de las primeras luces en Newcastle y todos esos años que había dedicado a iluminar vidas oscurecidas en América Central. Este hombre de 59 años había entregado su vida a la Luz del Mundo y todavía brillaba a través de él. Estaba obsesionado con la idea de que yo era un hombre y había dedicado su vida a iluminar el mundo con ella. De niño, había soñado con crear una batería que utilizara agua de mar para generar corriente eléctrica con la que alimentar relojes y luces, e inventar una máquina de movimiento perpetuo, pero, como todo lo demás en su vida, había dejado de lado esas cosas temporales para concentrarse en algo infinitamente más poderoso. Ahora, en su vejez, estaba experimentando de nuevo con la batería.

A menudo había comparado su vida con la de un compañero de escuela y amigo de la infancia en su patria irlandesa que eligió el otro camino, uno que estaba fuera de la luz. Su amigo Harry Ferguson, que experimentó con las primeras máquinas voladoras en Irlanda y luego dedicó su talento

inventivo al diseño de tractores, se había hecho rico. Aunque era respetado en todo el mundo, murió como un hombre amargado, como se describe en *Harry Ferguson: Inventor y Pionero de Colin Fraser*.

Fue desde esa amarga oscuridad que John Ruddock dedicó su vida a traer salvación al mundo, pero antes de que John Ruddock descubriera la verdadera luz, experimentó con la imitación de Thomas Edison que cambiaría el mundo.

Cuando era joven, planeé llevar sus historias a los lectores con la esperanza de que cambiaran vidas para mejor. Sin duda, cambió muchas vidas mientras caminó por la tierra, incluida la mía. Ahora confío en que no solo se entretendrán, sino que también se inspirarán con sus palabras. Conozcan a John Ruddock, quien ayuda a encender las primeras luces en Newcastle, Irlanda.

En Newcastle, estábamos muy ocupados, prácticamente trabajando día y noche. Todo tenía que hacerse, desde la construcción de la central eléctrica hasta la instalación de motores, dinamos y el cuadro eléctrico, así como el alumbrado público. Por fin, todo estaba en orden. Los motores funcionaban, los dinamos zumbaban y todo funcionaba como debía. Entonces llegó el día en que se encenderían las luces por primera vez.

Ya habíamos instalado una plataforma especial en el paseo marítimo del centro de la ciudad. Se habían dispuesto asientos especiales al aire libre delante de esta plataforma para los espectadores. Afortunadamente, no llovía. Un compañero de trabajo, John Shannon, estaba allí supervisando todo. Yo estaba en la central eléctrica. Mis oídos, acostumbrados al ruido de los motores y al zumbido sordo de las dinamos, buscaban aquello que no quería oír: problemas. Mis ojos permanecían pegados a los instrumentos e indicadores de la centralita y al reloj. Esperaba con impaciencia la señal de mi compañero John para accionar el interruptor principal que encendería las luces. La cuenta atrás, según el reloj, era de 5

segundos, luego 4, 3, 2, 1. Llegó la señal de John y, en ese instante, accioné el interruptor. En ese mismo instante, el alcalde de la ciudad, de pie en la plataforma del paseo marítimo, encendió su interruptor para que todos los espectadores lo vieran, y las luces se encendieron por primera vez en Newcastle, Irlanda. Recibió una gran ovación del público. Todos pensaron que él las había encendido cuando, por supuesto, yo sí, y no conseguí nada. Al recordar esta experiencia muchas veces en mi vida, me ha animado mucho saber que hay un Ser Supremo que siempre está al mando, manteniendo todo en orden. Aquí abajo, en la Tierra, parece haber mucho trabajo; todos están ocupados haciendo esto, aquello y lo otro, pero arriba es donde reside el verdadero control. También he experimentado consuelo y ayuda mientras trabajo solo, por el hecho de que quizás esté haciendo un trabajo más grande, más importante y más importante que el que hice aquel día en Newcastle cuando encendí las luces por primera vez.

Introducción

Querido joven creyente en el Señor Jesucristo:

Gracias al Señor, de alguna manera, en algún lugar, la ruina del hombre fue traída a tu atención. Aprendiste que eras un pecador culpable, camino a recibir castigo por tus pecados en la eternidad. El remedio de Dios también fue traído a tu atención, quizás a través de Juan 3:16. El Hijo único de Dios tomó tu lugar culpable, recibiendo el castigo por ti.

Entonces tu responsabilidad recayó sobre ti; tu creencia o fe en Él y la obra que Él hizo por ti, descansando completamente en Él. No hiciste nada, nada en el sentido común de la palabra, pero sí, hiciste lo que Él te pidió: creer en el Señor Jesucristo. Esto hiciste y ahora eres salvo.

También le obedeciste en el bautismo, sepultando al viejo hombre y resucitando para vivir una nueva vida. El primer día de la semana te reúnes regularmente para recordarlo, como Él te pidió, junto con los dos o tres que se reúnen en su nombre. Maravilloso. Gracias al Señor. Al leer Su palabra a diario y hablar con Él en oración, quizás descubras que Él te está llamando a dedicar tu vida a una obra especial para Él. En mi caso, fue ir a una tierra lejana y llevar la Buena Nueva de Salvación a quienes viven allí.

Quizás pienses que Él te está llamando. Permíteme una advertencia: tómate tu tiempo y asegúrate de que Él te esté llamando. Puede que no te llame de la misma manera que yo fui llamado, pero de alguna manera te dejará claro que debes ir. Esto es importante. Si Él te llama y te envía, todo lo demás estará cubierto: material, financiero, sí, todo.

Mi esposa y yo podemos dar testimonio de ello. Durante nuestros 52 años en el campo misionero, el Señor suplió todo lo necesario. Nunca fue necesario mendigar. Si Él quería que hiciéramos algo, siempre nos proveía

los medios para hacerlo, y Él puede hacer lo mismo por ti si te envía. En el pasado, me dijeron que debía grabar un libro y, más tarde, me encontré en una situación que no pude resistir. Lo digo con la oración de que sea útil y que el Señor lo use para ayudar a otros misioneros pioneros como yo.

CAPÍTULO 1: *Cuatro cumpleaños*

Trujillo, República de Honduras
Centroamérica
18 de mayo de 1936

Mi esposa nació en Kilwinning, Ayrshire, Escocia, el 25 de mayo de 1901. Nació de nuevo en Saltcoats, Escocia, el 5 de marzo de 1918. Después de su conversión, se interesó especialmente en la obra misional en los países católicos romanos. Al escuchar a un misionero de uno de estos países hablar en una conferencia en Paisley, Escocia, se sintió definitivamente interesada en servir al Señor en Sudamérica. El orador habló sobre la gran necesidad de obreros y presentó a los jóvenes, especialmente el primer versículo de Romanos 12. Este mensaje permaneció con ella.

Más tarde dejó Escocia y fue a los Estados Unidos, estableciéndose finalmente en Pasadena, California. Fue miembro de la Asamblea de Jefferson Street, Los Ángeles. En el camino de Pasadena a Los Ángeles, el tranvía pasó por una parte del distrito mexicano. Se fijó en la gente y se enteró de que eran mexicanos. Ella le preguntó a la hermana en el Señor con quien viajaba si se estaba haciendo algo por estos mexicanos, y de esta manera se enteró de la obra que yo había comenzado entre ellos. En Pasadena, ella vivía al lado de la señorita Ulrich (una hermana que era responsable de enviar Mensajes de Amor a los muchos países de habla hispana) y de ella escuchó más acerca de los mexicanos. Fue en la casa de la señorita Ulrich donde mi esposa y yo nos conocimos por primera vez. Ella y otra hermana, la señorita Storrie, comenzaron a ayudarme en el distrito mexicano. Más tarde nos comprometimos para casarnos, y un año después nos casamos en Pasadena.

Nací en Growell, Dromore, Condado de Down, Irlanda, el 17 de diciembre de 1897. Nací de nuevo el 26 de septiembre de 1918, en el pueblo de Newry, Irlanda.

Después de mi conversión, el campo extranjero y sus necesidades estaban constantemente ante mí, pero temía no estar dispuesto a escuchar la voz de Dios que me hablaba. Junto con otro hermano en Cristo, que ahora está trabajando en África, pasé la mayor parte de mi tiempo libre distribuyendo folletos y participando en reuniones al aire libre.

Algún tiempo después de esto, junto con mi familia, dejé Irlanda y vine a residir a Los Ángeles, California. No pasó mucho tiempo antes de que viera la necesidad del evangelio entre los mexicanos de esa ciudad.

Pidiendo ayuda a Dios, comencé a trabajar entre los niños mexicanos en mi tiempo libre. Alquilé una casa en la que podía celebrar reuniones, fui a algunos hogares con evangelios y folletos, e invité a los niños a las reuniones. Pronto un gran número de niños venían regularmente, y algunas de las personas mayores también comenzaron a asistir. Dios bendijo el esfuerzo con el resultado de que algunos se salvaron, y el hermano que todavía lleva a cabo esa obra en Los Ángeles me dice que Dios continúa bendiciendo al salvar almas. Durante todo este tiempo estuve preocupado por la obra más lejana y esperaba que un día se abriera el camino para que yo pudiera ir a servir al Señor en México.

Sin embargo, ese país estaba cerrado a los misioneros, y, por lo tanto, la puerta estaba cerrada para mí. Fue en esa época cuando conocí a mi esposa. Ella también estaba interesada en los pueblos de habla hispana y se había preocupado por servir al Señor en Sudamérica. Nos comprometimos para casarnos y definitivamente pusimos el asunto de nuestro futuro servicio ante el Señor, deseando que sólo él nos guiara. Poco después de esto, recibí una carta del hermano Kramer en Guatemala contándome sobre la necesidad que había allí. Esto nos hizo considerar seriamente el

asunto de servir al Señor en Guatemala, y por eso lo convertimos en un asunto definido de oración. Después de esperar en el Señor, lo pusimos ante los ancianos de nuestra asamblea. Ellos, después de considerarlo con oración, nos encomendaron a la obra del Señor, y en octubre de 1926 salimos de Los Ángeles hacia Quetzaltenango, Guatemala. Esta fue nuestra primera estación.

Cuando el hermano Kramer regresó de su permiso, todos pensamos que sería más ventajoso para la obra si nos fuéramos a vivir a la costa de Guatemala, en el pueblo de San Felipe. Así que, después de haber estado dos años en Quetzaltenango, fuimos a San Felipe y, después de dos años de servicio allí, regresamos a la patria británica debido a mi salud.

A nuestro regreso de nuestro permiso llegamos a San Pedro Sula, Honduras, a casa del señor Hockings. Mientras estábamos en Guatemala, nos habíamos enterado por él de la gran necesidad que había en Honduras. Después de visitar muchas partes de esta república, nos sentimos impulsados a quedarnos, ya que la necesidad era realmente grande. En este estado de Colón, donde vivimos, no hay ningún otro misionero de ninguna de las sectas o misiones. Hay miles de caribes que nunca han oído el evangelio, además de la gente de habla hispana, y en el distrito de Mosquito también hay indios que todavía no han oído la historia del don gratuito de Dios.

Tenemos dos hijos, Margaret Jean, de seis años y siete meses, y Cornelie Johnette, de dos años y tres meses. Del Informe Anual de 1936 de la Sociedad Bíblica Nacional de Escocia: “Honduras es una de las repúblicas centroamericanas más necesitadas. Políticamente, el país siempre está en ebullición, mientras que la falta de carreteras y ferrocarriles para conectar a una población dispersa en un país montañoso de 46.000 millas cuadradas hace que la obra misional sea una tarea difícil. Los trabajadores son pocos, están muy separados y el ambiente en general es hostil a la vida religiosa”.

CAPÍTULO 2: *El primogénito y el hijo más travieso*

Growell, Dromore, County Down en Irlanda, donde nací, es una parte muy famosa del país. Fui a una pequeña escuela allí junto con los niños vecinos. Uno de ellos resultó ser el famoso Harry Ferguson, famoso por su tractor. Era un poco mayor que yo. Conocía muy bien a sus hermanos. Había bastantes. Eran nuestros compañeros de juegos; también íbamos juntos a la escuela dominical en el salón del evangelio que estaba cerca. Harry iba a la escuela dominical. Su padre era cristiano. De hecho, él fue el primero que cedió el terreno para que se construyera el salón del evangelio. Era un viejo establo en el que habían guardado caballos, pero estaba fuera de uso todo el tiempo. Lo entregó como salón de evangelio. Mi abuelo fue el primero en formar una escuela dominical allí. Continuó con esa escuela dominical durante muchos años. Mi padre era un predicador del evangelio; viajaba a los lugares del campo y celebraba reuniones evangélicas en tiendas de campaña, graneros, cocinas, cualquier lugar que pudiera encontrar abierto para proclamar el evangelio. Yo me crie en un hogar cristiano bajo la influencia de una madre cristiana, por lo que estoy muy agradecido. Por supuesto, hubo malas influencias que podrían haberme llevado por otros caminos si no hubiera tenido esa base.

Harry fue un gran ingeniero desde el día de su nacimiento. Más tarde construyó el primer avión en Irlanda; también pilotó ese avión. Pasó un tiempo considerable tratando de hacer que el avión volara. Incluso más tarde, realizó un famoso vuelo en Newcastle donde se cayó, se rompió la nariz y destrozó el avión. No creo que volara mucho después de eso. El hermano de Harry era mayor y tenía una agencia de automóviles en Belfast, así que Harry se unió a su hermano en el negocio de automóviles. Al mismo tiempo, estaba muy interesado en todo tipo de ingeniería,

especialmente la ingeniería agrícola. Esa fue la época en que aparecieron los tractores; sin embargo, no tuvieron mucho éxito en muchos aspectos. Mientras arrastraban un arado, si el arado tocaba una piedra grande, el tractor se encabritaba como un caballo y a veces caía hacia atrás matando al conductor. Harry pensó que podía mejorar eso, lo que finalmente hizo. Pasó algún tiempo en la granja de su padre cerca de donde vivíamos arando con un caballo. Golpeaba piedras intencionalmente para sentir su efecto en los mangos. Cuando se le ocurrió una idea, dejó los caballos y se fue corriendo a Belfast para trabajar en el diseño de su tractor. Lo vi arando ese día en el campo frente a nuestra propia casa. Le pregunté a Ted, su hermano, qué estaba haciendo Harry. Me dijo que estaba arando para descubrir la verdadera razón por la que los tractores se encabritaban. Pasó varios años probando y volviendo a probar su diseño hasta que finalmente perfeccionó lo que llamó el sistema de tres puntos que se puede encontrar en todos los tractores hoy en día. Pasaron algún tiempo perfeccionándolo y comercializándolo. Se volvió muy famoso y ganó mucho dinero.

Hoy en día, encontrará el tractor Ferguson en todo el mundo. Ese fue el entorno en el que crecí. Yo también debo haber nacido ingeniero, recuerdo el primer reloj que reparé. Tuve mucho éxito en hacer que ese reloj volviera a funcionar. Después, me dijeron que tenía tres años de edad cuando mostré interés en ese tipo de cosas. Me divertí mucho con los relojes. Reparaba todos los que caían en mis manos. Algunos de ellos requerían mucho tiempo y paciencia, y mucha reflexión. Ponía en marcha uno y me iba a la cama, pero no dormía. Bajaba en la oscuridad y escuchaba para saber si el reloj hacía tictac. Si no hacía tictac, no podía esperar hasta la mañana; quería saber a qué hora se había parado el reloj. No había luz eléctrica en ese momento, solo velas; sin embargo, no quería despertar a la familia. Me levantaba en una silla y trataba de sentir dónde estaban las manecillas del reloj. Entonces sabía a qué hora se había parado. Intentaba ponerlo en marcha de nuevo en la oscuridad. A veces lo conseguí, a veces

no. Una noche, me levanté de la silla y con una mano agarré un cubo de carbón que se usa para encender fuego. Me resbalé y el cubo de carbón se cayó y la silla se cayó. ¡Qué estruendo! Me la llevé a la cama lo más rápido que pude. Al poco rato oí a mi padre salir y mirar a su alrededor con una vela. Volvió a la cama y lo oí decirle a mi madre: “Oh, era sólo John, en su trabajo como siempre”. Sin embargo, logré reparar muchos otros relojes viejos.

Recuerdo haber trabajado en ese primer reloj a los tres años. El último reloj en el que trabajé a mi edad tenía 89 años. Este era un reloj eléctrico, que funcionaba con una pequeña batería. Sin embargo, después de mucho pensar y trabajar, logré que funcionara con electricidad hecha de agua de mar. Mantuvo la hora correcta durante meses. Puede que haya sido el primer y único reloj que funcionó con agua de mar. Con el tiempo, fui a la escuela como todos los demás, me divertí mucho esos años. Gracias al Señor por mi madre y mi padre, aunque mi padre estaba fuera la mayor parte del tiempo, predicando el evangelio en varios lugares. Mi padre también estaba muy débil en muchos aspectos. Una vez me llamó a su lado; estaba seguro de que se estaba muriendo. Me pidió que prometiera que sería un buen chico y ayudaría a mi madre en todo lo que pudiera. Como era el mayor de la familia, yo tenía la responsabilidad de ayudar a mis hermanos y hermanas. Tenía dos hermanas y tres hermanos, lo que hacía que fuéramos seis en total. Nunca olvidé esa escena. También me exhortó acerca de las cosas eternas y lo que debía hacer. En ese tiempo, las cosas eran muy diferentes a hoy. Los sábados teníamos un poco de trabajo que hacer ayudando con las tareas de la casa y limpiando, pero el domingo todos los lápices, papel y libros de la escuela se dejaban a un lado. También se guardaban todas las pelotas, canicas y otros juguetes. El domingo era un día especial. Íbamos a la escuela dominical por la mañana. Cuando regresábamos a casa, nos quitábamos la ropa que usábamos para ir a la reunión del domingo, nos poníamos nuestra ropa normal y nos poníamos

a trabajar. El trabajo era el mismo los domingos que cualquier otro día. Significaba que sacábamos la Biblia y empezábamos a aprender versículos de las Escrituras. En la siguiente escuela dominical se suponía que debíamos repetir lo que habíamos aprendido durante la semana anterior. En años posteriores descubrí que esa era una educación muy buena y necesaria. Pasé algún tiempo aprendiendo diez versículos cada domingo. Los repetía el domingo siguiente en la escuela dominical. Aprendí a repetir los primeros diez capítulos de Romanos, el Salmo 119, el Salmo 23 y los primeros ocho capítulos de Juan. Había muchos otros versículos que podía repetir de memoria en cualquier momento sin perder una sola palabra. En años posteriores descubrí que eso era realmente muy útil. Mi hermano podía aprenderlos mucho más rápido que yo. Yo tenía que pasar mucho tiempo repitiéndolos, leyéndolos y releyéndolos antes de poder recordarlos. Además, había reuniones regulares.

Mi padre predicaba en una carpa evangélica junto con otras personas. A lo largo de los años, ya fuera mojado o con frío, predicaba en cualquier refugio que pudiera encontrar. Las reuniones se llevaban a cabo constantemente, de modo que yo ocupaba la mayor parte de mi tiempo libre, cuando no estaba en la escuela, asistiendo a las reuniones. A veces no escuchaba muy bien, pero aprendí que era un pecador. Aprendí que, aunque había nacido en un hogar cristiano; aunque iba a la escuela dominical; aunque podía repetir versículos; aunque me habían criado para ser un buen muchacho; seguía siendo un pecador, necesitaba al Salvador. Finalmente encontré a ese Salvador y puse mi confianza en Él; sólo entonces supe que estaba listo para la eternidad. Todos mis pecados habían sido perdonados y el cielo era mi hogar. A medida que aprendía más y más de las Escrituras, supe que el Señor Jesucristo pronto vendría para llevarse a todos los que eran Suyos de este mundo de pecado y dolor para estar con Él en la gloria; Sin embargo, pasaron años antes de que tuviera esa experiencia real en mi vida.

Mientras tanto, me divertía al máximo. En esa época, no había muchas oportunidades de hacer ningún tipo de maldad. Nos criaron de manera bastante estricta y nos mantuvieron bastante solos. No se nos permitía tener mucho contacto con muchos de los otros niños, quienes tenían la libertad de hacer lo que quisieran. Yo ayudaba bastante en casa. Mi abuelo, que vivía con nosotros en ese momento, fue una gran ayuda para mí. Era como yo, un poco inclinado a la mecánica. Era constructor de profesión. Construía y reparaba casas. Además, cualquiera que tuviera maquinaria -y muy pocos la tenían en ese momento- le llamaba para que reparara sus máquinas. Algunos tenían trilladoras combinadas para maíz y trigo, por ejemplo. Yo lo acompañaba en esas ocasiones y eso me proporcionó una gran educación. Lo ayudaba de varias maneras. Se levantaba por la mañana a las 5:00. Yo también me levantaba. Él salía al jardín y cultivaba patatas y todo tipo de verduras: col, zanahorias, chirivías, cebollas, puerros, apio e incluso una gran variedad de bayas. Vivíamos en un lugar donde la caza se producía de vez en cuando. Aquellos que tenían tiempo, dinero y conocimientos pasaban mucho tiempo cazando ciervos por diversión. Llevaban el carro con un ciervo dentro hasta un punto determinado, abrían la puerta y dejaban salir al ciervo. Esperaban alrededor de media hora y luego soltaban unos 26 perros. Después de haber captado el olor, se iban. El cazador con el abrigo rojo debía seguirlos a dondequiera que fueran. Detrás de él venían muchas de las personas de la clase ociosa en buenos caballos, tanto hombres como mujeres. Seguían al cazador y a los perros por los senderos. Saltaban las vallas y cruzaban los campos, a dondequiera que los llevara el ciervo. En esos momentos, nos dejaban salir de la escuela. Nosotros también estábamos muy interesados. Había un premio especial para aquellos que pudieran atrapar al ciervo, y eso era algo bastante difícil de hacer. Los ciervos eran muy rápidos y corrían kilómetros y kilómetros con los perros persiguiéndolos. Los perros eran muy buenos persiguiendo el olor.

Una vez recuerdo que el ciervo cruzó por los terrenos donde vivíamos. El ciervo saltó la puerta, subió por la cerca a otro campo y desapareció. Muy pronto el cazador estaba detrás de los perros cerca del ciervo junto con todos los demás detrás. Después de un rato, el ciervo regresó desde otra dirección. Bajó de nuevo, cruzó su camino a través de nuestra tierra y se metió en un pequeño lago en la parte trasera de la casa. El cazador no pudo cruzar el agua con el caballo y el ciervo estaba en el agua. Me dio el caballo para que lo sostuviera, lo que significó dos chelines o media corona para mí. Se subió a un pequeño bote, salió y sacó al ciervo de la pequeña isla a la que se había escapado. El cazador volvió a subirse a su caballo y salió de nuevo en busca del ciervo. Todos los demás cazadores y damas lo siguieron. Creo que perdieron a ese ciervo. Ese ciervo era demasiado listo para ellos.

Pasé mi tiempo libre en muchas cosas. Una vez hice un avión. No me refiero a un juguete; me refiero a uno en el que se supone que vuelas. Le puse alas y pedí a mis hermanos que me empujaran por un acantilado. Hice un mapa de las alas, pero caí con un golpe. No volaba. Copié otras máquinas. Hice un caballo y un carro. Hice una excavadora de patatas. También volé cometas y les puse linternas con una vela. Eran un espectáculo extraño por la noche, con la luz rebotando por todo el cielo. Había muchas otras cosas que hacíamos. Jugábamos a las canicas y a la pelota. Hacíamos girar aros, una pieza redonda de hierro con un gancho. Hicimos algunas carreras con ellos. Yo ayudaba en la pequeña granja que teníamos. Solo cultivábamos allí lo necesario para vivir. Pasamos momentos maravillosos en el lago que bordeaba nuestro terreno. Teníamos solo un pequeño trozo de tierra, no mucho, pero tenía una casa muy cómoda y mucho espacio para jugar, lo que nos venía bien a los niños.

La casa estaba hecha de piedra y tenía un pequeño y bonito porche en la parte delantera que tenía un techo de paja en parte. Un techo de paja era la moda en aquellos días. Una cosa sobre el techo de paja es que hacía que la casa fuera cálida. Aunque podía hacer frío afuera, hacía bastante calor adentro debido al techo de paja. Otra parte de la casa que se había añadido tenía un techo de pizarra. Esa parte de la casa se llamaba el salón en aquellos días. Allí era donde llevábamos a todos los invitados que venían a visitarnos. Se suponía que ninguno de nosotros, los niños, podía entrar allí. Estaba cerrado hasta que llegaban visitas. Encima de ese salón había un desván. Era mi habitación, donde dormía, reparaba los relojes y estudiaba. Era mi casa. Había una escalera muy estrecha que subía y era bastante difícil de subir, pero era buena para mí porque mantenía a toda la gente fuera. Me sentía muy feliz allí arriba, solo, trabajando.

Como era el mayor, se suponía que tenía más sentido común que el resto, no sé si lo tenía o no, pero sé una cosa: todos hacíamos algún tipo de travesuras. Me burlaba bastante de mis hermanas, pero creo que en el fondo ellas lo disfrutaban. íbamos todos juntos a la escuela. Mi hermano era un año menor, pero era el líder de la clase. Se llamaba Hugh. Nunca me gustó ser el primero de la clase, y descubrí que esa iba a ser mi característica desde entonces, nunca intenté ser el primero, pero tenía mucho cuidado de no ser el último.

El maestro me dijo que nunca podría cantar y que nunca podría escribir correctamente. En cuanto a la escritura, estaba equivocado. Aunque tengo 80 años, otros me dicen que pueden leer fácilmente mi letra. Siempre traté de escribir de tal manera que otros pudieran leerla. En cuanto al canto, tenía razón. Nunca pude cantar, pero el cálculo mental me salía fácil.

Jugábamos en casa, de hecho, todo era un asunto familiar en ese momento. La granja era bastante pequeña. Difícilmente podría llamarse granja. Era más como una casa y un jardín. Consumíamos las verduras que ayudaba a

mi abuelo a cultivar. Siempre teníamos dos vacas para la leche. En aquellos días, hacíamos nuestra propia mantequilla. Después de recoger la leche en una olla durante aproximadamente una semana, se vaciaba en una mantequera. Tuvimos que batir durante casi una hora antes de que apareciera la mantequilla. Mi madre tomó el control, vació la mantequilla y la preparó. Por supuesto, también se ocupó de la comida. Ella sabía preparar buena comida. El nombre de mi madre era Margaret. Su nombre de soltera era Margaret McCracken. El nombre de mi padre era Andrew Ruddock. En aquellos días, no usábamos Margaret o Andrew. Siempre era Señor. y Señora. Así era como todos los llamaban, especialmente a los más jóvenes. También eran los días en que se suponía que los niños debían ser vistos, pero no escuchados; sin embargo, nos hacíamos oír cuando no había moros en la costa. Cuando llegaban visitas, entonces había silencio. Una vez que las visitas se iban, teníamos plena libertad para ejercitarse la fuerza de nuestros pulmones. Lo cual, de hecho, hicimos con gusto. Pasamos un tiempo muy feliz allí.

Vivíamos en un lugar donde había poca gente. Mirando por nuestra puerta, un poco a la izquierda vivía la familia Shannon. Eran nuestros vecinos más cercanos. Muchas veces me permitieron ir a visitarlos. Había un muchacho de mi misma edad, Willie. Pasé mucho tiempo con él. Tenían una granja grande, muchas vacas, caballos, cerdos y gallinas. Yo estaba muy feliz de ayudar a Willie con sus tareas. Él tenía que cuidar de las vacas o cortar nabos. Tenía una máquina para hacer eso. Yo tomaba el mango de la rueda para hacerla girar y los nabos se cortaban según lo que fuera necesario. También cuidaba de los caballos. Nunca me importaron mucho los caballos, así que me mantenía a distancia. También tenían una bomba en el patio que bombeaba agua del pozo para usarla en la casa.

En aquellos días, además del salón, había una gran cocina. La cocina era el lugar donde se hacía mucho trabajo. Había un fuego abierto que quemaba carbón. Era necesario soplar el fuego para mantenerlo caliente. Se usaban fuelles manuales para eso. Muchas veces T se sentaba a soplar el fuego. Una olla grande de papas podía estar hirviendo sobre el fuego. Serían de un tipo especial. Si eran para los cerdos o las gallinas, usábamos otro tipo de patata. Muchas veces me senté a cenar en casa de los Shannon. El hombre de la casa, el padre de Willie, James, era un muchacho muy alegre. Nos hacía reír y nos divertía. Cada vez que el plato de patatas estaba casi vacío, gritaba: "¿No hay patatas en esta casa?". Entonces algunas de las chicas se levantaban y traían más patatas. Nos dio un buen ejemplo en cuanto a comer. De hecho, nos dijo que tenía un agujero en el estómago y que tan pronto como comía las patatas, se le caían por ese agujero. Esa era la única explicación que podía dar para comer tanto. Pasamos momentos maravillosos allí. Tenía más hijos. Estaba John, John era un hombre bastante adulto. Era electricista y trabajaba en las ciudades y otros lugares. Su hermano Robert también era electricista. Eran mucho mayores que Willie y yo. Una noche a las once en punto, mientras yo estaba casi dormido, llamaron a la puerta. Fue para decirnos que Robert Shannon había sido electrocutado en Dublín. Eso me llamó la atención de inmediato. En ese momento, no sabía mucho sobre electricidad, pero entendí que era algo muy peligroso. Cuando me enteré, me dije: "¿Por qué no te ocupas de la parte peligrosa de la electricidad?". Recuerdo eso, sin saber que en los años venideros estaría muy ocupado con la electricidad.

Los Ferguson vivían a la derecha de nosotros. Harry Ferguson tenía hermanos un poco más jóvenes que él con los que nos reuníamos. íbamos a la escuela con ellos; sin embargo, no se nos permitía permanecer mucho tiempo en su presencia, ya que se suponía que eran bastante salvajes y se metían en problemas muchas veces. Nos enseñaron a mantenernos alejados de los problemas, por lo que no se nos permitía estar mucho en

su compañía; sin embargo, a veces eso no se podía evitar. Cuando nos reuníamos, siempre había algo de diversión. Durante la temporada de la papa, nosotros, los jóvenes, ayudábamos a los granjeros que nos rodeaban. Lo hacíamos más por diversión que por dinero, pero nos pagaban bien. Hacíamos un fuego y poníamos unas cuantas papas para asarlas en el campo.

Muchas veces, nos sentábamos a descansar después del trabajo y comíamos esas papas asadas sin sal, sin mantequilla y sin cuchillo ni tenedor. En una ocasión, cuando habíamos terminado el trabajo del día, uno de los hermanos de Harry, Ted, me dijo: "Asustemos a Freddie esta noche". Freddie era primo mío. Era el deber de Freddie llevar las vacas a casa desde el campo. Esa noche, cuando fue a buscarlas, Ted se quitó el abrigo y le dio vuelta. El forro era todo blanco, así que iba a ser un fantasma esa noche. Se escondió detrás del seto hasta que pasaron las vacas y Freddie se puso a su lado, y entonces hizo un ruido terrible y agitó los brazos. Estaba bastante oscuro y Freddie no podía ver nada más que blanco, y supuso que era un fantasma. El pobre Freddie estaba asustado y corrió para salvar su vida, gritando: "El fantasma me persigue. El fantasma me persigue". Corrió tan rápido como pudo, saltó un seto y atravesó un campo hasta su casa. Su madre salió pensando que alguien había sido asesinado, pero Freddie siguió corriendo y pasó de largo. Corrió a la cocina y se escondió debajo de la mesa, todavía seguro de que el fantasma lo perseguía. Para entonces, Ted y yo estábamos de camino a casa. Éramos inocentes, por supuesto.

Cuando crecí y estaba trabajando, fui a visitar a mis primos. Tenía algunos viviendo aquí y algunos allá y algunos en otro lugar, así que me llevó algún tiempo visitarlos a todos. En esta ocasión, visité al hermano de Freddie, Ernie. Cuando Ernie y yo nos reunimos, hubo más diversión todavía. La primera noche que me metí en la cama, la cama empezó a caminar por todo el suelo. Era Ernie, que era grande y fuerte. Se había puesto de rodillas, levantó la cama con la espalda y corrió por el suelo con ella.

Bueno, eso no me preocupó en lo más mínimo. La noche siguiente, estaba seguro de que me iba a asustar y hacerme correr. Se fue a hacer un recado a un pueblo lejano. Cuando tenía que hacer ese viaje, se levantaba temprano y no llegaba a casa hasta que era bastante tarde. Mientras estaba fuera, abandonó esa casa, la de mi tía, y fue a visitar a otro primo. Ernie, por supuesto, no lo sabía. Mientras tanto, una señora vino a visitar a mi tía.

Era todo un personaje, una solterona y bastante peculiar en sus maneras. Caminaba muy bien, pero muy, muy lentamente. Una vez tuve que caminar con ella y fue una agonía porque caminaba muy lento; sin embargo, siempre llegaba a donde quería ir. En esta ocasión, quería ir a casa de mi tía y, como era de esperar, llegó bastante tarde por la noche. Mi tía la puso en la cama que yo había estado usando junto con Ernie la noche anterior.

Mi tía tenía la intención de sentarse y decirle a Ernie que tomara otra habitación cuando llegara a casa más tarde, pero se fue a dormir. Cuando Ernie llegó a casa, pensó que yo estaba allí igual que la noche anterior. Esta era la noche en que realmente me iba a asustar. Subió las escaleras, abrió la puerta, muy fácilmente. Dio un salto y aterrizó sobre lo que pensó que era mi parte superior. En lugar de ser yo, por supuesto, fue esta solterona Arabella. Y, vaya, cuando saltó sobre ella, había un codo. "Asesinato, asesinato, asesinato". No sé quién se asustó más, Arabella o Es. Después de que Ernie le puso las manos en el pelo no sabía qué pensar ni qué hacer, así que gritó también. Su madre entró corriendo y, vaya escena. Ernie se recuperó pronto; sin embargo, a la mañana siguiente Arabella se hartó de esa casa y se fue a otra casa. Pronto también terminó mi visita.

Después de vivir en Growell, debido a la mala salud de mi padre nos mudamos a otro lugar, Ballygorian, cerca de Rathfriland. Rathfriland era un pueblo bastante peculiar en muchos sentidos. Estaba construido sobre una colina. Lo llamaban *Rathfriland sobre la colina*. Tenías que subir por un camino empinado si querías llegar desde cualquier lugar, no importaba

de qué dirección vinieras. No había tren a Rathfriland. El tren venía a Ballyroney. Cuando llegabas a Ballyroney, te bajabas del tren. En Ballyroney había un caballero llamado Larry Downey. Tenía un carro de paseo irlandés y estaba encantado de llevarte a cualquier lugar al que quisieras ir. Por supuesto, era su negocio y así se ganaba la vida.

El carro de paseo, por cierto, era un buen coche. Había dos asientos a cada lado del carro que miraban hacia afuera. Cada lado tenía capacidad para dos pasajeros. Te sentabas en el lado que miraba hacia afuera, sin protección. Entre los dos asientos había un hueco especial para el equipaje de los pasajeros. El conductor se sentaba en la parte superior y dirigía al caballo que tiraba del carro. Un día, iba a Hillsboro y era una mañana bastante fría. El caballo se resbalaba por todas partes. Una vez se cayó de rodillas y, cuando se cayó, me caí del carro. No me lastimé. Simplemente me levanté, me subí al carro de paseo irlandés y partimos de nuevo. También tenían en ese momento algo llamado caballos y carroajes. Con el coche, uno se sentaba dentro en lugar de fuera. Mucha gente tenía coches para recorrer distancias cortas. Ese era el modo de viajar en Irlanda en aquellos tiempos. Eso era antes de la época del coche, el auto o incluso la motocicleta. Así que cada vez que uno quería ir de la estación de Ballyroney a Rathfriland, Larry Downey lo llevaba en el coche. El hombre que barría las calles era una especie de poeta, y también lo era Larry Downey. Larry Downey y él organizaban algún entretenimiento para los pasajeros. Cuando este hombre estaba barriendo las calles, Larry se acercaba con su coche y el barrendero le decía: “Baja a Ballyroney, no está muy lejos, pero ahí viene Larry Downey con su coche”. Y entonces Larry le decía: “Tonto, levanta tu escoba y deja pasar a alguien”. Y el barrendero le decía a Larry: “Tonto, tienes espacio para pasar entre la pared y yo”.

De vez en cuando íbamos a Rathfriland a comprar provisiones y caminábamos. Era una caminata de tres cuartos de hora, más o menos. Era un paseo muy agradable con un paisaje bonito, pero el problema era subir la colina. Te costaba respirar hondo todo el camino caminando; sin embargo, con el tiempo, tuve una de esas motocicletas. Era una Rudgemulty. Así se llamaba. Una Rudgemulty era una bicicleta con marchas variables. Era algo así como automática, así que cuando llegabas a una colina o a un lugar alto en la carretera, automáticamente cambiaba a otra marcha. También podías controlar las marchas con la mano. Era una bicicleta glorificada, se podría decir.

Después de unos seis años, regresamos a nuestra antigua casa en Growell. Yo estaba creciendo un poco más, pero no sé si tenía más sentido común que cuando era joven; sin embargo, tenía más responsabilidades. Tuve que ayudar a arreglar la casa. Había estado vacía durante un tiempo y necesitaba reparaciones, así que ayudé a mi padre a repararla. En un tiempo, había habido una panadería en esa casa. Había un cobertizo construido en uno de sus lados. Este cobertizo se había utilizado cuando era un niño pequeño para guardar un pony que mi padre usaba a veces en sus viajes. Ahora estaba en mal estado, y también, el frontón, como lo llamaban, estaba en mal estado. Tanto es así que al menos una parte tuvo que ser derribada. Mi tío, que era muy experto en esas cosas, comenzó a trabajar en él. Derribó por completo el viejo establo, quitó las piedras y comenzó con el frontón. Estaba trabajando subido a una escalera cuando llegó el viejo Joe Ruddock. Ahora bien, el viejo Joe era hermano de mi abuelo. Era un hombre muy, muy viejo, pero todavía muy vivo. Sostenía que había un tesoro enterrado en algún lugar cerca y creía que estaba en esa parte de la casa. Se sentó y empezó a pensar dónde podría estar. Mi tío entró en acción y nos pidió que le prestáramos nuestra pelota. En aquellos días, no teníamos el lujo de tener una pelota de goma, era una que hacíamos nosotros mismos. Envolvíamos papel marrón, lo atábamos con cuerda, envolvíamos más

papel, lo atábamos con cuerda, lo envolvíamos con tela vieja y lo atábamos con cuerda y lo mantuvimos así hasta que tuvimos una buena pelota de fútbol. Mi tío consiguió esa pelota. La llevó por la escalera con él. Después de trabajar durante unos minutos, gritó. "Hola, hola", y tiró la pelota. "Ahí está", dijo. Y luego gritó: "Oh, ¿para qué tiré el tesoro?". Intentó bajar la escalera muy rápido, pero el viejo Joe corrió y agarró la pelota. ¿Crees que alguien podría quitársela? No señor. Él agarró la pelota y empezó a desatarla. Todos los chicos estábamos de pie, muertos de risa, y apenas podíamos mantener la cara seria. El viejo Joe intentó desatar las cuerdas. Le gritó a mi tío que lo ayudara. Siguió intentándolo y siguió intentándolo. Mi tío lo animó diciendo: "Oh, debe estar ahí. Debe estar en la siguiente capa". El pobre anciano se pasó toda la tarde deshaciendo la pelota, pensando que era un tesoro. ¡Qué triste se puso cuando llegó a la última cuerda, deshizo el último trozo de papel y no encontró nada! Mi tío apenas podía contener la risa. Fue una broma durante mucho tiempo. Ahora teníamos que empezar a hacer una pelota nueva para nosotros.

Pero junio era el mes del año para nosotros los niños. La escuela estaba cerrada durante tres semanas. Si íbamos a casa de nuestra abuela (la madre de mi madre) en Mullertown, más allá de Newcastle, cerca de Annalong. Mullertown era una gran comunidad agrícola, cerca del mar. Formaba parte del distrito de Mourne, donde las montañas de Mourne descienden hasta el mar. De camino hacia allí, pasamos por el Salto de Maggie, que era un agujero muy profundo y ancho, que se supone que Maggie saltó cuando la persiguió un toro enloquecido. "El Windy Gap también era un lugar de interés. Allí, te agarras a tu sombrero.

Para llegar allí, caminamos hasta Dromore y luego tomamos el tren a Newcastle. En Newcastle, Old Arthur nos estaba esperando con su Long Car. El Long Car era en realidad un carro de paseo doble con cuatro ruedas tirado por dos caballos o un vehículo llamado Mourne Mountain. Se necesitaba una escalera para entrar, pero una vez dentro, tenías una buena

vista. Todos disfrutamos de Mullertown. Había mucho que ver y nos lo pasamos de maravilla con nuestros primos. Luego regresamos a casa.

Como mi padre estaba fuera, me encargué de plantar patatas y verduras. Cuidé de las vacas y ayudé a mi madre con las gallinas. Yo la ayudaba a batir la mantequilla y a hacer suero de leche. Después de batirla, colocaban una gran sábana blanca sobre un arbusto. Cuando los vecinos vieron eso, supieron que allí podían comprar suero de leche. Finalmente, terminé allí mi educación y comencé a abrirme camino como hombre.

CAPÍTULO 3: *Dos vidas salvadas; de un muro y un pozo*

Cuando iba a la escuela de niño, caminábamos media hora hasta la escuela. Había mucho que ver y mucho que hacer en el camino. Un día, salvé la vida de un anciano. Había un lugar a lo largo del camino donde la gente se sentaba por las tardes. Se llamaba zanja. Era en realidad un muro de piedra, pero un buen lugar para sentarse. Este anciano tenía la costumbre de bajar y sentarse allí en las tardes frescas. Ese día, cuando pasaba por allí, miré hacia un lado y todo lo que podía ver eran dos pies. Me acerqué y vi a este anciano de 12 años allí con la cabeza gacha y los pies en alto. Tenía la cara azul. No podía moverse. Era muy pesado, así que tampoco podía levantarla. Miré a mi alrededor y vi a un hombre que venía en bicicleta. Lo detuve y le dije: "El viejo Jim está tirado aquí. Me temo que no puede levantarse". Entonces este hombre, llamado George Bell, se bajó de la bicicleta. Se acercó y dijo: "Está casi muerto. Ayúdenme a levantarla". Ambos tiramos del hombre y finalmente lo levantamos, pero el pobre anciano todavía no podía moverse. Tuvimos que llevarlo prácticamente a casa, que afortunadamente no estaba muy lejos. Ese anciano nos debía la vida.

Como saben, las cosas pueden volver a suceder a veces en la vida. Hubo un momento en mi vida en el que me estaba convirtiendo en un anciano y también fui rescatado de ese destino. Me metí en un pozo del que no podía salir. Estaba sacando agua de un pozo en Honduras y se me cayeron las gafas. Sin pensar en mi edad, condición o cualquier otra cosa, me quité los pantalones y las botas y me metí en el pozo. Pensé que podía simplemente bajar la mano y agarrar mis anteojos que flotaban en el agua. Antes de meterme en ella, pensé que sería mejor ver si podía salir. ¿Crees que podría salir? No, no podía salir. Allí estaba yo, incapaz de trepar y sin querer bajar

más en el agua profunda, traté de poner mis dedos de los pies en un lugar para levantarme, pero no había nada sólido. Me raspé los dedos de los pies hasta que sangraron. Luego probé con las rodillas. Lo mismo. La sangre salía de mis rodillas. Estaba empezando a cansarme porque todo este tiempo estaba gritando. Nadie podía oírme porque era un lugar bastante solitario. Al final pude sacar mi cabeza del pozo, nada más. Encontré un lugar donde podía poner mi dedo gordo del pie. Lo metí en un agujero para estabilizarme, pero no pude llegar más lejos. Finalmente, me di cuenta de que no podía hacer nada más que quedarme quieto y conservar mi fuerza. Mientras mi cabeza estuvo fuera del agua, todo estuvo bien. Recé para que alguien, en algún momento, pasara por allí y entonces podría gritar pidiendo ayuda.

Al poco tiempo, llegaron dos chicas. Tenían un bebé con ellas. Grité: “Por favor, ¿pueden ayudarme?” Les dije que no podía salir. Les pregunté si podían ir a hablar con la gente de la casa un poco más allá y decirles que estaba en este pozo y que no podía salir. Dijeron que sí y se fueron. Pronto regresaron para decirme que no había nadie allí. Entonces les dije: “¿Ves esa otra casa? Díganles”. Fueron y se lo dijeron al hombre que estaba allí, yo lo conocía, y pronto vino corriendo. Entre él y las dos chicas, pudieron sacarme del pozo. Le agradecí mucho por ello, pero aún no tenía mis anteojos. Para entonces, ya estaba oscuro, así que pensé en esperar hasta la mañana para buscar los anteojos. Por la mañana, hice lo que debería haber hecho al principio. Cogí un rastrillo y en el segundo intento aparecieron mis gafas.

CAPÍTULO 4: *Un nuevo trabajo y un alma salvada*

Recibí un mensaje de Belfast de un primo diciendo que había una vacante en una empresa de electricidad. Estarían encantados de que me uniera a ellos, si quería. Por supuesto que quería. Así que dejé a mi familia y me dirigí a Belfast. Para llegar a Belfast, tuve que caminar hasta la estación de tren de Hillsboro. Cuando subí al tren, otro caballero estaba allí. Llevaba mis pertenencias conmigo en un pequeño paquete. Me miró y me preguntó a dónde iba. Se lo dije y me dio un muy buen consejo. Me dijo que fuera lo mejor que pudiera, que me ocupara del negocio, que hiciera lo que me dijeron y que muy pronto me iría muy bien. Empecé a trabajar. En primer lugar, aprendí algo sobre la contabilidad del negocio, lo que me permitió al mismo tiempo aprender los nombres de las distintas partes eléctricas. Cuando los trabajadores llegaban, les suministraba lo que querían. El jefe que yo tenía era un hombre muy agradable, también, bajo ciertas condiciones, y pronto aprendí cuáles eran esas condiciones. El segundo día que estuve allí, entró y me dijo: "John, ¿puedes ir a ver si puedes encontrarme una pipa de arcilla?". Fumaba una pipa, pero el problema era que había olvidado su pipa esa mañana.

Me dijo: «Si no consigo mi humo, te digo que no hay vida conmigo. Lo pasarás muy, muy mal si no consigo un humo, así que mejor ve a ver si puedes encontrarme una pipa por ahí, una de barro. Tengo las buenas en casa, pero una de barro me servirá hoy. Si no vuelves con ella, mejor no te metas en mi camino». Salí y le conseguí una pipa al hombre, se la llevé, y qué contento estaba. Me dio las gracias. Me dijo que valía lo que me pedían, y después de eso nos llevamos bien.

Cuando me enviaba mensajes, no se creía que hubiera regresado tan rápido. "¿Adónde fuiste?", le decía, "¿No me enviaste a tal sitio?". "Sí, pero ¿cómo es que regresaste tan pronto? ¿Has corrido tanto?". Después descubrí que no estaba acostumbrado a un buen trabajo. Estaba acostumbrado a enviar a un chico que se pasaba medio día haciendo un simple recado. Me gané su confianza y me agradó mucho. Con el tiempo, tuve el privilegio de asistir a la Escuela Técnica de Belfast. Lo disfruté muchísimo allí. Había todo tipo de aparatos eléctricos para experimentar. Estaba creciendo y aprendí mucho allí. Tenía que estar en el trabajo a las ocho de la mañana. En ese momento, no se habían olvidado del viejo señor Edison. Seguían la línea de enseñanza de Thomas Edison. Lo primero que hacía Edison con un chico nuevo era pedirle que barriera el polvo del suelo. Tenía un método en eso. Quería ver cómo barrián ese piso esos chicos nuevos. Con eso, pronto supo qué confianza podía depositar en él. Tuve que barrer el piso durante unos días, pero eso no duró mucho. Vio que lo haría y quería trabajar, y eso era todo lo que necesitaba.

Llegó el momento en que la empresa estaban poniendo en marcha una nueva planta. La llamaban Compañía de Luz y Energía Eléctrica de los Pueblos Irlandeses. Iluminaban por primera vez varias ciudades. Hasta entonces, sólo se había utilizado gas. Esta electricidad era algo nuevo. Estábamos haciendo un contrato para electrificar esas ciudades y mi jefe quería que fuera a Newcastle a trabajar para, ¿quién crees? John Shannon, nuestro antiguo vecino cuando yo era niño. Llegué allí y encontré un lugar para vivir. También nos divertimos un poco en ese lugar. Mi amigo John Shannon y yo no trabajábamos en horario regular. Nos levantábamos temprano por la mañana, a veces a las 5:00, y trabajábamos hasta las once de la noche. Éramos sólo los dos preparando cosas para el trabajo real. Muy pronto, conseguimos que otros vinieran a ayudarnos.

Durante mi estancia allí, mis hermanos y hermanas terminaron su educación en Newcastle y, junto con mis padres, se mudaron a la ciudad

de Belfast. Pronto me uní a ellos allí, tenía la intención de continuar en la escuela técnica, pero descubrí que el Señor tenía algo más en mente para mí. Uno de los ancianos de la asamblea en la que estábamos en comunión era un verdadero hombre joven. Al llegar allí, me invitó a unirme a él y a otros jóvenes, entre ellos T. Ernest Wilson. [Fui invitado a su casa junto con algunos más. Cuando llegamos, tuvimos un momento de oración. Después de la oración, la Sra. Patterson, la esposa de este querido hombre, nos dio tazas de té caliente con muchas cositas agradables que comer. Después de eso, salimos y encontramos un lugar en Sandy Row donde pudiéramos predicar el evangelio al aire libre. Pronto todos estábamos ocupados en esa clase de trabajo. También pasábamos mucho tiempo atendiendo campos de fútbol o pistas de carreras, en cualquier lugar donde se reuniera un grupo de personas. Por supuesto, teníamos una buena provisión de municiones con nosotros: folletos evangelísticos. Cuando esas queridas personas salían del campo de fútbol, o de otro lugar de diversión, distribuíamos estos folletos entre ellos. Los sábados también estábamos ocupados. íbamos a varios pueblos y ciudades a nuestro alrededor para distribuir folletos evangelísticos. Después de distribuir los folletos, generalmente teníamos una reunión al aire libre. Algunos de estos lugares estaban apartados, pero allí era donde debíamos llevar el Evangelio. En una ocasión, Ernie Wilson y yo estábamos solos. Era una noche muy húmeda y tormentosa. Muy pocas personas estaban afuera, pero de alguna manera decidimos que predicaríamos el evangelio en cierto lugar. Solo pudimos ver a un hombre presente. Tenía su abrigo abrochado alrededor del cuello y estaba de pie al abrigo de una taberna. Ese era un lugar donde se vendía bebida. Después de predicar allí durante algún tiempo esa noche, bajo la lluvia torrencial, nos fuimos a casa y nos olvidamos por completo de aquello. Años después, quizás 25 o 30, un hombre detuvo a Ernest en el camino y le preguntó si era Ernest Wilson. Él dijo: "Sí". "¿Recuerdas haber predicado el evangelio una noche junto con otro joven?", preguntó. "Sí",

dijo Ernest. “¿Recuerdas a un hombre que estaba allí escuchando?” “Sí”. “Bueno, soy ese hombre. Nunca olvidé lo que dijiste esa noche hasta que Dios me salvó. Ahora estoy en comunión en una de las asambleas aquí”. Ernest me dijo esto años después y, por supuesto, nos alegró el corazón pensar que, al menos en cierta medida, Dios había usado ese esfuerzo que hicimos en nuestros días de juventud.

CAPÍTULO 5: *Las primeras luces y unas vacaciones*

Viví en Newcastle durante tres años y trabajé con la IrishTowens Electric Light and Power Company. Instalamos el sistema eléctrico. En aquella época no había electricidad en el país y cada pequeña ciudad tenía su propia central eléctrica. Ése era nuestro trabajo, yo estaba instalando las centrales eléctricas. En aquella época utilizaban carbón antracita para hacer funcionar lo que se llamaba el motor de gas productor de succión. Se accionaba el ventilador para inflarlo y mantener el fuego al rojo vivo. Las brasas estaban encerradas en una gran estufa. Había una tubería que iba desde allí hasta lo que llamábamos el depurador. Estaba lleno de coque. El gas que pasaba por ese coque limpiaba el gas. También teníamos un sistema de agua en el depurador para enfriar el gas antes de que llegara al motor. En aquella época, había que poner en marcha el motor a mano. Yo era bastante experto en eso. Llegué a poder hacerlo todo yo mismo.

Por lo general, hacían falta dos personas para poner en marcha el motor: una para avivar el fuego y otra para poner en marcha el motor. El movimiento de succión del motor era como una bomba. Bombeaba el gas del generador a través del depurador, donde se limpiaba, y luego pasaba por el acelerador. Abrías el acelerador hasta una cierta posición y luego tirabas de la correa de una rueda y eso ponía en marcha el motor. Tenías que poner un balde de carbón en la tolva cada hora. La tolva estaba arriba, abrías la parte superior y ponías el balde de carbón. Luego sacudías la tolva y tirabas de la manija hacia abajo, lo que permitía que el carbón antracita cayera dentro del generador. Yo tenía unos 17 años o algo así.

En Newcastle, ayudé con todo tipo de trabajos eléctricos, tanto internos como externos. Ese día, el jefe vino a verme y me dijo que algo no iba bien

en Newry. “No creo que sea mucho”, dijo. “Creo que puedes arreglarlo bastante bien. No pueden hacer que las cosas funcionen. Hace mucho tiempo que no te tomas vacaciones (en realidad, nunca las tomaba en esa época). Puedes ir allí, tomarte unas tres semanas y ver qué es lo que está mal”. Fui a Newry a un lugar del que me habló llamado Lodge. Era un lugar, déjame ver ahora, dirigido por la Sra. Bond. Allí era donde se había alojado el tiempo que estuve allí; la Sra. Bond estaba muy contenta de darme un lugar para dormir y de prepararme algo de comer. Recuerdo que también tenía otros huéspedes. Todos teníamos nuestras propias habitaciones. La hija de la Sra. Bond estaba allí, y era agradable y muy amable con nosotros. Nos divertimos mucho allí. Yo todavía era muy travieso en esa época. Iba a casa los fines de semana para visitar a mis padres. Viajaba en bicicleta y después conseguí la motocicleta Rudgemulty y la usaba. Trabajé mucho en motocicletas. Compraba una vieja, la arreglaba y luego la vendía para ganar unos centavos extra. Me iba de la Logia el sábado por la tarde para irme a casa. Antes de irme, siempre dejaba un poco de diversión para los que estaban en la casa. En el dormitorio en el que estaba, quitaba todos los cuadros de la pared y luego los envolvía en la ropa de cama. A veces daba vuelta la cama y ponía las sillas boca abajo. Otras veces las apoyaba contra la puerta para que no pudieran abrirla. Me iba del lugar y me iba, pero puedo decirte que cuando volvía el lunes por la mañana se debía tener mucho cuidado. De todos modos, traje un poco de vida al lugar. Pasé buenos momentos con la Sra. Bond allí. Las circunstancias eran tales que su salud se estaba deteriorando, y tuve que buscar otro lugar, que pronto encontré. Y era, déjame ver, el Waverly, así se llamaba. Había una pequeña panadería allí, y un pequeño restaurante. Eso me vino bien, estaba seguro de tener algo para comer. Dormí en el tercer piso. Algunos de los panaderos, las panaderías y la gente del restaurante también tenían habitaciones. Éramos bastantes y la diversión nunca faltó. Tenía algunos de mis compañeros de trabajo que

venían a ayudar cuando era necesario. Cuando venían, siempre había más diversión. [Recuerdo una noche, éramos tres chicos en una habitación. Era bastante grande y con muchas camas. Oímos algo en el pasillo fuera de la puerta. Escuchamos y oímos a algunas de las chicas decir: "¿Qué pasa, ¿qué pasa?" El caso es que habían acribillado nuestras camas antes de que nos metiéramos en ellas, y estaban escuchando para oírnos estornudar. Cuando no estornudábamos, no podían entenderlo. El secreto era que habíamos estado trabajando en el motor y los vapores de la gasolina se habían metido en nuestros pulmones, lo que impedía que la pimienta hiciera efecto, éramos inmunes a su truco; sin embargo, no nos olvidamos de ellos. Preparé una luz encima de su cama. Era solo una bombilla de linterna de dos voltios que utilicé. Llevé los cables hasta nuestra habitación, por encima de ellos, y le puse una pequeña pila sencilla. De vez en cuando, tocaba los cables y provocaba una luz en su habitación. Al menos pensaron que era un rayo. Habían estado haciendo mucho ruido antes, pero cuando los rayos comenzaron a destellar, todo empezó a quedar más silencioso. Cuando les preguntamos qué pasaba, dijeron que había muchos rayos esa noche. Despues de asustarlos bien con los rayos, encendimos la luz y la mantuvimos encendida. Eso los asustó aún más. No podían distinguir lo que era. Pronto se dieron cuenta de que era una de nuestras bromas, y entonces ya no tenían tanto miedo, pero luego se vengaron de nosotros. Nos levantábamos por la mañana, bastante temprano, a veces a las cuatro y media o cinco, antes de que ellos se levantaran, y todavía no había luz, ni electricidad en esta casa. La casa estaba oscura a esa hora de la mañana. Bajamos las escaleras y cuando llegamos a la cocina había dos individuos de pie allí, se mueven. Les dije: "Buenos días". Nunca respondieron. Al ser jóvenes, no nos asustábamos fácilmente. No nos afectó en lo más mínimo. Les dijimos buenos días a nuestros silenciosos visitantes y continuamos. Despues, descubrimos que las chicas habían hecho dos muñecos y los habían colocado en nuestro camino pensando que nos asustarían, pero no

lo hicieron. Esa era nuestra vida privada allí, cuando no estábamos trabajando. Cuando trabajábamos, éramos muy serios y solemnes, pero esas travesuras añadían más sabor a la vida.

Esto fue durante la Primera Guerra Mundial, y el marido de la casera tenía un hermano que había luchado en Francia. Cuando regresó de la guerra, estaba en estado de shock. Él y yo éramos buenos amigos, dormíamos en la misma habitación. Cuando llegó a casa, lo invitó a mi habitación, aunque, supongo que era su habitación por derecho. Me dijo: "Tú y yo vamos a ser compañeros aquí. Hay algo que quiero decirte. Si entres, y no me importa cuando entres, cuando abras la puerta, dices: "Este es John, no te olvides de decirlo porque si no lo haces, podría ser capaz de pensar que eres un ladrón, o alguien que me persigue, y entonces, soy muy rápido con el gatillo". Y de hecho lo era. Dormía con su pistola debajo de la almohada, y yo dormía con mi Biblia debajo mío, así que estábamos bien protegidos. Él y yo éramos muy buenos amigos, pero de vez en cuando bebía demasiado. Cuando lo hacía, había más intriga. Le tomó antipatía a su hermano en aquellos momentos de su vida en que había estado bebiendo demasiado. En esta ocasión en particular, yo ya estaba en la habitación leyendo. Él entró y dijo: "Lo voy a hacer esta noche". "¿Y qué vas a hacer esta noche?", pregunté. "Ese hermano mío", dijo, "lo voy a arreglar". Luego fue a buscar su revólver. Dijo que primero quería probar el arma debajo en el metro y que quería que yo fuera con él. Dije: "Está bien, vámonos". Fui más rápido que él, y cuando bajé, su hermano estaba allí. Le conté lo que estaba sucediendo y él dijo que era mejor que todos saliéramos, pero antes de que pudiéramos hacerlo, el hermano con el arma bajó las escaleras. Se olvidó de bajar a probar su revólver cuando llegó a la cocina. Dijo que tenía hambre, pero no vio a ninguna de las mujeres que estaban allí para cocinarle, y se puso furioso. Le dije: "Mira, hombre, tú y yo podríamos vivir si nunca hubiera una mujer en el mundo. ¿Cuántos huevos quieres?". A él le gustaban los huevos, yo lo sabía. Pidió seis huevos. Mientras yo freía

los huevos, su hermano entró sigilosamente por la puerta y sacó suavemente el revólver de su bolsillo. Se fue con el revólver. Cuando el hermano, conmocionado por la guerra, terminó de comer y fue a buscar su revólver para probarlo, no estaba allí. Ahora estaba realmente furioso. Lo calmé y lo convencí de que subiera a la cama. Le dije: “Ese es el mejor lugar para estar. Voy a ir yo mismo. Vamos”. Y fue conmigo, como un niño, y se fue a la cama. Después de eso no hubo más problemas con la pistola, aunque su hermano la conservó durante algún tiempo hasta que estuvo en mejor forma.

CAPÍTULO 6: *Mi decisión por el Señor*

Fui salvo en Newry, Irlanda, cuando tenía unos 21 años. Mi padre inició algunas reuniones especiales en ese momento. Era un predicador del evangelio. Un tal Sr. McGaw y mi padre habían alquilado un lugar en el que celebrar reuniones. Empecé a asistir a esas reuniones cuando estaba libre, pero había otro objetivo en mi vida: estaba ocupado trabajando en un nuevo invento en ese momento con otro joven. La mayor parte de mi tiempo lo ocupaba eso. Cuando terminaba de trabajar, comenzaba a trabajar en este nuevo invento. Estábamos haciendo un pequeño progreso en él, aunque era muy lento. Cuando mi jefe dijo por primera vez que les gustaría que fuera a Newry por unas tres semanas, dejé atrás mis libros de estudio. Dejé atrás mi aparato experimental; todos los imanes, las ruedas, las poleas y todo lo demás. Lo empaqueté y lo dejé a un lado. Me dije a mí mismo que tendría unas verdaderas vacaciones, que no pensaría en esas cosas. "Volví con la cabeza despejada y mejor preparado para seguir adelante con el verdadero trabajo de mi vida, que en ese momento pensé que era inventar; sin embargo, cuando llegué a Newry, en lugar de estar allí tres semanas, estuve allí tres años. Después de poner en orden la central eléctrica, me preguntaron si podía hacer algún otro trabajo para ellos: poner una dinamo adicional y volver a cablear el cuadro de distribución principal, lo que hice con mucho gusto. También reparé un sistema financiero neumático en una gran tienda. Cuando un cliente le daba dinero al empleado, este lo ponía en un cartucho y lo enviaba a través de un tubo a un lugar central donde se contaba el dinero. Algunos de los tubos se atascaban, pero pronto lo puse en perfecto estado de funcionamiento. Realicé también muchos otros trabajos en Newry. Muchos negocios podrían funcionar si no tuvieran electricidad y la ayuda de expertos fuera

escasa. Venían corriendo a mí cuando tenían problemas, yo estaba ocupado de esa manera y me había olvidado por completo del invento. Gracias a Dios por eso. El primer sábado que estuve allí no tenía nada que hacer, así que salí a caminar, caminé por la orilla del río y mientras lo hacía me puse a pensar. Pensé en mi futuro y en algunos versos que había repetido y aprendí en la escuela dominical cuando era niño. Había oído al predicador del evangelio usarlas a menudo: “¿Qué aprovecharía al hombre si ganara todo el mundo y perdiera su alma?” ¿Qué me aprovecharía si este gran invento tuviera éxito? ¿Qué me aprovecharía si viviera hasta los 100 años e hiciera tantas cosas maravillosas que los periódicos publicaran columna tras columna sobre las cosas maravillosas que había hecho en mi vida? ¿Qué beneficio tendría, porque cuando T muriera, abriría los ojos en el infierno, allí es donde [estaría]? Yo lo sabía. Lo sabía cuando era niño en la escuela dominical. Lo escuché en las rodillas de mi madre. Lo escuché en las reuniones evangélicas. Sabía que era un hecho. Sabía que no estaba listo para encontrarme con Dios en mis pecados. Mientras el mundo estaba leyendo acerca de todas esas cosas maravillosas que había hecho, yo estaría llorando en el infierno. Eso me hizo pensar mucho; sin embargo, pronto se me pasó de la mente. Un día, mientras estaba en mi trabajo, un caballero vino y se presentó. Él dijo que yo no lo conocía, pero que él había conocido bien a mi padre. “T predicó junto con él durante muchos años”, dijo. “Mi nombre es Moneypenny, y estoy iniciando algunas reuniones en Bessbrook. Me gustaría que vinieras y asistieras a las reuniones”. Bessbrook estaba a dos millas de Newry. Le dije que estaría muy feliz de asistir cuando estuviera libre. Estaré libre los domingos y miércoles por la noche, le dije. L asistía a esas reuniones y yo escuchaba. Se adaptaba muy bien a mi disposición como predicador. Me despertó. Era un hombre maravilloso. En ese momento, me había ido ocupando cada vez más de las cosas terrenales. Él presentó el evangelio de una manera muy clara. En primer lugar, habló de mi necesidad. Dijo que todos

éramos pecadores ante Dios, que nuestras vidas quedarían registradas y todo estaría ante nosotros después de la muerte. Si moríamos en nuestros pecados, finalmente seríamos castigados por ellos. Comencé a pensar más seriamente en las cosas espirituales. Yo usaba mi bicicleta para ir a las reuniones, y no había lugar para guardar una bicicleta afuera. Tenía que ser traída y dejada en la parte de atrás del salón, pero esa noche alguien la había llevado hasta el frente. Por lo tanto, después de que terminó la reunión, no pude salir hasta que todos los demás salieran, hasta que el frente se despejó, mientras esperaba, el Sr. Moneypenny me habló y me preguntó si ya era salvo, dije: "No". Yo sabía que tenía la cintura, él dijo: "¿Por qué no? ¿Qué edad tienes?" Le dije. "¿No crees que ya es el momento?" Dije: "Sí, creo". Él marcó algunos pasajes de la Biblia para que los leyera cuando llegara a casa y oró conmigo. Cuando llegué a casa, los otros chicos trataron de burlarse un poco de mí. Me acosté y leí los versículos que Moneypenny me había dado, y también comencé a leer Apocalipsis, capítulo 1. Leí todo el libro hasta que llegué al capítulo 22 de Apocalipsis, casi todo el libro. Mi idea era tratar de ponerme ansioso, de ponerme serio, de ponerme a pensar en cosas espirituales, pero no funcionó. Cuando llegué casi al final del libro, mis pensamientos volvieron a esta invención. Había estado haciendo algunas mejoras en ella. En años posteriores, ese mismo concepto en el que había trabajado fue perfeccionado por algunos ingenieros navales británicos, y sigue funcionando hasta el día de hoy. La idea era utilizar un electroimán en un submarino o barco para hacer que un torpedo fallara. El imán tendría tal efecto sobre él que lo alejaría del barco o submarino. Tenía la invención completa en mi mente; todo estaba listo. Lo probé en mi mente. Me paré en el interruptor con otro aparato electrónico que me diría de dónde venía el misil para que supiera el momento preciso para activar los imanes de tal manera que el torpedo fallara su objetivo. Se salvarían vidas, y el barco no sería torpedeado, como tenía mi mano en el interruptor imaginario, pensé para mí mismo, ¿y si no funciona? No

funciona, todo el barco va a explotar, y yo explotaré con él. Aunque había estado leyendo el Apocalipsis, todavía no podía hacer que mis pensamientos permanecieran en cosas espirituales. Me fui a dormir llorando. "A la mañana siguiente, tenía que levantarme a las cinco. Cuando sonó la alarma, salté de la cama y me fui a trabajar para conectar la electricidad para todos los demás en la ciudad. Luego volví para desayunar. Cuando entré por la puerta, vi el periódico de la mañana sobre la mesa. No tenía pensamientos de lo que había sucedido la noche anterior; No de la reunión del Evangelio, ni de mis propios pensamientos después de leer el Apocalipsis. Levanté el periódico de la mañana y las primeras palabras que leí fueron: "Johnny Hartley muere de heridas recibidas en acción". Esas palabras me golpearon como un torpedo. Llegaron a mi corazón y a mi conciencia, eso fue durante la Primera Guerra Mundial, alrededor de 1917. Johnny era un compañero mío. Fui a la escuela dominical con él y, de hecho, había tomado el té con él tres semanas antes. Lo habían enviado a luchar en Francia y solo estuvo tres semanas fuera cuando lo mataron. Entonces pensé: ¿cómo debería ser llamado a continuación? ¿Dónde estará mi alma para siempre cuando se acabe mi tiempo? Estos fueron los pensamientos que llenaron mi corazón. Me senté con el corazón cansado, terminé el desayuno y volví a trabajar.

El trabajo de esa mañana me llevó al metro, un espacio de trabajo subterráneo. Bajé con el corazón apesadumbrado, preguntándome si nunca sería salvo. De hecho, ya había decidido que nunca sería salvo porque nunca podía pensar lo suficiente en las cosas espirituales. Entré en el metro y caminé por el pasillo. Caí de rodillas y elevé una oración a Dios: "Oh Dios, ten piedad de un pobre pecador culpable como yo. Me temo que no habrá salvación para mí. No puedo pensar en estas cosas. No puedo tomarlas en serio". En ese momento, recordé un himno que se cantaba a menudo. Dije las líneas de ese himno: "Él llevó en el madero la sentencia por mí. Él hizo eso por mí". Pensé, ¿por qué debería preocuparme más?

Él lo hizo por mí. Yo no podía hacerlo por mí mismo. Él lo hizo. Y entonces recordé que solo podía ser salvo por la fe y la obra terminada del Señor Jesucristo. Me di cuenta: “¡Soy salvo!”. Puedo recordar ese momento muy bien. Yo estaba allí, en el metro, debajo de esa gran tienda. No podía mantenerme en pie porque no había espacio, pero salté de alegría y mi cabeza golpeó el techo de ese metro. Lo recuerdo bien. Yo estaba libre y salté de alegría. Y, sabes, he estado saltando desde entonces porque soy salvo y estoy en camino al cielo. Nunca podré olvidar esa mañana. Conozco el lugar; todavía lo veo:

*“Fue en un pequeño pueblo irlandés
una brillante mañana de septiembre,
cuando los periódicos rebosaban de terribles noticias
de los campos de Francia.
tristes eran las historias que contaban
de aquellos pobres hombres heridos
que cruzaron la línea de esa triste escena
hacia el más allá.
*Entonces amaneció el terrible hecho:
¿Cómo deberías llamarte a continuación?
¿Dónde estaría tu alma para siempre
cuando tu tiempo se hubiera acabado?
La ley descendió; ¿qué hizo?
Me condenó de cabo a rabo;
pero Jesús vino, bendito sea Su Nombre -
y resolvió el tremendo reclamo del pecado.
Nunca podré olvidar esa mañana
y, oh, el lugar donde aún lo veo
donde Jesús me encontró en la puerta del infierno
y me sacó de la orilla ardiente.*

Esa fue mi experiencia de salvación, allí mismo, debajo de la tierra, no en un salón de evangelización, no en una iglesia, no con una compañía de personas a mi alrededor, sino completamente solo en ese lugar oscuro. Tomé mi lugar como pecador y recibí a Cristo como mi Salvador. Yo era un hombre nuevo en Cristo Jesús. Todas las cosas viejas habían pasado y todas las cosas se habían vuelto nuevas. Entonces las cosas terrenales se estaban desvaneciendo. Mis viejos compañeros, adiós, no iré con ustedes al infierno. Me refiero a vivir con Jesucristo por toda la eternidad. Puedo recordar eso muy bien. Eso hizo que mi vida cambiara por completo. Después de eso, las pobres cosas de esta tierra, sin importar cuán grandes fueran, no tenían el mismo atractivo para mí. Yo era un hombre nuevo. Tenía otros intereses en la vida, intereses que eran de mayor valor, intereses que serían de verdadero valor, no solo para mí sino también para muchos otros.

Llegó el momento en que dejé Newry y me fui a Belfast. Allí estuve dos semanas en las que no tenía nada que hacer. Eso sí que fue algo para mí, porque siempre estaba muy ocupada. El caso es que estaba demasiado ocupada. Ése fue uno de los grandes obstáculos de mi vida, ahora que lo pienso: siempre estaba demasiado ocupada. Durante esas dos semanas me senté en un parque, en un jardín botánico. Los pájaros cantaban en los árboles. Era un espectáculo maravilloso ver el verde de las distintas hojas y las flores. Mientras estaba sentada allí, empecé a escuchar a los pájaros cantar en los árboles, y saqué un papel y un bolígrafo y anoté estas palabras.

*Un día me senté en el parque,
bajo el muro sombreado,
y escuché a los pájaros cantar
en lo alto de los árboles,
"Hay trabajo que hacer", parecían decir,
"El Maestro te llama,
así que levántate y trabaja mientras aún es de día*

antes de que caigan las sombras de la tarde".

Recuerdo bien que me vinieron de manera automática. No tuve ninguna dificultad en escribir las palabras. No sabía de dónde venían, pero las escribí de esa manera. Luego, cuando estaba caminando por el río Largon, me detuve, saqué el papel y el bolígrafo y escribí las palabras:

*Me quedé en la orilla del río
y escuché el suave murmullo de las aguas.
Las almas son llevadas por la corriente
hacia el feroz escenario ardiente del Infierno.*

Recuerdo haber anotado esas palabras. Luego, otro día, cuando estaba de visita en Newcastle una vez más, saqué papel y bolígrafo de nuevo. Mientras mis ojos escudriñaban el mar donde había visto tantos naufragios en el pasado, comencé a escribir:

*Me quedé cerca del mar azul brillante
y allí las olas me gritaban:
"Los hombres se están ahogando, ¿no puedes verlos?
Lanza la cuerda salvavidas para salvarlos".*

*Me quedé en la cima de la montaña
y escudriñé el mundo entero.
Vi a todos arruinados en la caída,
corriendo hacia la oscura puerta del infierno.*

*Me senté en un sillón mullido
y planeé un futuro descanso,
cuando con una voz tranquila y pequeña escuché:
"Vayan y díganle al resto".*

*“Vayan a las lejanas tierras de Dios
y difundan la noticia.*

*Vayan y díganle a toda la humanidad
que Cristo murió por los perdidos”.*

*Recibí el mensaje. Debo ir,
o la perdición de Jonás caerá sobre mí,
así que no me detengan, les ruego que no,
porque Dios mismo me ha llamado.*

“Era Dios quien me hablaba, tratando de hacerme entender que había trabajo que hacer, un trabajo que era muy importante en otras partes del mundo, y que Él me estaba enviando allí.

CAPÍTULO 7: *La soleada California y un nuevo trabajo*

La salud de mi padre seguía siendo un problema, y yo también tenía un hermano y una hermana enfermos. Mi padre tenía un hermano y una hermana que habían vivido muchos años en California. Le seguían escribiendo para que fuera allí porque pensaban que el clima le vendría mucho mejor. Así que, en 1921, todos salimos de Irlanda rumbo a la soleada California. Fue un viaje de más de dos semanas. Tardamos una semana en el barco hasta Nueva York. Allí tuvimos la alegría de ver a una tía que había vivido en los EE. UU. durante algún tiempo. Luego viajamos más de una semana en tren hasta Los Ángeles. Mi madre nos preparaba la comida en el tren, que consistía generalmente en sándwiches y té. Mi trabajo era comprar la comida a medida que pasábamos por los pueblos en nuestro camino. A veces, casi perdía el tren, pero siempre podía regresar desde el pueblo. Al llegar a Los Ángeles, nos recibió la hermana de mi padre, que amablemente nos llevó a su casa. Nos dio a todos un espacio para dormir hasta que encontramos una casa para alquilar. En dos días, mi hermano y yo encontramos trabajo. En poco más de una semana, estábamos viviendo en nuestra propia casa alquilada. Mi otro hermano tuvo que guardar cama. Su espalda le dolía tanto que algunos sugirieron que fuera a ver a un quiropráctico, pero eso sólo empeoró su estado. Otro médico le puso una escayola y estuvo acostado durante un tiempo considerable. Finalmente, una enfermera que mi padre había conocido años atrás en Irlanda pasó por Los Ángeles. Mi padre la invitó a nuestra casa, cuando vio a Hugh, le sugirió que fuera a ver a su médico. Se hicieron los arreglos y Hugh fue llevado al hospital. “El médico pudo realizarle una pequeña operación en la espalda y le sugirió que se quedara en cama

durante dos semanas; luego vendría a verlo. Al final de las dos semanas, el médico vino, el médico lo examinó y lo declaró curado, pero tendría que aprender a caminar de nuevo. Nos dio instrucciones a mi padre y a mí sobre lo que debíamos hacer para ayudarlo. En dos semanas, exactamente, ya estaba caminando tan derecho y perfecto como cualquiera de los demás. Mi hermana también encontró trabajo, es decir, mi hermana que estaba sana. Nuestra otra hermana se quedó en casa y ayudó en la casa. Mi hermana, que trabajaba, enfermó y, después de un tiempo considerable, tuvo que ir al Hospital Olive View. Allí la trajeron. Pasó varios años operándose en ese hospital. Finalmente, una noche, nos llamaron a su lado. No respondía de una operación a la que se había sometido. Los médicos pensaron que había pocas esperanzas. Estaban reabriendo la herida para ver si podían encontrar algo. Sí, encontraron algo que habían dejado accidentalmente después de la operación. Después de quitar ese objeto, mi hermana permaneció en cama durante algún tiempo, muy enferma de verdad. Finalmente mejoró. Tanto que pudo volver a casa, no tuvo que volver al hospital, pero pudo quedarse en casa sin hacer ningún trabajo. Luego mi otra hermana encontró un trabajo. Parecía estar mejor de salud. Era el principal sostén de la familia en muchos sentidos. Yo había estado pensando en muchas cosas; sin embargo, una cosa que siempre permaneció conmigo fue que sentí el llamado del Señor para ir y proclamar la maravillosa historia del Señor Jesucristo. Muy pronto, el camino se abrió. Había estado distribuyendo folletos en nuestra localidad cerca del este de Los Ángeles. Las reuniones evangélicas fueron iniciadas por mi padre, cuya salud, debo añadir, había mejorado mucho. De hecho, el clima parecía sentarle bien, y pudo predicar nuevamente. La carpa se montó en varios lugares de Los Ángeles y sus alrededores. En una ocasión, se unió al Sr. William J. McClure y tuvieron reuniones en York Boulevard. Allí, ayudé todo lo que pude. Mi trabajo era desde las siete de la mañana hasta las tres y media. Iba directamente a las inmediaciones de York Boulevard a las tres

y media después del trabajo, donde distribuía invitaciones y folletos evangélicos, y ayudaba en las reuniones en todo lo que podía. Pronto tuve un buen número de niños en la carpa para tener la escuela dominical mientras la carpa estaba allí. Más tarde, se formó una asamblea en esa parroquia. También me atrajeron los mexicanos. Al pasar por su distrito después de llegar a Los Ángeles, pregunté quiénes eran. Parecían muy pobres, viviendo en viejas chozas hechas en parte con cajas de madera, carpas viejas y un poco de lona. Observé dónde estaban y finalmente regresé, habiendo recibido algunos buenos folletos evangelísticos en español. Por supuesto, el español era su idioma. Llegué a conocer a los niños de la calle. Hice que hicieran pequeños versículos: Juan 3 y 16, y muchos más. Les di estos trozos de papel con el versículo del evangelio escrito en ellos. Si repetían ese versículo cuando volví la semana siguiente, les di un pequeño premio. Al mismo tiempo, estaba distribuyendo algunos Nuevos Testamentos que la Casa Bíblica de Los Ángeles tenía en oferta a mitad de precio. Todos los jóvenes de la asamblea conocieron lo que estaba haciendo. Ayudaron de muchas maneras con la oración, escribiendo versículos en inglés en trozos de papel y también comprando algunos Nuevos Testamentos. Seguí con esto y, al final, alquilé una casa por cuarenta dólares al mes. También, por supuesto, tuve que ayudar en casa, así que no quedaba mucho dinero después de pagar el alquiler de esta casa adicional para los niños mexicanos. Era un trabajo muy interesante, pero pronto se volvió bastante duro. Algunos muchachos habían venido y perturbado las reuniones. Sus padres no permitían que sus hijos caminaran solos a casa, así que tuve que llevarlos a casa después de la reunión. Finalmente, alquilé otro lugar en otra parte del distrito mexicano que parecía un poco más tranquilo. Allí tenía entre 75 y casi 100 niños. Salía todas las semanas y tenía un servicio para ellos. Durante la semana, también iba a ese distrito y distribuía evangelios y folletos evangelísticos en las casas de la gente. Muy pronto, me conocieron. Cobraron confianza en mí y

comenzaron a enviar a sus hijos a la pequeña escuela que tenía para ellos. En esa época, mi padre y el Sr. Dempsey tenían reuniones evangelísticas en una carpa que instalaron en la Avenida Central. Yo estaba en la puerta, por supuesto. Una noche, después de que toda la gente se había reunido adentro y nadie más venía, fui a la calle para distribuir folletos e invitar a la gente a entrar. Un hombre al que le había pedido que viniera dijo que sí. Su esposa había estado allí la vez anterior y ahora era su turno. Ese querido hombre finalmente recibió a Cristo como Salvador, también lo hicieron su esposa y su hermana. Su nombre era Adam Trophy. Con el tiempo, Adam empezó a enterarse de que yo estaba ocupado en el distrito mexicano. Quería saber si él también podía venir. “Por supuesto que puedes”, le dije. De hecho, era bastante difícil conseguir ayuda. Todos los jóvenes parecían estar muy ocupados; parecían tener tanto que hacer; no había tiempo para tales cosas. Aunque debo decir que algunos de ellos ayudaron. Uno de estos queridos jóvenes era un muchacho llamado Don Tyler. Él venía y ayudaba en ocasiones, pero no había nadie permanente que pudiera ayudar, excepto los Trophy. Adam Trophy, su esposa y su hermana vinieron y se interesaron mucho en esas queridas personas. Habíamos encontrado un lugar mejor para celebrar las reuniones y ellos prácticamente se hicieron cargo de todo, por lo que estaba muy agradecido. Al mismo tiempo, yo estaba ocupado distribuyendo folletos evangelísticos en otras partes del distrito mexicano. Fue por esa época que comencé a sentirme cada vez más preocupado por esas queridas personas. Había pensado en ir a México, donde en verdad había una gran necesidad. También escuché acerca de la necesidad en Guatemala, y allí fue donde finalmente fuimos.

CAPÍTULO 8: *Una esposa y la decisión de ir*

Durante el tiempo que trabajé entre los mexicanos, recibía folletos evangelísticos (Las Buenas Nuevas) de Pasadena. Una jovencita había venido a vivir a Pasadena desde Escocia. Había estado por algún tiempo en Canadá y Cleveland. Se le abrió el camino para venir a Los Ángeles, y naturalmente buscó información sobre la asamblea de Los Ángeles. Ella vivía al lado de estos queridos cristianos que me enviaban los folletos. Finalmente, una de esas queridas hermanas, la señorita Ulrich, le preguntó si conocía a un joven llamado Ruddock que asistía a su asamblea, y ella dijo que sí. “¿Podría pedirle que venga a verme? Le he estado enviando estos paquetes de folletos evangelísticos para los mexicanos durante algún tiempo, y me gustaría saber cómo le va entre esa gente”, le preguntó su vecina. El mensaje fue entregado, y yo estaba muy feliz. Me alegró mucho ver a la señorita Ulrich y a su hermana, la señora Kinsman, que también estaba ocupada en la obra. Esta jovencita también estaba allí. Su nombre era Nettie Baird. Teníamos mucho en común. Le di una descripción de la obra que estaba haciendo y ella se interesó mucho en el relato. Finalmente, ella también fue al distrito mexicano. Me dijo que el Señor la había estado llamando, según creía, a Sudamérica; sin embargo, yo pensaba en México. Así que nos lo dividimos y finalmente fuimos a América Central, antes de ir a Guatemala, por supuesto, nos unimos en matrimonio. El matrimonio se llevó a cabo en Pasadena. Después del matrimonio hicimos un viaje de luna de miel. Viajamos en tren hasta San Francisco y Oakland. Visitamos las asambleas allí. Luego fuimos a Seattle y Portland y más adelante a Canadá. Pasamos un tiempo maravilloso mientras visitábamos las asambleas, contándoles acerca de la obra que habíamos estado haciendo. También les dijimos que parecía que se estaba abriendo el camino para

que fuéramos a Guatemala. También fuimos a la isla de Vancouver y visitamos la mayoría de las asambleas allí. Después de nuestro viaje, regresamos a casa en Los Ángeles. Al regresar, le notifiqué a mi empleador que me marcharía pronto. Antes de eso, se habían acercado a mí y me habían ofrecido un trabajo mejor. Había una vacante para un hombre que asumiera una mayor responsabilidad, y yo era el hombre al que querían dar el trabajo. Necesitaría estudiar un poco más, y ellos habían hecho provisiones para eso. Me iban a enviar a la universidad donde estudiaría y entonces estaría en condiciones de aceptar este trabajo. A mí eso no me gustaba, por supuesto, pero debo decir que fue realmente una gran lucha dentro de mí. Habría tenido un muy buen trabajo, de hecho, habría tenido un buen salario, y me describieron lo que podría haber hecho con el dinero. Podría haber tenido una linda casa, bien amueblada. Me habrían cuidado bien de por vida. Tropicalmente, el hombre al que me enviaron a ver para que me contara todo esto se llamaba Mr. Worldly. Cuando me lo presentaron como Mr. Worldly, comencé a pensar: Worldly, ¿dónde he oído ese nombre antes? Entonces recordé que era un nombre de El progreso del peregrino, y eso me puso en guardia de inmediato. Si hubiera tenido otro nombre, tal vez hubiera tenido más dificultades para tomar la decisión, pero con un nombre como Worldly no podía equivocarme. Tenía que elegir entre el mundo y Dios: lo que Dios quería que hiciera y lo que el mundo quería que hiciera. Le dije a este querido hombre después de que me habló durante un tiempo considerable que era inútil, que ya había decidido cuál sería el trabajo de mi vida. No quería engañar a la empresa para la que trabajaba. Si hubiera ido a la escuela para aprender, sólo habría sido por poco tiempo. Por lo tanto, sería mucho mejor que buscaran a alguien que pudiera dedicar todo su tiempo, energías y pensamientos al trabajo. Muy a regañadientes cedieron y, por supuesto, me dejaron libre. Sí, me dejaron libre, libre para pensar seriamente. Recordé un poema que había escrito justo después de haber sido salvado:

*Oí una historia más dulce
Estoy buscando un juego más grande
Las almas de los hombres son mucho más preciosas
Que la riqueza o la fama terrenal.
Me paré en la cima de la montaña
Y escudriñé el mundo entero.
Vi todo arruinado en la caída,
Corriendo hacia la oscura puerta del infierno,
Entonces recibí el mensaje, debo ir,
O la perdición de Jonás caerá sobre mí.
Así que no me retengas, te lo ruego,
Porque Dios mismo me ha llamado.*

Esas experiencias volvieron a mí de una manera que se apoderaron de mi alma. No podía alejarme de ellas; no había escapatoria. Tenía que enfrentarlas y, ahora que había obtenido la victoria sobre el señor mundial, me sentía más libre. Pensamientos serios llenaron mi mente.

Tanto Nettie como yo habíamos trabajado durante algún tiempo en esta decisión. Nos acercamos a los hermanos, los ancianos de la asamblea local. Les dijimos lo que había en nuestros corazones con respecto a Centroamérica, y ellos escucharon muy atentamente. Nos dieron buenos consejos; más tarde, se encargarían de eso. Una noche memorable nos habían invitado a ir a York Boulevard en Los Ángeles. Ese es el lugar donde había pasado tanto tiempo trabajando en días pasados. Nettie y yo fuimos.

La asamblea allí, junto con la asamblea de Jefferson Street, escucharon muy atentamente las palabras que tenía que decir. Les conté cómo había estado convencido de que el Señor me había estado llamando a campos más allá. Algun tiempo después de eso, me informaron que en lo que a ellos

respectaba, todo estaba en orden. Habían examinado nuestras vidas. No encontraron nada que pudiera impedir nuestro viaje y muy amablemente nos dieron una carta de recomendación para trabajar en Centroamérica.

CAPÍTULO 9: *Primera clase a Guatemala y lecciones de español*

Se acercaba el momento de nuestra partida. Tuvimos una maravillosa despedida por parte de los cristianos de los Salones del Evangelio de Jefferson Street y Avenue 54. Salimos de Los Ángeles en noviembre de 1926 en Grace Line, rumbo a Guatemala. Navegaríamos por la costa del Pacífico y haríamos escala en algunos puertos de México. Unos días antes de partir, recibí un mensaje para que fuera a la oficina de Grace Company Line. Un caballero quería verme. Este caballero trabajaba en el negocio de la madera en México. Generalmente viajaba en tren, pero había una huelga de ferrocarriles en México, el barco estaba lleno y él y el agente querían saber si mi esposa y yo le cederíamos nuestra habitación a él y a su esposa hasta Mazatlán, en México. Yo compartiría habitación con otros tres hombres y Nettie compartiría habitación con otras damas. Al llegar a Mazatlán, habría una cabina de primera clase vacía, que tendríamos para nosotros solos durante todo el viaje hasta Guatemala. Esto nos pareció maravilloso, así que inmediatamente hicimos los arreglos necesarios para hacerlo. Pronto el barco zarpó del puerto de Wilmington. Pasamos un buen rato navegando por el Pacífico. Se desató una tormenta y vimos y oímos relámpagos y truenos que nunca antes habíamos experimentado. Esto hizo que muchos de los pasajeros se sintieran incómodos. Pronto llegamos a Mazatlán y, como habíamos planeado, nos trasladaron a los camarotes de primera clase. Estábamos muy, muy cómodos allí. Agradecimos al Señor por su bondad al hacer esta provisión para nosotros. A medida que avanzábamos, aprendimos muchas lecciones útiles. Por ejemplo, había un joven a bordo que hablaba español elocuentemente. Cuando nos acercábamos a un puerto, nos recibieron algunas de las

autoridades. Tenían un pequeño bote y, en el pequeño bote, había algunos marineros, estos marineros estaban descalzos; no estaban en uniforme. Este joven se burló de ellos. Se suponía que debía partir, pero sin duda algunas de las autoridades entendieron lo que había dicho, y no se le permitió entrar a México. Lo obligaron a subir al bote con los marineros y luego lo transfirieron a otro barco de Grace Line que regresaba a California. Inmediatamente, nos dimos cuenta y aprendimos a guardar nuestros pensamientos para nosotros mismos. Disfrutamos del viaje más adelante, y pronto llegamos a Champerico, un puerto en Guatemala, donde desembarcamos. No había muelles reales allí. El bote ancló afuera, y una grúa y una pequeña canasta nos trasladaron del bote a uno de los botes pequeños para llevarnos a la orilla. Esta fue toda una experiencia. Lo disfruté mucho, pero otros pasajeros no. Pronto desembarcamos y nos recibió alguien que nos llevaría de allí a Quetzaltenango; Sin embargo, primero teníamos que pasar por la aduana, el hombre de la aduana no parecía muy amable, tanto así que fue necesario que nos quedáramos a pasar la noche, cosa que no queríamos hacer. Sin embargo, no había otra salida. Nos permitieron llevar nuestro equipaje de mano. Al día siguiente nuestro equipaje pasó por la aduana. Había autos para llevarnos a Quetzaltenango. El caballero que nos recibió trató de hacer todos los arreglos, pero parecía imposible, todo lo que podíamos hacer era esperar. Por fin, llegó alrededor de las diez de la noche. Nos dijo que había hecho arreglos para un viaje especial a Quetzaltenango. Al hombre que contrató no parecía importarle los arreglos, así que cuando salimos un poco de la ciudad, el auto se detuvo y él se bajó. Por lo que pudimos ver, él mismo desinfló una de las llantas de modo que se nos pinchó. Nos dijo que no podía ir más lejos; tenía una llanta pinchada y no tenía forma de repararla. Llegó otro auto y tampoco tenían nada. Dijo que tendría que regresar en el otro auto y nos dejó sentados allí. Por supuesto, no sabíamos qué estaba pasando. No entendíamos lo suficiente el idioma como para saberlo.

Sospeché que podría tratarse de algún tipo de asalto, así que saqué de mi bolsillo el poco dinero que teníamos, que ascendía a \$400, y lo puse en la pierna de mi calcetín. Pensé que allí estaría seguro. Al final, llegó otro hombre con otro auto y se hicieron arreglos para llevarnos desde allí hasta Quetzaltenango. Fue muy amable. Creo que eran entre las 2:00 y las 3:30 de la mañana cuando llegamos allí. Por supuesto, teníamos hambre y pronto comimos algo. Luego nos llevaron a nuestro dormitorio. Era bastante estrecho y tampoco muy largo.

Tenía una sola puerta que daba al patio trasero de la casa. No había ventanas a los lados, sólo una ventana en la sala de estar que daba a la calle principal. Todas las casas eran muy parecidas. A Nettie no le gustaban mucho; sin embargo, como ahora éramos misioneros, decidimos que teníamos que aceptar las cosas como vinieran. Esa es la mejor manera de hacerlo. Todo tiene un final. En otros momentos de nuestra vida estábamos en una situación más cómoda, pero por el momento estábamos bien. Nuestra vida entonces estaba dedicada al estudio del idioma. Encontramos allí a una joven que era muy capaz. Nos ayudó de manera maravillosa con el idioma. Este querido caballero con quien nos estábamos quedando resultó no ser muy agradable. Sin embargo, estábamos agradecidos por el momento, sabiendo que todas las cosas llegan a su fin algún día. Con el tiempo, descubrimos que, si él no daba la orden para algo, no era bíblico. Entonces, lo mismo que él declaraba no bíblico, más tarde se convertiría en bíblico. Llegamos a la conclusión de que era escritural si él estaba de acuerdo con ello, pero si no lo estaba, no era escritural. Para mí eso era bastante extraño. Su esposa no estaba muy bien y parecía estar en gran necesidad. Amablemente ayudamos en todo lo que pudimos. Nettie incluso vendió los regalos de boda que había recibido antes de que nos fuéramos de Los Ángeles para que pudiéramos ayudarlos. Muy pronto se acabó todo el dinero, pero con el tiempo el Señor muy

bondadosamente intervino y envió todo lo que era necesario. Pronto esta querida mujer tuvo que irse a los Estados Unidos y, después, su esposo la siguió. Entonces nos quedamos completamente solos. Tuvimos más libertad. La vida se hizo un poco más agradable. Seguimos aprendiendo el idioma. En nueve meses, yo era capaz de dar mensajes en español; sin embargo, estos mensajes habían sido traducidos al español y luego prácticamente los leí en voz alta. La gran dificultad fue que cuando yo terminaba de leer, el mensaje estaba terminado y la reunión había terminado. Aprendí algo sobre la cultura de allá a través de eso. A mí me habían enseñado, especialmente para el trabajo en el que estaba involucrado, a ser puntual. Así que cuando se anunció que una reunión comenzaría a las 7:00, comencé a las 7:00. En aquellos días, con muy poca gente, era bastante difícil saber si alguien vendría, así que adquirí el hábito de comenzar la reunión a las 7:00 en punto. Una noche había muy pocos en la reunión. Después de leer el mensaje, cerré la reunión. Luego, vinieron bastantes personas. Se sorprendieron al saber que la reunión había terminado. Bueno, dije: "¿No comenzamos a las siete? ¡comenzamos a las siete y Cuando terminé la reunión, no pude continuar más; mi mensaje había terminado". Llegaron tarde, una vez sugerí que, si las 7 en punto era demasiado pronto, tendríamos la reunión a las 7:30. Bien, la reunión se anunció a las 7:30. Aun así, no llegaron hasta 5 o 10 minutos después. Entonces dije que sería mejor tener la reunión a las 8:00; llegaron 10 o 15 minutos después. Aprendí que no importaba a qué hora comenzara, siempre había algunas personas que llegaban 10 o 15 minutos tarde. Por lo tanto, comencé a pensar que no era el momento; tienen mucho tiempo, pero simplemente no lo usan como lo hacemos nosotros. Muy pronto pude dar mis mensajes solo mediante notas. Esto de hecho hizo que los mensajes fueran más interesantes y, a medida que pasaba el tiempo, ni siquiera necesitaba notas; sin embargo, debido a circunstancias fuera de mi control, no pude aprender el idioma a la perfección. 1 Había padecido casi

toda mi vida dolores de cabeza, migrañas. Tenía que tener mucho cuidado de no leer ni estudiar demasiado. De hecho, eso era un gran obstáculo para el aprendizaje del idioma. A veces me frustraba tanto que incluso tiraba el libro a la basura. Aunque estaba desanimada, podía seguir adelante y hacer lo que podía. Así que, en cierto modo, nunca aprendí el idioma, simplemente crecí en él. Mientras pudiera hacerme entender, eso era todo lo que hacía falta. Gracias a Dios por aquellos que pudieron estudiar hora tras hora y nunca tuvieron un dolor de cabeza. Nettie era así. Podía continuar con los estudios hora tras hora. No sabía lo que era un dolor de cabeza. Gracias a Dios por eso. Eso era maravilloso porque no me gustaría que nadie tuviera que sufrir como otros con migrañas. El hecho es que no podemos explicar el dolor a los demás. No pueden tener una idea de lo que significa tener un dolor de cabeza persistente, minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día. Te deja inconsciente. Te quita tu modo normal de pensar. A veces ni siquiera puedes ordenar tus pensamientos. A veces, de hecho, te deja inútil. Eso sí que es molesto. Pensar que no sirves para nada; pensar que estás impidiendo que los demás avancen; eso es un dolor en sí mismo. Pero los que tienen migrañas tienen que soportarlas». Creo que el Señor se lo compensa de alguna otra manera. Doy gracias al Señor por Nettie. Ella era capaz de aprender español a la perfección. De hecho, se convirtió en una gran profesora de español. Ha sido una ayuda maravillosa para mí en ese aspecto. No sé cómo me habría arreglado sin sus habilidades lingüísticas. Me ayudó mucho. Si había una dificultad con el idioma, ella lo superaría. Podía explicármelo como otros no parecían tener la capacidad de hacerlo. Por supuesto, ella conocía mi debilidad. Tenía la paciencia de explicarme y volver a explicarme de tal manera que pronto pude, al menos en cierta medida, expresarme y hacer llegar el mensaje. Pronto pude salir y tener reuniones evangelísticas en varios lugares.

CAPÍTULO 10: *Un diluvio de cenizas*

Notas sobre la erupción de un volcán en Guatemala

6:30 pm - Llegué de donde había dejado a la señora Ruddock (Nettie) y al bebé. El tren se retrasó, me sentía cansada y tenía dolor de cabeza. 8 pm - Me fui a la cama. 1 pm - Pensé que sentía hollín en la boca. Algo debe estar ardiendo, me dije a mí misma, pero como mi dolor de cabeza había mejorado un poco, no quería levantarme para ver qué me pasaba por si volvía a doler, así que me fui a dormir con el sabor a hollín en la boca. 11:30 pm - Escuché a alguien afuera de mi ventana gritando: "Don Juan, Don Juan". "¿Qué sucede?", dije. "Cierren las ventanas y las puertas", dijo este cristiano que había venido a advertirme. "El volcán de Santa María está en erupción y está arrojando bolas de fuego y cenizas. Pronto las cenizas estarán aquí; es bueno prepararse para poder correr de inmediato si la lava viene por aquí". Luego siguió su camino para advertir a los demás. Las cenizas estaban cayendo, pero pensé que era como otras veces; sin embargo, cerré las ventanas y las puertas, y subí al techo de la casa, para echar un vistazo al volcán, claro, allí estaba arrojando fuego y haciendo ruidos como truenos. Justo entonces las cenizas comenzaron a caer más espesas y pesadas y apenas había llegado al suelo cuando un diluvio regular de cenizas cayó rápido y fuerte, repiqueteando contra el techo de zinc como granizo. Entré en mi dormitorio y cerré la puerta, abrí la ventana para mirar hacia afuera, pero tuve que cerrarla muy rápido. La emoción hizo que mi dolor de cabeza volviera a aparecer, pero pensé que, si tenía que correr, preferiría dejar el dolor de cabeza atrás, así que después de ocuparme de las cosas que valoramos, me acosté nuevamente y me fui a dormir. Domingo 3:30 a.m. - Desperté y miré hacia afuera para ver un mundo blanco de cenizas. Las cenizas ya no caían, pero las calles estaban llenas de

gente emocionada. Luego cayó lluvia durante media hora y luego cenizas comenzaron a caer nuevamente durante otras dos horas. 6:30 am - Me levanté y fui a la casa de uno de los cristianos, para ver y escuchar los resultados. Dos refugiados ya habían llegado de una de las fincas que más sufrió, y que se encuentra al pie del volcán. Salieron de la finca alrededor de las 9 p.m. la noche anterior después de verla en ruinas. Caían piedras grandes y bolas de fuego, dijeron, por lo que huyeron para salvar sus vidas. 7:30 am - Llegaron otros y nos dijeron que cuando se fueron comenzó a caer agua caliente. En unos momentos llegaron más refugiados y dijeron que un anciano y una anciana, dos niños y otra mujer habían muerto escaldados. 8 am - Las cenizas habían dejado de caer, pero por todas partes se veían cenizas y la comida sabía a ceniza. Un grupo de rescate partió hacia el pueblo de Palmar, que se encuentra en la falda del volcán y al lado del volcán que estaba en acción. Sin embargo, los camiones, en las mejores condiciones, solo pueden ir una cierta distancia porque no hay carreteras para autos. Entonces comenzó a salir humo negro y vapor al aire desde el cráter, a cientos de pies de altura. 3 p. m. - El primero del grupo de refugiados llegó con un camión lleno de refugiados. El conductor trajo historias terribles de familias enteras que fueron aniquiladas, algunos murieron por las piedras, otros quemados por el barro caliente y el agua, etc. La carga que traía era un espectáculo. El cabello de la mujer estaba lleno de cenizas finas que la lluvia había convertido en una especie de cemento. Estaban cansados porque habían estado huyendo en la oscuridad por caminos terribles que en realidad no eran caminos en absoluto. Las casas fueron destruidas y sepultadas, el café y otros cultivos arruinados, y tristes fueron las historias contadas de ancianos que no podían correr. Otros no querían abandonar la terrible escena; Sin duda por no poder encontrar a sus seres queridos y perder a otros. Muy pronto llegaron otros camiones con los heridos, la mayoría quemados. Lunes - Hoy supimos más de lo que pasó después de la fuerte lluvia de cenizas del sábado por la

noche. El volcán comenzó a arrojar fuego y la lava caliente comenzó a fluir llevándose todo a su paso, sepultando casas, animales y cultivos y también almas preciosas. Aquí en San Felipe, había gran emoción en todas partes ya que nadie sabía exactamente cuáles serían los resultados de la erupción, y el volcán todavía parecía estar activo. Por la tarde, más refugiados llegaron a la puerta de nuestra casa buscando un lugar para dormir. Los acompañé hasta el pasillo. Un hombre tenía a una mujer boca arriba con ambos pies quemados. Otro tenía a un hombre boca arriba con ambos pies y manos quemados gravemente. Después de ponerlos cómodos, tuve alegría al contarles la vieja, vieja historia. Por la mañana, fueron al hospital mientras sus amigos se quedaron aquí. Como mi esposa no estaba en San Felipe, otro cristiano se ofreció a cocinar para los refugiados que teníamos bajo nuestro cuidado. De esta manera, cuidamos a 28 personas. Otra cristiana tenía bajo su cuidado a 15 personas. Tuvimos reuniones especiales de evangelización con buena asistencia y distribuimos ropa a los niños. Esta ropa había sido enviada hace algún tiempo por las clases misioneras. El hombre que vivía al lado de nuestro hogar era dueño de una granja muy cerca del volcán y solo escapó con vida, mientras que la lava quemó su automóvil y su conductor ante sus ojos. Tan pronto como pude visité el distrito arrasado por la lava con evangelios y folletos. ¡Qué terrible espectáculo! Lo que antes era una ladera fértil era ahora un desierto. Cenizas, arena, lava, piedras, etc., por todas partes. No se veía ni una brizna de nada verde. El grupo de rescate seguía trabajando, enterrando cuerpos humanos y también animales para evitar que se desatara una plaga. Los que habían escapado buscaban a sus seres queridos entre las ruinas, desenterrando sus cuerpos de la lava debajo de su casa que había caído sobre ellos. Otros habían sido alcanzados por la lava caliente mientras huían para salvar sus vidas. Al parecer, un hombre había tratado de trepar a un árbol, pero fue alcanzado por la lava y lo encontraron con los brazos alrededor del árbol. Me dijeron que encontraron a una familia cristiana,

todos de rodillas como si hubieran estado orando. Sin duda, muchos se arrodillaron ante la terrible catástrofe. Distribuí el evangelio al grupo de rescate y a los que buscaban a sus amigos, hablándoles mientras caminaba, sobre la salvación de sus almas. Sus corazones parecían estar mucho más tranquilos y mostraron más interés en el evangelio que antes, cuando los visité. Que el Señor tenga misericordia de los que escaparon y salve sus almas, este distrito ha estado muy en contra del evangelio. Cuando ocurrió la calamidad, la gente estaba terminando una celebración de lo que podríamos llamar una fiesta de muertos. Se supone que este es un día de duelo por los muertos, pero lo convierten más en una fiesta que en otra cosa.

John Ruddock

San Felipe, Guatemala

Centroamérica

2 de noviembre de 1929

Había un pueblo debajo de ese volcán. La lava, el agua y el lodo cayeron con tanta fuerza que sepultaron por completo ese pequeño pueblo. Pasó a 10 minutos de nuestro pueblo; sin embargo, por la mañana, el polvo del volcán tenía una pulgada de espesor en todas partes. El polvo del volcán entró directamente en la casa. La casa estaba completamente cubierta de muebles y todo lo demás. En pocos días, fue posible llegar hasta el volcán. Subimos y nos quedamos en el mismo lugar donde había estado el pueblo. Esas queridas personas no tuvieron ninguna posibilidad. Fueron enterrados vivos. Ocurrió el Día de Todos los Santos. Esas queridas personas estaban de fiesta. Era una fiesta religiosa, pero mezclaba bailes paganos y bebida y todo tipo de maldad. El volcán entró en erupción y ellos no sabían nada al respecto. Algunos de ellos corrieron, otros escaparon, pero muy, muy pocos en realidad. Creo que 300 perdieron la vida esa noche.

CAPÍTULO 11: *Una mordedura de perro y un suéter prestado*

Un día, en un pueblo de Guatemala, mientras yo estaba distribuyendo folletos evangelísticos e invitando a la gente a venir a una reunión evangelística, me atrajo un perro que estaba frente a mí. Estaba de pie ladrando con los dientes al descubierto. Por supuesto, pensé que era mejor tener mucho cuidado con ese perro. Pero de repente había otro perro detrás de mí, y antes de que me diera cuenta, me tenía agarrado de la pierna. Bueno, eso fue muy doloroso en verdad. Regresé al lugar donde me estaba quedando, pero no había ayuda en ese pueblo, ni médicos, ni farmacias, ni nadie con experiencia. Todo lo que pude encontrar fue sal, sal y trapos sucios. Me los apliqué en la pierna, pero no mejoraba. Pensé que sería mejor regresar a casa en Quetzaltenango. En aquellos días, los viajes se hacían en camión. Los camiones transportaban mercancías a los distintos pueblos y, si había espacio, el conductor del camión, por cierta cantidad de dinero, te llevaba. Me dijeron dónde podía tomar un camión de correos a Quetzaltenango. Llegué al lugar y esperé durante un tiempo considerable. El camión de correos pasó, pero no pudo llevarme porque ya estaba lleno. Ahora bien, allá abajo, lleno significa que la gente está tan apretada que sería bastante difícil, si no imposible, meter a otra persona. ¿Cuándo podría conseguir otro transporte?, pregunté. Tal vez mañana, dijeron. No tenía nada que hacer más que empezar a caminar. Fue una caminata de 20 millas con una pierna mala y, podría decir, me llevó un tiempo considerable. Con mucha dificultad y dolor, finalmente llegué a casa. Allí, Nettie estaba lista para la ocasión: unas semanas después, me recuperó la pierna.

En otra ocasión, estaba distribuyendo folletos en otro lugar y me rodearon cinco perros. Se acercaban a mí poco a poco y hacían todo tipo de ruidos mostrando los dientes. El dueño de los perros se puso de pie y se rió. Por fin, cuando vio que había una gran necesidad, entró y controló a los perros. En otra ocasión, en Guatemala, distribuí folletos en un pequeño pueblo que no conocía. Después de terminar, seguí caminando para ver si había otro pueblo más allá. Seguí caminando durante un tiempo considerable, aproximadamente una hora, creo. Resultó que había hecho un círculo y había regresado de nuevo a ese mismo pueblo. Muchas cosas llegan a la vida de uno para enseñarnos lecciones que podemos aplicar en el futuro. Una vez me invitaron a una boda en la costa guatemalteca. En la costa hace mucho calor, tanto que me resultó imposible usar abrigo. Me las arreglé solo con camisa y pantalones. Nunca usé ni siquiera ropa interior. Hacía demasiado calor para mí y el calor me provocaba dolores de cabeza. En esta ocasión, cuando fui a la boda, no me permitieron entrar porque no tenía abrigo. Nettie vino al rescate. Me dio su suéter, me lo puse y luego pude entrar y asistir a la ceremonia de la boda. La ceremonia fue dirigida por el alcalde de la ciudad. Me di cuenta de que el alcalde de la ciudad estaba sentado descalzo. No tenía ni calcetines ni zapatos. Noté que tenía cuatro bolígrafos que sobresalían de su bolsillo, pero su secretaria realizó la ceremonia. Después de hablar durante un tiempo, le dio la licencia al alcalde para que firmara. Este querido hombre, me di cuenta, firmó con una "X". No sabía escribir, así que la secretaria también tuvo que escribir. Había mucho que aprender en Guatemala, aunque fue bastante divertido verme sentado allí con el suéter de mi esposa puesto. Sin embargo, encajaba con la ocasión y salvó la situación. En otra ocasión, fuimos a un lugar donde tenían prisioneros, a los que obligaban a trabajar. Era un lugar muy caluroso infestado de mosquitos. Era bastante difícil escapar de su camino. De hecho, había que dormir tapado con un mosquitero. La pobre Nettie sufrió en ese viaje. Tuvo que meterse debajo del mosquitero con

una mujer grande y gorda. El olor allí dentro no era muy agradable, pero era todo parte del trabajo de un día. Hay muchas cosas desagradables que llegan a la vida de uno, pero, como dije antes, todo llega a su fin.

Al cabo de un año, el señor de la casa regresó a Quetzaltenango y pensamos que sería un buen momento para mudarnos a un nuevo lugar. Nos mudamos a San Felipe, Guatemala, a 30 millas de la costa. Allí hacía bastante calor, pero había buenas oportunidades de visitar los muchos pueblos de los alrededores y llevar el evangelio a esa gente. Aprendimos muchas más lecciones mientras estábamos ocupados en la obra. Sin embargo, poco después de llegar a Guatemala, decidimos que nuestro llamado era ser misioneros pioneros, y el Señor estaba abriendo el camino más al sur, hacia Honduras y la Costa de Mosquitos.

CAPÍTULO 12: *Don Alfredo, Misionero General*

En su juventud, Alfred Hockings se interesó en el campo misionero y trató de prepararse para esa ocupación. Había ido a la escuela de medicina y había tomado un curso de medicina que era adecuado para misioneros. También se había preparado de otras maneras y estaba esperando que el Señor le abriera un camino para ir a algún campo extranjero. En ese momento, la Sociedad Bíblica Americana necesitaba a alguien, pero no pudo encontrar a nadie en los Estados Unidos, así que publicaron un anuncio para alguien en Inglaterra. Don Alfredo vio este anuncio, solicitó y muy pronto estaba en camino a América Central. La Sociedad Bíblica Americana, en ese momento, tenía su sede en Panamá.

Su nombre propio en español era Alfredo Hockings, pero en esos países siempre te llaman por tu nombre de pila. Luego le agregan Don, que en realidad significa señor. Don Alfredo fue su nombre desde entonces. Pasó mucho tiempo viajando por América Central: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Colombia, así como partes de Venezuela.

Tenía un par de mulas y un ayudante. Una mula era para él y la otra para las Biblias. Salía con su mula bien cargada de Biblias. Había pasado muchos viajes en mula de regreso a través de estas tierras. De hecho, no había otra manera de viajar por las empinadas laderas de las montañas y bajar por los valles. Algunas veces mientras cabalgaba, corría gran peligro. A veces le robaban todo. Otras veces enfermaba de malaria. Incluso había sido apedreado por los perseguidores. Una vez, mientras vivía en Honduras, lo confundieron con un general, un general rebelde. Los soldados lo llevaron a su cuartel general y lo encarcelaron allí hasta que su

general pudo verlo. Por fin, su general llegó. Resultó que Don Alfredo y este general se conocían bien, por lo que el general se sorprendió de verlo allí. El general le preguntó: "¿Qué estás haciendo aquí?" Don Alfredo dijo: "No sé. Estos hombres tuyos me trajeron y dijeron que yo era el General Tosta". El general Vicente Tosta era uno de los generales rebeldes. Don Alfredo tenía una complexión muy parecida a la de Tosta. Aunque Don Alfredo era inglés y hablaba español, bastante mal en ese momento, los soldados por alguna razón pensaron que habían capturado a un general rebelde. Don Alfredo y el general pasaron un buen rato juntos, los dos riéndose de lo que había sucedido, y luego el general le preguntó a dónde quería ir. Don Alfredo dijo: "Quiero regresar a casa, a San Pedro Sula". Allí vivía en Honduras. Entonces el general llamó a algunos soldados y les dijo que se prepararan para el viaje a San Pedro Sula para asegurarse de que Don Alfredo llegara a su casa sano y salvo, lo cual hizo.

Después, regresó a Inglaterra por un tiempo. Pero primero que todo, fue a Canadá para que le congelaran la malaria y la eliminaran del cuerpo. Se casó en Inglaterra y trajo a su joven esposa con él a Honduras, a la capital, Tegucigalpa. Había renunciado a la Sociedad Bíblica Americana y se iba a establecer como misionero. Sin embargo, esperaba que el Señor lo guiara al lugar apropiado. Había otro misionero, con una esposa, viviendo en San Pedro Sula, pero este misionero no podía soportar más el clima. El médico le dijo que debía irse, así que hizo arreglos para irse, como otros misioneros lo habían hecho antes que él. Esa parte de Honduras era muy, muy insalubre. Nadie parecía poder quedarse por mucho tiempo. Algunos tuvieron que ser sacados en camillas. Una querida joven perdió la vida a causa de la malaria. Además de la malaria, había disentería y otras enfermedades tropicales con las que luchar.

Cuando el Sr. Hockings se enteró de la difícil situación de este misionero, pensó en intentar ir a San Pedro Sula, así que se hicieron arreglos para que Don Alfredo y su esposa, Doña Evelena, fueran a San Pedro Sula. Fue

subir una montaña, bajar un valle por un sendero al lado de otra montaña y atravesar otro valle. En su viaje, casi perdieron a su primogénita. La niña cayó del segundo piso de la casa en la que se alojaban. Afortunadamente, no sufrió heridas.

Cuando llegaron a San Pedro Sula, Don Alfredo tomó el mando. En ese tiempo, había muy poco trabajo que hacer. Había solamente tres o cuatro cristianos, eso era todo. El trabajo pionero todavía no se había hecho, pero Don Alfredo estaba haciendo lo mejor que podía. Él era, por supuesto, un colportor y tenía poca experiencia en la construcción de asambleas. Como tenía alguna experiencia médica, estaba preocupado por los enfermos. Pudo ayudar a los enfermos de muchas maneras. Hizo algunos viajes a lo largo de la costa y estaba viendo que se hacía un poco de trabajo, pero no mucho. En estos primeros días, hizo un viaje a Guatemala y, por supuesto, vino a visitarnos. Pasamos un tiempo muy feliz con él. Nos hizo interesarnos mucho en Honduras. Nos habló de la gran necesidad que había en Honduras desde la frontera de Guatemala hasta la frontera con Nicaragua. No había misioneros de ningún tipo allí. Era tierra virgen. Había una gran necesidad allí, y eso era lo que estábamos buscando. De hecho, habíamos decidido que no íbamos a quedarnos mucho tiempo en esa parte de Guatemala. Habíamos pensado ir al gran distrito de Petén. Petén era un distrito grande en Guatemala que no había sido abierto al evangelio, y ese era el tipo de lugar que yo había anhelado.

El tiempo de Don Alfredo pasó muy rápido, y pronto regresó a Honduras. Prometimos que lo visitaríamos más adelante.

CAPÍTULO 13: *Un breve sabático y una nueva vida dura*

Yo viajaba mucho y predicaba el evangelio, y a veces me ausentaba durante días. Una vez, cuando regresé, encontré a Nettie muy enferma y muy débil. En San Felipe no había médico ni farmacia. Estábamos bastante abandonados a nuestra suerte. Cuando Nettie se enfermó, una de las hermanas cristianas se encargó de tratar de ayudarla. Sin embargo, debe haberle dado demasiado aceite de ricino. Le dijeron que era aceite de ricino lo que necesitaba, pero la dosis era demasiado para ella. Nettie estaba embarazada de nuestra primera hija, Margaret Jean, así que nos mudamos a la ciudad de Guatemala, donde había un hospital, para el nacimiento. Esa fue, en efecto, la dirección del Señor, aunque, en ese momento, fuimos muy criticados por hacerlo. Nettie se puso de parto después de presenciar un accidente aéreo. El avión le dio un buen susto a Nettie, ya que se estrelló a sólo dos cuadras de donde ella estaba parada.

Fuimos al hospital americano que estaba allí, que era administrado por la iglesia presbiteriana. Un médico cristiano muy bueno examinó a Nettie y sintió que estaba bien, pero cuando llegó el momento, descubrimos que era un parto muy, muy grave. De hecho, el médico se acercó a mí y me dijo que había poca o ninguna esperanza de salvar al niño. Dijo que sería la vida del niño o la de mi esposa, y que yo tenía que tomar la decisión. Afortunadamente, había un médico experto allí en ese momento, de los Estados Unidos. Fue obra del Señor, de eso no había duda. Este joven había estudiado y era un experto en obstetricia. Estaba de visita en la ciudad de Guatemala, y ese mismo día debería haber estado en el avión de regreso a los Estados Unidos, pero la noche anterior enfermó de disentería, fue improbable que se le diagnosticara un cáncer de pulmón.

Le fue posible hacer el viaje. Sabía exactamente qué hacer y nuestra primogénita, Margaret Jean, nació normalmente, le damos gracias al Señor por eso. A mi esposa le tomó un tiempo considerable recuperarse. Las migrañas que siempre me habían molestado estaban haciendo estragos. Recuerdo un día que estaba distribuyendo folletos en un pequeño pueblo no muy lejos de donde vivíamos en San Felipe, el dolor era tan fuerte que me acosté en el camino. Mientras estaba allí acostado, escuche un ruido retumbante. Miré hacia arriba y vi una gran piedra que bajaba del acantilado, justo donde yo estaba. Tuve tiempo de saltar y nada más. Cómo lo hice no lo puedo decir, pero salté hacia atrás tres pies de una vez sobre mi espalda, justo cuando salté, la gran piedra cayó donde había estado acostado. Esa experiencia me impresionó para seguir el consejo del médico y alejarme por un tiempo para poder recuperar mi salud y tratar de aliviar mis dolores de cabeza, eso fue lo que hicimos. Hicimos los arreglos y zarpamos hacia Escocia. Fue un viaje memorable. Nos tomó cuatro semanas viajar en barco, pero fue un viaje muy relajante. El clima fue maravilloso todo el camino. Paramos en un puerto en Costa Rica y tuvimos el privilegio de ver el Canal de Panamá. Finalmente pudimos visitar a la gente de la Sociedad Bíblica Americana que nos proporcionó Biblias durante nuestro tiempo en Guatemala, continuamos hacia Venezuela y luego a Trinidad. En Trinidad, escuchamos que nos llamaban desde otro barco. Algunos otros misioneros habían oído que estábamos de visita, así que fuimos con ellos a pasar la noche y pasamos el día siguiente mirando alrededor de la isla, escuchando sobre las cosas maravillosas que el Señor estaba haciendo en ese lugar. Los otros pobres pasajeros tuvieron que quedarse en el barco. Estaba cargando carbón y el polvo de carbón no era muy agradable. Finalmente llegamos a Plymouth, Inglaterra. Había oido que uno de los hermanos de Plymouth allí era muy activo en el cuidado de los misioneros visitantes. Me dijeron que lo encontraría en la parte superior de un gran edificio. Fui allí y, como era de esperar, estaba en la cima, muy

ocupado. La única manera de verlo era subiendo por una escalera, así que me dirigí hacia la escalera de 60 pies. Estaba acostumbrado a las alturas, así que eso no me molestó mucho, pero debo confesar que fue una sensación extraña cuando llegué a las tres cuartas partes del camino. Por fin, conocí a uno de los famosos Hermanos de Plymouth.

Tuvimos una agradable charla y después llegó el momento de irme. Al bajar del barco, tuvimos que esperar un poco el tren a Escocia. Nos dijeron que podíamos almorzar en el tren. Hicimos el pedido y nos iban a dar una canasta de almuerzo en un lugar determinado. La comida estaba bien, pero el dinero no. La única moneda que teníamos era una moneda de oro de 10 chelines y se la ofrecí por nuestra comida, pero el chico no la aceptó. La miró y no parecía saber lo que era. Bueno, le dije: "Esto es extraño. Es una moneda inglesa de 10 chelines. Una moneda de oro". * El pobre chico nunca había visto algo así antes, pero ese era todo el dinero que teníamos. Al final, la cogió y se fue. Eso nos dejó sin nada. Sin embargo, cuando llegamos a Glasgow en el tren, había unos amigos allí que amablemente nos llevaron a su casa. Nettie estaba encantada. Su madre, su padre y sus hermanas estaban allí. (Ella no tenía hermanos.) Su madre dijo que no la habría conocido si no hubiera sabido que venía. Aquellos años en Guatemala habían surtido efecto. Las dos estábamos muy cansadas y decaídas en la salud. Había más huesos que carne, así que no es de extrañar que ella no conociera a su propia hija. Sin embargo, un corto tiempo en Escocia nos revivió a las dos. Los dolores de cabeza, aunque todavía me molestaban, no me molestaban tanto, y Nettie comenzó a ser bastante famosa por aquellos lugares. Durante la estancia en Guatemala, el Señor pudo ayudarla de muchas maneras. Comenzó a ser conocida como una persona capaz de eliminar las tenías. Las tenías, en ese momento en Guatemala, molestaban a muchas, muchas personas, y era algo raro curarlas por completo. Sin embargo, Nettie comenzó a estudiar la situación, y su padre pudo enviarle una medicina especial desde Escocia.

Esta medicina tuvo el efecto de eliminar la tenia de inmediato; cabeza, cola y todo. Algunos de estos gusanos tenían muchos metros de largo. De hecho, es difícil creer que existiera algo así en un cuerpo humano. Así que, en mi casa en Escocia, mientras viajábamos, le pidieron que contara la experiencia y se convirtió en una oradora bastante popular. Mientras tanto, hice arreglos para ir a Irlanda. Me invitaron a hablar en una conferencia. Hablé junto con Ernie Wilson, mi antiguo compañero. Él había estado en África Central y había tenido una gran experiencia allí. El Señor bendijo sus palabras a medida que se difundían y muchas almas fueron salvadas. Tenía una gran historia que contar y nos divertimos mucho juntos. Mientras iba contando a la querida gente lo que aún quedaba por hacer en América Central, se despertó un gran interés. Muy pronto Nettie se unió a mí en Irlanda y tuvimos una maravillosa experiencia.

CAPÍTULO 14: *Una Bienvenida Misionera*

Esta canción fue escrita para John y Nettie Ruddock para que la cantaran como bienvenida en ocasión de su primer regreso a Los Ángeles desde su boda y partida al campo misionero en 1926. Era el año 1931. Habían dejado Guatemala para un año sabático en Gran Bretaña y luego en Los Ángeles y posteriormente regresaron para explorar la zona de la Selva de Mosquitos en Honduras y comenzar una nueva obra allí.

Una bienvenida misionera

*Fuisteis obligados por el amor de Cristo
a proclamar sus misericordias,
Sacrificasteis vuestras preciadas esperanzas
para difundir su fama.*

*Fue con regocijo mezclado con lágrimas,
que os vimos zarpar,
pero alabamos a nuestro Dios,
que respondió a nuestras oraciones,
y os guardó durante todo el camino.*

*Ahora, bienvenidos a casa,
labradores de la cosecha,
corazones alegres con alabanzas resuenan;
bienvenidos a casa desde tierras de oscuridad,
bienvenidos a casa, cantamos,
trabajasteis durante años de tristeza
disipando la noche oscura del pecado,
esparcisteis la luz del sol, desterrasteis los temores,
y esparcisteis la luz del Evangelio.*

“Con regocijo supimos

*que Dios bendijo vuestros esfuerzos de amor;
y que las almas de los ídolos se volvieron a Cristo,
para servir al Señor de arriba.*

*Ahora, bienvenidos a casa, vosotros los labradores de la cosecha,
corazones alegres resuenan con alabanzas;
bienvenidos a casa desde tierras de oscuridad,
bienvenidos a casa, a ti, te cantamos.
Con cuánta frecuencia, mientras trabajabas allí,
nuestros pensamientos se volvían hacia ti,
con cuánta frecuencia te hemos seguido con oración,
y anhelado tu regreso.*

*Oh, qué regocijo supimos entonces
cuando regresabas a casa,
tres veces te cantamos bienvenido a casa,
oh, que la palabra resuene.*

*"Bienvenidos a casa, labradores de la cosecha,
corazones alegres con alabanzas resuenan;
bienvenidos a casa desde tierras de oscuridad,
bienvenidos a casa, a ustedes, les cantamos.*

Copyright, 1931, por Marie Olson, Upland, Calif. Usado con permiso.

CAPÍTULO 15: *En Busca del Distrito Mosquito*

Con el tiempo, me sentí más deseoso de visitar el Distrito Mosquito, también conocido como la Costa Mosquito (una zona selvática densa que marca la frontera entre Honduras y Nicaragua y que ofrecía refugio a las guerrillas de la Contra que luchaban contra los Sandinistas en los últimos años; en ese momento estaba prácticamente inexplorada). Había oido hablar de él, pero sabía poco sobre él. De hecho, nadie parecía saber mucho sobre él. Me había interesado, como ya dije, el distrito de Petén en Guatemala y el Distrito Mosquito en Honduras, porque estos dos distritos eran tierras baldías. De hecho, parte de Honduras allí no estaba cartografiada y no había sido habitada adecuadamente. Me interesaban mucho los indios Mosquito que vivían en esa zona. Intentamos averiguar cómo llegar allí. Ese era un lugar en el que Don Alfredo no había estado, ni siquiera las autoridades sabían mucho sobre él. Nos dijeron que tendríamos que ir a Tegucigalpa (la capital de Honduras) y desde allí dirigirnos al Distrito Mosquito. Don Alfredo se ofreció a acompañarme. En esa época el tren del que ya he hablado de Puerto Cortés a San Pedro Sula seguía aún más lejos hasta un lugar llamado Potrerillos, que no estaba muy lejos. De hecho, toda la línea estaba a unas 60 millas o más de Puerto Cortés. Cuando llegamos a Potrerillos, tuvimos que tomar un camión desde allí, el camión era una baronesa. Llevaba el correo hasta Tegucigalpa. No había ferrocarril hasta Tegucigalpa en ese momento, sin embargo, ese camión nos llevó parte del camino. En aquel tiempo no había ferrocarril para llegar a Tegucigalpa, pero aquel camión nos llevó parte del camino. Cuando llegamos al lago de Yojoa, no había carretera que lo rodeara, así que nos subieron a un barco, un barco lo suficientemente grande como

para llevar a aquella baronesa. Tardamos unas dos horas más o menos en cruzar el lago. Era un lago bastante grande, muy hermoso, en verdad. Disfruté del viaje porque era muy tranquilo. En el otro extremo, bajaron a la baronesa del barco y desde allí emprendimos el camino por carretera. Quizá no lo llamaría carretera, pero era transitable. De hecho, era bastante peligroso. Para nosotros, Don Alfredo era un hombre que había enfrentado muchos peligros, pero una cosa que no le gustaba hacer era sentarse en el exterior de una baronesa. Le gustaba meterse en medio del camión para no poder ver, porque a veces, de hecho, uno pensaba que iban por el acantilado, justo a cientos de pies de profundidad. De hecho, muchas de esas baronesas, que servían para llevar provisiones a la capital del país, Tegucigalpa, se fueron directamente al barranco. Nosotros subimos y fue un camino duro, pero emocionante y hermoso. Habíamos dejado atrás la costa baja, cálida y húmeda, y ahora estábamos viajando hacia las montañas. El camino está cortado en la ladera de la montaña y, en algunos lugares, es muy estrecho, tan estrecho que dos autos no podrían pasar uno al lado del otro. En momentos como este, uno debe tener mucho cuidado, de hecho. El camino también es muy rocoso, con muchas piedras. Es imposible ir a cualquier velocidad. Seguimos subiendo por este camino, doblando curvas, algunas de ellas en zigzag. Allí hay que ir lo más lejos posible, luego volver a subir y luego tratar de pasar la siguiente curva. Pasamos por algunos pueblos muy pequeños. Estaban muy poco poblados en las montañas; no había tanta gente como en la costa, donde había mucho trabajo en las plantaciones de banano; aquí, la gente vivía en un pequeño trozo de tierra que ellos mismos habían excavado. Cultivaban maíz, lo justo para cubrir sus propias necesidades, también cultivaban frijoles negros y, por supuesto, también había un poco de café en algunos de estos lugares. Seguimos hasta que pasamos por Taulavey. Taulavey es un poco más grande que la mayoría de los pueblos. Hay una cueva allí. No está completamente explorada, aun así, actualmente están haciendo esfuerzos

para ponerla en condiciones para que los turistas tengan el placer de verla. Cuanto más subíamos, más fresco se ponía. Subimos y subimos y muy pronto vimos aparecer Siguatepeque. Siguatepeque es una ciudad pequeña. Está situada a medio camino entre San Pedro Sula y Tegucigalpa. Hay un gran distrito alrededor, donde los pequeños agricultores se ganan la vida cultivando maíz y frijoles negros. Más arriba, incluso cultivan papas, pero son muy pequeñas. Tampoco son muy buenas. Siguatepeque fue el final de nuestro viaje del día. Llegamos allí alrededor de las cinco de la tarde. Fuimos al motel. Todos los pasajeros dormían allí por la noche, tanto los que iban como los que iban de Tegucigalpa y San Pedro Sula. Era el punto medio. Era un motel antiguo con habitaciones antiguas. Aunque no se le podría llamar así, al menos para mí fue una vista muy agradable. Las camas, por supuesto, no eran como las que estamos acostumbrados, pero pudimos descansar bien. La comida, por supuesto, era un poco diferente de la que nos dieron en la costa: era arroz y frijoles, un poco de carne y un poco de sopa, así como tortillas. Y, a veces, cuando venía algún extranjero, hacían todo lo posible para hornear una pequeña hogaza de pan. Tenían mantequilla blanca, que es muy buena. Pasamos un día en ese lugar, mirando alrededor. Estaba muy ansioso por ver lo que había allí. El hermano Hockings, por supuesto, conocía bien el lugar, ya que había pasado por allí muchas veces en su trabajo como colportor. Allí había lo que se conocía como una misión centroamericana. Se habían establecido allí algún tiempo antes. Desde San Pedro Sula en la costa hasta la frontera con Nicaragua, no había ninguna misión en marcha. Desde el principio, estuvimos solos en la costa, pero aquí arriba era un poco diferente. Pronto nos enteramos de que ellos reclamaban esta parte del país y desalentaban a cualquier otro misionero de trabajar allí. Eso nos lo dejaron muy claro, aunque las personas que conocimos fueron muy amables y serviciales en muchas otras formas. Había muy pocos creyentes de verdad, pero fue un comienzo. A la mañana siguiente, temprano, alrededor de las cuatro,

emprendimos nuestro viaje de nuevo. Esta vez salimos para Tegucigalpa. El camino seguía en mal estado. Subimos una montaña y bajamos otra. Una montaña era bastante alta y tenía muchas curvas. Al rodear esa montaña para llegar a la cima y pasar al otro lado, uno se encontraba con otros camiones que iban camino de San Pedro Sula. Al subir una de estas colinas, se me voló el sombrero. Volvieron a buscarme y se disculparon por haberlo atropellado y deformado un poco, pero eso no fue lo peor, ya que al avanzar un poco más descubrimos que también estaban perdiendo correo. Este camión también llevaba cartas y paquetes pequeños de una oficina de correos a otra. Algo había sucedido con la puerta trasera de la baronesa y el correo comenzó a caerse, así que tuvimos que detenernos, regresar y tratar de recoger el correo perdido. Una parte se había caído por el precipicio, fue muy divertido juntarlo todo. Al final, todo volvió a estar en orden. En una de esas colinas, el conductor se detuvo y cargó agua. El radiador hervía. En aquellos años era necesario detenerse de vez en cuando para llenar el tanque de agua, y a veces era necesario detenerse durante un buen rato hasta que el motor se enfriaba. Pronto llegamos a los pinos, no podíamos ver nada más que pinos por todas partes. Mientras que en la costa había plátanos, plátanos y más plátanos por dondequiera que fuéramos, pero allí había pinos. Luego nos acercamos cada vez más, hasta que por fin llegamos a la cima. Cuando miramos hacia el valle de abajo, pudimos ver Comayagua. Sí, allí estaba, otro lugar de tamaño considerable. Esta fue la capital del país en un tiempo, un lugar bastante bueno para las iglesias católicas romanas, algunas de estas iglesias son muy costosas. Algunas de ellas tienen techos dorados que brillan al sol. También hay muchas antigüedades en estos lugares, pero eso no nos interesaba tanto. En este valle no habíamos vuelto del todo al nivel del mar, pero casi. Hacía bastante calor otra vez, pero no tanto como en la costa. Pudimos visitar otra misión allí, los misioneros dejaron en claro que tenían el control de ese lugar. Habían estado haciendo un poco de trabajo, pero era muy, muy poco

en realidad, considerando la cantidad de gente que había allí, la gente cultivaba maíz y frijoles allí, como en Siguatepeque. Esta era la última etapa del viaje hasta Tegucigalpa, aquí arriba, por supuesto, las casas son diferentes que en la costa. Son más sólidas en muchos sentidos. Están construidas de adobe. Hace más frío aquí arriba y necesitan una mejor protección, pero hay muy pocas ventanas. De hecho, puede que solo haya una ventana muy pequeña en una casa pequeña. Las puertas están todas bloqueadas desde adentro para tratar de hacer que sea seguro, a medida que avanzamos. Hockings me entretuvo contándome lo que le había sucedido en muchos de estos lugares cuando viajó por allí en mula vendiendo Biblia. Me contó cómo los ladrones le habían quitado todo, o cómo le habían robado su mula justo cuando pasábamos por las escenas del crimen. A ese querido hombre lo habían asaltado muchas veces en años pasados mientras iba por ahí vendiendo Biblia. Por supuesto, en ese momento, era un poco mejor. Ahora había un camino. En ese momento no había camino, solo un sendero para mulas. Cuanto más nos acercábamos a Tegucigalpa, mejor era el camino. Seguimos adelante. Por fin llegamos a una gran colina y, cuando miramos hacia abajo desde esa colina, pudimos ver Tegucigalpa. Tegucigalpa es realmente dos ciudades en una, está Tegucigalpa y Comayagüela. Se podría decir que son pueblos grandes, pero están separados por el río Comayagua. A medida que nos acercábamos, pudimos ver que viajábamos en la estación seca porque todo estaba muy polvoriento. Había polvo por todas partes. Mientras que, en la estación húmeda, había barro, barro por todas partes. A veces, mientras avanzábamos, teníamos que comer nuestro propio polvo que salía de la baronesa cuando hacíamos curvas cerradas y volvíamos a subir o bajar. Cuando pasamos por Comayagüela, lo primero que vimos fue el río. Ese río era la lavandería de toda esa zona del país, y era un espectáculo ver a las mujeres, por la mañana temprano, lavando su ropa y tendiéndola sobre las piedras secas del río, de todos los colores, de todas las formas, de todo

tipo de materiales. En sus casas no había agua. Había una tinaja central en una de las plazas. Se dirigían allí con recipientes de agua, los llenaban y los llevaban de vuelta a casa. Las mujeres hacían la mayor parte de ese tipo de trabajo. Llevaban todo sobre sus cabezas. Era maravilloso ver a todas llegar, una tras otra, con un balde o palangana con agua sobre la cabeza. Sus casas tenían suelos de tierra. No había lujos en esas casas, sólo, por supuesto, en unas pocas casas de los más ricos. En realidad, había mucha gente rica allí. Ahora hay más que en 1930. Los hombres del gobierno y los embajadores de otros países pudieron erigir casas más permanentes y lujosas, pero nuestro trabajo era con la gente pobre, así que nos dirigimos a donde estaban ellos. Y fueron muy hospitalarios. Cuando fuimos a visitar los alrededores, encontramos tres o cuatro misiones existentes. Reclamaban toda esa parte del país. Parecía que se habían dividido el país entre ellos. “Esa es la sierra, y el clima es bueno allí. Todos parecían elegir esas partes porque era fresco. Nos dejaron la costa cálida. Nos dieron a entender que ese era nuestro territorio. Como Don Alfredo solía decir, teníamos nuestra misión de ir a todo el mundo. Estábamos muy ocupados en la costa. Había una gran puerta abierta allí y mucho que hacer, así que no nos interesamos mucho en las tierras altas en ese momento. Pasamos un tiempo limitado en Tegucigalpa. Visitamos el parque central. Cada ciudad o pueblo tiene un parque central en Honduras. Tegucigalpa tenía varios. La gente iba al parque a relajarse por las tardes y las noches. Allí era costumbre que los jóvenes se reunieran en estos parques. Todas las casas tenían rejas de hierro para mantener alejados a los ladrones y para ser una protección en tiempos de revolución. Cualquier casa que fuera de algún valor tenía sus puertas bien barricadas. Las ventanas también estaban cerradas con rejas de hierro. Las casas eran estrechas por delante. Había una gran puerta llamada zaguán. Era la puerta principal de las casas. Sin embargo, no te llevaba directamente a la casa, te llevaba a un patio en el centro de la casa. Cualquier casa tendría hermosas flores y plantas en ese patio. Alrededor

del patio estaban los dormitorios, la sala de estar y, en el fondo, la cocina. Mientras caminabas, veías, tal vez, a una jovencita agradable dentro, detrás de las rejas, y a un joven fuera, en la calle. Estaba coqueteando con esta jovencita allí; él en la calle y ella dentro. Así era como se hacían las cosas en esa época. Por las tardes o por la noche, todos esos jóvenes salían al parque. Las jóvenes iban escoltadas. No era su madre; era su tía o alguna otra persona la que estaba a cargo. Las mujeres caminaban por el parque en una dirección, mientras que los jóvenes caminaban en la dirección opuesta para poder verse al pasar. Si uno miraba con cuidado, podía ver a la joven que le pasaba una nota al joven cuando este pasaba junto a ella, y a veces podía ver a un joven que le pasaba una nota a la joven. De esa manera se conocieron. Luego, cuando las cosas se pusieron un poco más “pesadas” y se conocieron mejor, tuvieron otros privilegios. A veces se les permitía detenerse y hablar entre sí, pero todavía bajo el control de alguna persona mayor. Luego, cuando estaban listos para casarse, el joven encontraba a alguien a quien pedir la mano de esta joven. Una vez hice esto por un joven. Fue en la costa. Había estado visitando un pequeño pueblo por algún tiempo, llevando el evangelio allí. Este joven fue salvo. Donde yo estaba hospedado había dos jovencitas. Una de estas jovencitas había recibido a Cristo como su Salvador, y este joven vino a mí y me preguntó si podía ir a pedir su mano para él. Así lo hice. Sin embargo, el padre no consintió en tal cosa. Conocía a este joven demasiado bien. Ese fue el problema. Él me dijo: “No. Hoy no, mañana no, y nunca. Dijo: “Ese joven no sirve para nada, va por ahí y lleva sus pertenencias en una bolsa de papel de cinco centavos”. Yo conocía bien al muchacho. Había estado trabajando para mí, pero era muy holgazán. “No”, enfatizó el padre, “no quiero que mi hija caiga en manos de un muchacho como ese”. Entonces, tuve que decirle a este joven que no había esperanza, que era mejor que buscara en otra parte, así era como se hacían las cosas en ese entonces. Tegucigalpa está dividida por un río. Hay sólo un puente. Por el puente se llega a la

mejor parte de la ciudad. Allí es donde el gobierno tiene su sede. Allí es donde el presidente tiene su casa. Pasamos mucho tiempo en Tegucigalpa, aprendiendo muchas cosas, pero, por supuesto, lo más importante: queríamos averiguar cómo llegar al Distrito Mosquito. Descubrimos que el Distrito Mosquito era prácticamente desconocido, las autoridades me dijeron que tendría que tomar una baronesa para ir bastante más lejos, y luego hacia el interior. Después de eso, tendríamos que abrirnos paso a lomos de mula. Nadie sabía mucho sobre el Distrito Mosquito. El país aún no estaba abierto. Incluso los que estaban en el poder no estaban familiarizados con la zona. Después de pasar algún tiempo en Tegucigalpa, pensamos que sería mejor regresar a casa, a la costa. Continuamos hasta Siguatepeque nuevamente, pasamos la noche allí y luego nos levantamos por la mañana para llegar a San Pedro Sula.

CAPÍTULO 16: *Cabalgando con plátanos hacia Trujillo*

De regreso a San Pedro Sula, vimos claramente que, si queríamos averiguar algo sobre el Distrito Mosquito, tendríamos que ir a Trujillo. Trujillo era el lugar donde Colón había desembarcado en uno de sus viajes, un lugar muy antiguo, de hecho. Después de un breve tiempo en San Pedro Sula, mi esposa y yo partimos hacia Trujillo, situado en la costa caribeña cerca de Nicaragua. Dejamos a nuestra niña en manos de Doña Evelena, la Sra. Hockings. Empezamos un viaje bastante interesante. Salimos de San Pedro Sula en tren y regresamos a mitad de camino a Puerto Cortés, donde bajamos del tren y nos subimos a pequeños botes. Nos llevaron río arriba a través de canales hasta otro río y luego bajamos en un lugar donde nos encontramos con otro tren, un tren bananero, pasamos por pueblos bananeros. Mientras caminábamos, tuvimos la alegría de repartir tratados evangelísticos a través de la ventana. La gente venía corriendo y nosotros tratábamos de repartir tantos folletos como gente había. Todos corrían de regreso a sus casas, leyendo estos folletos, esa fue una de las primeras etapas del trabajo. Seguimos y seguimos pasando por más campamentos bananeros. Seguimos por Baracoa y luego por La Punta, esos eran lugares donde se encontraban los trenes en el kilómetro 15, había una fábrica, la compañía estaba experimentando con palmas africanas (palmeras). Sacaban una pequeña nuez de estas palmas que machacaban y con el tiempo convertían en aceite. Este aceite se usaba para muchos propósitos: hacer margarina, jabón y otras cosas. El kilómetro 15 significa que el campamento estaba a 15 kilómetros de la ciudad costera de Tela. En el kilómetro 7 estaba la granja lechera de la United Fruit Company. Tenían cientos de vacas allí para proporcionar leche a todos sus trabajadores.

Luego llegamos a Tela. Tela también está dividida en dos. Estaba Tela Nuevo y Tela Viejo. Tela Nuevo significa Tela Nueva, Tela Viejo significa Tela Vieja. Allí era donde la compañía tenía su sede. Toda la contabilidad se llevaba en Tela, así que en ese momento había bastantes estadounidenses viviendo allí. Tenían un puerto allí, por supuesto, donde se cargaban todos los plátanos en barcos para los Estados Unidos. Hay un río que corre entre las dos ciudades. Tenían un puente muy bueno sobre el río, así que no había dificultad para viajar entre Tela Nuevo y Tela Viejo. Tela Viejo era donde vivían personas que no estaban relacionadas con la compañía, Tela Nuevo tenía casas especiales para todos los trabajadores de la United Fruit Company. Bajamos del tren en Tela Nuevo. El tren luego siguió hasta Tela Viejo, que estaba a sólo cinco minutos más adelante, llegamos alrededor de las cuatro de la tarde, habíamos salido a las siete de la mañana para viajar las 60 millas aproximadamente. Don Alfredo nos había pedido que buscáramos a un hombre que vivía allí, este hombre estaba relacionado con la compañía. De hecho, él era ingeniero del ferrocarril y había estado conduciendo el mismo tren en el que habíamos estado. Nos invitó a ir a su casa, que era abastecida por la compañía en Tela Nuevo. Era el único cristiano que Don Alfredo conocía en Tela. Se había puesto en contacto con él algún tiempo antes y este querido hombre había profesado ser salvo. No sabía mucho acerca de él o su vida desde entonces. Gracias al Señor, había estado siguiendo un camino bastante piadoso. Pronto descubrimos que estaba muy interesado en las cosas espirituales. Cuando bajamos del tren, nos dirigió a su casa, no era muy cómoda, según nuestros estándares. Sin embargo, estaba bien para nosotros en ese momento. Él también tenía algunos niños en ese momento, bastante pequeños, eran niños pequeños que pueden hacer mucho ruido, así que tuvimos mucho entretenimiento esa noche. Cuando llegó a casa del trabajo, pudo darnos más información. Tuvimos que tomar el tren a la mañana siguiente. Para tomar el tren tuvimos que caminar hasta Tela Viejo, que no

era muy grande. Debíamos tomar ese tren hasta La Ceiba, pero este tren no iba directamente a La Ceiba porque era el tren de la United Fruit Company. Sólo iba a un lugar llamado Hilama. Ese era el final del territorio de la United Fruit Company. La Standard Fruit Company tenía su propio territorio que comenzaba allí. Nos levantamos por la mañana, alrededor de las seis, subimos al tren y partimos una vez más. En Hilama, tuvimos que bajarnos y hacer transbordo al tren Standard.

El tren Standard era un tren de vía estrecha. Siempre nos divertíamos haciendo transbordos, ya que había muchos pasajeros que viajaban a La Ceiba y otros lugares. En realidad, no eran trenes de pasajeros; eran trenes de plátanos. Los pasajeros que querían hacer el viaje iban solos, siempre y cuando viajaran con los plátanos. A veces no era muy cómodo, pero uno se acostumbraba, no había alternativas. Estos trenes también llevaban provisiones para los comisariatos del campamento, que eran las tiendas de la compañía que abastecían a los trabajadores con comida y ropa. Se necesita algo de tiempo para descargar los suministros y luego cargar los contenedores de leche vacíos. Mientras el tren esperaba, a veces teníamos tiempo para bajarnos e ir a visitar las casas de la gente para dejar folletos evangelísticos. Si no había tiempo, simplemente repartíamos folletos por la ventana. En aquellos días usábamos miles de folletos. Cuando llegamos a Hilame, cambiamos al tren de la Standard Fruit Company. Seguimos en ese tren, pasando por los campamentos de la Standard Fruit Company, que eran algo similares a los campamentos de la United Fruit. Disfrutamos distribuyendo estos folletos a través de la ventana del tren. También se los dimos a los pasajeros que estaban sentados en los asientos a nuestro alrededor. Recorrimos todo el tren, por supuesto, y repartimos un folleto a cada uno, lo que pareció gustarles. Eso es una cosa: muy rara vez encontré a alguien que rechazara un folleto evangélico; de hecho, parecían estar contentos de recibirla. Al final llegamos a La Ceiba. La Ceiba es un lugar bastante interesante. Era la sede de la Standard Fruit Company. Tenía

todas sus oficinas allí. También tenía un gran comisariato allí. La Ceiba era un pueblo bananero muy parecido a Tela, había mejores casas para quienes trabajaban en las oficinas. En ese momento, había muchos estadounidenses allí. Más tarde, esos estadounidenses se fueron. A medida que los hondureños se volvieron más educados y capaces de tomar el control, más estadounidenses perdieron sus trabajos. Cuando llegamos a La Ceiba, no conocíamos a nadie allí, aunque el hermano Hockings nos había hablado de un hombre llamado Zelaya. Prometimos que trataríamos de buscarlo. Zelaya era un hombre muy importante. Había sido salvo años antes en Guatemala. Había estado en Puerto Barrios. Había habido una misión allí que celebraba reuniones especiales. Zelaya fue una noche a perturbar las reuniones, tuvo una discusión con un predicador y trató de callarle la boca. En cambio, de alguna manera comenzó a interesarse en lo que el predicador estaba diciendo. El Espíritu Santo estaba trabajando en su corazón, convenciéndolo de pecado. Había sido un personaje bastante salvaje en su juventud. A medida que crecía, había tenido problemas con las autoridades y con todos los demás. Se dio cuenta esa noche de que era un pecador ante Dios. ¿Sabes qué? Aceptó al Señor Jesucristo esa noche y fue salvo. Resultó ser un obrero maravilloso y un hombre maravilloso para Dios. Don Alfredo tuvo el gozo de bautizar a Zelaya y a su esposa cuando llegaron a Honduras. Entonces Zelaya se fue de San Pedro Sula y Don Alfredo perdió contacto con él, pero había oído que estaba viviendo en La Ceiba. Prometimos que buscaríamos a Zelaya, lo cual hicimos. Fuimos a un hotel esa noche, que no era muy agradable, pero era adecuado. A la mañana siguiente partimos para ver si podíamos encontrar a Zelaya. Finalmente lo encontramos, después de mucho preguntar. Era muy conocido en ciertos sectores, ya que en el pasado estaba muy ocupado en las cosas de Satán. Ahora estaba ocupado con las cosas del Señor. Estaba testificando del poder salvador de Dios. Por fin, encontramos dónde estaba. Estaba muy contento de vernos y de escuchar noticias de Don

Alfredo y cómo iba la obra en San Pedro Sula. Muy pronto, nos tuvo sentados en su casa. Su querida esposa, Doña María, tenía listo un buen café negro fuerte. Había algunos frijoles negros, arroz y tortillas. Tuvimos una comida satisfactoria allí. Por supuesto, habíamos estado hablando con él acerca de nuestra misión y de cómo íbamos en camino a Trujillo y queríamos ver el Distrito Mosquito. Fue muy servicial, de hecho. Nos dio más información. Nos alojó por la noche. De hecho, nos dio una invitación permanente. “¿Por qué no vienes a La Ceiba? ¿Por qué no vienes a vivir aquí?”, dijo. Aunque no tenía mucho, siempre era para el Señor, dijo. Su principal medio de vida en ese momento era hacer dulces. Hacía los dulces con azúcar, les ponía saborizante, los mezclaba y, cuando terminaba, eran un bocadito muy sabroso. Hacía kilos y kilos de ellos. Cuando tenía 50 o 100 chelines hechos, los vendía al por mayor a las diferentes tiendas. Luego los vendía en los pueblos de los alrededores. Nos dio mucha información sobre la gente de los pueblos. Descubrimos que estaba muy ocupado para el Señor. Estaba muy ansioso de que fuéramos a visitarlo a menudo, si no para quedarnos permanentemente, pasamos un tiempo maravilloso con él. Luego teníamos que seguir nuestro camino hacia Trujillo, así que nos despedimos de él por ahora. El tren que nos llevaría al río Aguán partió alrededor de las 6 a.m., hasta allí llegó el tren de la Standard Fruit Company. Pasamos por más campamentos bananeros.

Él vivía solo. Parecía que tenía su casa en los Estados Unidos, pero podía vivir bien en los Estados Unidos por una extraña razón: era imposible, dijo, encontrar licor en los Estados Unidos sin correr grandes riesgos y pagar mucho dinero por él. No había ningún obstáculo como ése en Trujillo. Se podía encontrar en todo momento y bastante barato. Esa fue la razón por la que nos dijo que vivía allí. Ejerció la medicina durante un corto tiempo. Parecía ser un hombre bastante recto y limpio. Había sólo un inconveniente en su vida: no podía vivir sin licor. Sin embargo, nos invitó a su casa. Tenía mucho espacio, dijo. Nos dijo que lleváramos nuestro

equipaje y nos quedáramos allí unos días con él. Esto lo hicimos con mucho gusto para poder pasar un poco de tiempo en Trujillo para ver cómo estaban las cosas y preguntar sobre otras cosas. Nos pusimos bastante cómodos allí durante unos días. Caminé por el lugar y repartí los tratados evangelísticos a la gente, y descubrí que eran muy amables. Descubrimos que, en algunos aspectos, Trujillo era un poco más fresco que otros lugares. De hecho, soplaba una pequeña brisa todos los días. Empezamos a preguntar sobre el Distrito Mosquito y cómo podíamos llegar allí. Nos dijeron que era a través de Trujillo como podíamos llegar al Distrito Mosquito. Encontramos a un señor muy interesante en la oficina del ferrocarril. También era norteamericano. Él pudo darnos más información que nadie. “Sí”, dijo, “pueden llegar al Distrito Mosquito desde aquí”. Había dos formas de ir, pero la mejor era en barco. Si no en barco, podíamos ir en tren a Seco. Ese era el final del camino. Cuando nos bajáramos del tren, tendríamos que hacer arreglos para contratar un guía y a alguien que llevara nuestro equipaje, lo cual, por supuesto, tendríamos que averiguar por nosotros mismos cuando llegáramos a Seco. Sería bastante difícil, entonces nos pusimos en contacto con quienes sabían algo más sobre los barcos. Encontramos a un hombre que tenía un barco. Nos dijo que de vez en cuando bajaba en su barco y que estaría encantado de llevarme por la costa en cualquier momento en que fueran. Simplemente no estábamos preparados. Lo importante en ese momento era ver cómo era Trujillo. Sin embargo, pensé que intentaríamos hacer ese viaje al Distrito Mosquito en algún momento en el futuro. Había visto suficiente tierra para entender que había una gran necesidad allí. No había misioneros ni se estaba haciendo trabajo evangelístico en ningún lugar por el que habíamos pasado en el viaje a Trujillo, no desde que habíamos salido de San Pedro Sula. “Llegó el momento en que teníamos que salir de Trujillo y regresamos de la misma manera en el ferrocarril a Saba. Ese es el lugar donde se cruza el río para tomar el tren Standard Fruit Company. El tren

que iba de Trujillo a Saba pasaba por Olanchito como ya hemos visto. Luego pasamos por La Ceiba otra vez, y nos alegramos de visitar al hermano Zelaya, y luego a Tela. El viaje a La Ceiba desde Trujillo era de un día o dos de viaje, y de La Ceiba a Tela era de otro día. Finalmente, regresamos a San Pedro Sula, a la casa del señor y la señora Hockings una vez más. En el viaje se había hecho evidente que en esos campos abiertos entre San Pedro Sula, Tela y La Ceiba y luego directamente a Trujillo, había mucho trabajo por hacer. Habíamos decidido que sería bueno ir a vivir a Trujillo y trabajar desde allí, y teníamos, por supuesto, el Distrito Mosquito más adelante. Más tarde supimos acerca de los indios sambo, y que había una gran colonia de indios caribes viviendo también en Trujillo. Vivían a lo largo de la costa hasta la frontera con Nicaragua.

CAPÍTULO 17: *Una Bienvenida Revolucionaria y un Nuevo Hogar Embrujado*

Al regresar a San Pedro Sula, recibimos una carta de un joven llamado Allen Ferguson y su esposa, quienes nos decían que deseaban venir a ayudarnos. Le respondimos diciéndole que había mucho trabajo por hacer. Si Dios los había llamado para que se unieran a nosotros, estaríamos muy contentos de recibirlos. Recibimos una carta de respuesta anunciando su llegada. Esperamos, y finalmente nos avisaron cuándo llegarían a Puerto Cortés. Ellos también venían en barco. Fuimos a Puerto Cortés a recibirlos, Don Alfredo Hockings y yo. Era temprano por la mañana cuando llegaron. Subí a la querida señora, que tenía dos hijos, al tren y los llevé a San Pedro Sula mientras Don Alfredo esperaba para ayudar al joven con el equipaje. De esa manera, pudimos evitar las malas experiencias con la aduana que Nettie y T tuvieron cuando llegamos a Puerto Cortés. Luego, uno o dos días después, llegó Don Alfredo con el joven y sus maletas. Después de hablarlo, Allen y yo decidimos viajar a Trujillo para que viera con sus propios ojos cómo estaba el terreno. Subimos al tren por la mañana, muy temprano, por supuesto, para ir a tomar el otro tren a Tela, pero había bastante gente. Iba abarrotado. Apenas encontrábamos sitio, cuando Allen me gritó: "¡Perdí mi cartera!". No sé si le habíamos aconsejado que tuviera cuidado o si un ladrón le robaría la cartera, el dinero, los papeles y todo lo demás, pero eso fue lo que le pasó. Yo estaba sentado, asomé la cabeza por la ventanilla y grité a todo pulmón: "¡Ladrón, ladrón! ¡Tiene nuestra cartera! Está aquí dentro, ¡Policía, venga!". Al poco rato, alguien se levantó y dijo: "¿Es esta la cartera que se perdió? La encontré aquí tirada".

Si ese hombre realmente la encontró y no la robó es otra cosa, pero allí estaba la billetera con todo el dinero y todos los papeles. Ese joven aprendió una lección, una lección que jamás olvidaría. En el futuro, siempre estuvimos atentos a guardar nuestras billeteras en un lugar donde un ladrón tuviera dificultades para encontrarlas. Llegamos a Trujillo, echamos un vistazo y decidimos que era el lugar para nosotros. Encontramos una casa para alquilar que sería adecuada para que viviéramos las dos familias. Estaba entre Trujillo y Cristales. Cristales era un pueblo caribe. Los caribes son gente interesante, como veremos. Alquilamos la casa e hicimos arreglos para mudarnos en dos semanas. Pronto regresamos a San Pedro Sula. Mientras tanto, fuimos a Puerto Cortés con el hermano Hockings para asistir a unas reuniones allí. Mientras estábamos allí estalló una revolución. No pudimos regresar a San Pedro Sula por un tiempo. Habíamos dejado allí a Nettie, a nuestra hija Margaret y a esta otra querida señora con sus dos hijos. Por fin, nos dijeron que la revolución había terminado. El ferrocarril se reabrió para que pudiéramos regresar a San Pedro Sula. No sabíamos qué esperar, pero sabíamos que varias personas habían muerto. El partido rebelde había perdido. El gobierno había recuperado el control. Cuando llegamos a nuestra casa alquilada, apenas conocíamos el lugar. Había muchas barricadas. Nettie había resistido bien la prueba. Incluso había colocado algunas barricadas con mantas y alfombras gruesas. Hizo un lugar para Margaret en el baúl del armario sacando algunos cajones. El baúl era bueno y resistente. Luego, con una cuerda gruesa, ató algunas mantas al techo y las dejó colgando. La idea era que, si una bala entraba en la casa, impactaría en esas mantas y perdería su fuerza. Nos alegramos de saber que estaban bien. Habían superado la prueba con éxito, solo un poco conmocionados, un poco asustados. Hubo días en los que fue imposible comprar comida. Gracias a Dios, tenían todo lo necesario. Arreglamos todo de nuevo, pero estábamos más emocionados por ir a Trujillo; teníamos mucho que hacer para

prepararnos. Empezamos a hacer los preparativos necesarios. Teníamos algunos muebles, baúles, cajas y varias cosas más para llevar, así que decidimos ir en barco en lugar de tomar el tren.

Encontramos un barco que iba de Puerto Cortés a Trujillo y reservamos pasaje. Cargamos nuestras pertenencias y salimos de Puerto Cortés por la noche. Al principio fue una navegación agradable, pero se desató una tormenta, no un huracán del todo, pero casi. El viento, el mar y la lluvia azotaban a la vez. El barco se zarandeaba. Algunos nos mareamos. El mar embravecido no me enfermó, pero me enfermé de todas formas. Tuvimos que pasar la mayor parte del tiempo en nuestras literas. Nuestras literas eran muy pequeñas y poco cómodas, y nuestra pequeña Margaret estaba arriba, en la litera de arriba, jugando. ¿Y qué hizo? Saltó sobre mi estómago. Eso actuó como una bomba y subió el contenido de mi estómago. Cuando navegamos cerca de La Ceiba, el capitán nos informó que no podía quedarse en el puerto esperando que pasara la tormenta. En su lugar, se dirigía a una de las islas frente a la costa de Honduras. Nos quedaríamos allí hasta que pasara la tormenta. ¿Cuánto tiempo tardaríamos?, le preguntamos. No supo decirlo, pero probablemente tardaría más de dos semanas en llegar a Trujillo. «Pero», dijo, «si quieren, los desembarcamos en La Ceiba y desde allí pueden ir en tren a Trujillo». Eso fue lo que decidimos hacer, pero fue todo un suplicio. Estábamos en La Ceiba temprano por la mañana. No había instalaciones para desembarcar un barco tan pequeño. Los pasajeros tenían que ir al muelle por escalera, pero la escalera no se quedaba en su sitio. En realidad, no era culpa de la escalera; era el mar el que no se quedaba en su sitio. A veces estabas muy arriba, cerca del muelle, otras veces muy abajo, según el oleaje. Los marineros explicaron el procedimiento para desembarcar: un marinero bajaría primero. Sabía cómo hacerlo. Debía agarrar la escalera de hierro con las manos mientras otro marinero de abajo lanzaba a los niños a un hombre que los agarraba y se los pasaba a alguien más arriba en la

escalera. Era digno de ver, subimos a los niños bastante bien, luego llegó el turno de las señoras. Agarró a Nettie y, con brazos fuertes, ese marinero subió los peldaños hasta que el otro hombre... En la cima la agarró. Así fue como aterrizamos. Cada uno en su turno. Finalmente, pisamos tierra firme en La Ceiba. ¿Y qué creen? Otra revolución estaba en marcha en La Ceiba. Allí estábamos como patos ahogados, y creo que el color de nuestras caras se había vuelto verde. Nos indicaron dónde podíamos encontrar un motel, no muy lejos.

Solo llevábamos nuestro equipaje de mano, ya que todo lo demás estaba en la pequeña lancha para ir a las islas a esperar la tormenta. Un día, quizá la semana siguiente o la siguiente, nos dijeron que la lancha llegaría con el equipaje a Trujillo. Llegamos al motel y, ¡vaya!, ¡qué alegría tenerlo allí y poder comer y beber! No sabíamos si podríamos seguir adelante debido a la revolución. Solo teníamos que esperar, pero uno se acostumbra a esperar en esa parte del mundo. Pasamos la noche allí y al día siguiente nos informaron que el tren podía llevarnos hasta donde llegara. Eso era, por supuesto, hasta el río, que había que cruzar en una pequeña lancha para llegar a Saba. Cuando llegamos, cruzamos el río sin problemas y finalmente llegamos a un lugar donde pudimos alojarnos. No era exactamente un motel, pero de todos modos tenían alojamiento y nos alojaron. El amable hombre fue muy amable con nosotros. Nos informó que el día anterior hubo muchos tiroteos y que varias personas habían muerto, y que no habría tren de pasajeros. Dijo que nos haría sentir lo más cómodos posible y que no podíamos hacer otra cosa que esperar y esperar. Sin embargo, mientras nos preparábamos para pasar la noche y empezaba a oscurecer, oímos un tren. Salimos a verlo pasar. Era un tren bananero. Un tren bananero grande, largo y pesado. El furgón de cola apareció al detenerse el tren, y un hombre gritó: "¿Dónde está el cónsul estadounidense? ¿Es usted el cónsul estadounidense?". "No", dije, "no lo soy. Ojalá lo fuera ahora mismo". "Bueno", dijo, "tengo órdenes de recoger al cónsul estadounidense y llevarlo

a Trujillo. "¿Dónde está?". Le aseguré que no había visto a ningún cónsul estadounidense y que venía de La Ceiba ese día. Lo convencí de que yo no era el cónsul estadounidense y de que el cónsul estadounidense no estaba allí. "Bueno, ¿adónde va?". dijo, "¿Qué están haciendo en esta línea?" Él era estadounidense. Así que se lo dije. Le dije que mi esposa estaba aquí y otro caballero con su esposa y dos hijos y nuestra propia hija pequeña y que queríamos ir a Trujillo. "Sáquenlos", dijo. "Súbanlos al furgón de cola tan pronto como puedan. No puedo esperar aquí, quiero salir de esto lo más rápido que pueda mientras haya un poco de paz, al menos". Pusimos a las familias en fila y las subimos al furgón de cola de este tren. La familia de Allen no estaba acostumbrada a viajar en furgones de cola, ni tampoco en un tren banana. Lo primero que supimos fue que varios estaban despatarrados en el suelo. Tuvimos que enseñarles que tenían que sentarse y agarrarse fuerte. Este no era un tren de pasajeros, era un tren banana. Cuando viajas en un tren banana, tienes que agarrarte fuerte.

El tren solo llegaba hasta Puerto Castillo. Allí descargaba los plátanos. Había un pequeño tren de pasajeros que seguía hasta Trujillo. Paramos en Puerto Castillo a altas horas de la noche y nos indicaron dónde podíamos dormir. Llovía a cántaros. Una buena lluvia tropical podía empaparte en cuestión de minutos. Llegamos a la puerta y, como era tarde, estaba todo cerrado. Llamamos y llamamos y llamamos y llamamos. Por fin, un señor nos abrió. Por suerte, también era estadounidense. No sabíamos quién era en ese momento, pero pronto lo supimos. Nos informó que la dueña del lugar no estaba, pero que él se encargaría de todo mientras ella no estaba y que estaría encantado de alojarnos si pudiera, pero no sabía cómo porque el lugar estaba casi lleno. Nos invitó a pasar de todos modos y nos consiguió algo de comer. Trajo pan y leche condensada y lo vertió sobre el pan, y ¡vaya!, todos los niños se alegraron de verlo. Lo comieron con gusto. También tomamos café. Finalmente, después de hacer algunos cambios, nos dijo que creía que podía prepararnos algo para pasar la noche. Aunque

no fue muy cómodo, al menos dormimos bien. Este estadounidense se llamaba Sr. Marston. Estaba convaleciente. Se estaba recuperando de haber sido herido con un machete (una espada grande y pesada, usada en Honduras como hacha multiusos). Casi había perdido la vida. Nos levantamos por la mañana y tomamos el tren a Trujillo. Cuando llegamos a Trujillo, solo teníamos nuestro equipaje de mano. Subimos a la casa que ya habíamos alquilado. Allí nos pondríamos lo más cómodos posible, dadas las circunstancias. Dejamos a nuestras esposas e hijos en la estación de Trujillo, mientras Allen y yo salíamos a ver la casa, pero ¡qué sorpresa!, al llegar, la encontramos ocupada. Había llegado alguien que quería alquilarla y el propietario se había olvidado por completo de nosotros. Es lo normal en esos países. El primero en llegar, el primero en ser atendido. Nos quedamos sin dónde vivir. Al preguntar, nos hablaron de una casa vacía no muy lejos. Quizás, dijeron, si encuentran al dueño, podrían alquilarla. Encontramos al dueño; no era mucho, pero con nuestras esposas e hijos en la estación de tren, dimos gracias a Dios por esta casa vacía. Era suficiente para las dos familias, al menos por el momento.

Regresamos a la estación y luego, con el equipaje de mano, caminamos cuesta arriba, pasando por la cárcel y un trecho más allá, hasta la casa. Claro que no llevábamos ropa de cama. Solo teníamos lo que podíamos llevar en las manos, pero en el trópico, sobre todo en ciertas épocas del año, no se necesita mucha ropa de cama. No hace frío extremo, aunque a veces sí hace mucho calor. Tuvimos dos gastos. Las señoras los pagaron. Los niños, Allen y yo, dormimos bien en el suelo; estuvimos bien esa noche. Descubrimos que allí no había que pasar hambre. Los vendedores ambulantes se acercaban a la puerta ofreciendo tortillas, carnes y otras cosas. Por la mañana, bajamos y compramos ollas, sartenes, una cafetera y otras provisiones, y nos pusimos lo más cómodos posible. Por supuesto, estábamos esperando el barco con nuestras pertenencias. La tormenta finalmente pasó, pero el barco no llegó. Pasó una semana y el barco no

llegó. Pasaron dos semanas y el barco no llegó. A la tercera semana, llegó el barco. Qué contentos estábamos, bajamos, hicimos los arreglos, conseguimos los muebles y los baúles y arreglamos todo. No se podría decir que fuera un lujo, pero era bastante cómodo por el momento. Gracias a Dios, al menos teníamos techo. Entonces oímos que había otra casa en alquiler en el centro de Trujillo. Habíamos oído que podíamos conseguirla barata. Fuimos a investigar y descubrimos que era cierto. Era un edificio viejo de dos plantas y bastante sólido. La planta baja constaba de una gran sala al entrar, que daba al comedor y luego a la cocina. Arriba, había seis dormitorios y un baño. Vimos posibilidades. Enseguida decidimos que la planta baja sería un buen lugar para celebrar reuniones, y así fue. Arriba, había espacio de sobra para las dos familias. De hecho, podríamos instalar una segunda cocina allí arriba, lo que finalmente hicimos, pero lo más maravilloso de todo era el alquiler. Podíamos conseguirla completa por 25 dólares al mes, pero pronto descubrimos por qué era tan barata. El lugar estaba embrujado. Una casa embrujada no se alquilaba muy bien, pero eso no nos afectó mucho. A veces, sin embargo, teníamos la oportunidad de preguntarnos: «En fin, ya teníamos nuestros muebles y baúles y nos mudamos a ese maravilloso lugar». Debido a la revolución, había bastantes soldados en Trujillo. Hubo elecciones, y el partido que perdió no quisoirse; esa fue nuestra bienvenida a Trujillo.

CAPÍTULO 18: *La Ley de la Jungla de Mosquitos*

Los soldados tenían su cuartel general en la escuela, justo al lado de donde estábamos en Trujillo, así que los invité a una reunión evangelística. Les dije que no habría sitio para sentarse. Vinieron, como era de esperar. Nos metimos como 50 personas en esa sala; solo un espacio para estar de pie y nada más. Les predicamos la crucifixión de Cristo. Parecían disfrutarlo. Al menos era una distracción para ellos, ya que estaban sentados todo el día. Les proporcionamos abundante comida y folletos evangelísticos. Pronto, el nuevo gobierno asumió el poder sin luchar y perdimos nuestra congregación. Todo parecía estar tranquilizándose. Allí estábamos en Trujillo con Allen Ferguson, su esposa y sus dos hijos, Nettie, nuestra hija Margaret y yo, en una casa enorme. Era hora de ponernos a trabajar también. Teníamos un territorio extenso que trabajar y no sabíamos mucho sobre él. Salíamos en tren por la mañana a un campamento, nos bajábamos allí y repartíamos folletos. Regresábamos a Trujillo en tren el mismo día. Dedicábamos bastante tiempo a ese tipo de trabajo. Nos turnábamos para salir: yo una semana y Allen otra. Mientras Allen estaba fuera, yo estaba ocupado en Trujillo repartiendo folletos de casa en casa y libros de los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Habíamos recibido bastante literatura de la Misión de Donaciones Bíblicas de Londres. Fueron de gran ayuda en la obra. Pasé mucho tiempo en la aldea caribe de Cristales. Cuando llegaba mi hora de salir, solía recorrer La Ceiba y pasar la noche allí con el hermano Zelaya, donde celebraba una reunión. Durante el día tenía tiempo suficiente para visitar y distribuir folletos en esa ciudad. Había otro lugar llamado Sonaguera, a medio camino entre La Ceiba y Trujillo. Habíamos oido que podría haber interés allí porque el hermano Zelaya lo

había visitado con frecuencia. Iba con sus dulces, llevaba unas 50 libras y los vendía en las tiendas locales. También distribuía folletos evangélicos, y así se despertó un poco el interés. Había estado hablando con bastantes personas. Finalmente, salí y pasé un rato allí. Otras veces iba a Olanchito. Olanchito era un lugar difícil por la distancia. Al llegar, era mediodía, así que hacía muchísimo calor. Generalmente, salía a visitarlos después de bajar del tren y comer algo. Encontramos a algunas personas muy interesadas en el evangelio e intentamos encontrar un lugar donde pudiéramos predicar. Oramos mucho por ello, y el Señor nos abrió el camino. Había otros lugares que pasábamos mucho tiempo explorando, por ejemplo, Saba. Allen y yo fuimos a Saba a repartir folletos, pero no quedaba mucha luz. Encontramos una casa vieja y vacía y preguntamos si podíamos alquilarla para tener un refugio durante la noche, y lo hicimos. Llevábamos nuestras hamacas. Generalmente las llevábamos, así podíamos colgarlas en cualquier lugar. Incluso si no se encuentra un edificio, tal vez habría un árbol. Colgamos nuestras hamacas en esa casa y nos estábamos acomodando para pasar la noche cuando mi compañero gritó. Saltó de su hamaca y aterrizó en el suelo. No sabía qué pasaba. Supongo que no sabía mucho más que yo. Verás, había alacranes allí, los alacranes son escorpiones. A veces se caían del techo. En realidad, la casa no tenía techo, solo un tejado hecho de hojas de palma. Era Estaba techado con hojas de palma, lo que lo protegía bastante bien de la lluvia. Sin embargo, cuando los techos empezaban a envejecer, después de tres o cuatro años, empezaban a tener goteras. La lluvia caía sobre uno durante la noche y había que cambiar de cama muchas veces. Esa noche en particular, había algo más sólido que la lluvia. Cayó con un golpe fuerte en su hamaca. Claro que un alacrán no sería un buen compañero de cama, de eso puedes estar seguro, y no le hacía ninguna gracia la posibilidad, así que se levantó. Fue prudente al hacerlo porque esas cosas pueden picar.

Ya he tenido experiencia con eso antes. Al agacharte para coger un trozo de leña para encender el fuego, por ejemplo, había que tener mucho cuidado. Una vez no tuve suficiente cuidado. Un escorpión me puso una inyección justo debajo de la uña. Fue como si te clavaran una tachuela de alfombra con un martillo. Lo primero que uno hace naturalmente es llevarse el dedo a la boca y soplar. Lo hizo, y durante más de cinco minutos corrí en círculos por el suelo con ese dolor horrible, porque es un dolor horrible. Después de ese susto inicial, hay que esperar un tiempo considerable hasta que el dolor disminuya. Tarda bastante en desaparecer. Algunos de esos escorpiones son peores que otros. Hay tipos especiales que son realmente peligrosos. Se sabe que han matado a gente con su picadura. En otras ocasiones, se te queda la boca llena de ruido y apenas puedes hablar; hay que tener cuidado también por la mañana porque nunca se sabe dónde vas a pisar. Otra cosa es que tienes que tener la hamaca bien atada. Si no, se te va a caer y te vas a caer con ella. Yo también he tenido esa desagradable experiencia. Te derriba de golpe. Te frotas un buen rato después. Aprendí a ocuparme de todo esto después de un poco de experiencia; esa fue nuestra vida durante un tiempo en Trujillo. Pudimos tener reuniones individuales y empezar reuniones regulares. Había estado visitando a los caribes con bastante frecuencia, y por fin conseguimos madera e hicimos unos bancos. Eso es algo que un pionero tenía que hacer. No había nadie más que lo hiciera, así que tuve que arreglar un lugar para que la gente se sentara. Conseguimos madera y los pusimos en unas cuerdas, y bueno, era mejor que nada. Invitamos a la gente a venir y, efectivamente, vinieron algunos, y entonces empezamos a cantar. No soy cantante, pero mi esposa Allen y su esposa Lily cantaban bien, así que de esa manera pudimos atraer gente y, con el tiempo, llenamos esos bancos. Los invité a volver el domingo siguiente para otra reunión. Durante la semana salíamos de visita. Había interés en algunos campamentos bananeros. Íbamos con los evangelios o folletos evangélicos, visitábamos

cada casa, dejábamos uno allí e intentábamos, si era posible, conversar con quien viviera en la casa. Pronto nos conocieron a medida que pasábamos. No fue difícil encontrar un lugar para hablar con varias personas a la vez, porque las residencias que la compañía bananera les había construido tenían espacio abajo. La gente vivía arriba, a unos 2.7 o 3 metros del suelo, sobre postes. Si había una tormenta o llovía en la temporada de lluvias, había mucho espacio para que el agua se acumulara debajo. He conocido a gente que tuvo que subirse al mismo tejado de sus casas para resguardarse del agua. Se subían a las vigas y quitaban parte del techo de zinc para subir al tejado porque el agua subía demasiado. De esa manera, pudieron salvarse hasta que llegara un bote de rescate a recogerlos. No había luz eléctrica, así que compramos una lámpara de gasolina marca Coleman. Era toda una atracción, ya que en aquellos campamentos no había luz de ningún tipo. La luz atraía su atención. Empezábamos a cantar y enseguida la gente se reunía. Ya habían reservado lugares para sentarse debajo de la casa. Había buena sombra y un buen refugio allí abajo, así que teníamos lugares para celebrar las reuniones sin mucha dificultad. Nos topamos con muchos personajes notables mientras vivíamos en el distrito de Trujillo. En su mayoría eran estadounidenses que venían de Estados Unidos por diversas razones, a veces para escapar de la ley. Era un buen lugar para esconderse. Estaba el Sr. Marston, quien, como mencioné antes, fue descuartizado en un ataque con machete. Era un personaje muy conocido en su juventud, pero era un caballero y estadounidense. Desconozco las circunstancias que lo llevaron a Honduras.

Él y otros dos hombres, un irlandés llamado Tom Néstor y otro estadounidense al que nunca tuve el placer de conocer, se reunieron y delimitaron un terreno en tierra de nadie. En el límite de los terrenos de la United Fruit Company, más cerca de Nicaragua, había mucho terreno descampado. Estos tres hombres pensaron en delimitarlo, cultivar plátanos y venderlos a la compañía bananera para que los enviaran a Estados

Unidos. Mucha gente ya lo hizo. Compraron una parcela grande y comenzaron a desbrozarla; primero construyeron una casa y arreglaron todo para al menos estar un poco más cómodos. Necesitaban obreros y estaban a punto de buscarlos cuando un grupo de hombres llegó cerca de donde habían construido su casita. Preguntaron cómo llegar a Puerto Castillo, donde, según dijeron, buscarían trabajo. Marston y Néstor les dijeron que no necesitaban ir más lejos; podían darles trabajo, había mucho que limpiar y preparar para la siembra de los bananos. Los trozos de plátano son la raíz de la que crecen los bananos, y con el tiempo dieron trabajo a este grupo de hombres. No estoy seguro de cuántos eran. Como vivían tan lejos de la civilización, era costumbre que el Sr. Marston o uno de los otros dos hombres fuera a recibir el tren en Seco. El tren salía de Puerto Castillo dos veces por semana en aquellos tiempos. Pedían provisiones y recogían lo que traía el tren. En esta ocasión, le tocaba a Tom Néstor partir. Tom fue, y el tren llegó, pero no había provisiones; no llegó nada. En tiempos normales, habría esperado el siguiente tren en dos o tres días, pero de alguna manera, sintió que debía regresar a casa. Así que emprendió el regreso. No estoy seguro de cuánto tiempo tardó el viaje, probablemente varias horas. Al acercarse al campamento, vio algo que le llamó la atención. No pudo distinguir qué era hasta que se acercó aún más. Al acercarse, vio a un hombre en el sendero. Era uno de sus compañeros, el Sr. Marston. Evidentemente, estaba herido, pues estaba ensangrentado y la sangre le manaba a raudales. Tom Néstor hizo lo que pudo por él. Encontró unas ramas de árbol y se construyó un pequeño refugio para protegerse del fuerte sol tropical que caía con fuerza. Lo puso lo más cómodo posible. Luego fue a buscar ayuda, pero al acercarse al campamento, vio una cabra parada en la entrada. Habían comprado cabras para la leche, pero la cabra no solía estar en la entrada, así que Néstor se preguntó qué le pasaba. No había señales de vida. Al acercarse y dirigirse a la puerta, encontró a su otro compañero, el otro estadounidense, muerto,

con un machete. Tenía grandes cortes por todo el cuerpo, y allí yacía. Tom no sabía qué hacer. Lo mejor que podía hacer, pensó, era regresar de inmediato a Seco y ver si encontraba ayuda allí. Partió. Había llevado agua para que el Sr. Marston pudiera beber. En Seco, informó a las autoridades de lo sucedido. Se dispuso que un vagón de la Cruz Roja viniera y llevara al Sr. Marston al hospital. Tras recomponer la información, las autoridades dedujeron que los hombres que habían estado trabajando para el Sr. Marston y sus socios creían tener dinero. Aprovecharon la ocasión, cuando uno de ellos se fue, para entrar en la casa a ver qué encontraban. Por supuesto, encontraron cierta resistencia, y el resultado fue que esta banda de hombres había matado al estadounidense.

También habían dejado al Sr. Marston medio muerto en el camino, lejos de la casa. Las autoridades cavaron un hoyo y enterraron al estadounidense, y llevaron al Sr. Marston al hospital. Había comenzado una infección y se habían introducido gusanos en la herida, pero eso fue lo que le salvó la vida, según pensaron los médicos. Habían evitado la infección. El Sr. Marston tuvo que pasar un tiempo considerable en el hospital. Cuando lo conocimos, estaba convaleciente. Había recuperado algo de fuerza. Tuvo que tomarse la vida con mucha calma, y tuvimos el placer de invitar a ese querido hombre a nuestra casa y guiarlo hacia el Salvador. Escuchó con mucha atención. Siempre he recordado una observación que hizo: «Si [pensara eso]», dijo, «creo que subiría al tejado y, con todas mis fuerzas, recomendaría a todos que vinieran al Salvador». Con el tiempo, lo conocimos mejor. A menudo teníamos largas conversaciones con él. Tuvo que dejar la plantación bananera, pero en su época fue soldado y recibía una pequeña pensión. Al sentirse más fuerte, viajó a San Pedro Sula y, mientras caminaba por las calles, se encontró con una "exesposa". Se había casado con ella hacía años, pero por alguna razón se separaron. Nunca se divorciaron. Ella se alegró de verlo y volvieron a estar juntos. Esa querida mujer fue un gran apoyo para él en su debilidad. Con el tiempo, ese

querido hombre recibió a Cristo como su Salvador y asistía a menudo a las reuniones en San Pedro Sula mientras vivía allí. Luego, con el tiempo, se fue debilitando y regresó a casa para estar con el Señor, lo cual, sin duda, fue mucho mejor. Su compañero, Tom Néstor, era ahora el único que quedaba de los tres para cuidar la plantación bananera. Contrató a un hombre más joven para que lo ayudara con las tareas domésticas, especialmente para cocinar y otras cosas, mientras Tom se ocupaba de supervisar la plantación. En una ocasión, Tom Néstor salió a cazar. Le disparó a un animal y lo trajo al campamento alrededor de las dos de la mañana. Despertó a este joven y le dijo que se levantara y vistiera al animal. Él dijo: "Sí, lo haré bien", y fue a buscar el machete. Tom Néstor sintió algo muy caliente en sus dos piernas, y allí estaba este joven con el machete cortándole las piernas, los brazos, la cara, por todas partes. Dejó a Tom medio muerto. De hecho, creo que el joven pensó que lo había matado. Huyó, y allí estaba Tom Néstor, abandonado en ese lugar solitario, con la sangre fluyendo de sus heridas. Tuvo el suficiente sentido común como para acercar un cubo de agua cerca de donde yacía, esto fue lo que lo mantuvo con vida.

Tomó el colchón de la cama, le quitó el relleno y tapó las heridas con él. Yacía allí prácticamente inconsciente, incapaz de hacer nada más por sí mismo. La única esperanza que le quedaba era que había arreglado que alguien viniera a ver un cerdo que tenía en venta. Este hombre debía venir en dos días. Mientras yacía allí sufriendo, llenando sus heridas con el viejo colchón y bebiendo un sorbo de agua de vez en cuando, se mantuvo con vida. Finalmente, este hombre vino a ver al cerdo. Al ver la situación, viajó a Seco para pedir ayuda, y finalmente ingresaron al viejo Tom Néstor en el hospital de la compañía en Puerto Castillo. Permaneció allí mucho tiempo. Los médicos hicieron lo que pudieron por él, y finalmente pudo ponerse de pie con la ayuda de un bastón. Estaba débil, pero podía desplazarse bastante bien. Esa era su condición cuando lo conocimos. Era

irlandés, católico romano irlandés. Pueden ser los más difíciles de penetrar con el evangelio. Es casi imposible tocarlos. Tienen su propia religión. Sobre mi esposa, dijo una vez, sería la mejor mujer del mundo, una mujer maravillosa, si no fuera por su religión. Tom había sido un buen amigo de la compañía, así que esta había hecho arreglos financieros para cuidarlo hasta el día de su muerte. Vivió varios años. A veces, tuve el placer de reunirme con él, hablar con él, pero eso era todo. El Sr. Marston se había ido, el viejo Tom Néstor se había ido, y el otro estadounidense se había ido. Eso es lo que sucedió en esa parte del mundo.

CAPÍTULO 19: *Pioneros en Trujillo con una compañera*

Oh, Trujillo, donde pasamos 10 años emocionantes de nuestra vida, mientras vivimos 52 años en Centroamérica, sin un solo momento aburrido. Ah, sí, eso fue Trujillo. El solo pensar en ese lugar me trae muchos recuerdos muy gratos, y también, al mismo tiempo, algunos no tan gratos. Trujillo, donde las balas del fusil de un soldado cayeron justo donde nuestras dos hijas y algunos de sus compañeros habían estado jugando un momento antes. Trujillo, donde forcejeé con un hombre para evitar que matara a su hija, quien lo había deshonrado, mientras mi esposa corría, llegaba a su cama, levantaba el colchón, agarraba el revólver y lo usaba para que no pudiera usarlo. Sí, Trujillo, ese lugar que nunca podremos olvidar. Y gracias a Dios, se hizo mucha obra para la eternidad en ese mismo lugar. Sí, Trujillo, ese era el lugar donde se nos tenía en alta estima, pero antes de eso, teníamos que demostrar nuestra valía. Hay algo que tiene un misionero pionero en un lugar donde ningún otro misionero ha estado: debe demostrar su valía. Debe demostrarle a la gente que no es un sinvergüenza. Que ellos sepan, puede que sea un ladrón. Puede que sea el peor hombre del mundo. ¿Cómo lo sabrían? Necesitan pruebas. Por lo tanto, el misionero debe ser alguien dispuesto y capaz de asumir una postura humilde a veces. Debe demostrarles a esas personas su obra; si no, ¿cómo podrían esperar depositar su fe y confianza en lo que dice? Como me explicó un hombre una vez, ya nos han engañado antes y no queremos que nos vuelvan a engañar. Esa fue una sabia decisión.

Demostrar tu valía es lo primero que hay que hacer, y eso es lo que mi esposa Nettie y yo nos propusimos hacer desde el principio en Trujillo. En el futuro, de una cosa estoy seguro: mi esposa recibirá una rica recompensa

en el cielo. ¿Para qué sirve una esposa? Para ayudarla, pero a veces una ayuda puede incluso más que un hombre. Mi esposa empezó para demostrar su valía a la gente. Caminó diez kilómetros durante semanas para atender a dos pobres niñas que se morían de tuberculosis. No se podía hacer nada por ellas; recuerden, no había médicos, ni enfermeras, ni ayuda. Estaban condenadas. Lo único que se podía hacer era consolarlas con algo de comida nutritiva, medicinas, leche y cosas así. Caminó esos diez kilómetros durante semanas, temprano por la mañana, sobre las cinco, después de alimentar a nuestra pequeña Margaret, y regresaba a tiempo para continuar con sus tareas domésticas. Eso fue lo que atrajo la atención de la gente. Eso fue lo que les abrió los ojos. Eso fue lo que les demostró que era real. No se dejarían engañar. Pero, claro, eso no les sentó nada bien a algunos, sobre todo al sacerdote católico. Un domingo por la mañana, dio un sermón tremendo sobre la peligrosa serpiente que había entrado en la comunidad. Era mi esposa. Sí, era una mujer terrible. Iba a destruir a todo el pueblo. El sacerdote había intentado engañar a la gente hasta tal punto que los principales indígenas caribes de Cristales, la ciudad gemela de Trujillo y sede de los caribes, todos vestidos con sus mejores galas fueron a verlo y le dijeron claramente que, si volvía a hablar en contra de nosotros, habría problemas. Lo dijeron con toda claridad, de hecho. Como resultado, no hubo más problemas. La siguiente vez que Nettie llegó a esa aldea, vio a un caribe detrás de ella, y delante de ella a otro caribe. La estaban cuidando, ¿por qué? Porque le dijeron al sacerdote: «Aquí hay una señora que ha venido entre nosotros y está ayudando a los pobres. Se interesa por los enfermos. Hace todo lo posible por ayudarlos. ¿Y saben qué? No acepta ni un centavo por lo que hace». Ah, eso los conmovió. Sí, la oposición al evangelio fue superada por los caribes. «Nos recibieron con alegría y la noticia se extendió por todas partes, de modo que cuando entré en una de esas aldeas caribes, si escuchaba con atención, podía oír: «Este es Don Juan, el esposo de Doña Nettie». Y esa parecía ser la palabra clave,

esa era la carta de recomendación, estábamos bien. No éramos embusteros. No éramos sinvergüenzas, no éramos ladrones.

No estábamos allí para quitarles su dinero. Y el Señor usó su palabra entre esa querida gente. Además, en Trujillo había algunos árabes. Los árabes eran en su mayoría de Palestina. Algunos de ellos habían ido a una escuela cristiana allí, mientras los británicos tenían el control de esa tierra. Luego, las leyes cambiaron y muchos de ellos vinieron a Centroamérica. Eran los empresarios; tenían las grandes tiendas y eran los comerciantes. En cuanto al evangelio, no parecían saber mucho al respecto. Así que hubo un poco de oposición. A veces, al pasar por los pueblos, al encontrarnos con algunas de esas personas; bueno, no nos dieron una bienvenida cordial. Pero el Señor intervino y abrió el camino entre ellos. Había dos o tres familias árabes viviendo en Trujillo. Uno de los miembros de la familia era Doña Florinda. Había comenzado a asistir a las reuniones, pero no podía entender muy bien. Sentía que se introduce demasiado pecado en el discurso. Se hablaba demasiado del castigo por el pecado. Ese tipo de conversación incomoda a la gente, pero es algo muy necesario de lo que hablar, primero que nada, y solo entonces guiarlos a aquel que puede salvarlos del castigo del pecado. Esta querida señora y algunas de sus hijas asistían a las reuniones. A veces decía que no volvería. Decía que no entendía. Don Juan leía de este libro y muy rápidamente pasaba a otro libro, se quejaba, con el paso del tiempo, algunos miembros de su familia desarrollaron una enfermedad, fiebre tifoidea. Tres o cuatro de ellos enfermaron de fiebre, no había médico ni enfermera en esa ciudad. Había muy pocos que supieran algo de medicina. Solo contaban con los brujos entre los caribes. Cuando mi esposa supo que doña Florinda estaba en problemas, fue a visitarla. Descubrió que no tenía ayuda. Lo poco que tenía se había escapado. Tenían miedo de esa facilidad. Tenía una gran tienda que atender y una familia. Entonces, mi esposa se ofreció a ayudar. "¿Cómo puede ser eso?", dijo doña Florinda. "Esta es una enfermedad muy

peligrosa, muy contagiosa. No creo que debas hacer lo que quieres hacer". "No importa", dijo mi esposa. "Está bien. El Señor me dará la protección". Así que, muy bien, se quedó allí. No puedo decirte cuántos días, pero se quedó hasta que todos estuvieron fuera de peligro. Eso fue lo que abrió la puerta para el evangelio entre esa querida gente, los árabes. Muy pronto, toda esa gran familia confesó ser salva y se ha mantenido fuerte durante todos estos años como una ayuda maravillosa en la obra.

La noticia de los actos de Nettie "llegó muy lejos en el camino y, a veces, [se encontró con él

La noticia de los actos de Nettie "llegó muy lejos y, a veces, [me encontré con ella] Tuve la oportunidad de hacer algunos negocios en San Pedro Sula en una de las grandes tiendas. Cuando llegó el momento de pagar la cuenta, me dijeron que me harían un descuento del 10% al 15%. "Sabemos lo que le hicieron a nuestra gente en Trujillo", dijeron. De esa manera teníamos ventajas, pero, por supuesto, no vivíamos para eso; vivíamos para la salvación de las almas, y muchas de esas queridas personas también vinieron a los pies del Señor Jesucristo. Un domingo por la tarde, años después, estaba sentado esperando la reunión cuando llegó un auto. El auto se detuvo. Un caballero y su esposa salieron. Eran importantes empresarios de San Pedro Sula. Tenía una petición que hacer. "¿Qué era?" Pregunté. ¿Podría orar por ellos, por favor? Estaban en dificultades económicas. Me explicaron que muchos árabes de allí son millonarios en los negocios. Ahora estaban en dificultades. ¿Oraríamos por ellos? Sí, ¿por qué no? Claro. Así que oramos por ellos y se fueron. Poco después recibimos la noticia de que todo se había arreglado. No habían perdido el medio millón, después de todo. Creemos que esa querida señora también va camino al cielo. No solo ella, sino también su hermana. Con esto, el Señor abrió el camino para una obra entre ese querido pueblo árabe. Trujillo, sí, Trujillo. Además de las diversas tribus indígenas y los árabes que viven en Honduras, están los ladinos, una mezcla de los españoles que llegaron con

Colón y los indígenas. En Trujillo, algunos se consideran un pueblo especial, la élite del país. ¿No son ellos los que llegaron con Colón? ¿No trajeron a los sacerdotes católicos al país? ¿Acaso no tenían todos los trabajos importantes? Despreciaban a muchos de los demás. Se consideraban la "clase alta". La gente de la alta sociedad. Era este tipo de personas las que obstaculizaban el evangelio incluso más que los sacerdotes católicos. Usaban todos los medios, intimidación y amenazas. Si mi esposa se acercaba a una de sus casas, podían tener una olla de agua hirviendo lista para arrojarla sobre ella. En muchos sentidos, causaban muchos inconvenientes; animaban a sus hijos a escupirles a los nuestros, y lo hacían. Eso es muy difícil de soportar para una madre, y a veces era todo lo que podía hacer para evitar que mi esposa saliera y armara un escándalo. Sabíamos que era más seguro y mejor dejar esto en manos de Dios. Y Dios se encargó de ello de una manera muy notable. Para entonces, la fama de mi esposa ya se había extendido por todas partes; tenía una ligera idea de cómo tratar a los enfermos, y Dios la puso en esa línea. Un día, un padre llamó a nuestra puerta. Era ladino. Me preguntó: "¿Cree usted que su esposa tendrá tiempo para dejar el maravilloso trabajo que está haciendo y venir a nuestra casa a ver a nuestro hijo que está muy enfermo?" Este niño, de unos dos o tres años de edad, había desarrollado una especie de bulto en la cabeza.

Lo habían llevado muy lejos para encontrar un médico. De hecho, vieron a dos o tres médicos, pero sin resultado. El bulto parecía crecer. Estaba inflamado, con un aspecto muy irritado. El pobre chico sufría, y sus padres estaban desesperados. No sabían qué hacer, pero, como último remedio, pensaron que sería mejor dejar atrás muchas de sus creencias y consultar a mi esposa. Sí, ella iría, y fue. Miró el bulto una y otra vez. Se elevó en oración a Dios para que le diera la guía, la ayuda y la sabiduría necesarias. Y comenzó. No puedo contarles todo lo que hizo. Le aplicó cataplasmas, agua caliente, lo bañó, lo limpió con mucho cuidado y lo exprimió. Siguió

haciéndolo sin parar. Incluso por la noche volvía y repetía lo mismo durante varios días. Entonces, un día, como un furúnculo, se abrió. ¿Qué creen que salió? Cientos, ahora digo cientos, de gusanitos. Esos pequeños gusanos se estaban comiendo la carne. No solo la carne, sino también el cerebro. Con cuidado, recogió esos gusanos, uno tras otro, con unas pinzas. Finalmente, los sacó todos, y luego usó algún tipo de desinfectante; siguió yendo a esa casa hasta que el pequeño se recuperó. Después de eso, hubo un cambio en esa comunidad. La persecución ladina cesó. ¿Y por qué? Por la obra de Nettie. Tristemente, nunca vimos mucho de la obra del Señor con los ladinos. Eran demasiado ricos, tal vez. Trujillo, sí, Trujillo, donde mi esposa fue puesta a prueba hasta casi el punto de quiebre. Por supuesto, estas pruebas ocurren a veces en la experiencia de casi todos los misioneros. Nuestro barril de comida, nuestro alimento básico, había estado casi vacío durante algún tiempo y no podíamos permitirnos más comida para volver a llenarlo. La jarra de aceite también se estaba agotando. Ese día en particular, iba a visitar a un inglés. Vivía junto a la vía del tren y tenía una finca bananera. Me despedí de Nettie sobre las cinco de la mañana: «Para empezar», le dije, «me voy a un lugar donde sé que habrá bastante para comer, pero me temo que tú no tendrás mucho». «Bueno, está bien», dijo. «Ya nos arreglaremos.» En ese entonces, también teníamos un joven, su esposa y dos hijos viviendo con nosotros temporalmente, además de Nettie y nuestras hijas, Margaret y Johnette. Salí de viaje y comí de sobra, pero cuando Nettie llegó al barril de comida, estaba aún más bajo de lo que pensaba. De hecho, no pudo sacar ni una migaja. En cuanto al aceite, solo quedaban unas gotas. ¿Qué hacer? Se enojó muchísimo con el Señor. Luchó con Él, así que dijo después: «¿No nos dijiste que vendríamos aquí y que cuidarías de nosotros? ¿No entendíamos que solo tendríamos que difundir la buena nueva de la salvación, y que todo estaría resuelto? Bueno, ¿dónde está ese cuidado ahora? No hay nada en la casa, aquí están estos dos niños en sus propias

camitas. ¿Y qué pasa con ellos? ¿Se morirán de hambre? Debe haber algo mal. ¿Qué pasa?". Naturalmente, se emocionó mucho. Decidió escribirle una carta a su padre. Pensó que le contaría lo que estaba pasando, "Pero no. Oh, no", se dijo a sí misma. "Eso no es confiar en el Señor". Así que no escribió la carta. En breve, llamaron a la puerta, era el cartero. Eso fue muy extraño. No era día de correo. Se suponía que el correo no llegaría ese día. Sin embargo, allí estaba el cartero. Le extendió una carta y dijo: "Doña Nettie, ¿es suya?". Ella la miró y dijo: "Sí, lo es". Esa carta había estado por todo Honduras durante dos semanas, tenía la marca del cónsul estadounidense. Tenía la marca del cónsul británico, tenía la marca de la United Fruit Company. Tenía la marca del gobierno de Honduras. Y finalmente, estaba aquí. El cartero dijo: "Sí, sabía que era suya". Abrió la carta y salieron diez libras. Al verlas, corrió a que las cambiaran. Aunque no había banco, algunos comerciantes se alegraron mucho de recibir libras esterlinas. Enseguida las cambió a lempiras (moneda hondureña) y salió corriendo antes de que cerraran la carnicería. Verán, no había refrigeración, y la carnicería cerraba en cuanto se vendía la carne. Solo mataban lo necesario para el día y nada más. Corrió a ver si quedaba carne y, efectivamente, la había. Luego corrió a buscar verduras y enseguida tenía una olla grande de sopa. Se la sirvió a su querida hermana, a sus dos hijos y a nuestras pequeñas. Después de servirles, empezó a servirse ella misma, pero no pudo, no pudo, tuvo que disculparse, ir a la habitación, arrodillarse y pedir perdón al Señor por haber dudado siempre de él y de su poder para proveer lo necesario. Así que ahí estaba. Y podría decir, che Un inglés también se salvó. Eso fue algo brillante. Sin sacrificio, ¿sabes?, no hay nada. Gracias al Señor por su provisión en todo momento. Sí, Dios provee. Si llama, si envía, entonces debe proveer según sea necesario. A veces provee de diferentes maneras, a veces de maneras extraordinarias. A veces provee y ni siquiera te das cuenta.

Había algo que me preocupaba incluso antes de ir al campo misionero. Sabía que nunca podría cuidar de mi familia como otros lo hacen. ¿Y los niños? Nunca podría darles la educación que otros les dan. ¿Y cuando llegue el momento de casarse? ¿De dónde saldrá el dinero? Eso era lo que más me preocupaba, pero simplemente teníamos que confiar en el Señor. El padre de Nettie era un hombre extraordinario, muy bueno, lleno de sabiduría. Empezó a escribir y a preguntar sobre las condiciones en Trujillo. Preguntó por el lugar donde vivíamos. Preguntó por el problema de la vivienda. Preguntó por los precios. Preguntó si había casas en venta. Por supuesto, en cartas intentamos responder a sus preguntas; finalmente escribió para decir que enviaba un cheque para comprar cierta casa. Lo único que dijo fue que debía ser para los niños, no para nosotros. Eso fue lo que hizo. Esa casa era para ellos. No era para mí ni para mi esposa, ni siquiera para el trabajo, era para los niños. Eso fue allá por los años treinta, pero, verá, él anhelaba los cincuenta. Eso fue mucho para mí; sin embargo, así fue. La casa se compró a nombre de ellos. Era una de las antiguas. Las paredes tenían entre 45 y 60 centímetros de grosor. Era una casa sólida y en buen estado. Necesitaba algunas reparaciones, claro, pero le habían hecho ampliaciones para que cupieran dos familias. Nos mudamos y alquilamos la casa a nuestros hijos. Fue curioso, pero así era. Era como si les diéramos el dinero a ellos que a un desconocido. Parte de la casa se dividió, y pudimos alquilar esa parte. Ese alquiler pagó las reparaciones de la casa principal; luego, el alquiler y el dinero de la venta también fueron a parar a la cuenta de los niños. Cuando llegó el momento de que recibieran educación y se casaran, el dinero estaba ahí. Así se hizo. No tuvimos nada que ver con eso. Fue obra del Señor. Muchos se preguntaban cómo conseguimos el dinero para financiar la educación y el matrimonio de nuestras hijas. Fue el Señor quien lo hizo. Él abrió el camino. El dinero era suyo, no nuestro. Muchas veces podríamos haberlo usado, es cierto, pero de pequeño me enseñaron que no debía mentir ni robar. A mi esposa le

enseñaron lo mismo. Tuvimos mucho cuidado de no tomar nada de ese dinero. No era nuestro. Habría sido robar. Lo mantuvimos separado del nuestro. Como ya saben, mi esposa sobresalió en muchas cosas, y nos dio dos hijas maravillosas y el avance pionero que necesitábamos para ser aceptados por la gente (caribes, árabes y la alta sociedad) y comenzar la obra del Señor en Trujillo.



Photographs



(Clockwise) John's grandfather Joe Ruddock, a visitor, John's father holding him, and John's mother holding John's brother Hugh in front of John's birth-home in Growel, Northern Ireland.



Lighting the Mosquito Coast



John as a mischievous young man.



A young Nettie in Scotland.



Photographs



John handing out tracts in 1923 with gusto to the "precious" Mexican children in East Los Angeles.





Lighting the Mosquito Coast



John and Nettie's wedding day in Pasadena, California, with John's mother and father.



After arriving in Quetzaltenango, Guatemala, John and Nettie set about learning Spanish.



Photographs



Nettie – learning Spanish



John speaking with Assembly elders in 1928.



Lighting the Mosquito Coast



The aftermath of a Guatemalan volcano eruption where John administered to the victims' souls.



John's Guatemalan home-away-from-home.



Photographs



A typical Quetzaltenango street.



Don Alfredo Hockings fit out
as colporteur



Lighting the Mosquito Coast



Don Alfredo Hockings performing one of many river baptisms.



Don Juan and Don Alfredo, pioneer missionaries, posing at a Carib residence near Trujillo, Honduras.



Photographs



Nettie with Margaret (left) and Johnette in arms in front of haunted Trujillo house where revolutionary soldiers attended first service.



First Carib to come to the Lord stands near an early gospel hall.

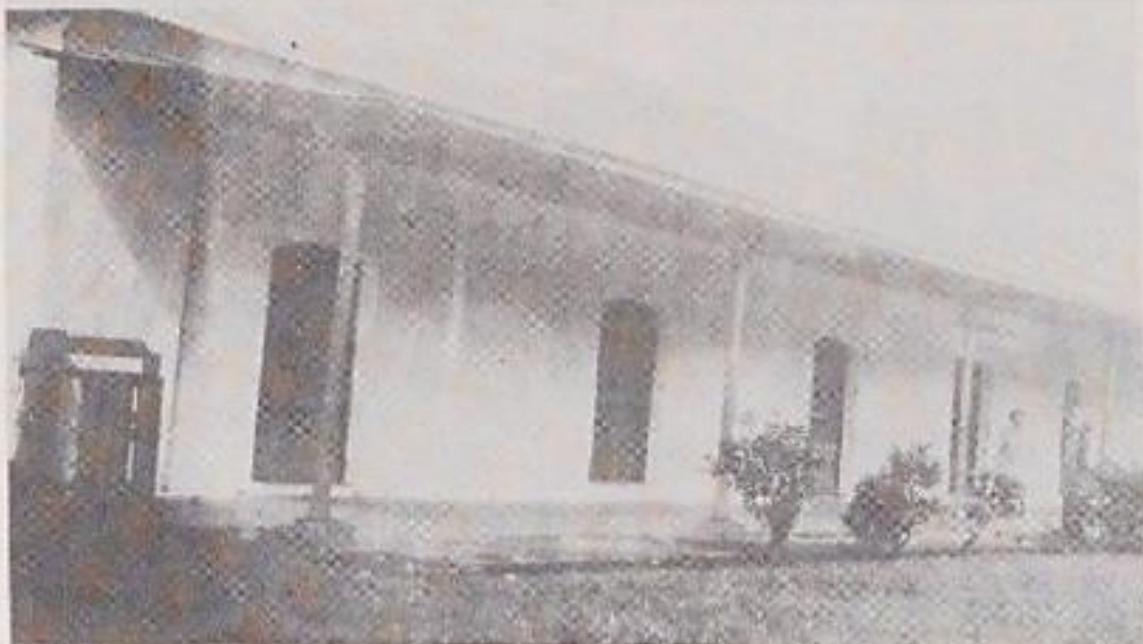


Lighting the Mosquito Coast



Nettie's parents, Dugald and Jean Baird.

Dugald purchased the Trujillo home below and had John pay rent to Margaret and Johnette.



This portion of the house was built by a contingent left after a Christopher Columbus voyage. It fronts the park where the Carib boy heard John 3:16.



Photographs



Dona Florinda (right) (and her mother), who Nettie nursed to health from typhoid fever to win over the Arab community.



Ex-atheist Mariana (front right) took the good news back to her village.



Lighting the Mosquito Coast



John and Nettie paddling cayucos up the Mosquito Coast's Patuc River.





Photographs



Nettie and a Carib pose at a William Pitt settlement grave discovered in Mosquitia.



Margaret, Nettie and Johnette in the Hockings' San Pedro Sula house.



Lighting the Mosquito Coast



Alan and Lily Ferguson, children and a Carib in Trujillo

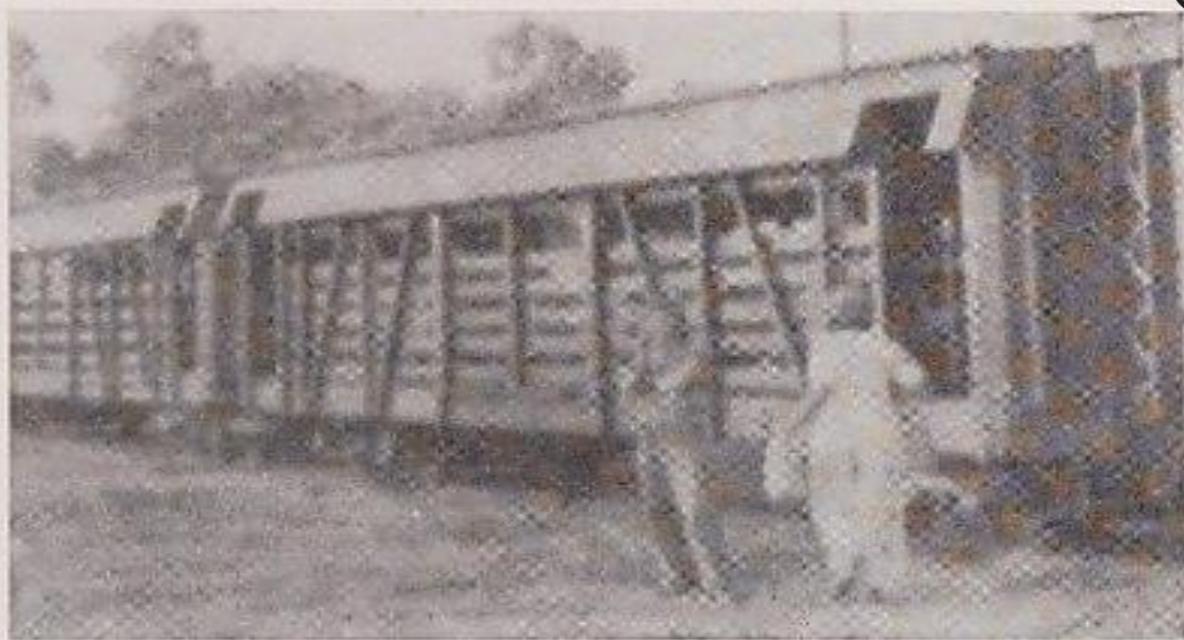


A missionary family portrait:
John, Nettie, Margaret and
Johnette.

Waiting for a banana train, like the one shown on the next page, with banana trees behind.



Photographs



Banana Train



An old style chapel in Santa Rita.



Lighting the Mosquito Coast



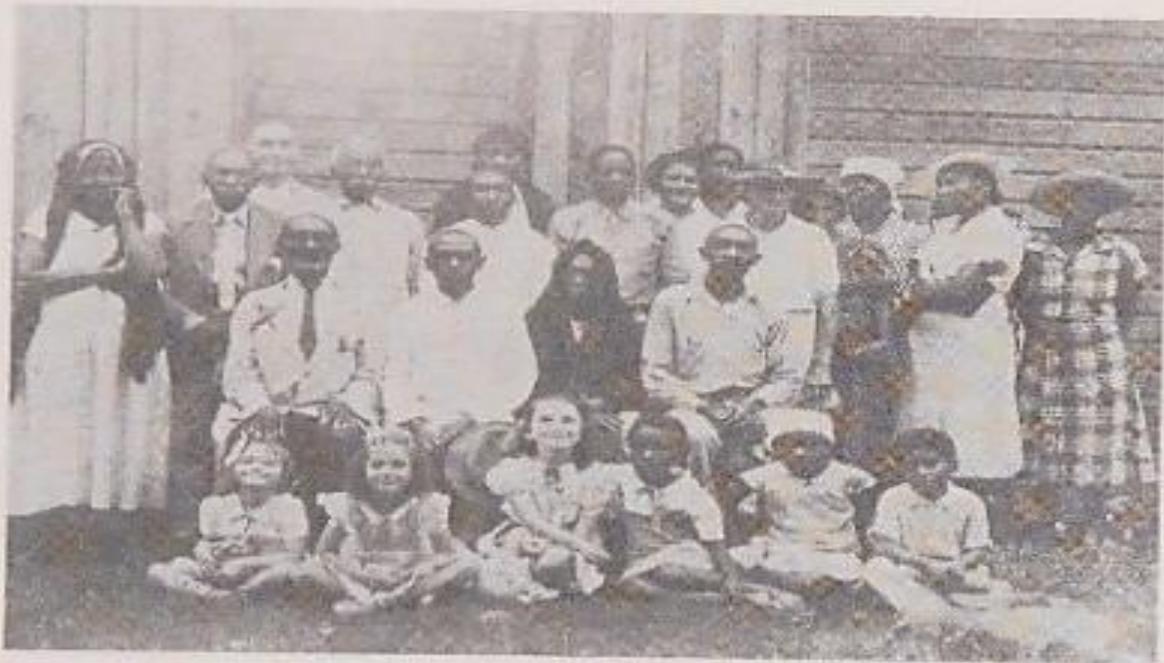
Leading a procession of believers
to another river baptism.



Carib boys playing in the Mosquito Coast surf.



Photographs



The Carib assembly in Cristales on the edge of the Mosquito jungle.





Lighting the Mosquito Coast



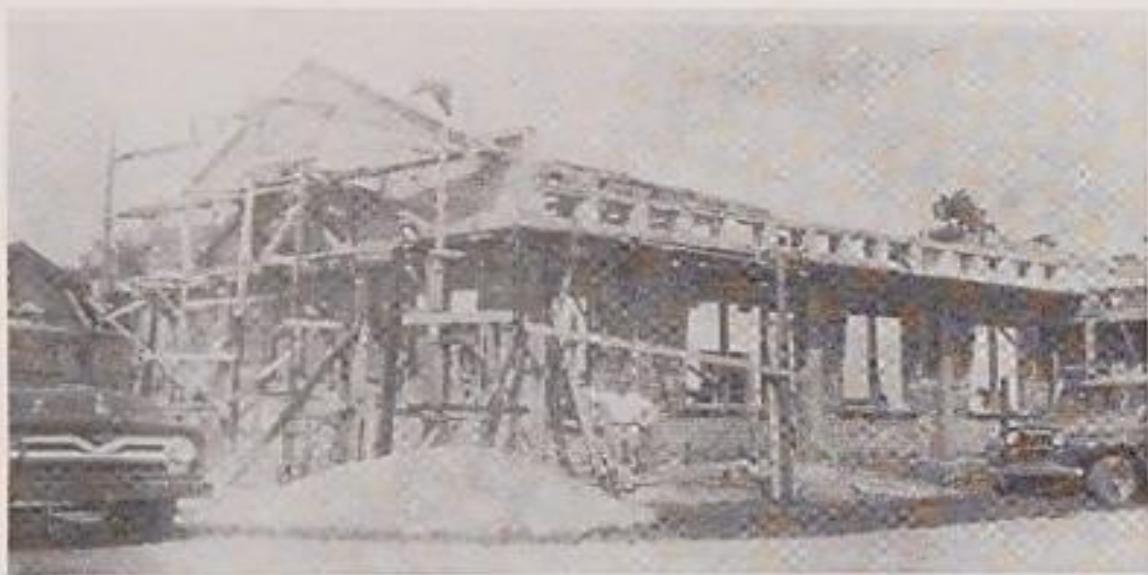
The first Honduran gospel hall in San Pedro Sula.



In sunglasses, the general who appointed John bishop of the Mosquito District.



Photographs

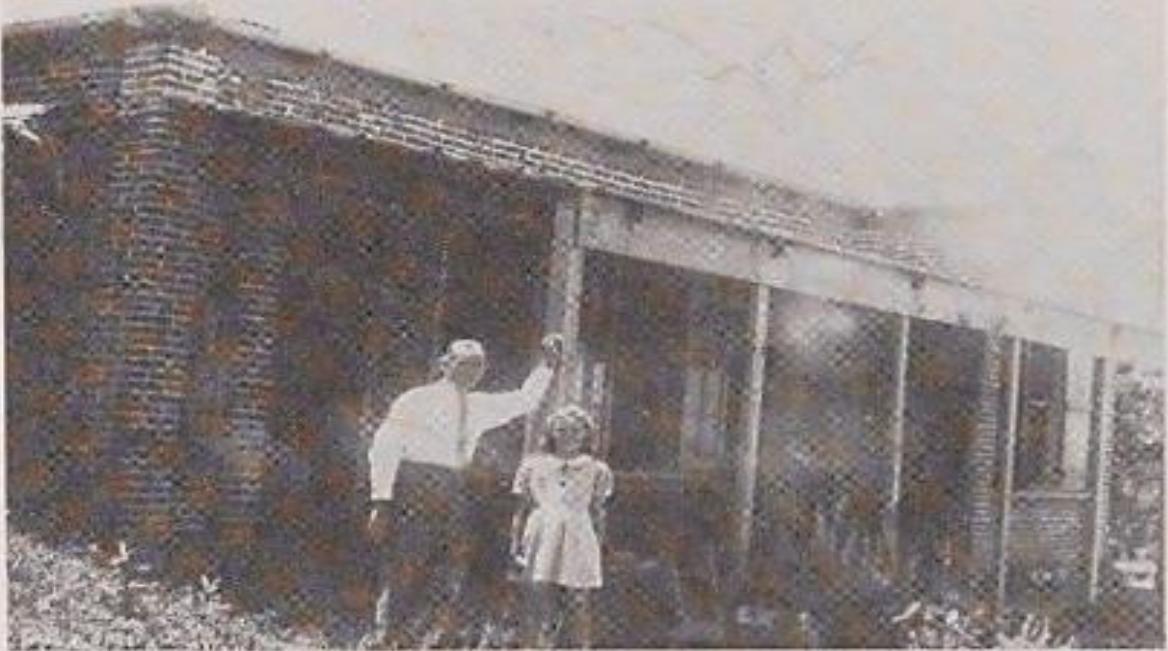


Before and after shots of the Tela Gospel Hall built by John.

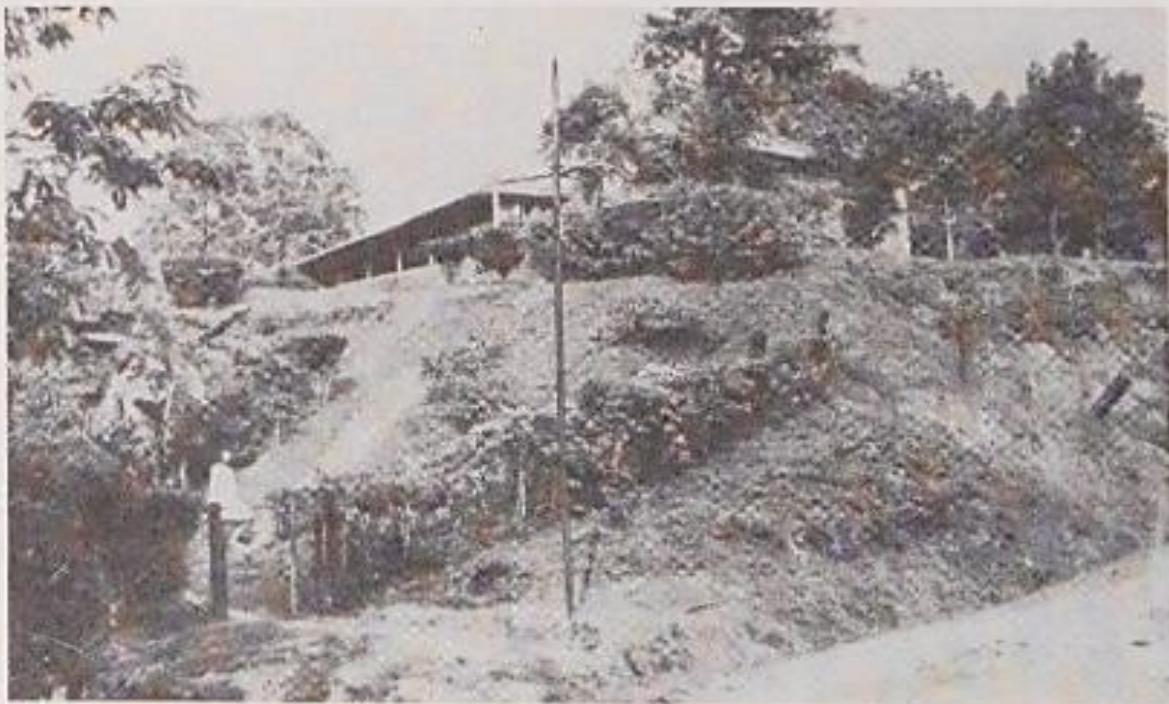




Lighting the Mosquito Coast



Shots during and after construction of their house in Tela.
Johnette in front with the builder John.



Photographs



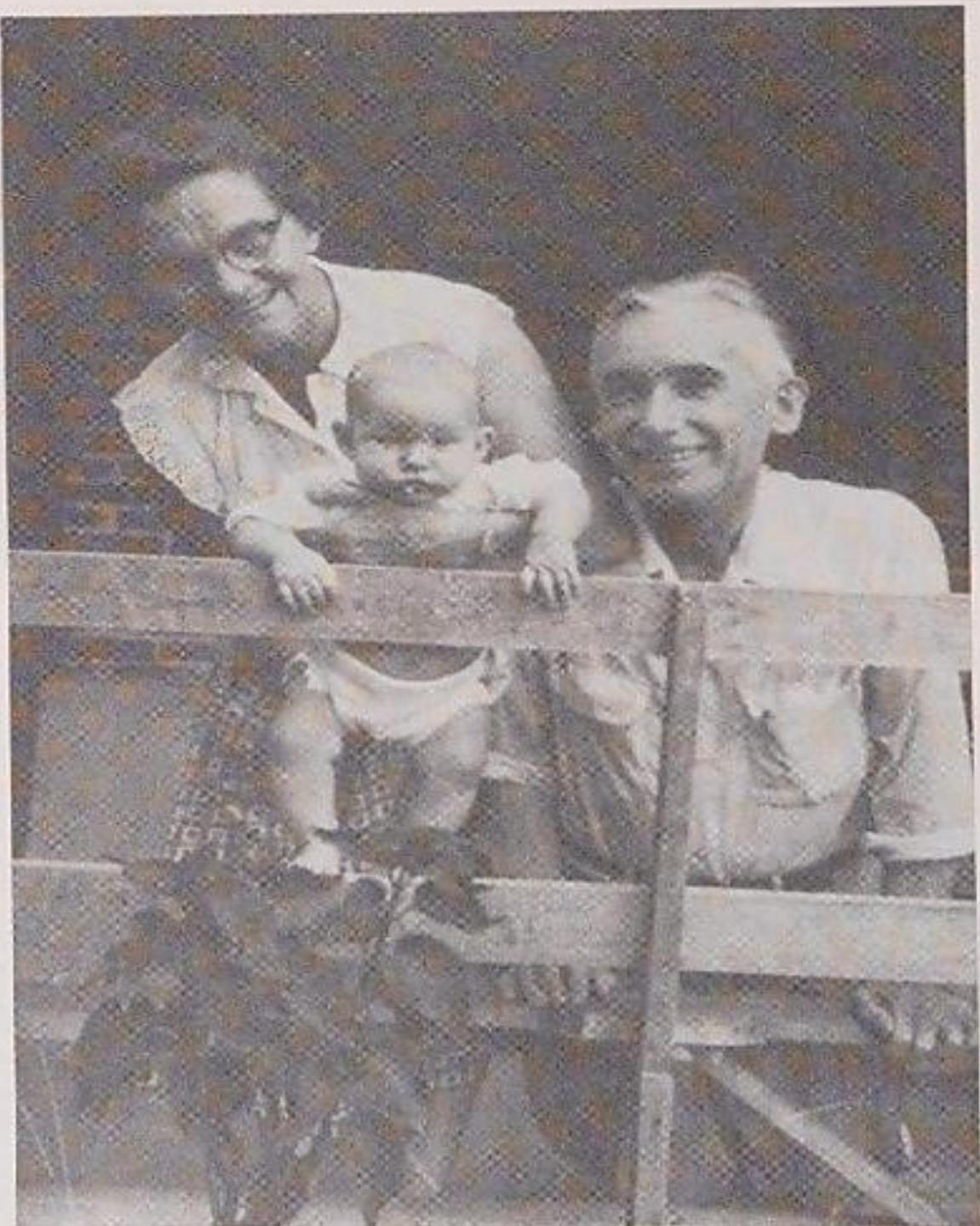
The view of Tela to the Caribbean from the house.



Johnette and Nettie, with her grandson, the co-author, on a Jeep in Los Angeles.



Lighting the Mosquito Coast



John and Nettie with the co-author at three months in Honduras in 1954.

Photographs



Nettie and John in a tranquil pose in 1964.



The old folks home under construction in 1972. John dedicated this wall to his mother who lived to 103.



Lighting the Mosquito Coast



John and Nettie, center, with their old folks in 1978.

CAPÍTULO 20: *Un viaje a la selva de los mosquitos*

Notas sobre un viaje al distrito de los mosquitos:

30 de abril de 1934

1:30 pm. Recibí un mensaje de que un barco saldría hacia el río Patuca, distrito de los mosquitos, al día siguiente. Había esperado este mensaje durante tres semanas.

3:00 pm. El capitán del barco nos visitó y amablemente me proporcionó información valiosa sobre las necesidades de viaje, etc. Va a ir a cazar caimanes y, como tiene la intención de remontar bastante el río, me dará un buen comienzo.

1 de mayo. Estoy esperando el barco, pero no llegará hasta mañana.

2 de mayo. Todavía lo estoy esperando.

3 de mayo. Un explorador estadounidense nos visitó esta mañana. Espera partir pronto hacia el distrito de los mosquitos y le gustaría que lo acompañara. Él busca la ciudad blanca perdida y yo a los pecadores negros perdidos. ¡Qué trabajo! Ganará fama terrenal si encuentra la ciudad, y sin duda se la ganará, pues le esperan días y días de penurias. Ya había salido, pero tuvo que regresar debido a un ataque de disentería. Por dos centavos, regresaría a Estados Unidos, dice. Si los hombres del mundo soportan días de penurias para encontrar ciudades perdidas, ¿por qué no podemos nosotros por las almas perdidas?

2:30 pm. Recibí el aviso de que el barco zarpará a las 6:00 pm, así que debo bajar mis cosas.

7:45 pm. Nos vamos. El mar está un poco agitado.

10:00 pm. Parada y fondeo. El capitán decide esperar en la bahía hasta que el mar se calme. Los pasajeros se tumban en cubierta a dormir y yo hago lo mismo. Tres o cuatro horas después volvemos a zarpar y nos adentramos en mar abierto, que está un poco picado.

Viernes 4

5:30 a.m. Nos levantamos. No tardamos mucho en vestirnos, ya que no nos desvestimos. Es una mañana preciosa. El mar está en calma.

6:30 a.m. Desayuno: café, pan y pescado. Bien. Toda la mañana hemos pasado por pueblos caribes, algunos de los cuales he visitado antes con folletos y otros, no.

6:00 p.m. Llegada a la desembocadura de la laguna de Brus. Deberíamos haber llegado a las 2:00 p.m., pero el viento nos era contrario y el mar estaba picado. Echamos el ancla y pasamos la noche en el interior de la laguna.

Sábado 5. Hubo un problema con el motor y no zarpamos hasta tarde. Llegamos al pueblo de Brus laguna sobre el mediodía. El capitán tuvo la amabilidad de llevarme a la casa de un hombre mitad estadounidense y mitad indígena. Creo que es salvo. Lo fue gracias a la predicación del evangelio de un misionero moravo que trabajó en Nicaragua entre los indígenas de la zona. Ahora hay un misionero moravo en Honduras. Se mudó recientemente desde Nicaragua para trabajar entre los indígenas del distrito de Mosquito; se espera que mañana llegue uno de sus predicadores locales. Vivirá aquí y predicará el evangelio. Este hombre con quien me he quedado sabe que es salvo y nada más. Pasé la tarde con él repasando las Escrituras; habla inglés bien. Después de cenar, me llevó a dormir a otra casa. Tenía una habitación para mí solo. Por la noche, oí algo o alguien moviéndose por la habitación, pero, aunque miré a mi alrededor con la linterna, no vi nada. Todo quedó en silencio un rato, luego el ruido volvió

a empezar. Encendí la linterna justo cuando algo abrió la puerta de golpe y bajó corriendo las escaleras. Por el sonido, parecía un animal de cuatro patas. Varios perros empezaron a ladrar, y después dormí bien hasta la mañana, cuando los cerdos de afuera me despertaron.

Domingo 6. Un predicador indígena llegó de Nicaragua durante la noche y todo el pueblo acudió a verlo. Tenía una reunión por la mañana y una escuela dominical por la tarde. Entretanto, intenté presentarle la verdad de la separación y también intenté mostrarle el error de rociar a los bebés, etc. Que el Señor le abra los ojos para que vea estas preciosas verdades. Es bueno ver que se predica el evangelio en este lugar, pero es triste ver lo que se enseña.

Lunes 7, 6 a. m. Debo empezar a remontar el río; aún no veo el bote.

8 a. m. El bote acaba de llegar a la bahía. Tendré que esperar a que envíen un bote pequeño por mí. Sopla una brisa agradable que refresca. Llovió esta mañana.

4:00 p. m. Sigo esperando que venga un bote pequeño a recogerme, pero aún no ha llegado. Esta es la tierra del *mañana*.

Martes 5, 7:30 a. m. Llega el bote para llevarme. Me subí a la plataforma del bote con motor fuera de borda y salí alrededor de las 8:30 a. m. El viaje río arriba es muy agradable al principio; la desembocadura del río es muy ancha y hay islas dispersas aquí y allá. Pronto lo dejamos atrás y ambas orillas del río están cubiertas de vegetación tropical. Es verde y agradable a la vista. Pájaros de varios colores vuelan alrededor. Una especie construye su nido en los árboles altos, los nidos cuelgan como cestas de las ramas. Este día no hace demasiado calor; sopla una brisa agradable. Parece desaparecer por unos minutos y luego vuelve a empezar.

3:30 pm. Llegamos al primer campamento de caimanes y dejamos una bolsa de sal para salar las pieles. Los caimanes son el negocio del grupo

con el que viajo. Los indígenas cazan caimanes de noche con la ayuda de luces. Los arponean y luego los matan. Despues los despellejan, salan las pieles y las guardan hasta que sube la barcaza a buscarlas.

4:00 pm. Pasamos un pueblo.

4:30 pm. Llegamos a otro campamento de caimanes, dejamos la sal y seguimos adelante.

5:30 pm. Llegamos a otro campamento. Aquí acampamos para pasar la noche, cenamos y los mosquitos nos persiguen hasta la cama. Mi mosquitero no está hecho para este tipo de mosquito. Despues de matar a unos 20 y ver aparecer a unos 50 más para ver a qué se debía todo ese ruido y olor, como esos 20 ya habían probado mi sangre, desistí de la persecución y me envolví en mi manta, con la cabeza incluida. Estuve a punto de asfixiarme, pero era mejor que dejar que los mosquitos continuaran su festín.

4:30 a. m. Miércoles 9. Me levanté y bajé al río en la oscuridad para lavarme y afeitarme. Despues del desayuno, salí con uno de los hombres a caminar hasta una aldea indígena. Despues de tres cuartos de hora de caminata, llegamos a la aldea. Pronto se reunió una multitud para vernos, y les conté la historia del amor de Dios, con el hombre que me acompañaba como intérprete. Salimos de allí y caminamos hasta otra aldea donde volvimos a dar la buena noticia.

Estos pobres indígenas no tienen muchas comodidades. Sus principales alimentos son el plátano verde, el plátano macho y la yuca, y a quienes cazan caimanes se les paga con tela. La señora de la casa donde nos detuvimos tuvo la amabilidad de prepararnos plátanos fritos y carne seca. Fue un buen festín para un hombre hambriento. Llegamos al campamento alrededor del mediodía. Me viene un dolor de cabeza. De regreso, pasando por el primer pueblo donde paramos, una anciana nos llamó y nos dio

carne seca y dos plátanos machos. Nuestro pan para botes ha remontado un poco el río para llevar sal a algunos campamentos más. Se espera otro pan para botes, que me llevará aún más río arriba.

6:00 p.m. El pan para botes aún no ha llegado, así que nos preparamos para acostarnos antes de que los mosquitos se agiten demasiado. El capitán tuvo la amabilidad de regalarme un mosquitero nuevo, adecuado para esta parte. Lo arreglé y, para mi gran alegría, dormí bien, libre de mis compañeros mosquitos.

Jueves 10, 6:00 a. m. Me levanté descansado y encontré el bote Pan esperando para continuar.

11:00 a. m. Llega el bote Pan, que se dirige al campamento de Brighton. Amablemente me llevaron con ellos. Pasamos por otro pueblo y algunos campamentos de caimanes en el camino. El río está muy bajo en esta época del año, lo que dificulta el viaje. En una ocasión, el motor fuera de borda chocó contra un árbol hundido; en otra ocasión, pasamos por encima de un tronco que casi volcó el bote. Llegamos a las 3:30 p. m. El Sr. Brighton me hizo sentir como en casa y me brindó información valiosa sobre los indígenas, etc. Tuve la oportunidad de visitar a muchos de los trabajadores del campamento y predicarles el evangelio. Una madre trajo a su bebé para que lo bautizara. Esto me dio la oportunidad de contarles la verdad. No sé si lo entendieron, ya que solo conocen la Iglesia Católica Romana y otras iglesias que han oído hablar de bautizar a los niños.

Viernes 11 4:30 a. m. El Sr. Brighton nos despierta y amablemente se ofrece a llevarme río arriba en su lancha motora. Sin embargo, el plato del bote se ha ido a la deriva río abajo durante la noche, y tuvo que enviar a alguien a buscarlo. Tras esperar varias horas, partimos. Pasamos por más campamentos de caza de caimanes. Las riberas son preciosas. A ambas orillas crecen plátanos. Nadie recuerda que los hayan plantado. Parecen

llevar siglos allí. El río prácticamente divide el suelo en dos. A un lado hay tierra fértil, apta para casi cualquier cultivo.

Este terreno está, por supuesto, cubierto de vegetación tropical. Al otro lado hay un campo abierto con hermosos árboles creciendo y abundante pasto adecuado para el ganado. Siendo esta la estación seca, el río está muy bajo; muchos troncos y ramas de árboles están atrapados en su lodo. Después de chocar con uno o dos bancos de lodo y estar casi volcados, llegamos a uno de los campamentos bananeros de Brighton. Aquí almorzamos, después de lo cual el conductor del motor decide echar un vistazo al motor. Esto tomó más tiempo de lo esperado, con el resultado de que el Sr. Brighton no puede llevarme más lejos, ya que sería demasiado tarde para que regresara a casa esa noche. Me dejó después de hacer arreglos para que un equipo de pértigas me llevara río arriba mañana. Esto me dio toda la noche en el campamento con una buena oportunidad para predicar el evangelio. Aquí todos se acuestan justo después del anochecer (6:30) y se levantan justo antes del amanecer. Yo, por supuesto, estando aquí, hago lo mismo.

Sábado 12, 5:45 a.m. Salimos río arriba; Mi equipo de pesca con pértiga está formado por dos hombres y una mujer con un bebé. Los dos hombres se ponen de pie y usan la pértiga mientras la mujer se sienta detrás y guía el bote. Al igual que la mujer, a mí también me parece más saludable sentarme, o me temo que pronto estaría sentado en el agua. Todas las canoas y los pantalanes para botes están hechos de troncos sólidos de árboles. Algunos miden más de 50 pies de largo y más de 4 pies de ancho. He visto algunos de esta longitud y me han dicho que hay algunos aún más largos.

9:00 a.m. Llegamos al pueblo y echamos un vistazo. Tomé una foto de una familia aquí. Por supuesto, tuvieron que vestirse elegantemente para la

ocasión. Compré un palo en este pueblo. Usan el palo para revolver su comida, que está hecha de plátanos verdes.

9:45 a.m. El bebé deja caer su biberón por la borda, así que pasamos dos minutos pescándolo. Pasamos el pueblo de Salpatanto.

10:35 a.m. Pasamos otro pequeño pueblo. Aquí vive un hombre que habla español. Es de Nicaragua y ha vivido por aquí durante 30 años. Conoce bien el lugar y parece saber dónde viven los indígenas. Dice que le gustaría que el misionero viniera a vivir aquí para que los niños aprendieran a leer y escribir; por supuesto, no hay escuelas de ningún tipo en esta parte de Honduras. El bote acaba de chocar contra una roca y el *huscal* se aleja de nuevo. Esta vez logré rescatarlo.

12 del mediodía. Llegamos al primer campamento, perteneciente a unos alemanes.

1: 00 p.m. Llegamos a otro campamento. Uno de ellos está en casa y me da la bienvenida, y le ofrecí dos tazas de café caliente. Está ocupado plantando plátanos en esta sección. Pasé la tarde y la noche en este lugar. Me temo que infringimos la ley del país, o al menos de esta parte del país, al trasnochar y hablar hasta bien entrada la noche. Es una vida solitaria vivir como estos hombres. «Lo hacen por lucro mundano. ¡Ojalá hubiera más personas obedeciendo el mandato del Señor: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura»! Durante la noche oí un ruido y me dijeron que había pasado un tigre.

Domingo 6:30 a.m. Salgo en una canoa que va aún más río arriba hacia el cuartel general de los alemanes.

9:00 a.m. Vimos un tapir. El poler intentó dispararle, pero falló. Pasamos pequeños asentamientos de indígenas que han cruzado la frontera desde Nicaragua debido a las revoluciones allí. Compré un trozo de tela hecho

de la corteza de un árbol para un collar de cuentas. En un momento el río estaba tan bajo que tuvimos que salir y empujar

11:30 a.m. Llegamos al cuartel general de los alemanes y estaban muy contentos de ver a un hombre blanco, porque es muy raro que vean uno. Estos alemanes cultivan arroz y plátanos. Es una nueva aventura; ya han tenido su primera cosecha y fue buena. Me dijeron que esperan que vayamos a trabajar con los indígenas, ya que les beneficiará. Dicen que ven la diferencia en algunos indígenas que han llegado de Nicaragua y que pertenecían a la Misión Morava de allí. Pasé toda la tarde, hasta las 9 p. m., hablando con estos dos hombres y tuve una buena oportunidad de predicarles el evangelio. Se corrió la voz de que había llegado un misionero, así que los indígenas se acercaron a verme. Me dijeron que algunos habían navegado río arriba con pértiga durante dos horas. Les decepcionó que no pudiera hablar su idioma. Me hubiera gustado hablar con ellos a través de un intérprete, pero los dos alemanes no habían tenido la oportunidad de hablar con un hombre blanco en mucho tiempo, así que me mantuvieron ocupado hablando con ellos. Pudieron darme un poco más de información y me enteré por ellos de que] estaba al final del condado de Sambo y que tomaría dos días más de investigación para llegar a la tribu Somo. Me dijeron que no había muchos en la tribu Somo y que hablaban otro idioma. Siento que he logrado bastante. Como el lunes hay una lancha con motor fuera de borda que bajará río abajo, aprovecharé la oportunidad y llegaré lo más lejos posible en mi viaje de regreso. Espero llegar al río Plátano. Esta es la ruta que se toma para buscar la ciudad blanca perdida. Pero yo estoy buscando a los pecadores negros perdidos.

Lunes 14, 5:30 a. m. Vamos río abajo. La lancha es grande, así que al principio tenemos que flotar, ya que el río es poco profundo. Enseguida el motor zumba y seguimos nuestro camino. Detrás de nosotros, en la distancia, se ve el volcán. Parece estar apagado. El Sr. Brighton lo ha estado vigilando. Parece ser una formación rocosa de piedra caliza, y aunque no

se ve ningún cráter, los indígenas afirman haberla visto escupir fuego. Con dificultad, el Sr. B. logró que los indígenas subieran con él. El diablo se enojaría mucho, decían, y no regresarían con vida. Cuando subieron, se desató una tormenta, y los indígenas estaban seguros de que era el diablo el que estaba furioso. Corrieron como un solo hombre y dejaron solo al Sr. B. Las mujeres de los pueblos de abajo también estaban terriblemente asustadas y salieron corriendo a recibir a sus hombres y a ayudarlos.

Todos estaban seguros de que el señor B. no regresaría con vida. Parecía a prueba del diablo y, para su sorpresa, regresó sano y salvo, sin haber sufrido nada más que una lluvia y la incomodidad de tener que cargar con sus cosas y hacer un peligroso descenso. A la vuelta del río, como dicen (creo que se refieren a una docena de curvas), hay un callejón sin salida, donde las aguas se precipitan y se arremolinan, y para la pobre tripulación del barco que se metiera en él, sería sin duda el "Portal del Infierno".

2:30 p.m. Llegamos a un pequeño pueblo y visité algunas casas. Una mujer hispanohablante me invitó a tomar un café, lo cual acepté con gusto. Tomé café, huevos y pan. Lo disfruté, ya que tenía mucha hambre. Más tarde paramos en otro pueblo y uno de los indígenas me trajo cinco huevos de regalo. Después de esto, tuvimos un pequeño problema con el motor y tuvimos que dedicar un tiempo a las reparaciones. Entonces montamos un pequeño campamento. Más tarde llegamos al campamento de Brighton, donde pasamos la noche.

Martes 15 6:30 a.m. Regresamos río abajo. Visitamos brevemente un campamento que había visitado en el camino de ida. Encontré a un anciano muy enfermo y le prediqué sobre Cristo. Mientras estábamos sentados en el bote... Mientras esperaba a que llegaran los demás, un padre trajo a su hijita de un año para que le pusiera nombre. Me alegró ayudarlo y le puse Cornelia. Esto le agradó muchísimo y, por supuesto, tuve que buscar un regalo.

10:00 a. m. Partimos de nuevo. Hicimos varias visitas a diferentes lugares.

8:00 p. m. Llegamos sanos y salvos al pueblo de Brus Lagoon, aunque tuvimos que caminar una hora y media en la oscuridad. La desembocadura del río, con tantas islas pequeñas, lo hace bastante peligroso en la oscuridad. Nuestra plataforma de carga estaba muy cargada, por lo que tuvimos que salir y empujar el agua estando justo por encima de nuestras rodillas. Finalmente, tuvimos que caminar 200 metros cargando nuestras cosas. Como no había comido nada en todo el día, tenía hambre y disfruté de una comida de yuca.

Miércoles 16 , 7 a. m. Después del desayuno, intenté que alguien me llevara un poco más lejos, pero solo pude hacer arreglos para mañana; por lo tanto, mañana espero seguir mi camino.

Jueves 17. Anoche intenté explicarle a la esposa del predicador la necesidad de poner en práctica la Palabra de Dios en nuestras vidas. Nunca había oído hablar de celebrar la Santa Cena el primer día de la semana. En cuanto al bautismo, no sabía nada sobre enterrar al anciano. La aspersión es el método que usan. Intenté convencer a un hombre de que no matara a otro. Descubrí que los indígenas solo trabajan cuando necesitan ropa. En cuanto consiguen lo que quieren, vuelven a cazar o pescar. Su vida es libre y cómoda. Naturalmente, después de la caza, el festín viene. Son grandes comedores de carne cuando pueden conseguirla. Cuando se les trae un ciervo, un jabalí o un tapir, no paran hasta que se lo comen todo. Por otro lado, pueden vivir durante días a base de plátano mezclado con aceite de coco.

8:30 a. m. Partimos de nuevo, esta vez en una pequeña canoa. No necesitamos pértigas, ya que ya no navegamos contracorriente río arriba, sino dentro de la laguna. Un hombre puede arreglárselas. Tenía un trozo cuadrado de tela como vela, y parece que lo estamos logrando.

9 a. m. Llegamos a la boca de la laguna, así que el hombre aseguró su bote, ajustó mi agarre para que pudiera cargarlo, puso mi catre sobre su espalda y a las 9:30 a. m. estábamos caminando por la playa. Una caminata de dos horas nos llevó al río Plátano; lo observé bien. Dos hombres estadounidenses están allí ahora mismo, pasando por dificultades para encontrar la ciudad perdida, mientras que otro, el que nos visitó, tuvo que regresar por la disentería. Río arriba sé que no solo hay una ciudad perdida, sino muchas almas perdidas; sin embargo, no tenemos muchas ganas de ir a buscarlas. Aquí, en la aldea de Rio Plátano pasé un buen rato predicando el evangelio. Un hombre de la tribu caribe me dijo que era cristiano. Había viajado mucho, había escuchado el evangelio y había aceptado al Señor Jesús. Me preguntó si yo era moravo, bautista, metodista o adventista.

Al responderle que no, me preguntó: "¿Entonces qué eres?". "Soy lo que la Biblia dice que soy", respondí. Le pregunté dónde decía la Biblia que debíamos usar los nombres que mencionó. "Dice que somos bautistas", respondió. Le entregué mi Biblia y le pedí que me mostrara dónde decía que éramos bautistas. Después de mirarla un momento, dijo que recordaba que no estaba en la Biblia, sino en otro libro. Entonces le expliqué que eso era seguir lo que decían los hombres y no obedecer la Palabra. "Ya lo entendía antes", dijo. Dice que viene a ver a Dios, así que confiamos en que aprenderá cómo Dios quiere que camine. Almorzamos y descansamos hasta la 1 p. m. Tres cuartos de hora de caminata nos llevaron a un lugar en Estados Unidos y, como el sol calentaba, descansamos hasta las 3 p. m., cuando retomamos la marcha. Nos encontramos con Fred Haller, uno de los alemanes, dueño del lugar río arriba del Patuca. Iba de camino hacia allá y, como acababa de llegar de Trujillo, me trajo la noticia de que todo estaba bien en casa.

6:15 p. m. Llegamos al pueblo de Coco Villa justo cuando oscurecía y conseguimos un lugar para poner mi catre. Por supuesto, no pudimos encontrar comida. Esta es la gran diferencia entre trabajar aquí y trabajar

en la tierra natal. Sin embargo, había muchas fogatas, así que se me escaparon los utensilios de cocina, el café, las galletas duras, etc., y pronto disfrutamos de una merecida comida. Después de eso, tuve una buena oportunidad para predicar el evangelio.

Viernes 18. 4:30 a. m. Partimos de nuevo. Esta vez en otra canoa, navegando por otra laguna. Me estoy convirtiendo en un experto canoero. Incluso me lavé, afeité y limpié los dientes mientras navegábamos.

6:00 a. m. Llegamos a casa de la Sra. Brunner, quien nos dio la bienvenida y nos ofreció una taza de café caliente. Mientras comíamos, le prediqué el evangelio.

7:00 a. m. Partimos de nuevo y pasamos por algunas aldeas indígenas. Después de pasar Palacios, llegamos a aldeas caribes.

9:30 a. m. Llegamos a casa de Pati y llamamos para tomar un poco de agua de coco. También aproveché para distribuir algunos tratados y el evangelio, y para dirigir unas palabras a los reunidos.

10:30 a. m. Al final de la laguna, caminamos un trecho hasta Tocomacho por la arena y en el camino pasamos por varias aldeas caribes. Los caribes están aumentando en número y hay una gran necesidad entre ellos. Me hubiera gustado pasar más tiempo con ellos, pero al no tener suficientes evangelios, decidí regresar a casa y regresar más tarde. Desde Tocomacho cruzamos otra laguna y alquilamos una canoa en la que viajamos hasta llegar a una plantación bananera propiedad de un alemán. Aquí me despedí de mi porteador y regresé a Brus Laguna. Pasé la tarde y la noche entretenido por otro alemán, un hombre de recursos económicos, que ha pasado cuatro años en soledad buscando la verdad, los secretos de la vida y la causa de la depresión. Afirma haber encontrado la respuesta a las tres y ha escrito dos artículos para el Literary Digest. Está muy indignado porque no los ha visto publicados. Le pregunté qué era la verdad, y me explicó que era

cuerpo, alma y espíritu. Comparó la vida con el péndulo de un reloj. El centro es el punto de división. Cuando oscila hacia la izquierda, cambia de un estado a otro. Si vive 40 años en la tierra, cambia y vive 40 años en la eternidad, ya sea en el Cielo o en el Infierno. Luego regresa a la tierra en forma de un bebé recién nacido. Le dije que no podía creerlo hasta que lo vi escrito en la Palabra de Dios y le pedí que me mostrara el pasaje. 1 Corintios 15:50, respondió: «Seremos transformados, etc.». Esto, por supuesto, me pareció tan ridículo que me reí a carcajadas. Esto lo enfureció, y no escuchó nada de lo que yo decía.

Sábado 19 Conseguimos otro porteador, así que partimos en canoa. En una hora y media llegamos al final de la laguna. Luego caminamos hasta la vía del tren. Esta caminata se alargó bastante, ya que el porteador se perdió y tuvimos que atravesar la selva y la espesura hasta encontrarla.

11:00 a. m. Llegamos a la vía del tren y mi porteador regresó a casa.

12:45 p. m. Llegó el tren y subí.

9:00 p. m. Me encontraron en Trujillo, cansado pero feliz de haber regresado sano y salvo, lleno de agradecimiento a Dios por todas sus misericordias.

John Ruddock
Trujillo, República de Honduras
Centroamérica,
30 de abril de 1934.

CAPÍTULO 21: *Sembrando Semillas en los Campos de Plátano*

La obra entre los indígenas caribes o morenos, como a veces se les llamaba, fue bastante lenta. De hecho, pasaron tres años antes de que viéramos un movimiento. Nunca olvidaré el día en que un indígena caribe de mediana edad se acercó a la casa para decirnos que había recibido al Señor Jesucristo como su Salvador; fue un día muy gozoso. Poco después, otro hombre confesó ser salvo. Poco después, un joven abrió la puerta, se presentó y nos dijo que su padre lo había enviado. Su padre fue el segundo indígena caribe en confesar ser salvo. Este joven de 21 años padecía una enfermedad cardíaca. No podía acostarse; se veía obligado a sentarse constantemente. Su padre lo llevó a un hospital donde los médicos lo examinaron y le dijeron que le quedaba muy poco tiempo de vida. Por eso, su padre anhelaba mucho que escuchara el evangelio. Me lo explicó, y pasé bastante tiempo hablando con ese joven, y antes de morir, él también confesó ser salvo. Por esa época, trabajábamos mucho con los niños. Los niños, por supuesto, en mi juventud eran mi especialidad. Conseguimos comprar un pequeño lugar en Río Cristales, una aldea caribe cerca de Trujillo, por 40 dólares. No era muy grande, pero pudimos meter a unos 100 niños en esa pequeña habitación. Al mismo tiempo, teníamos la escuela dominical en Trujillo. Eran dos escuelas dominicales en un día, además de la predicación del evangelio en Trujillo los domingos por la noche. Durante la semana iba a los pueblos y a los campamentos bananeros. Un día, dos jóvenes llamaron a la puerta. Preguntaron por Don Juan. Explicaron que venían de Aguán, una aldea caribe que estaba a un día de viaje de Trujillo.

Su padre los había enviado. Evidentemente, había vivido en Honduras Británica (hoy Belice) y allí había escuchado algo del evangelio, pero estaba

contaminado con la enseñanza Adventista del Séptimo Día. Estaba un poco confundido. ¿Sería tan amable de visitarlo en Aguán?, preguntó. "Con mucho gusto", les dije a los dos jóvenes. Me preguntaron cuándo podía irme. Me explicaron que tendrían que organizar el viaje. No había carretera. Solo era posible viajar a pie o en mula y canoa.

En dos días, partí con ellos. En estos viajes a la selva, las 2:00 o 2:30 de la mañana es la hora de salida. Caminamos unos siete minutos hasta la playa. Allí tenían una canoa lista. Remaron por la orilla hasta llegar a la entrada de la laguna de Guaimoreto. Pasamos por debajo de un puente ferroviario y giramos a la derecha hacia la laguna. Me dijeron que mejor mantuviera las manos dentro, que no me agarrara del borde de la canoa porque podría haber culebras. Pronto amaneció. Estos dos hombres manejaban la canoa, así que no tuve que preocuparme por eso. Habíamos salido tan temprano que no me había afeitado. Viajar en canoa es suave, así que empecé y terminé de afeitarme. 145, no como en un autobús o un camión donde vas dando tumbos. Fue agradable. Después de unas dos horas y media o tres horas atravesando ese lago, había un poco de viento, así que izamos la vela para ir un poco más rápido. Finalmente llegamos a Barranca, un pueblo con algunas casas. Los indios caribes que vivían allí tenían las mulas listas.

Siempre viajo ligero para mí, pero muy pesado para el Señor. Tenía muchos evangelios, tratados evangélicos, Biblias y cosas así. Una mula se encargó de ello, y otra mula, bueno, yo me subí a la mula. Si nunca has viajado en mula de vuelta, ahí tienes algunas cosas que aprender. Se supone que debes sentarte encima de la mula, pero a veces te encuentras debajo de ella; revisa bien la silla y asegúrate de que esté bien atada. A medida que avanzas, puede que la mula tenga hambre. Si por casualidad llevas un sombrero de paja, ten cuidado. He visto una mula darse la vuelta, arrancarle el sombrero de la cabeza a una de nuestras hermanas y empezar a comer. La pobre hermana tuvo que aguantar el sol ese día.

Saliendo de Barranca, hay dos caminos. El más cercano es atravesar una zona pantanosa. [Una vez pasé por allí cuando había tanta gente de mosquitos que no sabía qué hacer, después de orar al Señor y pedirle ayuda, apareció una abeja y se encargó de los mosquitos.]

Ahora, sin embargo, acaba de terminar la temporada de lluvias y ese sendero está inundado, así que bajamos directamente a la playa para recorrer la arena. Para mí, fue un viaje muy placentero. A lo largo de la orilla, la arena es dura, pero más tierra adentro es muy blanda, muy difícil caminar. Sin embargo, esta vez iba en mula, así que no me importó. Después de dos horas, llegamos a lo que llaman Los Tres Cocos, que son tres cocoteros juntos. Siempre es un lugar muy agradable para detenerse. Subieron los árboles y bajaron varios cocos para agua de coco. En otras dos horas, llegamos cerca de Aguán. Los aldeanos sabían, por supuesto, que íbamos, así que vinieron a recibirnos, un buen número. Nos ayudaron a llegar a la aldea de Aguán. Allí conocimos a ese querido anciano. He olvidado su nombre. No le puse un número. Esa era la única forma en que podía recordar los nombres en los campamentos. Le ponía un número a cada niño o niña: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, etc. Los miraba si se portaban mal y decía: "número seis". Quienquiera que fuera. Nunca pude recordar los nombres. Sin embargo, este querido hombre nos esperaba, pero les había dicho a estos dos jóvenes que la primera noche me gustaría descansar, probablemente llegaría con una migraña, que era mi espina en la carne, y no sería capaz ni siquiera de pensar con claridad. Conseguí un lugar para mí y pude descansar bien por la noche. Una buena noche de descanso es algo por lo que estar agradecido, al día siguiente tuve el privilegio de hablar con este querido hombre que me había llamado. Me contó algo sobre su vida pasada. Había vivido en Honduras Británica, por lo que podía hablar un poco de inglés. Había entrado en contacto con los Adventistas del Séptimo Día allí y quería saber cuál era la verdad. Había oído que estábamos en Trujillo y había recibido buenos informes sobre lo

que enseñábamos y cómo vivíamos allí. Teníamos mucho tiempo. A veces es muy difícil no tener tiempo para explicar las cosas, y cuando las personas son adoctrinadas con el Adventismo del Séptimo Día, es un poco difícil. Se les ha enseñado la doctrina, su doctrina, y se aferran a ciertas porciones de la palabra de Dios, mientras que ignoran otras. Puede que haya alguna esperanza, pero se aferran a este camino estrecho sobre la observancia del sábado. Es bastante difícil sacarlos del capítulo 20 de Éxodo. Ahí es donde se atascan. Una vez que logras superar eso, hay más esperanza. Vi de inmediato que este querido hombre estaba dispuesto a escuchar.

La gran ambición de los adventistas es enseñar; si no te están enseñando, a menudo no te escuchan. He tenido que levantarse e irse, diciendo: "Ahora me estás enseñando y eso no está permitido". Pero este hombre escuchó con mucha atención, y comenzamos por el principio, en Génesis. Dios descansó el sábado, ¿no? Claro que sí, pero nunca les dio a Adán y Eva el mandamiento de descansar el sábado. Él descansó. Él fue quien descansó. ¿Por qué? Él era quien hacía todo el trabajo. Ellos no habían hecho nada, así que cuando terminó su trabajo, descansó. Pero no descansó mucho porque entró el pecado. El pecado entró y arruinó la obra, y Dios tuvo que empezar a trabajar de nuevo. Como se nos dice en los evangelios, el mismo Señor Jesucristo dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo", cuando fue acusado de no guardar el sábado. Lentamente, avanzamos por el Antiguo Testamento, y llegamos a la primera vez que se menciona el sábado. Le llamé la atención sobre a quién dio Dios la orden de guardar el sábado. Fue a su pueblo terrenal elegido a quien dio ese mandamiento. No se lo dio a los filisteos ni a ninguna otra nación. Y lo dio con un propósito específico: como una señal. Era una señal entre Él y ellos, exclusivamente. Era solo para el pueblo terrenal de Dios. Luego les explicó cómo debía guardarse el sábado. Le expliqué todo eso. También le expliqué cómo el Señor Jesucristo, a causa del pecado, descendió a la tierra. Tuvo que trabajar arduamente para pagar el precio. Derramó su preciosa sangre antes

de que la obra terminara. Entonces, cuando la obra terminara, los pobres pecadores de todo el mundo podrían depositar su fe y confianza en Él y recibirían el perdón de sus pecados. Ese era el principio que él quería saber. Pude explicárselo de tal manera que recibió a Cristo como su Salvador.

No solo recibió a Cristo como su Salvador, sino que allí se inició una obra maravillosa. Estuve ocupado toda la semana predicando el evangelio por las tardes y, durante el día, conversaba con aquel querido hombre que me había invitado, así como con otros que mostraron interés. Al mismo tiempo, por supuesto, visitaba cada hogar, compartiendo el evangelio con las queridas personas que vivían allí. Don Antonio y Don Pedro, los dos jóvenes que trajeron el mensaje de que su padre quería hablarme, y un hermano menor, Don Cuto, aceptaron al Señor Jesucristo como su Salvador. Y con el tiempo, otros también fueron salvos.

Un joven notable fue Don Claudio. Don Claudio era un joven muy inteligente. Mostró mucho interés desde el principio y no se quedó sentado esperando a los demás. Fue a México, tomó un curso de odontología y regresó a casa listo para extraer muelas. Esa era una gran necesidad entre aquellas queridas personas. De hecho, en la mayor parte de la costa norte de Honduras hay muy pocos médicos y dentistas. Así que este joven recibió un diploma de extracción de muelas y empezó. De esa manera, pudo ganarse la vida y, al mismo tiempo, dedicar su tiempo a predicar el evangelio. Dios lo usó, y muy pronto recorría toda la zona, extrayendo muelas y predicando el evangelio. Siguió estudiando y leyendo las Escrituras y se convirtió en un buen maestro, uno de los mejores. Tenía una familia de 13 miembros y solo eso lo mantenía extrayendo muelas.

Don Cuto, el más joven de estos chicos que habían aceptado al Señor, fue acogido por una familia en Trujillo y le enseñaron muchísimas cosas. Destacó en la repostería, horneando pan, y desarrolló un gran negocio. Se

convirtió en uno de los líderes de los hermanos en Trujillo, así que, como ven, Dios, de una manera maravillosa, usó a esa familia para muchas cosas. Al mismo tiempo, mientras distribuía los evangelios, conocí a otro hombre muy interesante. Estaba a punto de cumplir 100 años. Eso no se ve a menudo por allá. Me contó muchas cosas interesantes sobre su gente. Había una tribu de indígenas que vivía en la costa sur de América.

En aquellos tiempos, los veleros pasaban cerca de donde vivían, así que construyeron grandes canoas con árboles, canoas muy grandes. Cientos de ellos se adentraban en el océano, atacando a los veleros que pasaban, robándoles todo lo que tenían. En una ocasión, según me contó, se desató una gran tormenta y no pudieron regresar a sus pueblos. El viento y la tormenta los arrastraron una y otra vez hasta que llegaron a las Indias Occidentales Británicas. Allí desembarcaron en esas islas. Mataron a todos los hombres y tomaron a las mujeres por esposas. Muy pronto se multiplicaron.

En aquella época, Inglaterra enviaba un barco cada año para recolectar todas las frutas, especias y todo lo que se producía en esas islas. Con el paso del tiempo, los británicos descubrieron algo misterioso. Dejaban a un gobernador a cargo de algunas de esas islas, pero al regresar un año, se encontraban con que el gobernador había fallecido. Había contraído una enfermedad como la malaria y no estaba allí. Esto continuó durante años hasta que los británicos sospecharon cada vez más de lo que estaba sucediendo. En una ocasión, se fueron a casa como de costumbre, pero regresaron a las dos semanas. Descubrieron que, en cuanto se perdieron de vista, esta gente se había llevado al gobernador y lo había matado. Los británicos, por supuesto, se enfadaron mucho con ellos. Envieron un buen número de cañoneras, las subieron a todas a los barcos y las llevaron a las tres islas que los británicos controlaban en ese momento frente a la costa de Honduras (Roatán, Guanajo y Utila). (Recuerden el nombre de Utila. Volveremos a encontrar ese lugar más adelante). Las dejaron allí, en esas

islas vacías. Con el tiempo, volvieron a fabricar barcos, canoas. Las islas pronto se les quedaron pequeñas y así llegaron a la costa norte de Honduras. Hoy en día, se les puede encontrar desde Honduras Británica, atravesando una pequeña parte de Guatemala hasta Honduras. Esa es la razón por la que los caribes están allí hoy, según me contó este anciano. Se habían multiplicado a lo largo de la costa porque eran pescadores. Hablando de pescado, si vives en una aldea caribe durante un tiempo, eso es lo que comerás: pescado, pescado y más pescado. Los hombres se levantan temprano por la mañana, sobre las 2:00 o 2:30, y se van a pescar. Regresan a casa sobre las 7:00, o quizás un poco más tarde, y se llevan el pescado. Les gusta el pescado pequeño, de unos 15 a 23 cm. No me preguntes qué es. No puedo decirte el nombre. Por lo general, me resultaba muy útil durante los viajes observar cómo comía la gente; luego imitaba su ejemplo, pero les aconsejo que no lo hagan cuando se trata del pescado de los caribes. Después de cocinarlo, agarran la cabeza con una mano y la cola con la otra y se lo meten en la boca como una armónica. La empujan constantemente y escupen las espinas a medida que avanzan. Pueden hacerlo a gran velocidad, pero yo nunca lo intenté; estoy seguro de que me habría metido en problemas si me tragaba las espinas.

También tienen un pan llamado casabe, hecho con yuca. Tengo un poco de este casabe en la mano. Solo tiene 18 años, nada más. No conozco ningún pan como este. Después de hornearlo, lo guardan en barriles, tienen muchos barriles ahí para tener siempre comida en casa, pero también es mejor que sepas cómo lo comen. Está bueno, pero primero rocíalo con agua y luego cómelo. Si no, se te hinchará en el estómago. Sus alimentos básicos son el pescado y el casabe. Sin embargo, no tienen café. Allí no hay café ni el té al que estamos acostumbrados, pero te dan un té de hierba limón; simplemente salen, recogen un poco de esa hierba limón que crece por todas partes, lo traen y lo preparan. Gracias a Dios por este casabe. Lo he usado en muchas ilustraciones con los niños. No se parece a

ningún otro pan. Es como el pan de la vida. Siempre está bueno. Aunque este pan en particular tiene 18 años, ahora mismo, bueno, con £1 me daba hambre, me lo comería y así se me quitaría el hambre. También comen huevos de tortuga. Las tortugas salen del océano por la noche y los caribes bajan a la playa a buscar las huellas. Son como las huellas de un tractor. Las huellas los llevan al lugar donde han puesto sus huevos, así que pueden coger unos 50 huevos a la vez. No recomiendo comerlos hervidos, pero están muy ricos revueltos. Si no, son bastante difíciles de tragarse y, si lo hacen, pueden causar malestar estomacal, como le pasó a mi esposa. Eso significa que estuvo bastante enferma un rato hasta que los vomitó. Así que ahí lo tienen. Eso es lo que tienen que comer si están ahí abajo entre ellos. Creo que tienen una vida muy saludable y alegre esos indios caribes, no conozco a nadie que viva tan despreocupadamente como ellos y he pasado muchos días felices en sus pueblos.

CAPÍTULO 22: *Un viaje a la selva de mosquitos cuatro meses después*

Notas sobre un viaje a los pueblos caribes:

6 de agosto. Salí de Trujillo a las 6:30 a. m. con destino a los pueblos caribes del distrito de Iriona. Al mediodía llegué a la estación de Los Mangos. Tuve la suerte de encontrar a un hombre y un muchacho dispuestos a llevar mi equipaje a Iriona por 35 centavos, una hora de caminata. Al llegar, me alojé en la casa del alcalde. Allí conocí a un hombre que buscaba cocos para la fábrica de La Ceiba. Él, de 100 años, tenía la intención de visitar los pueblos para ver qué posibilidades había de conseguir cocos. Después de un breve descanso y comida, partimos hacia el oeste de Iriona y, tras media hora de caminata, llegamos al pueblo caribe de La Punta. Allí dejé ejemplares de los evangelios en cada casa mientras mi amigo se ocupaba de sus asuntos. Nos encontramos al otro extremo del pueblo y luego caminamos hasta otro pueblo llamado Iriona Vieja, a otra media hora de camino. Me hubiera gustado pasar más tiempo en este pueblo, pero después de repartir los evangelios, era necesario regresar a Iriona antes del anochecer.

6 p.m. Llegamos a Iriona hambrientos y cansados. La esposa del alcalde tenía frijoles negros, arroz y café, y acabamos con todo enseguida, incluyendo las hormigas, que afortunadamente no pudimos ver muy bien, ya que era casi de noche, y las luces de cualquier tipo no se usan mucho por aquí. Llevaba conmigo mi catre y el mosquitero, así que no tuve ningún problema en encontrar un lugar donde poner mi cama. El otro hombre no tenía ninguno, pero después de rogar, pedir prestado y suplicar, se alegró de tener un mosquitero para pasar la noche. Después de arreglar mi cama con el mosquitero y cuando estaba a punto de entrar, me informaron que había construido mi casa en el terreno de otra persona; Thad tuvo que

mudarse unos metros. En poco tiempo, todos encontramos un lugar (para entonces éramos bastantes), y pronto me quedé dormido.

Martes 7. Temprano por la mañana, miré a través de mi red, pero apenas pude encontrar dónde poner los pies, ya que el suelo estaba ocupado por camas. Había dos prisioneros allí; los traían del Distrito Mosquito por robar whisky (de fabricación local). El hombre que me acompañó el día anterior se unió a mí para hacer arreglos con un caribe de La Punta para que nos llevara al este de Iriona, al pueblo vecino de Sangrelaya, en canoa. Cuando llegó, la canoa nos pareció demasiado pequeña para nosotros y el equipaje, así que le enviamos el equipaje y decidimos caminar por la playa. Una hora de caminata nos llevó a Sangrelaya. Después de un breve descanso, recorrió el pueblo con los Evangelios y quedé en una reunión esa tarde. El sacerdote católico romano había estado allí dos semanas antes, así que todos insistieron en llamarme "Padre". Al mediodía almorcamos. A las 4 p. m., se reunió un buen número de personas para escuchar, y tuve el privilegio de explicarles por qué había ido a sus pueblos. Escucharon atentamente y parecieron complacidos con el mensaje. Algunos preguntaron dónde podían conseguir una Biblia.

Mientras hablaba, noté que las campanas de la iglesia católica (el edificio o la choza donde estaba hablando estaba justo al otro lado de la calle) empezaron a sonar y pronto se reunieron algunas mujeres. Los sacerdotes solo visitan estos pueblos una vez cada cuatro o cinco meses para rociar a los recién nacidos y recolectar dinero. Caminé por el pueblo unos 20 minutos y distribuí más evangelios en otro lugar. Por la noche, cenamos huevos fritos y plátanos fritos. Más tarde, preparamos nuestras camas en una choza, y esta vez lo tuvimos todo para nosotros. Sobre las 3 a. m., el otro hombre me despertó porque pensó que estaba estallando una revolución tras varios disparos. Esto es muy poco común en un pueblo caribe, ya que esta gente es muy pacífica. Los disparos pronto cesaron y nos volvimos a acostar, mientras la luz del día se filtraba a través de las

paredes de la choza, que eran de hojas de palma, escuché a mi amigo saltar de la cama y agarrar una gallina, que con sus 12 pollos lo habían estado molestando, y arrojarla por la puerta.

Miércoles 8. Íbamos camino a Tocomacho, unas tres horas a pie. Enviamos nuestras cosas en canoa. Al llegar a Tocomacho, encontramos a un anciano alemán que vivía a poca distancia del pueblo. Nos dio un lugar para guardar nuestras cosas y pasar la noche. Por la tarde visité el pueblo y me fui. Había evangelios en cada casa. Luego, a las 5 p. m., tuve una reunión, que estuvo bien concurrida. Acudieron al menos 35 hombres, mientras que varias mujeres se aventuraron hasta la puerta.

Jueves 9. Descansé bien por la noche. Llovió mucho toda la mañana. Caminé hasta San Pedro, otro pueblo cercano, y repartí evangelios. Tenía la intención de ir a Batalla por la tarde, pero llovió. Por la noche, tuve una buena reunión en San Pedro. Al final de la reunión, les dije a todos los que tenían preguntas que hablaran. Un hombre preguntó por qué el sacerdote cobra tres pesos por bautizar a los niños. Esto me dio la oportunidad de explicar algunas cosas más de la palabra de Dios. Antes de esta reunión, dediqué un tiempo a enseñarles a los niños que me habían seguido durante todo el día los nombres del primer hombre, la primera mujer, los primeros niños, etc.

Viernes 10. 5:30 a. m. Todo listo para el camino de nuevo, pero llueve. Después de algunas dificultades, logramos encontrar niños para el equipaje. Todos patean el peso de una sola empuñadura, y esto se debe a que contiene 1000 evangelios y sin duda es pesado. Por fin, el trueque terminó y el precio quedó fijado en 62 centavos. Una hora de caminata nos llevó a Batalla, y como mi compañero iba directo a Papallaya, decidí ir también, ya que una canoa estaba a punto de partir, y luego hacer escala en Batalla a mi regreso. Pasamos por Palacio en el camino; este pueblo también lo visitaré en mi viaje de regreso.

11 a. m. Almorzamos en casa de un ladino, luego subimos a la canoa y retomamos nuestro camino. Llegamos a Papallaya sobre la 1:30 p. m. y, tras un breve descanso, empecé con los evangelios. Un hombre me dijo que era el sacristán de la Iglesia Católica, pero que tenía una Biblia escondida porque los sacerdotes intentaron quitársela una vez. Le pregunté si podía reunir a la gente para una reunión, y me dijo que lo haría pronto. Cuando regresé más tarde, salió de la casa e hizo dos o tres llamadas, y en pocos minutos teníamos una buena compañía escuchando el evangelio. Luego me apresuré a seguir adelante para visitar algunas casas en las afueras del pueblo. Nos acomodamos para pasar la noche en una pequeña choza que compartimos con una gallina y sus crías. Afuera, una media docena de cerdos nos acosaban de vez en cuando. Mi compañero de viaje sugirió que sin duda los cerdos estaban acostumbrados a dormir en la choza y les molestaba nuestra presencia allí. Mi olfato me hizo pensar que tenía razón, pero pronto me dormí y lo olvidé todo.

Sábado 11. Esta mañana me despedí de mi compañero de viaje. Él continuó hasta una gran plantación de cocos más adelante y, al llegar al final de las aldeas caribes, emprendí mi viaje de regreso. Desde este punto comienza la tribu Sambo.

7:30 a. m. Regresé en canoa a Palacio y Batalla. Llegué a Palacio, una pequeña aldea ladina. Aquí distribuí evangelios y luego seguí mi camino. Al llegar a Batalla, dejé copias de los evangelios en cada casa y alrededor de las 3 p. m. tuve una reunión muy concurrida. De regreso a Tocomacho. Recorrió la mitad de la distancia en canoa y el resto a pie, ya que no hay forma de ir por agua de una laguna a otra. El costo de un pueblo a otro es de unos 75 centavos por la canoa y el hombre.

6 p. m. Llegué a Tocomacho cansado, así que puse mi catre y pronto me dormí.

Domingo 12. Llovió bastante fuerte toda la mañana. Visité al hijo del anciano alemán y a su esposa ladina. La encontré muy interesada. Este hombre, aunque impío, había sido criado leyendo la Biblia y muchas veces le había señalado a su esposa la insensatez de confiar en imágenes. Ahora que confirmé lo que le había dicho, ella pareció satisfecha y dijo que le gustaría tener una Biblia. Tuvimos otra reunión a las 5 p. m. y se prestó mucha atención a la Palabra. Al final de la reunión, oí a uno decirle al otro: «Este hombre dice la verdad y toma todo lo que dice del libro de Dios». Me pidieron que volviera pronto y algunos pidieron Biblias.

Lunes 13, 5 a. m. Camino a Sangrelaya en canoa. Llegué allí a las 8 a. m. Pasé el día visitando y descansando. A las 5 p. m. tuve una reunión muy concurrida, aunque habría sido más grande si muchos estaban trabajando. Aquí también algunos dijeron que les gustaría tener Biblias.

Martes 14, 7:00 a. m. Me dirijo en canoa a la estación de Sangrelaya, donde tomaré el tren a casa. Llegué a la estación a las 9:00 a. m. El tren llegó a las 11:45 y llegó a Trujillo a las 6:30 p. m. Durante este viaje, visité al alemán con quien me quedé de camino desde el Distrito Mosquito. Descubrí que el otro alemán que había ido allí en busca de soledad se había suicidado. Le presenté el evangelio en mi último viaje, pero no pareció interesarle escuchar.

John Ruddock
Trujillo, República de Honduras
Centroamérica
30 de agosto de 1934

CAPÍTULO 23: *Los Niños de Juan 3 y 16*

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna. Juan 3:16

El amor de Dios es tan vasto y gratuito. El amor de Dios es para mí. Lo mejor que puede haber. Así lo encontré. Así lo encontré. Gracias a Dios, miles más también lo han encontrado. Juan 3:16 ha sido usado por el Señor en la conversión de muchísimos pobres pecadores. Es un versículo muy conocido que muchos niños aquí aprendieron. Cuando trabajaba con los niños, encontré a un niño de apenas dos años y medio que podía repetir Juan 3:16. Lo intenté en todos los lugares a los que fui, pero no pude encontrar a otro niño que lo superara. Dios ha usado ese versículo poderosamente. También lo ha usado de muchas maneras extrañas. He usado una versión irlandesa en mi trabajo para ilustrar el versículo a los niños: Un niño irlandés en la ciudad de Dublín fue encontrado por un policía tirado en un portal. Este policía de buen corazón despertó al niño y le preguntó por qué estaba allí, por qué no estaba en su propia casa. Él respondió que no tenía casa. Bueno, el policía dijo: «Mira, vas a cierta calle, a cierto número, tocas la puerta y saldrá alguien. Simplemente dices «Juan 3:16», y te dejará entrar». Lo hizo y entró.

Ahora bien, antes de contarles la versión hondureña de Juan 3 y 16, les contaré un poco sobre la historia del lugar donde vivió Simón, el niño indígena mosquito. El Distrito Mosquito, también conocido como la Costa Mosquito, era su hogar. Es un territorio que se encuentra entre Honduras y Nicaragua. Era una zona muy abandonada de Honduras, y ahí radicaba el problema. Era un poco diferente del resto del país.

Los indígenas sambo vivían allí. Parecían tener un aire más inglés. En el resto del país, el ambiente era español. Entre las aldeas caribes y las aldeas

sambo, encontramos un antiguo cementerio. Excavamos 15 u 20 centímetros en la tierra y allí encontramos unas lápidas. El Muy Honorable William Pitt estaba grabado en una. Debió de tener algún parentesco con la famosa familia Pitt de Inglaterra. También estaba enterrada allí la familia Hewitt; había bastantes lápidas de este tipo. Todo bajo tierra.

Una de ellas me llamó la atención porque era la de una niña pequeña. Debió de haber una epidemia infantil en aquella época, pues había bastantes tumbas infantiles. Las fechas eran del siglo XVIII. La lápida de esta niña decía: «No lloren por mí, pues soy bendita, y en los brazos de Cristo descanso». Era una niña. No estoy seguro de si era una de los Hewitt o una de los Pitt. Esa zona del país era famosa por muchas cosas. Se rumorea que allí está la gran Ciudad Blanca perdida, en algún lugar del Distrito Mosquito. Tras regresar de un viaje a la Costa Mosquito, un tal Sr. Fox del New York Times me buscó. Iba a investigar la Ciudad Blanca perdida. Hizo todo lo posible para que fuera, pero yo buscaba pecadores negros perdidos, no ciudades blancas. No me interesaba mucho la Ciudad Blanca perdida, aunque investigué un poco cuando estuve por allí. Algunos dijeron que la habían visto de lejos, pero cuando consiguieron que otros fueran con ellos a buscarla de nuevo, no pudieron, hasta el día de hoy, aún no se ha encontrado, la Ciudad Blanca perdida nunca fue encontrada, sin embargo, muchos pecadores negros perdidos fueron encontrados y piensan que eso es mejor aún.

El pueblo de Simón, los sambos, lleva una vida muy primitiva: duermen en el suelo de barro de sus pequeñas chozas. Su cama está hecha de corteza de árbol. Sus cobertores también son de corteza de árbol; de hecho, he visto a algunas mujeres usarla como falda. El resto del árbol también les resulta muy útil a veces. Tienen enemigos, y uno de los principales parece ser los espíritus malignos. Estos espíritus malignos los atormentan mucho; por ejemplo, si alguien enferma gravemente, culpan a un espíritu maligno. Llaman al brujo, quien les indica a entre doce y dieciocho chicos que salgan

al bosque a cortar ramas. Deben tener 1,8 metros de alto o un poco más, y entre 2,5 y 5 centímetros de grosor. Los chicos las clavan en la tierra muy juntas, formando una especie de círculo. Dejan espacio justo para dos personas. Meten al enfermo dentro. El brujo también entra. Un buen número de testigos permanecen afuera. Su deber es vigilar al espíritu maligno que sale de ese pequeño círculo. El brujo entra y realiza sus múltiples actividades. Finalmente, el espíritu maligno sale. Diría que ya lo habían manipulado con luciérnagas o moscas que producen luz. Hay muchas luciérnagas ahí abajo; después de realizar suficientes, lanza un cuenco lleno de ellas por la abertura, y la multitud afuera aplaude. El espíritu maligno desaparece. Entonces, el brujo sale tan rápido como puede. Mientras tanto, varios chicos cierran la abertura para que el espíritu no vuelva a entrar. El pobre paciente se queda allí un rato para asegurarse de que no haya más problemas. Son gente muy primitiva, como dije. Construyen sus aldeas cerca de un río donde tienen agua y peces. También cazan animales, jabalíes o cualquier otra cosa que encuentren. También hay lagartijas, por supuesto.

Los sambos no comen como nosotros. Quizás no coman en tres o cuatro días, pero cuando comen, ¡vaya que comen! Comen de todo. Era una comida bastante rica a veces, cuando no sabías qué era. Siempre le decía a todo el que me la ponía delante: «No me digas qué es, y estoy bien». Descubrí que era la mejor manera. Mi madre me lo enseñó. Come lo que te pongan delante y no hagas preguntas. No hice ninguna pregunta. La iguana, o a veces un filete de serpiente, estaba muy buena. Se puede ver que una iguana no es muy sabrosa cuando está corriendo, pero en la mesa es muy rica, muy parecida al pollo. Así que se alimentan de esas cosas. Ahora bien, son muy diferentes en muchos otros aspectos. Pero creo que ya les hemos contado suficiente para pasar a la parte real de la historia y contarles lo que Dios hizo con Juan 3 y 16.

Una vez me dijeron que una lancha a gasolina haría escala en Trujillo y quizás recorrería la costa a lo largo de la Costa de los Mosquitos. Empecé a prepararme para el viaje. Adonde íbamos no se usaba dinero. Así que empacaríamos nuestras maletas con adornos de todo tipo y muchas aspirinas, otras pastillas y cualquier medicamento contra la malaria que pudiéramos conseguir. Por supuesto, el cargamento principal era el Evangelio de San Juan, y era bastante pesado. Siempre lo era. Entonces Doña Nettie se puso manos a la obra. Hizo un poco de su pan especial, garantizado para conservarse fresco y en buen estado durante más de un mes. Era muy buena cocinera y capaz de hacer cosas maravillosas. Después de esperar día tras día, como es inevitable allí, por fin llegó la lancha. Pasamos todo ese día y la noche siguiente viajando y finalmente llegamos a Brus Laguna en la Costa de los Mosquitos.

Allí pasé el día entre aquellos queridos indígenas sambos, dejando un evangelio en cada casa. Entonces nos enteramos de que la gente del bote iba a remontar el río Patuca. Claro, el bote de gasolina era demasiado grande para subir, así que subimos en una canoa grande con motor fuera de borda. La canoa estaba llena de sal y otras provisiones. A estos hombres les interesaban las pieles de caimán, así que fuimos a un pueblo, nos detuvimos allí y descubrimos que tenían bastantes pieles de caimán listas. Las subieron a bordo y dejaron la sal para los cazadores de caimanes. Ellos despellejaban los caimanes y los salaban para conservarlos para el siguiente viaje. Seguimos remontando el río Patuca hasta que empezó a oscurecer. Cuando anocheció, acampamos a orillas del río. Intenté dormir, pero tuve que luchar contra los mosquitos prácticamente toda la noche. No les tengo miedo a los mosquitos, pero sí a la malaria. Son muy serviciales; te contagian la malaria con mucha facilidad. Después de haber tenido malaria varias veces, el médico te aconsejará tener mucho cuidado porque la siguiente malaria podría ser la fiebre de aguas negras. No puede garantizarte la vida una vez que la contraigas. Al día siguiente partimos de nuevo y

finalmente los cazadores llegaron al final de su viaje. Encontramos otra canoa grande y hombres dispuestos a llevarnos río arriba, un día más de viaje. A medida que subíamos, siempre había pequeños pueblos. Me encargué de bajar y visitar a la gente querida.

A menudo, nos adelantaban las noticias de que el misionero venía en camino. Se espera que un misionero haga todo tipo de milagros; en cada lugar que íbamos, los cojos, los inválidos y los ciegos esperaban. A veces, unas pastillas nos ayudaban. Dejábamos más pastillas para cuando nos fuéramos, pero, sobre todo, dejábamos el Evangelio de San Juan. Seguimos y seguimos hasta que llegamos casi al final del camino, que resultó ser un campamento bananero río Patuca arriba. Unos alemanes habían plantado plátanos en esa tierra de nadie. Intentaban ganarse la vida. Allí el dinero no sirve de nada, así que los indígenas intercambian trabajo por bienes del comisariato, todo tipo de artículos y materiales: camisas, pantalones, zapatos, calcetines, lo que se quiera. Cuando esos hombres vienen buscando trabajo, no preguntan cuánto van a ganar. Miran un par de zapatos y preguntan cuántos días deben trabajar para conseguirlos. "Oh, esos zapatos son buenos. Hay que trabajar 14 días para conseguirlos", decían los alemanes. "De acuerdo", respondían los indios, y el trato estaba cerrado. Se les ponía el nombre a los zapatos y se ponían a trabajar. Después de 14 días, volvían a buscarlos.

Pasé todo mi tiempo posible contactando a tanta gente como pude. Me dijeron que el bote regresaría río abajo en cierto día, y si no estaba allí, podría tardar bastante en llegar a casa. Cuando llegó el día, por supuesto, tuve que esperar unos días más. Siempre es mañana allí. Esos días pasaron pronto, y me subí al bote y fui a la laguna Brus. Allí, hice arreglos para volver a casa, como no había gasolina para el bote, así que busqué un guía terrestre. Se suponía que este guía me llevaría a cierto lago donde encontrarían un pequeño bote, Cayuco, como lo llamaban. Desde allí, cruzaríamos el lago y no tendríamos que caminar tanto. Llegamos al lago,

pero no había bote. "¿Dónde está el bote?", pregunté. "Oh, ya sé dónde está", dijo mi guía. "Alguien pasó por aquí y quiso ir al otro lado, tomó el bote y está al otro lado del lago esperando a alguien que regresara, pero nadie ha regresado todavía". "¿Qué haremos?", pregunté. "¿Puedes caminar?", dijo. "Claro que puedo caminar", dije, "¿pero tú puedes?". Se río.

Empezamos a caminar. Caminamos y caminamos y caminamos y caminamos hasta que tuvimos que caminar un poco más. Por fin, llegamos a un lugar donde podíamos pasar la noche. A la mañana siguiente, el contrato era que me llevaría hasta donde paraba el tren, pero el pobre guía se perdió. Allí estábamos, entre la hierba alta y densa, y no se veía nada. De alguna manera se había perdido, y ahora estamos entre la hierba alta, vagando. Por fin, dijo: «Mejor quédense aquí. Seguro que estarán demasiado cansados. Iré a buscar el sendero». Y se fue. Tuve una sensación extraña después de llevar allí una hora. Empezaba a tener hambre y cansancio. Por fin, regresó. Me di cuenta, cuando se fue, de que tenía el machete en marcha. Me explicó que así era como marcaba el camino. Ahora solo teníamos que caminar quince minutos y allí estaba la vía del tren. Volvió a casa y esperó el tren. Claro, era un tren bananero, donde cada plátano es un invitado y cada pasajero una plaga. Logré parar el tren y, aunque era un pasajero y no un plátano, me recibieron con los brazos abiertos. El tren llegó con retraso como siempre, y llegué a casa bastante tarde. Tuve que despertar a mi esposa de un sueño reparador. No tardó en preparar una comida digna de un rey, y ¡cómo la disfruté! Era capaz de preparar comidas maravillosas. Estos son algunos antecedentes del Distrito Mosquito, donde vivía aquel pequeño indio sambo.

Como dije, el niño se llamaba Simón. Un día corría por un sendero estrecho con hierba alta a ambos lados cuando, de repente, se detuvo. Vio algo muy raro en esa parte del mundo en aquella época: ¿qué era? Era solo un trocito de papel, pero no es común encontrar un trocito de papel allí. No, el papel escasea en la selva. Usaban plátanos y otras hojas en lugar de

papel para envolver las compras. Levantó el papel con mucho cuidado. Podría haber un escorpión debajo o algo así. Finalmente lo levantó, ¿y qué creen que estaba impreso? Era Juan 3 y 16, eso es lo que era. Uno de esos evangelios de San Juan que se habían repartido, evidentemente, había caído en manos de alguien a quien no le importaba, y lo habían roto. Verán, Dios a menudo usa a sus enemigos para su honor y gloria. El pequeño Simón lo levantó. Gracias a Dios, podía leer un poco, algo que muchas de esas personas queridas no pueden hacer. Lo miró y leyó: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna». No lo entendía. No sabía mucho del amor. Y, en cuanto a Dios, ¿quién era? Sin embargo, le pareció algo maravilloso y empezó a repetirlo hasta que lo aprendió de memoria. Lo consideró suyo.

Con el tiempo, se convirtió en un joven. Había oído hablar del vasto mundo que existía fuera del Distrito Mosquito, y a menudo oía lo maravillosas que eran las cosas allí. Deseaba poder viajar a ese vasto mundo exterior. Finalmente lo logró; la única manera que tenía de ir era a pie, así que empezó y caminó, y caminó, y caminó, y caminó un poco más. Le tomó bastante tiempo llegar caminando a Trujillo. En Trujillo, como en muchos otros pueblos de Honduras, hay un parque central que se usa mucho para socializar. Simón pasó por la pequeña Sala Evangélica justo enfrente del parque. Era una habitación grande en la casa que habíamos alquilado. Al pasar, ¿qué creen que oyó? «...porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito». Se detuvo de golpe. ¿Qué era eso? ¿Dónde lo había oído antes? Y entonces recordó cómo había encontrado el papel de niño en la selva con esas palabras impresas. Lamentablemente, la reunión terminó. Había sido el único orador allí durante muchos meses y, por lo general, concluía la reunión evangélica citando Juan 3 y 16. La congregación salió y la reunión terminó.

Al día siguiente, Simón salió a buscar el tren que lo llevara a un campamento bananero. Encontró uno y pidió trabajo. Claro que podían darle trabajo. ¿Tenía machete? No, no tenía machete. Le dieron uno a crédito y empezó a cortar plátanos. Esa noche estaba oscuro porque no había electricidad, pero vio una luz brillando en el cielo. Era la lámpara Coleman de gasolina que los cristianos usaban para iluminar las reuniones evangélicas. Vio la luz y luego oyó unos cánticos. Se dirigió hacia la luz y los cánticos. Al acercarse al lugar, ¿qué creen que oyó? «...porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito». Esa era la tercera vez que se topaba con ese maravilloso versículo. Esta vez, no esperó. Fue a la reunión; me lo contó después. Cuando llegó, estaban terminando de citar Juan 3 y 16. Lo invitaron a pasar y se sentó. El querido hermano explicó algo sobre Juan 3 y 16. Explicó la necesidad del hombre; les contó cómo cada uno había pecado contra Dios y cómo ese pecado los llevaría al castigo eterno. Fue muy fiel al mencionar algunos pecados comunes allí. Simón escuchó, asimilando cada palabra. Al final de la reunión, se quedó, y alguien bajó y habló con Simón. Con lágrimas en los ojos, les pidió: «Por favor, expliquen más». Lo hicieron, y luego dijo: «Ah, sí. Ahora lo entiendo. Ahora sé lo que es». Dios lo salvó en ese mismo instante. La primera vez que conocí a Simón, él había organizado una escuela dominical. Hacía tiempo que no visitaba ese pueblo. Cuando llegué, me hablaron de él. Estaba reuniendo a los niños y enseñándoles Juan 3 y 16. Cuando me lo presentaron, me contó su historia. Y me preguntó: «¿Dónde podría conseguir unos cien ejemplares de Juan 3 y 16?». Le dije: «Podría conseguirlos fácilmente. ¿Para qué los quiere?». «Quiero volver a visitar a mi gente en el pueblo y contarles la maravillosa historia que escuché aquí». Le conseguí los evangelios y se fue. Estoy seguro de que Dios usó esos mensajes, pues hoy hay cristianos allí.

CAPÍTULO 24: *Cosechando la Cosecha*

A mediados de la década de 1930, el Espíritu Santo comenzó a obrar de manera extraordinaria en la costa norte de Honduras y, en mayor o menor medida, esa obra ha continuado hasta el día de hoy. En ese entonces, muchos personajes notables se salvaron, y les contaremos algunos de ellos. Mi esposa y yo vivíamos en Trujillo en ese entonces; estábamos completamente solos en el mundo. Allen Ferguson y su esposa habían regresado a Estados Unidos. El hermano Hockings y su querida esposa se habían ido a Inglaterra a descansar un poco. Por lo tanto, era necesario hacer muchos viajes de Trujillo a San Pedro Sula y de regreso para asuntos de negocios y provisiones.

En uno de estos viajes, al llegar a La Ceiba, el hermano Zelaya quiso saber si podía esperar hasta el día siguiente para visitar a una señora querida que estaba en apuros. Dijo que estaba muy ansiosa por que fuéramos a conversar con ella. Pensé en Felipe y, aunque iba de camino a casa, pensé, al igual que Felipe, que era mejor quedarme. Así que me quedé.

Esta querida señora, Doña Mariana, vivía en un pueblo no muy lejos de Ceiba. Parecía una mujer brillante, notable en muchos aspectos y una buena mujer, en lo que a bondad se refiere. Se enorgullecía y se interesaba por su gente, especialmente por los recién nacidos. Intentaba llevar un registro de cada bebé recién nacido y de sus padres, para que, cuando llegara el sacerdote, pudiera guiarlo a esos hogares para que los bautizaran, asegurando, según ella, su entrada al cielo.

En esta ocasión, cuando tenía una lista bastante larga, mandó llamar al sacerdote que vivía bastante lejos. Él respondió diciendo que no podía ir. ¿Por qué no podía venir? Porque la última vez que estuvo allí, no tenían suficiente dinero para él. Eso rondó la mente de esta querida señora. ¿Qué

es esto?, pensó. ¿Por qué Dios, si se puede creer en Dios, hace leyes como estas? Antes de que estos niños cumplan un año, el 50% habrá muerto. ¿Y entonces qué? Este pensamiento seguía rondándole la mente a esta querida mujer. No sabía qué hacer. Empezó a dudar de Dios. No hay Dios, dijo. Si hay un Dios, sería un Dios de amor, sería considerado, sabría que esta pobre gente no tiene ni un dólar y medio para pagar el bautismo de cada niño. No, no puede haber un Dios. No hay Dios. Esa fue la conclusión a la que llegó doña Mariana. Pensó que, si existía un Dios, no oprimiría a los pobres. Se convirtió en una atea temporal.

Siguió pasando los días, intentando olvidarse por completo de los niños pobres, intentando olvidarse por completo de Dios. Era un caos que no podía comprender. Siguió así durante días, hasta que una tarde, sentada en la puerta de su pequeña choza, vio la puesta de sol por el oeste. ¿Adónde va el sol?, pensó. ¿Adónde va después de salir de aquí? Voy a Dios. No. No existe tal cosa. No existe Dios. No. No puede ser. Así lo descubrió. Entonces empezó a pensar en algo que había oído. Había oído hablar de cierta clase de personas llamadas evangelistas. Le habían dicho que eran buenas personas. Había oído que eran muy considerados en todo. Había oído muchos buenos informes sobre ellos, pero, por otro lado, su iglesia le había aconsejado que tuviera cuidado con esa clase de personas; solo eran engañadores, no se les podía creer, estaban difundiendo falsas enseñanzas. La iglesia le advirtió. Le aconsejaron que se mantuviera alejada de ellos y de todas las demás personas.

Empezó a pensar más seriamente que tal vez ellos tuvieran algo y supieran algo que nosotros no. Así que empezó a indagar sobre estas personas. No había evangelistas en su pueblo, pero había oído que algunos vivían en La Ceiba. Tras obtener el permiso de su marido, algo muy necesario allá, se fue a La Ceiba. No sabía adónde ir cuando llegó, pero empezó a preguntar. Caminó de casa en casa y tocó puertas. «Disculpe, ¿podría decirme dónde están los evangelistas?». No, no pudieron decírselo. Caminó toda la tarde,

sin encontrar a nadie que le diera la información que buscaba. Se levantó temprano a la mañana siguiente y volvió a empezar, preguntando de puerta en puerta.

Había un pecador que buscaba, alguien listo para el evangelio, y eso es lo primero que necesita un pecador: estar listo. Ella estaba lista. Buscaba un salvador. ¡Ojalá pudiera encontrarlo! Por fin, le dijeron: «Sí, hay un hombre. Es un evangelista. Es muy bueno, pero vive lejos, en la otra parte de la ciudad». Le dieron indicaciones y se fue, a pie, por supuesto. Finalmente, llegó a casa de Zelaya. Preguntó: «¿Hay un evangelista aquí?». «Sí, por la gracia de Dios, lo hay», respondió Zelaya. «Pase. Tome asiento». «Tengo muchas ganas de hablar con usted», dijo. «He oído mucho sobre usted, pero me temo que no tengo tiempo ahora. Solo tengo permiso de mi esposo para quedarme hasta ahora». «No importa», le dijo Zelaya. «Dame tu dirección y saldremos a visitarte».

En lugar de continuar mi viaje a Trujillo, acompañé al hermano Zelaya para ayudar a esta querida mujer. Zelaya solo tuvo tiempo de decirle que no se preocupara por los niños, que Dios los había cuidado. Eran personas mayores, en edad de responsabilidad, quienes estaban en peligro, y eso le preocupaba al pensar en su propia condición. Tenía algunas preguntas importantes que hacerle. Fue un gran gozo sentarme con ella y explicarle muchas cosas de las Escrituras. Recordarán que había llegado a la conclusión de que no existía Dios porque si lo hubiera, sería un Dios de amor. Según su experiencia, no demostraba mucho amor al enviar a niños pequeños a la perdición porque sus padres no tenían suficiente dinero para bautizarlos. Sin embargo, el hermano Zelaya la orientó al respecto: lo primero que debía hacer era ver su propia condición; luego, podría ocuparse de la condición de los demás.

Le presentamos Juan 3:16. Allí le señalamos que Dios es un Dios de amor. Que amó tanto al pobre pecador que envió a su único hijo; que el Señor

Jesucristo nació en el mundo por la Virgen María y el Espíritu Santo; que no vino a la tierra como cualquier otro hombre; que creció y, finalmente, llegado el momento, llevó a cabo la obra para la que Dios lo había enviado. Fue a la cruz y, allí, en la cruz, recibió el castigo por nuestro pecado, el castigo que todo pecador, sin el don de la salvación de Cristo, debería recibir por toda la eternidad. El hermano Zelaya fue muy directo, franco y directo al decirle que estos ídolos que ella había estado adorando en la iglesia, hechos de madera, piedra y metales preciosos, eran solo obras de manos humanas y que jamás podrían salvar a nadie. Pero el Señor Jesucristo, quien recibió el castigo que todo hombre, todo pecador, merecía, podía salvar a cualquiera que lo deseara de ese castigo eterno. Solo quedaba depositar su fe y confianza en el Señor Jesucristo como su Salvador. Le dejé gran parte de la conversación a él, pues era un experto en todos esos temas importantes. Le explicó a esa querida señora, con gran eficacia, lo que necesitaba para la salvación de su alma. La obra ya estaba hecha. Solo tenía que depositar su confianza. No era cuestión de hacer. No era cuestión de comprar. No era cuestión de dinero. Le dijo que no había lempiras (moneda hondureña) ni dólares en el cielo. Eso era algo terrenal y, en el fondo, eran las acciones de Dios, no de él.

Tras un rato de explicación, su rostro pareció iluminarse. "¿No querrás decirme que no tengo nada que hacer?", dijo. "No, absolutamente nada". "Bueno, lo he estado haciendo toda mi vida". "Sí", dijo Zelaya. "Y yo también, hasta que esa noche puse mi confianza en el Señor Jesucristo como mi Salvador y, efectivamente, pareció que la luz amanecía". Sin darnos cuenta, ya nos estaba predicando, diciéndonos cómo Dios podía salvar a un pecador.

Finalmente, dije: «Dime, si murieras esta noche, ¿adónde irías?». «Iría al cielo», dijo. «¿Vas al cielo? ¿No eres pecadora? ¿No has pecado contra Dios?». «Sí, merezco morir, merezco ser castigada, pero el Señor Jesucristo recibió el castigo por mí». Y todos nos arrodillamos y dimos gracias al

Señor por salvar su alma. Sí, doña Mariana, después de tantos años de engaño, llegó a la sencillez y recibió a Cristo como su Salvador. Cuando doña Mariana recibió a Cristo como su Salvador, se apartó de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero. De hecho, era muy activa para el Señor. El hermano Zelaya, que no vivía muy lejos de ella, podía visitarla con frecuencia. Tenía muchas preguntas. Estaba muy ansiosa por crecer en el conocimiento del Señor Jesucristo, su Salvador. Por supuesto, preguntó sobre el bautismo. Así que Zelaya se tomó el tiempo para explicarle sobre el bautismo. El bautismo no era para recién nacidos, dijo. No existía tal cosa en las Escrituras; las Escrituras dicen que quienes reciben a Cristo como su salvador deben ser bautizados. Ella ansiaba bautizarse. Cuando se presentó la oportunidad, dio el paso. El bautismo era un paso maravilloso, pero difícil en aquellos tiempos, en aquellos lugares. A menudo, los nuevos cristianos eran excomulgados, expulsados de sus hogares y tenían que sufrir de otras maneras. Sin embargo, el Señor puso a doña Mariana en una situación maravillosa, y ella pudo guiar a su propia hermana a Cristo. Pasó un tiempo y su esposo falleció. Era un hombre muy delicado y llevaba muchos años enfermo. No tenían hijos, así que ella, junto con su hermana, el esposo de su hermana y los hijos de su hermana, se mudaron de donde vivían a Tela. Nosotros también vivíamos en Tela en ese momento; ella fue una ayuda maravillosa para mi esposa de muchas maneras.

Un domingo por la tarde, Doña Mariana salió a caminar. Mientras caminaba por las calles de Tela, cerca de la playa, un hombre se acercó. Se miraron y ella se dio cuenta de que era su hermano, a quien no había visto en años. "¡Pancho!", exclamó. "¡Mariana!", dijo él. Y entonces estaban abrazados. Fue un encuentro maravilloso. Él ni siquiera sabía si ella estaba viva. Después de una breve conversación, ella le preguntó qué iba a hacer en ese momento. Acababa de salir a caminar, dijo. Pensó en venir a Tela, ya que había oído que había trabajo allí. "¿Qué vas a hacer esta noche?", dijo ella. "Nada. No tengo nada que hacer". "Entonces me acompañarás a

la reunión evangélica en la capilla", dijo. Pero ir a la capilla, eso era otra cosa. "¿No querrás cantar?", dijo él. "¿Vas allí, ¿verdad?". "Sí", dijo ella. Así lo hizo, y eso asustó un poco al pobre hombre porque allí estaba el diablo. Sí, ese era su cuartel general, según le habían dicho.

Me contó después que en una ocasión tuvo la oportunidad de pasar por un pueblo donde había una pequeña capilla. Al oír que el diablo tenía su cuartel general allí, tuvo mucho miedo de pasar por allí. Se armó de valor y pasó por la puerta, pero no pudo ver al diablo. Quería verlo, así que pasó de nuevo, un poco más despacio esta vez, pero seguía sin encontrarlo, así que lo dejó. Después le dijeron: «Sí, pero no entraste. Está detrás de lo que llaman la plataforma. Ahí es donde está. Escondido ahí». Dijo que tenía mucho miedo de ir con doña Mariana, pero lo hizo, lo hizo. Lo que escuchó esa noche fue algo que nunca había oído. No solo lo escuchó, sino que lo asimiló. Y aunque no estaba cantando esa noche, cuando regresó, tomó su lugar como pecador y recibió a Cristo como su Salvador. Así fue como Don Pancho, al igual que su hermana, se convirtió en una nueva criatura en Cristo Jesús. Simplemente al tomar su lugar como pecador y recibir a Cristo como su salvador.

Don Pancho era leñador. Subía a las montañas y talaba árboles. Luego, a mano, los cortaba en tablas para usarlas en la construcción de casas, muebles o cualquier otra cosa que requiriera tablas. Casualmente necesitaba madera. Estaba a punto de construir. Le dimos a Don Pancho, junto con otros dos hermanos, Don Blas y Don Salvador, el contrato para cortar la madera. Subieron a las montañas, tras obtener el permiso y pagar el impuesto. Subieron, la cortaron a mano y la bajaron. Les pagábamos cinco centavos por pie por buena madera de cedro. Pasaban la semana allí, pero bajaban los sábados.

En ese entonces, viajaba por la costa a principios de semana para poder regresar siempre el sábado. El sábado por la noche era la reunión de

cristianos, donde les presentaba la Palabra y enseñaba. La enseñanza principal en aquellos días era el bautismo y la Santa Cena, reuniéndonos el primer día de la semana solo en su nombre. También enseñé un poco sobre la venida del Señor. Esos tres temas eran todo lo que necesitaban esos queridos nuevos cristianos para aprender mucho. De hecho, muchos bajaron de las montañas y de otras asambleas cercanas para asistir a esa reunión el sábado por la noche. Mi esposa tenía una reunión para niños y jóvenes el sábado por la noche. Todos querían aprender inglés, así que fue una buena oportunidad para que asistieran a la capilla. Llegué a tiempo para darles una breve lección de las Escrituras y luego los invitamos a quedarse a la reunión posterior. Fueron días maravillosos. El Señor intervino y les enseñó muchas cosas a esos queridos cristianos, de modo que después pudieron regresar a sus propias asambleas y enseñar a otros; esa era la idea.

Don Pancho estaba muy interesado en esos temas. Eran temas que nunca había escuchado en la iglesia con la que había estado relacionado. Lo que aprendió, al verlo en la Biblia, fue muy diferente a lo que estaba acostumbrado. Pronto pudo ayudar a predicar el evangelio, lo cual hacía los domingos por la noche. De hecho, llegó a ser innecesario el sábado y el domingo por la noche porque teníamos a muchos otros predicando el evangelio. Se salvaron almas que vinieron a escuchar el mensaje. Todos esos queridos cristianos que vivían en la costa vinieron de lejos; sus hogares estaban en pueblos de la selva y en las cimas de las montañas. Muchos de ellos estaban ansiosos por regresar a su pueblo con el mensaje.

Así, con el tiempo, Don Pancho, Doña Mariana, su hermana y un primo que se salvó, junto con los niños, emprendieron el regreso a su pueblo para dar la buena noticia a sus familias. Fue un viaje largo, polvoriento y agotador, principalmente a pie: subiendo por la escarpada ladera, bajando por el sendero hacia el valle y subiendo otra montaña. Por fin, su pequeño pueblo apareció a la vista. Al llegar, por supuesto, hubo gran alegría y

regocijo porque todos pertenecían a ese pequeño pueblo. Algunos llevaban tiempo fuera y recibieron una bienvenida regia. Sin embargo, al pasar dos o tres días, Don Pancho y Doña Mariana comenzaron a contar a la buena gente de ese pueblo sus experiencias al llegar al conocimiento de la verdad. No les cayó muy bien a algunos aldeanos, pero como dicen las Escrituras: «La verdad os hará libres», y algunos creen, otros no. Un buen número creyó, aunque otros no.

Doña Mariana, su hermana y los niños regresaron a Tela, pero Don Pancho permaneció allí y, por supuesto, no se quedó de brazos cruzados. Tenía un nuevo trabajo que hacer, además de cortar leña, y lo hizo. Comenzó a predicar el evangelio a la gente que lo rodeaba. Pronto, más personas fueron salvadas, bautizadas y pronto se formó otra pequeña asamblea.

Años después, cuando salíamos de Honduras para jubilarnos en Estados Unidos, los queridos cristianos de Tela avisaron a todas las asambleas de nuestra inminente partida y fijaron un día para despedirnos. Antes de que llegara ese día, vimos a un anciano con un bastón intentando subir los cincuenta escalones de nuestra casa en Tela. ¿Quién sería, encorvado, intentando subir las escaleras? Era Don Pancho. «¡Ay, Don Juan!», exclamó, «¿Es cierto? ¿Es cierto?». «¿Es cierto qué?», pregunté. «¿Te vas a dejarnos? Dime que no». «Oh», dije, «es cierto. Este viejo no lo aguanta más. Tengo que irme. Ya no sirvo aquí». «Bueno, Don Juan», dijo. «Gracias, gracias, gracias por venir a Honduras. Gracias por el mensaje que nos trajiste». Nos despedimos, abrazados. Las lágrimas corrían por nuestras mejillas. ¿Podré olvidar eso alguna vez?

Doña Mariana tampoco se quedó de brazos cruzados. Al regresar de su pueblo a Tela, ella y su hermana se ganaban la vida horneando y vendiendo pan. Sin embargo, Doña Mariana siguió muy activa en el ámbito espiritual. Fue de gran ayuda para mi esposa en muchos sentidos. Era maravillosa en

la escuela dominical y también en la escuela bíblica de vacaciones. Fue una ayuda maravillosa en las reuniones misioneras de las hermanas, que se celebraban en muchas partes de la costa norte; se convirtió en una de las hermanas favoritas de muchos lugares. Sin embargo, pronto se volvió a casar con un trabajador social nacional. Lo acompañó al pueblo de San Juan Pueblo, no muy lejos de Tela. Allí, comenzó a trabajar con los niños, y muy pronto hubo una pequeña reunión evangélica en su casa. Con el tiempo, Dios salvó algunas almas y se formó una pequeña asamblea. Tenía un gran corazón por quienes habían recibido a Cristo como su Salvador y se esforzaba por saber dónde vivían.

Como mencioné antes, Don Salvador, junto con Don Pancho y otro hermano, era quien había cortado la leña para nuestra casa. No había mucho trabajo, y él, su esposa e hijos se habían ido a vivir a la ladera de la montaña, donde podían ganarse la vida sembrando maíz y frijoles, pero hacía muchísimo tiempo que no sabíamos nada de él. Mi esposa estaba muy preocupada por él. ¿Dónde estaría, qué estaría haciendo y en qué estado se encontraría? La preocupaba tanto que ella y doña Mariana salieron a buscarlo. Les dijeron que era un largo camino por un camino difícil y peligroso, pero nada de eso las detendría. Partieron muy temprano una mañana. Subieron la montaña. Esos senderos, a veces, son un poco difíciles de seguir. Al avanzar, hay que estar atento al humo, al canto de un gallo o al ladrido de un perro. Todos indican alguna señal de civilización. Por fin encontraron el lugar. Él estaba allí, pero no en muy buenas condiciones. Se enfrió de corazón porque no tenía comunión con otros creyentes. Sin embargo, estaba maravillosamente contento de verlos. "¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué subiste aquí? ¿Por qué viniste hasta aquí?", le preguntó a mi esposa, "Vinimos aquí a buscarte. Para ver cómo estabas. Y a tu familia", replicó ella con una esponja. "¿Viniste a verme?" "Sí, vinimos a verte". Después de un rato conversando, lo convencieron de que sería mejor que fuera a San Juan Pueblo, lo cual hizo. Allí, en ese momento,

estaban a punto de construir una pequeña Sala Evangélica, así que pasó tiempo cortando la madera para el edificio. Llegó a ser de gran ayuda en la obra allí porque no había sido olvidado por los hermanos creyentes. Doña Mariana se mantuvo ocupada en la obra del Señor durante un tiempo considerable.

CAPÍTULO 25: *Un ataque de mosquitos*

Notas de un viaje a Santa Rita:

Viernes, 2 a. m. Salí y partí hacia Santa Rita en el tren Mixto. Estoy sentado en el tren y detrás de mí hay dos mujeres y un hombre. Se cuentan sus experiencias en una pelea a machete, en la que, por lo que sé, murió un hombre. Hay muy pocos pasajeros en primera clase, pero hay muchos mosquitos. No sé adónde van. Cómo pueden picar. Pero hoy los he engañado, ya que me puse mis botas altas y el cuero les parece más duro que mi piel, así que mis tobillos están a salvo.

"¿Hola?" El hombre frente a mí les ha declarado la guerra a los mosquitos. Acaba de meter las piernas y los pies en un saco de azúcar, se ha envuelto la cabeza en una toalla y está usando otra como arma para matar mosquitos, ¿y se le va el brazo? Parece estar ganando terreno, pues los mosquitos se están retirando, y no es una retirada ordenada, ni según lo planeado, debería decir. Pero aquí vienen por aquí, varias divisiones de ellos, y quiero decir divisiones, 100. El tren acaba de detenerse en el kilómetro 10 y varias divisiones más se han unido a sus compañeros como refuerzos. Ahora es la guerra en serio, todos están pateando el suelo y aplastando con todas sus fuerzas. Y esto es primera clase con todas las ventanas y puertas cerradas. Cuando la puerta se abrió para dejar salir a los pasajeros, estas nuevas divisiones entraron a la fuerza. ¿Cómo será en segunda clase donde no hay ventanas ni puertas cerradas? Un niño llora desconsoladamente, y no es de extrañar; Parece imposible caminar por el pasillo del vagón de segunda clase, pues solo se ven toallas, bolsas, pañuelos, etc., volando en todas direcciones. Pero debo dejar de mirar y cuidarme. Ahora cada uno por su cuenta. "¡Bah!". Otra menos. No cederán ni un ápice.

Me pregunto si la gente de casa alguna vez piensa en cuánto sufren los soldados por estos pequeños insectos en los trópicos. Espero que tengan

muchas quininas, atebrina, etc. (medicamentos contra la malaria). Tenemos muy poco aquí. El tren acaba de parar en otra estación. "¡Abren la puerta y dejen salir a los mosquitos!", grita alguien. "¡Buena idea!", dice otro. "Quizás aquí es donde se bajan". Las puertas se abrieron de golpe, pero en lugar de que los de adentro se retiraran, recibieron refuerzos. "Nunca había visto algo así en mi vida", dijo el hombre detrás de mí. Manos, brazos y piernas volaban y parecían enredados. Mamá (Nettie) habría dicho que estaba haciendo un ""Aventura en las Tierras Altas". Seguramente fue una aventura, y me imagino que necesitaba un masaje al día siguiente, pues [estoy seguro de que sus pobres músculos estaban asustados]. Cuando dejó de bailar, me giré para mirarlo. ¡Qué espectáculo! Su camisa estaba cubierta de sangre. Esto, por supuesto, me hizo mirar la mía. Pronto olvidé la suya al mirar la mía. Pensé que tal vez me había cortado la mano o algo así, ya que tanto mi camisa como mi mano estaban ensangrentadas por los mosquitos matados. Debo admitir que sentí cierta satisfacción al saber que había acabado con varios bribones. Fue terrible, casi tan malo como la noche que dormí a orillas del río Patuca, en el distrito de los Mosquitos, cuando llegaron miles y con tanta fuerza que la mosquitera cedió y me persiguieron río abajo para salvar mi vida. Está empeorando a cada minuto. Ahora tengo mi impermeable puesto, me lo estoy cubriendo la cabeza y los hombros, intentando mantener las manos cubiertas. Esto me ha ayudado un poco, y trataré de mantenerme a cubierto por un tiempo.

Finalmente tuve que salir de mi agujero de obús, pues casi me asfixiaba y temía acabar en un charco de sudor. Pero, por desgracia, una nueva división me espera y estoy de nuevo en el fragor de la batalla. Sale el sol y espero que ayude a dispersar al enemigo. Solo veo a mi vieja y fiel amiga, la abeja, zumbando. Al principio no la reconocí y la aplasté, pues tenía ganas de aplastar cualquier cosa con alas. Sin embargo, pronto me di cuenta de mi error y la dejé en paz. Enseguida tomó el control, volando en círculos, a veces peligrosamente cerca de mi nariz o mi oreja, pero

deshaciéndose de las plagas. Me pregunto si los soldados de las Islas Salomón, etc., saben cómo dejar que las abejas silvestres persigan a los mosquitos.

11 a. m. Los mosquitos prácticamente han desaparecido, por lo que doy gracias a Dios. Sé que volverán por la noche, pero sin duda es bueno tener un respiro.

Ajá, ¿qué pasa? Algo anda mal en el vagón de segunda clase. No es gran cosa, después de todo. Una mujer olvidó bajarse en la estación, y ahora veo los bidones de gasolina vacíos y otros bultos salir volando por la ventana. “Oh, ahí va la mujer misma.” Se lanza a bajarse antes de que el tren gane demasiada velocidad. Y, como una mujer, se bajó por el camino equivocado y ciertamente no aterrizó de pie, según toda la ropa lavada que veo. Todos disfrutan de la broma y la vitorean. Pobre mujer, seguramente no se bajó de manera digna. Ahora estamos en la estación de Uraca. Oigo algo afuera, dos o tres mujeres están teniendo una pelea. Una evidentemente ya ha estado en el suelo mientras su vestido está todo polvo y suciedad. Una está tratando de subir al tren y las otras están tratando de bajarla, el tren está en movimiento y va a haber un derrame. Ajá, viene un hombre con un machete y parece que va a arreglar a los tres. Los arregló, empujó a uno al tren y empujó a los otros dos lejos de él, y luego siguió caminando tan despreocupadamente como pudo.

Ahora tenemos 10 soldados a bordo con sus fusiles. Están en el vagón de segunda clase. Uno de ellos acaba de bajar y está listo para visitarnos. Está alegre (feliz con la bebida) y parece que va a estar aún más alegre.

Ahora se ha ido y marcha de un lado a otro por el pasillo del vagón de segunda clase como si estuviera de guardia, pero sin su rifle. Sin embargo, está haciendo buen uso de su lengua. ¡Dios mío!, ahora hay una pelea. Va a pelear con otro hombre; tienen los puños en alto y están a punto de reventarse las narices. El tren se ha detenido y lo ha derribado, de espaldas,

encima de los otros soldados. El otro hombre está de espaldas encima de unas mujeres, y gritan, suena como si se desatara un caos, y le están dando empujones y empujones muy bruscos. Ahora el tren se ha ido de nuevo, y están tratando de encontrar el equilibrio. Ahora se ha vuelto completamente alegre. Se acaba de quitar el sombrero y cae de golpe sobre la cabeza de uno de los soldados. Ahora lo ha tirado al suelo y lo está pisoteando como una escocesa lavando sus mantas; ahora lo ha recogido y se lo ha tirado a alguien más. De nuevo, con su sombrero en la mano, se dirige hacia nosotros en el vagón de primera clase. Todos esperan que le den un golpe en el sombrero, pero no, sigue marchando. ¡Caramba!, si no se ha bajado del tren y ha dado una voltereta al hacerlo. Todos creen que está muerto, pero no, sigue marchando sin siquiera mirarnos. De pequeño oí que los borrachos tienen un cuidado especial, y me inclino a creerlo después de ver esa proeza. Bueno, aquí estamos en Santa Rita a las 3 p. m. Ha sido un viaje largo, pero nadie puede decir que no haya sido divertido.

John Ruddock

Trujillo, República de Honduras

Centroamérica

CAPÍTULO 26: *Risas del Valle*

Un día, un hermano llamado Don Pedro, que visitaba este lugar apartado llamado Trujillo, vino a nosotros alabando al Señor por lo que él llamaba milagros. Nos contó que había visitado la casa de su familia, situada en el corazón de una región montañosa, sin vecinos cercanos. Hasta su regreso, la familia nunca había escuchado el evangelio. Comentó que, al principio, algunos de la familia se burlaban de las Escrituras, especialmente un hombre corpulento y con una voz que sonaba como un rugido. Pero una noche, a su manera ruda, escuchó. Al día siguiente fue a ver a su hermano y le dijo: «Dame ese libro. Quiero saber más sobre estas tonterías».

Le entregaron el libro voluntariamente y se fue a las montañas con él. Hizo esto durante tres días consecutivos. Al final del tercer día, de repente se oyó una voz en el valle, riendo. Todos reconocieron la voz y se preguntaron qué había sucedido. Pronto lo descubrieron, pues subió a la casa agitando el libro, riendo de alegría, y dijo: «Ahora lo veo, ahora lo veo». Le dio una palmada en la espalda a su hermano Pedro tan fuerte que, según él, se quedó sin aliento por un momento. Y luego, entre lágrimas, su hermano dijo: «Ahora lo veo. Jesús murió por mí. Jesús murió por mí, y lo acepto como mi Salvador». Ojalá pudiera plasmar en papel la expresión del rostro de nuestro hermano mientras nos contaba esta historia. Sus ojos brillaban, y mientras negaba con la cabeza, repetía: «Es un milagro. Alabado sea el Señor».

En esta parte del país donde tuvieron lugar estas conversiones, no hay madera de pino para antorchas y, debido a las restricciones bélicas de la época, el queroseno escaseaba. Esto significaba que tenían poca o ninguna luz por la noche, pero eso no les impidió leer las Escrituras. Don Pedro nos contó que recogieron leña, y dos de las mujeres mantuvieron encendida la fogata mientras uno de los hombres leía las Escrituras, y los demás se unían a cantar himnos. Luego se levantaban muy temprano por

la mañana y volvían a leer las Escrituras y cantar un himno antes de salir a trabajar la tierra. En una carta a las asambleas de Estados Unidos sobre Don Pedro en aquella época, escribió: «Se nos llena el corazón de alegría al escuchar la historia de aquellos hijos de Dios en su primer amor. Que el Señor mantenga sus corazones siempre encendidos por Él. Cuando digo que cantan, no piensen que los himnos se cantan como nosotros, pero sí sé que ciertamente son un clamor gozoso para el Señor».

Confiamos en que el pueblo del Señor recuerde a este pequeño grupo de cristianos en sus pequeñas chozas con techo de palma y suelo de tierra en el corazón de la montaña, lejos de las comodidades de la civilización. Se reúnen alrededor de una fogata, mientras un hermano señala con el dedo cada palabra a medida que avanza, leyendo con dificultad y a tientas las Escrituras que hablan tan maravillosamente de Aquel que fue herido por sus transgresiones y molido por sus iniquidades. Y sus corazones se llenan de un gozo santo. Como dijo el hermano que nos lo contó, parece que la misma casa sonríe en medio de las montañas.

Una vez más, alabamos al Señor por la respuesta a nuestras oraciones, y de nuevo nos preguntamos si volvemos a dudar. Hemos escrito esta carta para que el pueblo de Dios se regocije con nosotros al ver sus oraciones respondidas y alabe al Señor con nosotros por toda su fidelidad. Damos gracias a nuestro Dios por los muchos colaboradores en casa que trabajan con nosotros eficazmente en el evangelio. Que el Señor bendiga a cada uno y les dé gozo en su servicio.

Con cálidos saludos cristianos, queridos amigos, y nuestro agradecimiento por toda su fidelidad.

Suyos por gracia,
John Ruddock
Trujillo, República de Honduras
Centroamérica

CAPÍTULO 27: *Sinforosa Rojas, un hombre malvado*

Sinforosa Rojas. ¡Qué hombre! ¡Qué hombre tan malvado y cruel! Sinforosa Rojas. Era el terror del país. Llevaba dos revólveres, uno en cada cadera. Podía usarlos a la vez, apuntar en diferentes direcciones, y sus víctimas caían al suelo. Sí, todos le tenían miedo, ni siquiera las autoridades lo enfrentaban. Era, sin duda, un hombre terrible. Pero ahora agradezco poder decir: «Sinforosa Rojas, ¡qué santo!». ¿Qué cambió en ese querido hombre? Bueno, a mediados y finales de la década de 1930, cuando Dios comenzó a obrar de manera maravillosa en la costa norte de Honduras, era época de conferencias en Santa Rita. En aquel entonces, no había muchos cristianos para asistir porque eran muy pocos. Hoy es diferente, muy diferente. Pero cuando empezamos las conferencias anuales, los pocos cristianos de la zona se reunían y lo pasaban de maravilla. Los viernes, sábados y domingos por la mañana y de nuevo por la tarde se celebraban sesiones de enseñanza para los cristianos. Pero por la noche, se predicaba el evangelio, la historia de Jesús y su amor. Fue durante esas medias horas vespertinas que se obraron muchos milagros.

Allí estábamos ese sábado por la noche. Hacía mucho calor, y la lámpara de gas Coleman no refrescaba. Los insectos y moscas atraídos por la luz no animaban mucho al orador. Me interrumpieron muchas veces, teniendo que escupir los insectos que se me metían en la boca. Sin embargo, el público estaba atento. El Espíritu Santo obraba y se salvaban almas. No era raro en esa época ver a alguien ponerse de pie y oírle decir: «Sí, recibo a Cristo como mi Salvador». La reunión evangélica seguía su curso, y entonces se oyó un ruido familiar, los disparos de revólver, a lo lejos. Luego se acercaron cada vez más, hasta que se podía oler la pólvora, pero Dios seguía obrando. Y entonces apareció un hombre en la puerta. Ese hombre

venía caminando por el pasillo. Cuando llegó a un cuarto de camino hacia mí, se arrodilló. Levantó las manos y cerró los ojos en oración, pero ¿qué estaba orando? Después me dijo: «Don Juan, estaba rezando para que no entraras en pánico. Para que continuaras con lo que tenías que contar». Sí, eso era lo que estaba haciendo. Buscaba el rostro de Dios en oración, rezando para que no hubiera disturbios, rezando para que el Espíritu Santo usara el mensaje en los corazones de quienes lo escuchaban. Sin duda, su oración fue respondida, pues encontré un nuevo poder y más valor para continuar el mensaje. ¿Qué llevó a este hombre, una vez malvado, a convertirse en un santo querido de Dios? Para encontrar la respuesta, tendremos que remontarnos un año atrás.

En la misma conferencia del año anterior, tenía un grupo de hombres que tenían la inclinación de perturbar la conferencia. En una ocasión, cuando intentaban interrumpir una reunión con disparos de revólver, algo sucedió. Escuchó el mensaje alto y claro a través del aire. Gracias a Dios tuve una voz muy fuerte: «No se engañen. Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará». Eso fue lo que escuchó. La palabra de Dios llegó a su oído y a su conciencia. Continué diciendo: «Sí, amigos, este es un momento de desaceleración aquí en la tierra, pero recuerden que se acerca el tiempo de la cosecha. Lo que siembras ahora, cosecharás en el futuro». Ese hombre recordó lo que había estado sembrando. Su vida regresó a él cuando escuchó la palabra de Dios. Allí estaba. Allí estaban sus hombres, pero sus arrebatos fueron silenciados. Esos revólveres estaban en silencio, pero amigos, la palabra de Dios resonó. Los poderosos cañones de la palabra de Dios eran más potentes y efectivos que la invención humana, el revólver. Y aquel querido hombre permaneció allí escuchando. Estaba convencido de su pecado.

El Espíritu Santo obraba en su corazón, pero dejó nuestra compañía y se fue a su casa en Las Arojas, a poca distancia de Santa Rita. Se acostó, pero estaba perturbado. No podía dormir. Se levantó por la mañana, todavía

perturbado. ¿Qué estaba sembrando? Sí, eso era lo que lo atormentaba. Sus muchos pecados aparecieron ante él y su inquietud aumentó. Pensó en su vida pasada, en cómo había vivido. Recordó muchas de las atrocidades que había cometido, y pasó una semana angustiado. Finalmente, pensó en buscar a algunos de estos evangelistas, a estas personas que perseguía y despreciaba. Envió un mensaje a los principales hermanos de Santa Rita; los invitó a su casa. Ahora bien, cuando esos queridos cristianos recibieron ese mensaje, no supieron qué hacer. ¿Sinforosa Rojas quería que lo visitáramos en su casa? Pensaron que debía haber algo malo en esto. Tenían miedo de ir, y con razón, pues conocían la siniestra reputación de este hombre en el pasado. Tras mucha oración, fueron a ver a otros hermanos y les contaron la invitación. Oraron mucho al respecto. Buscaron la presencia de Dios al respecto, y al final dijeron: «Sí. Sí. Quizás Dios quiera que vayamos. Él nos ha iluminado, así que ahora iremos».

Se hicieron los preparativos y partieron a la hora señalada por Sinforosa Rojas. Mientras avanzaban, uno a uno por el estrecho sendero de la selva, guardaron silencio, no solo porque caminaban separados, sino porque les preocupaba no saber qué esperar. Sin embargo, habían orado mucho, se habían consultado y creían que el Señor los quería. Se acercaron al lugar y la puerta estaba abierta, como casi siempre lo está en los trópicos. Entonces vieron algo que les llenó el corazón. Vieron un mantel blanco sobre la mesa, que significaba paz, y al acercarse a la puerta, vieron que la mesa estaba llena de delicias para comer, así que se animaron. Sinforosa los vio venir y salió a recibirlos. «Bienvenidos», dijo. «Bienvenidos. Pasen».* Luego les explicó por qué los había llamado. No había tenido paz mental desde aquella noche en que escuchó el mensaje durante la conferencia, y las palabras se le quedaron grabadas en el corazón. No pudo expulsarlos: «No se engañen». Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. «No puedo tener paz», dijo. «Sé lo que ha sido mi vida ante Dios y ante los hombres. Toda la maldad de mi vida se

ha presentado ante mí en estos últimos días. Y ahora tengo miedo. Tengo miedo de la cosecha. Estoy convencido de que es en el futuro y debo afrontarla. Los he llamado hoy para que me digan qué debo hacer».

Le dijeron con cariño: «Es cierto. Has estado sembrando. Pero has estado sembrando algo que podría traerte una cosecha de maldad y tormento por toda la eternidad». Le explicaron que era culpable ante Dios. Él dijo: «Sí, lo sé». Le explicaron que Dios es un Dios de amor, que había dado a su Hijo, el Señor Jesucristo, para morir en la cruz del Calvario por él, por sus pecados, por su vida, por lo que había sembrado en el pasado. Exhortaron a ese querido hombre a confiar en la obra terminada del Señor Jesucristo. Le explicaron cómo el Señor Jesucristo fue a la cruz y en esas horas oscuras recibió el castigo por su pecado, el castigo que Sinforesa merecía por toda la eternidad. Pasaron un rato con él, hablando de estas cosas. Entonces le dijeron: «Mira, solo tienes que depositar tu confianza, tu fe, tu seguridad en el Señor Jesucristo como tu Salvador. Confía en lo que él ha hecho por ti».* Y tuvieron la alegría de ver a ese querido hombre pasar de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, de vivir una vida de maldad a una vida agradable a los ojos de Dios.

Sinforesa Rojas fue un testimonio maravilloso del evangelio y una fuerza para el evangelio desde entonces. Fue una bendición para la obra. Condujo a muchos pecadores al Señor Jesucristo y luego Dios lo llevó a casa antes de que llegara a una edad muy avanzada. ¿Por qué? Muchas veces no lo entendemos, pero quizás su obra había terminado. Ya no podía hacer nada más por el Señor y, antes de que el enemigo pudiera hacerle tropezar, como a veces ocurre en tales casos, Dios lo llevó a casa para estar con Él. Algunos anhelamos ese día cuando lo veremos allá arriba en gloria.

CAPÍTULO 28: *Un Machete de Dos Filos*

Don Eusebio Melgar era el hombre del machete de dos filos, o como lo conocemos, la espada de dos filos de la palabra de Dios. Don Eusebio era diferente a muchos de los que tuvimos que tratar allá. Don Eusebio había sido un militar que había viajado mucho en sus hazañas revolucionarias. De alguna manera, tuvo la oportunidad de escuchar el evangelio, y cuando la palabra de Dios y la obra de Cristo le fueron presentadas, lo recibió como su Salvador antes de que yo lo conociera. Como muchos otros, cuando no había mucho movimiento en las revoluciones, encontró trabajo en la United Fruit Company. Era capitán en una de las fincas. Tenía a su cargo a un buen número de hombres. Se aseguraba de que comenzaran el trabajo a la hora indicada por la mañana o al menos cerca de la hora indicada. Un día llegó a Trujillo, donde vivíamos. Preguntó dónde vivíamos, abrió la puerta y se presentó. Quería conversar con nosotros; ese querido hombre estaba muy ansioso por conocer más de las Escrituras. Hizo muchas preguntas sobre cómo debería ser la vida de un hombre después de recibir a Cristo como Salvador. El bautismo se mencionó como uno de los temas principales y, por supuesto, le explicamos mucho más de la Palabra. Finalmente, dijo: «Miren. Son justo lo que busco». Me dijo dónde vivía y me invitó a visitarlo, lo cual hice. Comenzó a crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo. Lo encontramos un hermano muy capaz y útil. Era bastante inteligente y contribuyó mucho a la obra de muchas maneras. Mencionaré una.

Teníamos una escuela bíblica de vacaciones diaria en Santa Rita. Asistían hasta 100 niños a la vez. Nos lo pasábamos genial toda la semana antes de ir a otro lugar; sin embargo, el sacerdote local no creía que debiéramos estar allí. Intentó causar problemas, pero Don Eusebio, al ser militar, conocía bien las leyes del país. Así que, cuando el sacerdote vino a causar problemas, Don Eusebio fue quien salió a hablar con él. Intentó hacerle

entender que vivíamos en una tierra de libertad y que el gobierno de Honduras nos permitía entrar para difundir el evangelio. Eso era lo que hacíamos. Cuando llegó la última noche de la escuela bíblica, los niños estaban allí, los padres habían sido invitados y el sacerdote también llegó. Se paró en la puerta, atrapó a cada niño que entraba, lo devolvió y lo envió a casa. Don Eusebio fue a ver al sacerdote. "¿Qué haces? Ten cuidado. Estás violando la ley". El sacerdote acudió inmediatamente a las autoridades. Fue al alcalde del pueblo y al jefe de policía, y los trajo con varios policías. Les exigió que enviaran a los niños a casa. Don Eusebio salió y les dijo: «Miren, más les vale tener cuidado de no infringir la ley. Los que están aquí dentro actúan según las leyes de Honduras, así que tengan mucho cuidado». Y luego les leyó la ley.

Las autoridades se quedaron afuera escuchando el mensaje de Don Eusebio. Finalmente, le dijeron al sacerdote: «Mira, hombre. Será mejor que te vayas a casa. Será mejor que dejes a esta gente en paz, aquí están haciendo una obra maravillosa. Están ayudando a estos niños. Les están enseñando cosas que deberían saber y se están interesando en el pueblo. Te aconsejamos que te vayas a casa y los dejes continuar con su trabajo. No están molestando a nadie, no se están entrometiendo de ninguna manera con la gente, ni están violando ninguna ley del país. Será mejor que te olvides de esto y te vayas a casa». Allí vimos al Señor frustrar al enemigo que intentaba causar disturbios e impedir la difusión de la buena nueva de salvación. Pasamos un tiempo maravilloso allí, no solo con los niños, sino también con sus padres. Tuvimos la alegría de ver comenzar una obra maravillosa en ese lugar.

Los campamentos bananeros se componen de, digamos, diez casas de madera unidas, llamadas barracones. Cada campamento tiene entre diez y treinta barracones, según el número de personas empleadas. Los barracones se colocan sobre postes de 2.7 metros de altura. Esto deja un amplio espacio abierto y sin uso debajo, ideal para reuniones evangélicas.

Nunca hubo problemas para encontrar un lugar de reunión, y el tamaño del campamento determinaba el número de congregaciones que se podían reunir, desde cincuenta hasta doscientas personas. Don Eusebio era muy activo en este tipo de trabajo. Salía todas las noches a predicar el evangelio en uno u otro campamento. Dios lo usaba y se salvaban almas. Hubo mucho interés por todas partes, pero, por supuesto, siempre hay quienes se oponen a la difusión de la buena nueva; prefieren una vida de maldad, de alcohol, juegos de cartas, bailes o matándose unos a otros.

En esa ocasión, un amigo de Don Eusebio pasaba por cierta casa y oyó al dueño de la casa decir algo sobre Don Eusebio. También lo vio afilando su machete. Con limas, se pueden afilar esos machetes hasta dejarlos muy finos, como una navaja de afeitar. Cada vez que la lima tocaba el machete, cantaba: «Si Don Eusebio predica esta noche...». Y luego cantaba lo que iba a hacer. Este amigo de Don Eusebio pensó que sería mejor contarle lo que este hombre, Don Alejandro, decía de él. «Bueno», dijo don Eusebio, «lo que no sabe es que tengo un machete de dos filos». Cuando regresaba a casa por la tarde, el amigo de don Eusebio le dijo a don Alejandro: «Cuando pasaba por aquí esta mañana, estabas afilando tu machete y decías qué harías si don Eusebio predicaba, pero ¿sabes que don Eusebio tiene un machete de dos filos?». «¿Un machete de dos filos?». Nunca había oído hablar de algo así. Nunca había visto algo así. Y eso le dio un poco de miedo, pero era un hombre, e iba a enfrentarse al machete de dos filos, y allá se fue.

En este campamento en particular, donde se celebraría la reunión esa noche, había un terreno baldío. En él crecía hierba silvestre. Esa hierba puede crecer hasta 10 o 12 pies de altura. Don Alejandro llegó a ese pequeño trozo de hierba y se escondió allí. Era un buen lugar para esconderse, y sabía que Don Eusebio tenía que pasar por allí. Sabía que, si iba a hacer algo, tendría que ser en ese lugar donde no lo vieran. Al pasar Don Eusebio, intentó bajar el machete. Quizás algunos no lo crean, pero

después nos dijo que el machete no bajaba; su brazo no se movía; se quedó allí parado como una estatua; y Don Eusebio pasó ilesos.

Entonces ocurrió otra cosa bastante extraña. Don Alejandro descubrió que, después de que finalmente bajó el machete, sus pies parecían pegados al suelo y no podía moverse; ese fue su testimonio posterior. Don Eusebio empezó con la espada de dos filos (la palabra de Dios), y la atacó, golpe tras golpe tras golpe. Cada vez que la espada caía, esas palabras se le hundían en el corazón al pobre Don Alejandro, y allí estaba, pegado al suelo. Tenía que escuchar, y escuchó. Don Eusebio no escatimó golpes. Habló con mucha claridad. Habló de las vidas malvadas que llevaban. Gritó, y, por supuesto, ni siquiera sabía que Don Alejandro estaba allí. Dijo: «Oye, tú, el de ahí. ¿No tenías un corazón de asesino?». Y eso le caló hondo al corazón de Don Alejandro de tal manera que se convenció de su pecado. Después de que sus pies se soltaran del suelo, regresó a casa.

Pasó una noche muy, muy inquieta. No podía dormir. Pensaba en sus pecados. Pensaba en el mensaje que había escuchado. Pensaba en el gran mal que estaba a punto de hacer y que aún tenía la intención de hacer: quitarle la vida a Don Eusebio. No tenía paz. Tenía que levantarse temprano. Pensó que sería mejor ir a la casa de Don Eusebio. Pensó que sería mejor hablar con él. Fue, Don Eusebio aún no se había levantado. Llamó a la puerta. Don Eusebio salió y dijo: "Pase". Y el pobre hombre dijo: "No pude dormir anoche después de lo que le oí decir. He venido aquí esta mañana para disculparme, para pedirle perdón, para decirle lo que había en mi corazón, lo que pensaba hacer. ¿Qué puedo hacer ahora?" Don Eusebio se sentó amorosamente a su lado. Le explicó claramente el amor de Dios y cómo envió a su Hijo como sacrificio por nuestros pecados y la obra de la cruz del Calvario. El resultado fue que el pobre hombre tomó su lugar como pecador esa misma mañana y recibió a Cristo como Salvador.

Era maravilloso sentarme, como lo había hecho, en esas reuniones, recordando al Señor Jesucristo y la obra consumada en la cruz del Calvario. Allí estaba Don Eusebio y otros cristianos, todos unidos en amor, recordando a quien los había recordado muchos años antes, cuando tomó su lugar culpable en la cruz del Calvario. Don Eusebio venía muchas tardes de sábado y pasaba tiempo con nosotros. También solía pasar el día siguiente hasta la noche. Estaba muy interesado en las Escrituras. Tuvimos el gozo de enseñarle a ese querido hombre muchas cosas de la propia palabra de Dios. Era muy fiel al Señor.

Eso es lo que la gracia de Dios puede hacer, y eso es lo que ha estado sucediendo en Honduras durante muchos, muchos años.

En otra ocasión, cuando Don Eusebio vino a visitarnos, estaba muy desanimado. Estaba muy agitado y, de hecho, nos dijo que estaba en apuros. Nos explicó la situación. Antes de que Dios lo salvara, pertenecía al partido que estaba fuera del poder. Pertenecía al Partido Rojo, y los Azules estaban en el poder en ese momento. El gran general que vivía cerca de donde estábamos en Trujillo lo mandó llamar. Cuando mandaba llamar a alguien, significaba que estaba en apuros. Significaba que él también corría peligro a veces, así que Don Eusebio nos pidió que oráramos. Oramos fervientemente para que el Señor viniera y le diera la ayuda que necesitaba en ese momento. Debía presentarse en el despacho del general a una hora determinada. Después de un momento de oración, se fue a su cita con el general. El general era un hombre muy severo en muchos aspectos, pero al mismo tiempo era un hombre justo. El general interrogó a Eusebio durante un rato; Don Eusebio fue muy sincero. Él le respondió: «Sí, pertenecía al otro partido. Lo era en aquel entonces, pero ahora no pertenezco a ese partido. De hecho, ahora no pertenezco a ningún partido». Don Eusebio explicó por qué: «Porque ahora estoy bajo la influencia y en el ejército del Señor Jesucristo». Le contó a este querido general que había oído la maravillosa historia del amor de Dios, y sobre la

obra de Cristo y la cruz del Calvario. Le contó cómo había puesto su fe y confianza en Él, y cómo ahora le servía con verdad y su vida había cambiado. El general lo escuchó un rato. De hecho, sabía cómo era la vida de Don Eusebio antes, y ahora parecía haber cambiado. Don Eusebio ya no era dado a ningún disturbio; no estaba incitando al pueblo a una nueva revolución; estaba tratando de ayudar al país de otra manera; y, por supuesto, cuando el general descubrió que estaba trabajando en conexión con nosotros, eso lo resolvió. Conocía nuestro testimonio en el pueblo y había coincidido con muchas de nuestras predicaciones y enseñanzas. Le dijo a don Eusebio que no temiera. No le causaría problemas, siempre y cuando no interfiriera políticamente. Don Eusebio regresó a casa rebosante de alegría por lo que el general le había dicho, y regresó a casa regocijándose en el Señor, más decidido que nunca a vivir para Dios y a olvidar muchas de las otras cosas que lo habían ocupado en el pasado. Don Eusebio, el hombre de la espada de doble filo, fue de gran ayuda en la obra e hizo muchas cosas maravillosas para ayudar a la gente.

CAPÍTULO 29: *El obispo reacio*

Durante la vida de cada uno de nosotros, hay días especiales. En esos días podemos experimentar dudas, miedo, confusión y una impotencia absoluta. Así fue el día en que fui ordenado obispo de los departamentos de Colón y el Distrito Mosquito de Honduras. Justo antes de salir de Trujillo para asistir a una conferencia en Santa Rita, nos enteramos de que trajeron a unos "brujos", los acorralaron y los encarcelaron. Como no nos interesaban mucho los brujos, partimos hacia la conferencia olvidando por completo este incidente.

Después de la conferencia, al regresar a casa, el general a cargo de esa zona de la república me mandó llamar. Cuando mandaba llamar a alguien, era bastante serio; cualquier cosa podía pasar, y no se hacían preguntas ni se respondía. Verán, en ese entonces vivíamos bajo una dictadura. Gracias a Dios, fue un buen dictador. Sanó el país, aunque tomó medidas drásticas para lograrlo. Pronto fue seguro viajar a donde uno quisiera y sin miedo. Asignó hombres competentes a cada departamento. Ellos también eran dictadores en sus propios dominios, con autoridad para gobernar con mano de hierro, y así lo hicieron. Este general estaba a cargo de la zona donde vivíamos. Al vivir cerca de él, lo conocíamos bien, y, mejor aún, él nos conocía muy bien.

Una vez, conversando con él, me dijo que le gustaba mucho. También le gustaba nuestra religión, pero prefería la católica porque bajo ella podía hacer lo que quisiera. "Sabes, hago cosas muy malas", dijo, "pero puedo llevar cinco dólares a los sacerdotes y todo me es perdonado. Tú no puedes hacer eso". "No", dije, "no puedo, pero te puedo hablar de alguien que sí puede, y no tendrás que darle cinco dólares, ni un centavo".

Cuando me mandó llamar, fui con sentimientos encontrados. «Don Juan», dijo, «le pedí ayuda. Tengo aquí a tres hombres del Distrito Mosquito

(indígenas sambo de Nicaragua). Dicen ser evangelistas, pero se les acusa de cosas muy graves que, de ser culpables, podrían acarrearles la muerte».

Te conozco y puedo confiar plenamente en ti, pero no conozco a estos hombres. Quisiera que hablaras con ellos y me dijeras qué opinas de ellos. No quiero castigar a inocentes, pero si son culpables, deben ser castigados.

Me dijo que les acusaban de tres cosas: talar árboles sin permiso, impedir que los hombres hicieran su trabajo y recibir y obedecer órdenes de un país extranjero.

“Ahora”, dijo, “los traeré y podrás hablar con ellos todo el tiempo que quieras mientras yo me encargo de otras cosas”.

A uno de ellos, sinceramente, le conocía, pues lo conocí cuando visité el Distrito Mosquito hace años. Lo enviaron desde Nicaragua, de una misión allí, para comenzar una obra en Honduras. Llegó a la Brus Laguna (al sur de Trujillo) pocas horas después de mi llegada. Le pregunté, después de que me lo presentaran, cómo iba a empezar a formar cristianos entre esta gente. "Invitaremos a todos los del pueblo a una reunión especial", dijo, "y a todos los que deseen los bautizaremos como cristianos. Luego, a medida que nazcan bebés en esa familia, los bautizaremos como cristianos". Por supuesto, no estuve de acuerdo con su respuesta y, naturalmente, me entristecí. Ahora, allí estaba, una vez más, en presencia de este hombre, junto con otros dos que no conocía.

Les pregunté por qué talaban árboles sin permiso. Me respondieron que les habían dicho que tenían que ir a Iriona y que allí obtendrían el permiso; habían ido a Iriona y obtenido un permiso por escrito, que ya poseían. "¿Qué tal si les impedimos trabajar?", pregunté. Respondieron: "Todas las mañanas tocamos la campana a las cinco y la gente viene a orar antes de empezar a trabajar. De ninguna manera les estamos impidiendo trabajar". "¿Y si recibimos órdenes de un país extranjero?", pregunté finalmente.

Sospeché que ese era el verdadero problema; me explicaron que su obispo vivía en Nicaragua y que cada mes les enviaba órdenes sobre qué debían hacer, adónde debían ir y qué pasajes de las Escrituras debían leer.

Nicaragua y Honduras estaban en una pugna en ese momento. Nicaragua había emitido un sello postal que mostraba una sección de Honduras en Nicaragua y, por supuesto, eso no fue bien recibido en Honduras.

Entonces vi al general e intenté explicar sus respuestas. Empecé con la tala de árboles. Le expliqué que estos hombres tenían un permiso escrito de Iriona para talar los árboles necesarios para construir sus casas. «Iriona no tiene autoridad para dar ese permiso», me dijo el general. Entonces pregunté: «¿Son estos hombres los culpables de eso, o Iriona?». Tuvo que aceptar que Iriona era el culpable. En cuanto a impedir que la gente trabajara, tuvo que aceptar que solo hacían lo mismo que la Iglesia Católica Romana.

Intenté explicarle que estos hombres solo recibían órdenes espirituales de su obispo, que vivía en Nicaragua. De ninguna manera recibían ni obedecían órdenes materiales de ningún país extranjero. Bueno, debo confesar que no estaba preparado para su respuesta.

“Esto es Trujillo”, dijo, “y yo vivo en Trujillo, la cabecera del Distrito Mosquito. Soy el hombre material y asumo toda la responsabilidad de las cosas materiales. Tú también vives en Trujillo. Tú eres el hombre espiritual, así que asumirás toda la responsabilidad de las cosas espirituales en el futuro; les dirás a estos hombres y a todos los demás qué deben hacer y qué no deben hacer. Serás el obispo del Distrito Mosquito”.

Ahí lo tiene, obispo Ruddock. ¿Se le subió alguna vez el corazón a la boca? A mí sí. Le pedí sabiduría al Señor con una oración apresurada, y entonces una calma apacible pareció envolverme.

—General —dije—, esa orden me resulta bastante difícil de cumplir. No tengo nada que ver con estos hombres, ni con su misión, ni con su forma de actuar. En ese momento, me interrumpió. —Lo hará usted en el futuro —dijo—. Les dará a estos hombres, y a todos los demás, órdenes de conducta espiritual. Conociendo al general como yo, Y sabía que sería inútil seguir hablando, así que dije: —Si me permite llevar a estos hombres a mi casa durante dos semanas, tendré tiempo para hablar con ellos y explicárselo todo.

“Eso es lo que hay que hacer”, dijo. “Llévenlos y explíquenles que ahora están bajo sus órdenes”. Habían pasado casi cuatro horas desde que salí de casa y, por supuesto, mi esposa Nettie y otros estaban ansiosos por saber qué pasaba y si corría algún peligro.

Hablé con estos tres indios sambo e intenté explicarles lo mejor que pude cómo obedecíamos las Escrituras en todo lo espiritual, pero me di cuenta de que era como si estuviera hablando con el general. Estaban ansiosos por volver con sus esposas e hijos en el distrito de Mosquito, pues habían pasado cuatro meses desde la última vez que los vieron. Ofrecí muchas oraciones por este asunto. Era realmente muy perturbador y estaba empezando a provocarme fuertes migrañas.

El tiempo pasaba y cada vez estaba más convencido de que debía volver a ver al general, así que me fui. «General», dije, «tengo dos peticiones. ¿Me permitiría escribir a la sede de la misión (religión morava) de estos hombres en Estados Unidos, exponiendo las dificultades que han surgido aquí? Quisiera pedirles que envíen o nombren a un obispo a Honduras para que no se necesiten órdenes espirituales de Nicaragua ni de ningún otro país».* Para mi deleite, respondió: «Sí, hágalo». La segunda petición: «¿Pueden estos hombres regresar a casa con sus esposas e hijos, ya que han estado fuera tanto tiempo?». «Pueden», respondió, «siempre que estén bajo sus órdenes y no las reciban de nadie más. Si las reciben, serán castigados».

Por supuesto, les expliqué esto a los tres hombres, diciéndoles que no podía darles órdenes espirituales porque no había autoridad para ello en las Escrituras. Yo mismo no recibí órdenes de nadie, ni di órdenes. El Señor usó el Espíritu Santo y las Escrituras para guiar y ayudar en todos los asuntos espirituales. «En cuanto a lo material, les aconsejo que no corten más árboles, que no construyan más casas y que ni siquiera envíen una carta a Nicaragua. Escribiré a la sede de su misión en EE. UU. para explicarles la situación».

Poco después, llegó su nuevo obispo. Lo acompañé y lo presenté al general y a todos los demás funcionarios con los que tendría que tratar. El general dejó muy claro que yo estaba al mando y que todo debía pasar por mis manos. De hecho, durante mucho tiempo después, tuve que entrevistar a todos los nuevos misioneros que llegaban a nuestra zona del país y explicarles las cosas con claridad. Esto me brindó una maravillosa oportunidad de ver cuán desviadas estaban estas misiones y de comunicarles las sencillas verdades de la Palabra de Dios a medida que las aprendíamos y las practicábamos.

Una pareja joven llegó con diez cajas llenas de estufas, lavadoras, refrigeradores y todo tipo de utensilios de cocina, solo para quedarse tres semanas. Dijeron que no era lo que esperaban. Llegó otro joven, recién salido de una especie de escuela religiosa, y al conversar con él quedó claro que realmente había nacido de nuevo. "¿Qué vas a hacer?", le pregunté, "cuando te vayas y te establezcas en esta misión a la que te has unido?". "Predicar el evangelio", respondió, "y orar para que el Señor salve almas". "¿Estás seguro?", le pregunté. "Pues sí, estoy seguro de eso", dijo, "por eso vine". "Bueno", dijo, "no estoy tan seguro. ¿Qué harás si te dicen que bautices a los niños para convertirlos en cristianos?". "No, no podría hacer eso", dijo. "Bueno", dije, "me temo que eso es lo que tendrás que hacer". "No, no lo haré", fue su respuesta. "¿Para quién viniste a trabajar?", pregunté. "La Misión Morava", dijo, mencionando su nombre. "¿Son ellos

responsables de darles el dinero necesario para vivir?" "Sí", respondió. "Esa es la diferencia entre tú y yo", le dijo. "Yo trabajo para el Señor y Él me provee todo lo que necesito, así que soy libre de predicar el Evangelio y hacer todo según sus instrucciones, pero tú no".

Por supuesto, no me creía. Sin embargo, unas semanas después recibí una carta suya diciendo que era tal como le había dicho y que se jubilaba para buscar trabajo en otro lugar. Tuve la oportunidad de hablar con él tiempo después, pero no pudo confiar ni depender de la guía y el apoyo del Señor.

Me encontré con otro joven que pasó por mis manos. Años después lo volví a ver. "¿Cómo estás?", pregunté. "Muy bien de salud", respondió, "pero espiritualmente no estoy contento". "¿Por qué?", pregunté. "La misión para la que trabajo", me dijo, "me envía un formulario para que lo llene cada mes. En este formulario hay muchas preguntas para responder, una es "¿Cuántos nuevos cristianos tuviste durante el mes?". Si digo la verdad y digo "Ninguno", recibo una carta diciéndome que me ponga a trabajar. Cada mes debo poder reportar bastantes conversiones. Ahora no estoy contento con eso porque pasan muchos meses sin ver a nadie salvarse". Aprende de esto.

"¿Sabes quién está en el restaurante?", le dijo a mi esposa. "El general". Tengo que bajar a verlo", respondió Nettie, y se fue. Al entrar, el general se puso de pie de un salto y la invitó a sentarse a su lado. Estaba tan feliz de volver a verla, pues siempre había sido su favorita.

Mientras hablaban de los viejos tiempos y de las muchas cosas horribles que habían sucedido, de repente dijo: «Doña Nettie, ¿cree que podría haber perdón para mí? He sido culpable de muchas atrocidades». «Por supuesto, general. El Señor Jesucristo murió en la cruz y derramó su preciosa sangre para que usted pueda ser perdonado». Ella continuó hablándole y le dijo que buscara algunos versículos de la Biblia. «Pero no tengo Biblia», dijo él. «Te conseguiré una», respondió Nettie. «No vuelvo a

Tela, pero te conseguiré una y la dejaré aquí en el restaurante donde podrás recogerla».

Así lo hizo, pidiéndole a su amiga que se la diera al general cuando regresara. Poco después, supimos que lo encontraron muerto, arrodillado en su cama, en su habitación, con la Biblia abierta delante. ¿Fue ese el último caso de este famosísimo general? No conocemos más detalles, pero sí sabemos que, si realmente acudió al Salvador como un pecador arrepentido y recibió por fe al Señor Jesucristo, lo encontraremos en la gloria. ¡Qué gran día!

CAPÍTULO 30: *Expatriados, Soñadores y Oro*

En nuestros viajes, nos topamos con otro caballero, un inglés llamado Senior. Vivía con un irlandés. Estos dos hombres operaban una plantación de plátanos propia. No era muy grande, pero la habían operado durante algún tiempo. También tenían algunas vacas lecheras. Los plátanos tardan unos nueve meses desde su siembra en estar listos para la comercialización. Así que elaboraban queso y lo llevaban a Puerto Castillo para venderlo. De esa manera, pudieron mantenerse mientras esperaban la llegada de los plátanos; sin embargo, lamentablemente, fue en esa época cuando la enfermedad se apoderó de los plátanos y su negocio no prosperó. Estos dos hombres eran de mediana edad. El irlandés era un poco mayor. No sé mucho sobre sus antecedentes. Senior había llegado de Inglaterra de joven. Había viajado bastante por Centroamérica. Finalmente, se estableció en Honduras. Era soltero, había entrado en contacto con este irlandés y decidieron probar suerte en el negocio del banano. íbamos allí y los visitábamos en su granja y siempre teníamos la oportunidad de contarles las buenas nuevas de la salvación. Senior se interesó mucho en ello; pudimos explicárselo de tal manera que finalmente tomó su lugar como pecador y recibió a Cristo como su Salvador. Tuvo oportunidades de viajar un poco por su negocio, ya que el irlandés no podía hacerlo. Se quedaba en casa y cuidaba de la granja y el ganado e hizo varias otras cosas en el lugar mientras su compañero, Senior, salía a vender leche, queso y cosas así.

En uno de estos viajes, Senior, de alguna manera, contactó con una de las mujeres nativas. Esa fue su perdición. Evidentemente, esta mujer había sido una especie de hipnotizadora. Ejercía una pésima influencia sobre el Sr. Senior. Podía obligarlo a hacer lo que quisiera. Pasó un tiempo en nuestra

casa. Y, estando allí, una noche, se despertó y dijo que tenía que irse porque esta mujer lo llamaba. Cómo recibió ese mensaje sigue siendo un misterio. Yo estaba fuera, así que mi esposa estaba sola; le costó mucho convencerlo de que volviera a la cama. Eran quizás las dos de la madrugada. El tren no salía hasta las seis de la mañana. Finalmente, volvió a la cama. Por la mañana, regresó a su casa. Mi esposa lo encontró un día en Puerto Castillo en muy mal estado. Estaba todo sucio y mojado, en muy mal estado. Apenas sabía lo que hacía. Hablamos con el cónsul inglés sobre Senior, y él hizo arreglos para que lo llevaran al hospital. Recibió tratamiento allí durante un tiempo. Cuando le dieron de alta, volvió a pasar un tiempo en nuestra casa. Intentamos hacer todo lo posible por él, pero era bastante difícil dadas las circunstancias; tuve que quedarme en casa para cuidarlo. Parecía que estaba empeorando, así que hicimos los arreglos para que lo ingresaran en el hospital de La Ceiba.

Debido a su mal estado, decidimos llevarlo en avión, que apenas empezaba en esa zona del país. Finalmente subimos al avión, pero era solo de tres plazas, con espacio solo para dos pasajeros detrás del piloto y el equipaje. En cuanto despegamos, Senior abrió la puerta del avión. Tuve que apurarme para sujetarlo y empujarlo de vuelta a su asiento. Por suerte, la puerta se abrió contra el viento, y este la mantuvo prácticamente cerrada. Bajamos del avión y fuimos al hospital, donde permaneció un rato.

Para entonces, la situación financiera de Senior con el irlandés era bastante precaria. El hospital le hacía todo lo posible, pero necesitaba medicamentos. Salí a ver a su compañero. Dijo: «Bueno, no sé qué podemos hacer». Culpó a este inglés de un montón de cosas. Le dije: «Que así sea, no lo sé, pero así es como se encuentra ahora mismo y necesita medicamentos». «Bueno», dijo, «podría vender un par de vacas». Lo hizo, y con ese dinero pudimos conseguir los medicamentos para Senior. No vivió mucho tiempo. Falleció poco después. Sin embargo, creo que era un

hombre verdaderamente salvo y pertenecía al Señor a pesar de haber tenido esta experiencia con esta extraña mujer hechizada.

Un día, mientras repartía folletos evangelísticos, llegué inesperadamente a la casa de la mujer que supuestamente había hipnotizado a Senior. Me invitó a tomar un café, pero decliné la invitación.

Otro expatriado, el Sr. Mac, provenía del oeste de Estados Unidos. Llevaba bastante tiempo en Honduras. Muchos extranjeros llegaban a Honduras por diversas razones; algunos tuvieron que huir de Estados Unidos, mientras que otros llegaron por negocios. Cómo llegó, no lo sabemos. Viajó mucho y probó suerte en diversas áreas. La minería de oro era un gran atractivo en Honduras. Se ha ganado dinero con ella. Por otro lado, se ha perdido dinero. Es una empresa bastante arriesgada. Para dedicarse a ella de forma rentable, se necesita dinero y equipo. Él no tenía ese lujo. Quizás extrajo un poco de oro para ganarse la vida durante un tiempo, pero finalmente logró entrar en las aldeas indígenas caribes. Allí se estableció y ganó bastante dinero con una pequeña tienda. Vendía sal, azúcar, comestibles y cosas así, incluso productos secos y papas. La gente compraba telas para hacer vestidos y pantalones de caballero. Él era el proveedor de todos esos artículos en algunas aldeas caribes. Logró ganarse la vida bastante bien y ahorrar dinero para el futuro. Sabía mucho sobre esta gente, los caribes. Yo mismo aprendí mucho de él.

Llegó a Trujillo mientras vivíamos allí y lo conocimos, ya que nuestra casa era el centro de todas las actividades extranjeras. Cualquiera que venía de un país extranjero, de alguna manera, encontraba nuestra casa; siempre había una puerta abierta para ellos. Había algo para comer y generalmente encontrábamos un lugar para que durmieran. Este querido hombre vino y lo acogimos. Cuando llegó, le dio a mi esposa un paquete para que se lo guardara. Nettie pensó que eran municiones o algo así porque era bastante pesado. Tomó el paquete, lo tiró entre la ropa sucia y lo dejó allí solo. Se

quedó un par de semanas más o menos. Había una cosa que a mi esposa no le gustaba de él. Cuando entraba, se mantenía cerca de ella. Si ella iba a la cocina, él la seguía. Si ella iba a la sala, allí estaba él. Siempre estaba a su lado. Tenía la costumbre de sentarse cerca de quienquiera que estuviera hablando. Se sintió como en casa. Llegó la hora de irse. Le pidió a mi esposa que fuera amablemente con él al tren. Fue un poco Carly. En lugar de ir al tren, se subió al pequeño bote que iba a una de las islas de la costa norte de Honduras. Finalmente, iba a Belice, Honduras Británica en ese momento. Antes de irse, le pidió a mi esposa que le diera el dinero. Ella no recordaba que le hubiera dado dinero. Dijo: "¿Dinero?". Él dijo: "Sí. Te di un paquete de dinero". Nettie estaba muy asustada, porque no recordaba nada sobre dinero, pero sí recordaba que él le había dado un paquete y sabía dónde lo había puesto. Fue a buscarlo. Él dijo: "Sí, ¿no lo sabías? Es dinero". Había el equivalente a miles de dólares en monedas de oro, oro viejo y plata, y se lo llevaba. Evidentemente, se iba de Honduras para siempre. Por fin, descubrimos por qué se mantenía tan cerca de mi esposa. Tenía miedo de que alguien le hiciera daño. Tenía miedo de que lo persiguieran. No sabíamos nada de eso. Se mantuvo muy cerca de ella todo el tiempo. La usó como guardia de seguridad. Era tan querida y respetada que sabía que nadie le haría daño y que eso lo protegería. Intentó mantenerse lo más cerca posible de ella hasta que subió al barco. Luego desapareció. Esa fue la última vez que supimos de él.

Otro expatriado que conocimos en Trujillo era médico. Era un escritor ejemplar. Escribió un libro; le pidió a mi esposa que lo revisara y lo revisara. Era, sin duda, bastante interesante. Hablaba mucho sobre el país, emboscadas y revoluciones. Cuando estuvo listo, lo envió a imprimir, pero no encontró a nadie que lo hiciera. El problema era que no incluía suficiente emoción entre mujeres y hombres. Eso es lo que busca el público. Prefieren satisfacer la carne que el espíritu. El editor le respondió con una amable carta diciéndole que el libro era maravilloso, pero que le

faltaba más contenido erótico. Pero a este médico no le interesaba ese tipo de libro, y finalmente lo dejaron de lado y no se hizo nada más al respecto. Este médico también se dedicó a la minería de oro, pero no creo que tuviera más éxito en eso.

Se necesitaba mucho dinero para entrar en el negocio del oro. Claro, había hombres que se ganaban la vida a duras penas, solo para sí mismos. Cribaban la arena a orillas del río y encontraban suficiente oro para un día de trabajo, pero eso era todo. De hecho, un hombre que vivía en Tela salía de viaje de vez en cuando. Era muy reservado sobre esos viajes, pero regresaba con suficiente oro para mantenerse un tiempo más. Subía las montañas, llegaba a esos lugares y traía algo de oro. Otro médico también vino de Estados Unidos para probar la minería de oro. Su hijo me dijo que, si su padre tuviera todo el dinero que había gastado en la maquinaria, los salarios de los hombres y todo lo demás, sería un hombre muy rico. Él tampoco pudo tener éxito. Lamentablemente, muchos de estos expatriados ignoraron lo espiritual y murieron esclavos de la carne.

CAPÍTULO 31: *El General Navidad y el General Mono*

Nunca conocimos al General Christmas, pero conocíamos muy bien a algunos que lo conocían muy bien. Este hombre trabajaba en el ferrocarril de Nueva Orleans. Era maquinista de trenes de pasajeros y mercancías que salían de Nueva Orleans. Era daltónico y, cuando entró en vigor una nueva ley que prohibía el empleo de ingenieros a personas daltónicas, perdió su trabajo. Recorrió Centroamérica hasta Honduras, donde no importaba si se era daltónico o no. Consiguió un trabajo en el Ferrocarril Nacional. Este iba desde Puerto Cortés hasta San Pedro Sula y seguía hasta Potrerillo.

Ese día en particular estalló una revolución. Tomó el tren solo unas cuadras, pero no pudo avanzar más debido a la revolución. Las fuerzas gubernamentales y el ejército de la oposición estaban allí, bloqueando el paso. No luchaban, pero tampoco se llevaban muy bien. Christmas pensó que podía ayudarlos. Sacó el hielo del vagón de hielo. La compañía tenía una fábrica de hielo en Puerto Cortés. En aquellos tiempos no había refrigeración. Incluso para los negocios, usaban mucho el hielo. Él usó el hielo como una especie de fortaleza y consiguió que uno de los soldados le prestara su arma. Se metió detrás del hielo y convenció a los demás para que lo siguieran. Allí estaban, tras esta barricada de hielo, que resultó ser toda una fortaleza, y entonces comenzaron a disparar. En poco tiempo habían ahuyentado al enemigo. Los soldados vieron las posibilidades de que este hombre se uniera a ellos y fuera su líder. Allí mismo, en ese mismo instante, lo nombraron general. Desde entonces se convirtió en el general Christmas, pero no quería irse. Dijo: «Mi trabajo ya terminó. Quiero llegar a San Pedro en tren. Ese es mi verdadero negocio. Esto me estorbó, pero ahora quiero llegar». Dijeron: «Mira, ahora estás en esto, igual que nosotros. Nos ayudaste y ahora te perseguirán. Si no te cuidas, serás

severamente castigado. De alguna manera, quizás pierdas la vida». Por fin convencieron a Navidad para que los acompañara. Fue disfrazado de General Navidad.

Al llegar a San Pedro Sula, dio las órdenes y pronto tomaron el cuartel. Controlaban prácticamente toda la costa norte de Honduras. Luego avanzaron hacia el interior. Avanzaban con más fuerza y poder, cosechando victoria tras victoria. Finalmente, marcharon directamente hacia la capital, Tegucigalpa. Con sus seguidores, tomó el cuartel. Lo proclamaron general de todas las fuerzas. Sin embargo, no era un hombre político, así que cuando todo se tranquilizó, regresó a Puerto Cortés. Le gustaba vivir allí y se convirtió en una gran ayuda para el país en muchos sentidos. ¿De qué lado estaba? No lo sé. En aquella época estaban el Partido Rojo y el Partido Azul. Si cambiaba el partido en el poder, mejor cambiaba la corbata. Cuando el Partido Rojo gobernaba, mejor usar corbata roja, pero si el Partido Azul volvía al poder esa mañana, había que ser muy rápido para cambiarse la corbata.

A veces ayudaba a su grupo. Finalmente, su partido perdió poder y tuvo que huir. Se ocultó y finalmente escapó del país. Escapó en circunstancias muy extrañas. Una querida mujer que conocíamos muy bien lo ayudó en La Ceiba. Barcos fruteros navegaban hacia Nueva Orleans y otros puertos internacionales desde La Ceiba. Ella lo vistió con ropa de mujer, incluso con sombrero. Como era temporada de lluvias, esperaron a que lloviera con fuerza y salieron a caminar con los paraguas bien bajos hasta los muelles, pasando junto a los guardias. Esta mujer y el General Christmas caminaron juntos. Fueron al barco y, con mucha valentía, subieron por la escalerilla y, en el barco, esta querida mujer lo dejó allí. Quizás le salvó la vida. Esas cosas no eran raras allí. Esa mujer era todo un personaje. En una ocasión, un revólver le voló un dedo izquierdo.

Nadie lo extrañó por un corto tiempo en el lugar donde estaba preso. Finalmente, cuando lo encontraron, ya era demasiado tarde. No pudieron descifrar adónde había ido. Lo buscaron por todas partes y no pudieron encontrarlo. Para entonces, se dirigía a la deriva hacia el océano. Intentó hacerse pasar por un pescador con la esperanza de que llegara un bote y lo recogiera, pero no sucedió. Siguió allí a la deriva durante mucho tiempo. No podía acercarse a la orilla por miedo a que lo atraparan. Finalmente, llegó a un lugar cerca de Belice. Desembarcó en la playa. Encontró algo para comer y localizó a unos amigos.

Pronto recuperó las fuerzas para viajar de nuevo. Para entonces, su partido había tomado el poder en Honduras. Pudo regresar sano y salvo a Honduras. Durante otros disturbios en Honduras, recibió un disparo, y fue entonces cuando lo encontré convaleciente. Tuve una conversación amena con él y descubrí que estaba muy interesado en las cosas espirituales. En una ocasión, los adventistas se habían puesto en contacto con él. Quería saber sobre su doctrina y sobre lo que enseñaban las Escrituras. Pude explicárselo. Con el tiempo, ese querido hombre recibió a Cristo como su Salvador. Pronto pudo volver a sus asuntos. Vivió un tiempo en Trujillo. De hecho, se bautizó allí y fue recibido en la reunión. Fue de mucha ayuda allí durante un tiempo, y dio un buen testimonio.

CAPÍTULO 32: *Sansón, el zurdo*

Uno de los ancianos de la asamblea de Progreso (una ciudad cerca de la costa norte de Honduras) no aceptaría ese título. Les diría que es indigno. Les diría que solo es un pecador salvo por gracia, que busca ayudar a su Señor, a su obra y a su pueblo. Y eso es precisamente lo que está haciendo. Tiene un solo brazo, el izquierdo, y muchas cicatrices por toda la cara; de hecho, por todo el cuerpo. ¿Por qué? ¿Qué sucedió? Sansón El Zurdo se vio envuelto en una disputa familiar. Las disputas son comunes en esa zona de Honduras. Las familias se dividen por alguna razón, y de vez en cuando se atacan entre sí. Llevan sus machetes y, por lo tanto, hay derramamiento de sangre. Muchas veces, se cobran vidas. En la familia de Sansón El Zurdo, la disputa se prolongó durante muchos años. Ya habían perdido a algunos familiares por la violencia en ambos bandos. En esta ocasión, la otra rama de la familia se topó repentinamente con la familia de Sansón El Zurdo, y se desató una masacre. Dos hermanos y el padre murieron en el acto. Sansón El Zurdo también resultó gravemente herido, destrozado por los machetes. Le amputaron un brazo por completo. Tenía muchas heridas en las piernas, el cuerpo y la cara; sin embargo, debió de ser un joven bastante fuerte, y sobrevivió. De alguna manera, logró detener la hemorragia, llegó a un refugio y recuperó las fuerzas.

Ahora sabía lo que tenía que hacer. Solo quedaban dos miembros de la familia enemiga; era su deber vengar a su familia. Dejó su aldea y bajó a la costa. Encontró trabajo en la compañía frutera, cortando plátanos con un machete. Practicó allí durante dos años, cortando todo tipo de materiales. No solo plátanos, sino también hierba y árboles. Practicó hasta que adquirió fuerza en el brazo izquierdo. Tenía una fuerza maravillosa, y supo que era hora de ir a buscar a esos dos hombres. Le llevó un tiempo averiguar dónde estaban estos hermanos. Cuando los encontró, lo hizo de forma bastante rápida e inesperada. Caminaba por un sendero estrecho

cuando, de repente, ¿quién doblaría la esquina sino estos dos hermanos? Se llevó un buen susto. Al principio, los dos hermanos no se dieron cuenta de a quién se enfrentaban. Sansón solo tenía un brazo, el izquierdo, para enfrentarlos, pero había dedicado tiempo a poner en forma su machete y su brazo. Allí estaban, dos contra uno. No sabía qué hacer. No esperaba enfrentarse a los dos a la vez, pero ¿cómo iba a dejar pasar esta oportunidad? Se lanzó, y ¡menuda pelea!, golpe tras golpe. Fue de uno a otro hasta que uno de los hermanos cayó. Entonces Sansón fue directo a por el otro hasta que él también cayó. Se aseguró de que ambos estuvieran muertos, muertos de verdad, porque recordó que creían que lo habían dejado muerto. Había vengado a su familia.

Toda la familia enemiga en la disputa había muerto; toda su familia había muerto. No quedaba nadie más que él, así que regresó a la costa. Encontró trabajo en otra finca bananera, pero esta era un poco diferente a la otra. Había algunos cristianos en ella y, por supuesto, eran muy activos. Salían de noche con su lámpara Coleman a predicar el evangelio. Eso era algo muy nuevo para nuestro Sansón El Zurdo. Escuchaba el evangelio y regresaba noche tras noche. Pronto sus pecados comenzaron a atormentarlo al escuchar el mensaje de la palabra de Dios. Dios ama al pecador, pero odia el pecado; aquellos queridos hombres del campamento seguían predicando. El pobre Sansón El Zurdo estaba angustiado, hasta que finalmente tomó su lugar como pecador y recibió a Cristo como su Salvador. Gracias a Dios por eso. Ahora era un hombre nuevo en Cristo Jesús. Sí, Sansón El Zurdo era, en efecto, una nueva criatura en Cristo Jesús. Le habría gustado lavar las heridas que les había infligido a esos dos hombres, pero era imposible. Ya no estaban, ya estaban enterradas. De alguna manera, eso mantenía a este pobre hombre en agonía. Después de que Dios lo salvó, se dio cuenta de la profundidad del pecado en el que había estado, y eso lo perturbaba profundamente. No podía tener paz mental. No podía aferrarse a nada. Quería ayudar, pero estos pensamientos

llenaban su mente y su corazón. Habló con los demás cristianos del campamento sobre esto. Llegó a la conclusión de que la única manera de encontrar alivio era entregarse y confesar lo que les había hecho a esos dos hombres.

Dejó el campamento, regresó a la aldea en las montañas y no perdió tiempo en contarles a las autoridades lo que había hecho. Parece que lo consideraban un hombre un poco tonto. Nunca habían conocido a nadie que les dijera que había matado a dos hombres y pidiera ser castigado por ello. Revisaron los antecedentes penales de asesinatos del año, su nombre no estaba allí. Revisaron los antecedentes penales en busca de otras fechas, pero no apareció nada. No había cometido ningún delito. Llegaron a la conclusión de que, en lugar de ir a verlos, debería haber ido a ver a un médico. Finalmente, dijeron: "No, no tengo nada en tu contra". Sansón seguía allí de pie, y se preguntaban qué clase de hombre era. De nuevo, dijeron: "Mira. No tengo nada en tu contra. Eres un hombre libre. Vuelve a casa. Ve a tu lugar de origen y trabaja como debes hacerlo". Finalmente, lo entendieron. Lo había intentado, pero a los ojos de la ley del país era un hombre libre. Se esperaba que hubiera ocurrido una revolución cerca de esa fecha y que hubiera cosas más importantes que hacer para las autoridades que buscar a un hombre que solo mató a dos hombres.

Sansón regresó a la costa, y los cristianos lo esperaban. Habían estado orando mientras él estaba ausente. El resultado los había satisfecho, y pareció satisfacer también a Sansón. Ahora tenía la conciencia tranquila. Había hecho todo lo posible por confesar a las autoridades lo que había hecho, pero lo habían despedido como hombre libre. Dios le había perdonado sus pecados, y en lo que respecta al país, también lo había sido. Sansón, el del Brazo Izquierdo, comenzó a ayudar a los queridos cristianos que proclamaban la buena nueva de salvación en el campamento donde vivía y en otros campamentos de los alrededores. Creció en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo. Era muy bueno en las conferencias,

un predicador popular del evangelio. Con su experiencia, sabía cómo hablarles con un lenguaje muy limpio y franco. Dios lo usó.

CAPÍTULO 33: *Distribuyendo los Evangelios de Puerta en Puerta*

Tuve el privilegio y la gran oportunidad de distribuir los Evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) desde la frontera con Guatemala, a lo largo de la costa norte de Honduras, hasta la frontera con Nicaragua. Viví momentos maravillosos durante esos primeros días.

En una ocasión, visité una aldea caribeña. Como de costumbre, fui de casa en casa, dejando un pequeño evangelio en cada una. Después, seguí con otro evangelio y otro, hasta que cada casa tenía los cuatro. También proporcionaba Nuevos Testamentos y Bblias completas a cualquiera que mostrara gran interés. Ese día, iba de casa en casa cuando miré hacia atrás y vi a un hombre que parecía seguirme. Se acercaba cada vez más. Cuando estuvo justo a mi lado, me dijo: «Disculpe, me gustaría que viniera a mi casa. Tengo algo que preguntarle». «Con mucho gusto», dije. Lo acompañé a su pequeña cabaña, y allí sacó una Biblia. Me preguntó: «¿Es buena esta Biblia? Me gustaría saberlo». * La miré y le dije que sí, sin duda, era buena. Se lo aseguré. «Bueno», dijo, «dice la verdad, ¿verdad?». «Sí», dije, «dice la verdad». «Entonces», dijo con voz algo triste, «soy un hombre condenado». Había descubierto leyendo la Biblia por su cuenta que era un hombre condenado. Y, por supuesto, eso lo preocupó. Le pregunté por qué creía que estaba condenado. «Bueno», dijo, «según lo que leo aquí en este libro, y según mi forma de vivir, he pecado y desobedecido a Dios. Y aquí me dice que hay castigo por una vida así». Dije: «Tienes razón. Es muy cierto».

Seguimos hablando durante un buen rato. Le presenté las Escrituras. Finalmente, esa misma noche antes de irme, se regocijaba al saber que sus pecados habían sido perdonados y que ya no había condenación para él. Lo dejé, pero a los tres meses regresé. Intenté hacer ese viaje cada tres

meses, hasta que les di los cuatro evangelios a cada uno de mis queridos hermanos. Cuando regresé por segunda vez, todavía lo encontré regocijándose al saber que todos sus pecados habían sido perdonados mediante la muerte y el castigo del Señor Jesucristo por él en la cruz. Había algo más que preocupaba a este querido hombre. Dios solo tenía una manera de salvar a un pecador, solo Una. No importa en qué parte del mundo te encuentres. Es la experiencia la que es diferente. Casi todas las experiencias antes de recibir a Cristo como su Salvador son muy diferentes. Y, por regla general, las experiencias posteriores también son diferentes. Me dijo: "¿Harías algo por mí?". "Con mucho gusto", respondí. Siempre soy muy servicial, ¿sabes? Dijo: «Hay algo que quiero que veas». Fue a otra habitación y sacó un paquete.

Empezó a abrir el paquete. Le llevó bastante tiempo. Estaba bien envuelto. Estaba envuelto como hacíamos un balón de fútbol cuando éramos niños, con trozos de papel, cuerda, cordón, calcetines y todo tipo de camisetas de lana. Lo tenía envuelto igualito. Al final, se fue haciendo cada vez más pequeño, hasta que fue tan pequeño que pensé que no debía haber nada dentro. Quitó el último envoltorio y luego lo sacó. Era una cadenita. En el extremo de esa cadenita estaba la imagen de la Virgen María. Dijo: «Esto es lo que me preocupa. Desde que recibí a Cristo como mi Salvador, no tengo ningún uso para esto, pero está en la casa y me preocupa. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Qué haré con esto?» Sabía a qué se refería, porque a alguien le toma bastante tiempo después de ser salvado deshacerse de toda la confianza y fe que antes tenía. Le dije: "Bueno, hay varias cosas que podrías hacer con él. Podrías tirarlo al río o dármelo, y yo me encargaré de ello". "¿Lo aceptarías?", preguntó. "Sí", dije, "con gusto". "Aquí tienes", dijo mientras me lo entregaba. ¡Qué peso se había quitado de encima! Revivió. Mostró más vida; había muchos más como él también.

CAPÍTULO 34: *Los Indios Caribes*

Los indígenas caribes que viven en la costa norte de Honduras son un pueblo muy pacífico y amable; sin embargo, existe un cierto misterio oculto sobre ellos. Se supone que ofrecían sacrificios humanos a sus deidades en una fiesta secreta anual. Esto me lo pregunté a menudo durante mi trabajo con los indígenas caribes a lo largo de los años. Pero era difícil obtener información sustancial sobre tales fiestas. Al leer el libro de Sydney Watson, "*En un abrir y cerrar de ojos*", encontré un relato muy interesante sobre sus fiestas. En su libro de Revell, el Sr. Watson menciona a dos hombres, Ralph Bastin y un tal Sr. Hammond. Al parecer, Bastin había estado en un largo viaje, y al regresar a casa le contó a su amigo Hammond algunas de sus experiencias en la isla de Utila. Utila es una de las tres islas a varias millas de la costa hondureña. Los británicos desembarcaron allí a muchos indios caribes tras descubrir que habían asesinado a gobernadores que los ingleses habían dejado al cuidado de sus intereses en la isla de Granada y otras islas antillanas británicas. Ahora nos uniremos a Bastin para contarle a Hammond sobre uno de los festines de los indios caribes a los que asistió en secreto. Cito:

“Les he contado rápidamente algo de dónde he estado”, comenzó Bastin. “Pero he reservado mi gran historia para contársela aquí”. Miró al niño a sus pies. “Oí”, continuó, “cuando en El Caribe —como oyen todos los que se quedan mucho tiempo allí— que cada año, a pesar de las leyes de los blancos, que están en el poder, se sacrifica un niño a las deidades caribeñas, y ansiaba saber si era cierto”.

“Durante mis primeras semanas de estancia en la pequeña isla de Utila, pude prestarle un servicio a uno de los viejos sacerdotes, que de alguna manera se volvió tan exagerado a sus ojos que casi literalmente no había nada que no hiciera por mí, y finalmente cedió a mi

Durante ese mes de espera, hice muchos bocetos de este maravilloso vecindario y conocí a esta pequeña doncella caribeña, pintándola de tres o cuatro maneras diferentes. La niña se encariñó mucho conmigo, y yo con ella, y siempre estábamos juntas durante el día.

A medida que se acercaba la hora del sacrificio, noté que la pequeña se llenaba de alegría, y había un nuevo destello en sus ojos, una especie de orgullo extasiado. No le pregunté nada sobre este cambio, atribuyéndolo al orgullo infantil de ser pintada por el «príncipe blanco», como insistía en llamarme.

No necesito molestarte, querido amigo, con detalles innecesarios sobre cómo y a dónde me llevó el anciano sacerdote en aquella noche memorable, que era tan negra como el Érebo, pero vayamos al punto donde comienza el verdadero interés.

Era medianoche cuando por fin me introdujeron a escondidas en esa misteriosa cueva, que, si solo una décima parte de lo que se dice es verdad a medias, ha sido condenada por algunos de los hechos más atroces jamás perpetrados. Mi sacerdote-guía me hizo jurar, antes de partir, que, viera lo que viera, no haría señal alguna ni emitiría sonido alguno, advirtiéndome que, si lo hacía y nos descubrían, ambos seríamos asesinados allí mismo.

Apenas nos habíamos escondido, el centro de la cueva se iluminó con una llama de colores que ardía en un brasero plano de latón y parecía los fuegos de colores que se usan en los efectos de pantomima en los teatros ingleses. Bajo esta maravillosa luz, vi a más de 150 caribes, hombres y mujeres, entrar en la cueva en silencio y ocupar sus posiciones en filas ordenadas por todo el lugar. Cuando todos se reunieron, se tocó una nota aguda en la carimba, un curioso instrumento de una sola cuerda, y los círculos de salvajes silenciosos se agacharon sobre sus talones. Entonces comenzó la música más extraña de todas las extrañas, compuesta por un tambor, una flauta y la carimba.

Pero toda mi atención se centró en el grupo en el centro de la habitación: el brasero había sido movido a un lado, y vi una estatua espantosa, en cuclillas sobre la mesa maciza, toscamente construida, con las manos talladas agarrando un cuenco que descansaba sobre las rodillas de piedra de la imagen. La cabeza del espantoso dios estaba rodeada por una banda muy curiosa que, desde donde yo estaba, parecía un bordado de cuentas, hierba y plumas. El rostro —mejillas y frente— estaba marcado con pintura negra, verde y roja, los colores simbólicos de la maravillosa raza que una vez llenó toda Centroamérica.

Ante este extraño altar se encontraban tres sacerdotes muy ancianos, mientras que siete mujeres (*sukias*), tan canosas como los hombres, permanecían a intervalos regulares alrededor del altar. Una de estas horribles brujas sostenía una paloma en la mano; otra sostenía a un cabrito entre sus fuertes pies morenos; una tercera sostenía el cuchillo de sacrificio, un objeto de aspecto asesino, hecho de cristal volcánico, de hoja corta y con un peculiar filo dentado; otra de estas brujas agarraba por el cuello una serpiente: una *tamagás* de aspecto espeluznante, una serpiente tan mortal como una serpiente de cascabel.

Frente al hombre del centro de los tres sacerdotes ancianos se encontraba una niña, de unos diez años, completamente desnuda. Durante los primeros instantes, el humo vaporoso que emanaba de la hoguera en el suelo de la cueva ocultaba los rasgos de la niña, aunque pude apreciar su hermosa figura. Entonces, mientras la corona de humo ascendía, me sobresalté al ver que la niña era mi amiguita.

“En mi asombro estuve a punto de lanzar una exclamación, pero mi viejo sacerdote-guía me observaba y me detenía.

“La hermosa cabeza de mi pequeña estaba coronada de jazmines y una guirnalda de flores de *madre de cacao* de color púrpura colgaba sobre sus hermosos hombros.

De repente, como las notas apenas audibles del comienzo de una pieza orquestal, la voz de uno de los sacerdotes comenzó a cambiar; a su vez, los otros dos sacerdotes siguieron la melodía; luego, cada una de las siete brujas, a su turno, y luego cada una del primer círculo de adoradores en cuclillas, seguida por cada mujer de la segunda fila: y en este orden prosiguió el canto, hasta que, extraño y bajo, todas las voces se unieron.

De repente, las voces cesaron, y la voz de una sola mujer se elevó en el silencio; y siguiendo el sonido de la voz, vi que era la madre de mi pequeña amiga nativa. No la había visto antes; estaba en cuclillas, escondida. Su canto no era el de las demás, sino un gemido extraño y triste. Duró aproximadamente un minuto y medio; luego, poniéndose de pie, empujó suavemente a la niña hacia el altar y se tumbó boca abajo en el suelo de la cueva.

La pequeña se apoyó en el borde del altar y, con unas diminutas tenazas de metal brillante, tomó un pequeño fuego del borde posterior del cuenco que estaba sobre las rodillas del dios y encendió otro fuego en el borde delantero. Su rostro, repentinamente iluminado, se llenó de un orgullo radiante.

Entonces, a una señal del sumo sacerdote, la niña levantó las manos y las extendió sobre el altar. Cuando los otros dos sacerdotes las agarraron, el hermoso cuerpecito fue arrastrado lenta y suavemente hasta que su suave pecho casi tocó el fuego del sacrificio; ella misma se había encendido.

Entonces vi a la mujer que sostenía el cuchillo entregárselo repentinamente al sumo sacerdote, e hice un movimiento inconsciente para saltar hacia adelante.

Mi guía me sujetó y me susurró su advertencia al oído; sin embargo, aunque debía ser asesinada, sentí que no me atrevía a ver arrebatada esa dulce joven vida.

Como un hombre que sufre una pesadilla, que quiere moverse, pero no puede, me quedé paralizado, fascinado, un instante más. Pero en ese instante fugaz, el sumo sacerdote había barrido con la velocidad del rayo el filo de aquel horrible cuchillo dos veces sobre el pecho de la pequeña, y ella se irguió sonriendo hacia arriba como hipnotizada.

El sacerdote recogió unas gotas de la sangre de la niña y las vertió en el cuenco del dios; entonces vi a la pequeña caer en los brazos de su madre; hubo un segundo destello repentino de aquel horrible cuchillo, un grito lastimero y estridente, y lancé un grito, pero no pude expresarlo con voz, pues el guía que me observaba a mi lado me tapó la boca con una mano, mientras con la otra me impedía salir volando hacia el círculo de demonios, susurrándome al oído mientras me retenía.

"Es la cabra la que se mata, no la niña."

Tras otra mirada, vi que así era; un destello de la hoja de obsidiana del sacrificio en la garganta del cabrito había sido suficiente, y ahora la sangre se vertía en el cuenco del dios.

No necesito detallar las demás horribles ceremonias; duraron casi dos horas más, terminando con una danza frenética y desenfrenada, en la que participaron todos excepto los sacerdotes, la madre y el niño.

Todos los bailarines, hombres y mujeres, se despojaron de todos sus harapos y giraron, saltaron y se retorcieron en su perfecta desnudez, hasta que, completamente exhaustos, uno tras otro se desplomó en el suelo.

Luego, lentamente, se recompusieron, se vistieron de nuevo y salieron de la cueva. Entonces se encendieron unas grandes antorchas de pino, y mi guía me apartó un poco más para que el creciente resplandor no revelara nuestra presencia, y vi el curioso final de esta extraña noche de trabajo. Los sacerdotes y sus siete suyas abrieron un hoyo en el suelo de la cueva moviendo una gran losa de piedra y bajaron el ídolo al hoyo. Los restos del

cabrito, el cuchillo del sacrificio y la paloma fueron arrojados al cuenco de sangre que reposaba sobre las rodillas del ídolo. Luego, la *sukia* que había contenido a la serpiente tamagás durante todas esas horribles horas nocturnas, dejó caer la criatura retorcida en el cuenco, y la losa fue bajada rápidamente sobre el pozo, llenando cuidadosamente cada juntura alrededor de la losa y ocultándolo todo esparciendo polvo suelto y las cenizas del fuego sobre el lugar.

Entonces, tan pronto como el último de los artistas hubo despejado la cueva, seguí a mi guía y, con la cabeza palpitante y una extraña sensación de malestar, fui a la casa donde me alojaba.

Me acosté en mi cama, pero no pude dormir; Y tan pronto como me atreví, fui a casa de mi pequeña Martarae (Martarae era su nombre nativo). Su madre me recibió y me dijo que la niña no saldría al sol hoy, que podría verla un momento si quería, pero que no se encontraba muy bien.

¡Dulce alma! La encontré acostada en su camita, con una luz de orgullo en los ojos y el rostro muy sonrosado.

Dos semanas después, las leves heridas habían sanado. Me mostró su pecho, me contó la historia y me preguntó si no creía que tuviera mucho de qué enorgullecerse.

¿Guardarás un secreto?, le pregunté. Me lo prometió, y le conté cómo lo había visto todo y todos mis temores por ella.

Una semana después, quedó huérfana. Su madre fue picada por un escorpión mortal y murió en una hora, y puse a la niña a mi cuidado.

Ha viajado conmigo a todas partes desde entonces, y ya ves lo hermosa y dulce que es, y lo bien que habla nuestro inglés. Apenas tiene 12 años, tiene un don natural y es la luz de mi vida..

"¿Crees que me dejaría ver su pecho, Ralph?", preguntó Hammond.

Bastin sonrió y le dirigió unas palabras a la niña. Ella, poniéndose de pie y devolviéndole la sonrisa, se desabrochó el broche del cuello y, echándose hacia atrás el peto, mostró las brillantes cicatrices. Luego, al recobrar el pecho, dijo en voz baja:

"Ralph me ha enseñado que esos dioses eran malvados; pero, aunque siempre llevaré esta cruz en mi pecho, siempre amaré a Cristo que murió en la gran cruz del mundo, en el Calvario".

"Es una historia maravillosa, Ralph", dijo, apartando la vista de la mirada clara e inquisitiva de la niña.

"Más maravillosa porque es absolutamente cierta", respondió Bastin.

Lo que a menudo me había preguntado sobre esta historia fue confirmado posteriormente por un anciano estadounidense de Walla Walla, Washington. Lo encontré en una de estas aldeas caribes mientras repartía los evangelios de puerta en puerta. Me contó un poco de su vida, de cómo llegó allí y de cómo había vivido durante muchos años entre esta querida gente. Se ganaba la vida en sus aldeas vendiéndoles artículos de primera necesidad: ropa, telas para hacer vestidos, camisas, cinturones y cosas por el estilo. También vendía sal, azúcar y otras cosas que les gustaba conseguir, y con eso se ganaba bien la vida. Aquel pobre hombre, sin embargo, no tenía ningún interés en las cosas eternas. Pero gracias a Dios, encontré mucho interés entre aquellos queridos caribes, y algunos se salvaron por la gracia de Dios. El trabajo entre los caribes nos pareció impredecible, pero muy, muy interesante.

Después de que comenzara la asamblea en Aguán, viajé más lejos, a las lejanas aldeas caribes. Para llegar a ellos, descubrimos que podíamos tomar el tren parte del trayecto y luego caminar, o a veces era posible tomar una canoa donde había un canal. En ocasiones, en estos viajes, encontramos mucho interés en las cosas espirituales y otras veces, no tanto.

Por ejemplo, al llegar a un pequeño pueblo indígena llamado Battalia, había un joven que decía ser salvo. Se llamaba Don Vicente; en ese pueblo solía acompañarnos y echarnos una mano. Nos pareció muy útil y servicial. Al visitar esos pueblos, no sirve de nada llegar por la mañana.

Encontrarás el pueblo desierto. Los hombres se han ido a pescar y las mujeres se han adentrado más en el interior, a sembrar y cuidar sus casabas. Así que, si llegas por la mañana, tienes que atravesar ese pueblo y seguir caminando hasta llegar a un pueblo por la tarde, donde puedes empezar a trabajar.

Cuando llegué a Battalia esta mañana, Vicente estaba listo y me acompañó. Al llegar al siguiente pueblo, entramos en una casa en la que ya habíamos entrado antes. Queríamos tomar algo y luego ir a otro pueblo más adelante, donde la gente ya había regresado del trabajo. En esta ocasión, sin embargo, Vicente y la señora de la casa parecían tener una charla muy animada. La señora de la casa estaba un poco emocionada. Claro, ya saben, hablan su propio idioma, además del español. Así que le hablaba a Vicente en su propio idioma. Finalmente, le pregunté a Vicente: "¿Pasa algo?". Me dijo: "Sí, el cura estuvo aquí la semana pasada y dio órdenes de que nadie nos ayudara en nada. No nos dieran comida, agua ni ayuda para llegar al siguiente pueblo". "Bueno", dije. "De todas formas, ya es hora de irnos. Así que, vámonos". Salimos por la puerta y dimos la vuelta para buscar un sendero justo cuando llegó el hombre de la casa. "¡Oh, Don Juan!", dijo. "Pensé que no volverías. ¿Qué te retrasó? ¿Por qué tardaste tanto? Pasa." "Bueno", dijo Vicente, "perdón, pero ¿cómo podemos pasar? ¿Nos acaban de echar?". Entonces Vicente le explicó lo sucedido: "Pasa", dijo. "Soy el jefe de mi casa, el sacerdote no tiene nada que decir aquí. Viene cuando las mujeres están solas y puede hacer lo que quiera con ellas. Pasa." Así que entramos. Estaba muy ansioso por saber, como casi todos, cuánto cobrábamos por bautizar a un niño. Era su principal preocupación, ya que

realmente no tenían dinero para pagar algo así. Eso me dio, por supuesto, la oportunidad de explicarle algo sobre el bautismo.

Así que lo llevé a las Escrituras. ¿Y sabes qué? Estaba tan absorto en su conversación que cuando finalmente levanté la vista, conté seis hombres sentados de pie junto a la pared de la habitación. Al poco rato entraron más, y eso me animó a seguir hablando. Hablé durante más de tres horas sin parar. Me escucharon mientras les explicaba sobre el bautismo: qué era, para quién era y, por supuesto, enfatizando que quienes reciben de gracia, también dan de gracia. Fue una tarde muy emocionante, ya que nos quedamos allí tanto tiempo que, de hecho, nos costó mucho salir de ese pueblo.

En otra aldea, los caribes habían recibido las mismas órdenes de un sacerdote. Intentamos que algunos escucharan el mensaje, pero nos dijeron que no podíamos estar allí. Finalmente, dije: «¿Qué tal si nos quedamos fuera de la casa? ¿Qué tal?». «Oh, no hay problema. El sacerdote no había mencionado nada sobre el exterior de la casa. Solo sobre el interior». «Muy bien». Les dije a los queridos presentes que cuando se pusiera el sol (porque allí no había relojes), estaría afuera, en un lugar determinado, para explicarles muchas cosas. «¿Vendrán?», les dije. Cuando el sol empezó a ponerse, vinieron de todas partes. Algunos llevaban taburetes de tres patas; otros, sillas; y otros, cajas para sentarse. Y allí tuvimos una gran reunión. El Señor usó su palabra en muchas de esas aldeas caribes. Le damos gracias al Señor por eso. Ese fue el objetivo principal de nuestra presencia allí, por supuesto. Habríamos estado muy contentos de quedarnos en esa parte del país y continuar con ese trabajo, pero no fue así. Una mañana, en Tela, estábamos sentados, disfrutando de nuestro desayuno sobre las siete. Allá en el trópico, todos madrugarán. Los gallos empiezan a cantar y las muchachas llegan gritando, vendiendo naranjas, N-a-r-a-n-j-a-s, o cocos, C-o-c-o-s. Y, claro, con todo ese ruido y el calor, es más cómodo levantarse. Uno se despierta con los demás, es más cómodo levantarse de la cama.

Todo abre a las ocho de la mañana, y todos intentan terminar sus asuntos antes de que llegue el calor del día. Así que, mientras disfrutábamos del desayuno, ocurrió algo inusual. Don Vicente nos abrió la puerta. Él era quien había viajado con nosotros a varias aldeas caribes a lo largo de los años. En Tela, y a ambos lados de Tela, había dos o tres aldeas caribes. Vicente había estado celebrando reuniones bíblicas en esas aldeas. Ahora parecía muy entusiasmado. El color natural de la piel de esa gente es un poco moreno, moreno oscuro. Algunos son más oscuros que otros. Sin embargo, esa mañana el rostro de Vicente tenía un color verde enfermizo, el pobre. Era fácil ver que algo inusual había sucedido. "¿Qué te pasa, Vicente?", dije. "Ay, Don Juan, ¡qué noche!". Al terminar la reunión, se fue a dormir a su alojamiento. A eso de las dos de la mañana, llegaron los soldados y se llevaron a todos los hombres a la playa. Los formaron allí, y los soldados tenían sus fusiles. El jefe dio las órdenes, y ¡zas!, ¡al suelo cayó el primer caribe!

Esa orden se repitió dos o tres veces y otros cayeron. Se acercaban mucho a Vicente, pero había uno de los gobernantes, una mezcla de sangre española e indígena, aproximadamente sexto en la jerarquía, y antes de Don Vicente. El gobierno en el poder era el partido Azul, y el partido de la oposición era el Rojo, pero todos eran miembros de esa mezcla de raza española e indígena. Los partidos Rojo y Azul estaban en constante lucha. Los Rojos querían recuperar el poder, y parece que sus soldados habían estado fuera del país y regresaron en pequeñas embarcaciones cerca de este pueblo. Había un río allí, y pudieron navegarlo; habían llegado muy adentro del país antes de que el gobierno Azul se enterara de lo que estaba sucediendo. Finalmente capturaron a los soldados Rojos, pero culparon a la gente de este pueblo caribe por ayudarlos a entrar. "¿Dónde estaban?", dijeron. "¿Por qué no los vieron y notificaron al gobierno?" La idea del Partido Azul era disparar y matar a algunos caribes para atemorizar al Partido Rojo y obligarlos a confesar lo sucedido. Cuando los soldados

azules se acercaron a uno de estos miembros del Partido Rojo, dieron la orden de dejar de disparar. Llamaron a este hombre a un lado, lo que causó cierta confusión, naturalmente, y Vicente y algunos otros aprovecharon la oportunidad para dar media vuelta y huir. Vicente no se detuvo hasta llegar a nuestra casa; ese es a menudo el alcance de los derechos humanos allí; ese conflicto cultural preocupa a la gente hasta el día de hoy. Quizás algún día se arreglen las cosas. Es difícil de entender para los estadounidenses. Sin embargo, con gusto habríamos entregado toda nuestra vida a esos queridos caribes mientras estuvimos en Trujillo, pero las circunstancias no nos permitieron quedarnos. El negocio bananero había sufrido un fracaso colosal. Una enfermedad se coló y destruyó los cultivos, por lo que las empresas no pudieron continuar. Las plantaciones bananeras en esa parte del país cerraron por completo. Eso significó que... Todos los cristianos, y casi todos los hombres que vivían en los alrededores de Trujillo, tuvieron que buscar trabajo en otro lugar. No había tren. Incluso levantaron las vías. No había comunicación ni transporte; en aquel entonces, apenas estaban poniendo en marcha las aerolíneas, pero eran muy caras, lo que impedía que alguien como un misionero las usara con frecuencia. Así que todos se fueron de Trujillo. Conté 60 creyentes que habían formado parte de nuestras vidas mientras estuvimos allí, y todos se habían ido a otros lugares. Y debido a este éxodo, había una gran necesidad en otra parte del país. Después de mudarnos a Tela, volvimos a tener transporte para llevarnos a cualquier parte, pero si nos hubiéramos quedado en Trujillo, nos habríamos quedado confinados. Teníamos que caminar a cualquier parte. Caminar también es maravilloso, pero cuando se trata de recorrer 96 kilómetros seguidos, es diferente. Así que nos mudamos a la costa norte, a Tela. Después tuvimos mucho trabajo en Tela y sus alrededores. Hasta entonces, había muy pocos otros lugares. Misioneros que habían venido a ayudar, pero por esa época llegaron más. Ahora contábamos con la ayuda

de James Scollon y su esposa, de Detroit. Y, por supuesto, los propios cristianos caribes siguieron adelante con gran éxito.

Esa orden se repitió dos o tres veces y otros cayeron. Se acercaban mucho a Vicente, pero había uno de los gobernantes, una mezcla de sangre española e indígena, aproximadamente sexto en la jerarquía, y antes de Don Vicente.

El gobierno en el poder era el partido Azul, y el partido de la oposición era el Rojo, pero todos eran miembros de esa mezcla de raza española e indígena. Los partidos Rojo y Azul estaban en constante lucha. Los Rojos querían recuperar el poder, y parece que sus soldados habían estado fuera del país y regresaron en pequeñas embarcaciones cerca de este pueblo. Había un río allí, y pudieron navegarlo; habían llegado muy adentro del país antes de que el gobierno Azul se enterara de lo que estaba sucediendo. Finalmente capturaron a los soldados Rojos, pero culparon a la gente de este pueblo caribe por ayudarlos a entrar. "¿Dónde estaban?", dijeron. "¿Por qué no los vieron y notificaron al gobierno?" La idea del Partido Azul era disparar y matar a algunos caribes para atemorizar al Partido Rojo y obligarlos a confesar lo sucedido. Cuando los soldados azules se acercaron a uno de estos miembros del Partido Rojo, dieron la orden de dejar de disparar. Llamaron a este hombre a un lado, lo que causó cierta confusión, naturalmente, y Vicente y algunos otros aprovecharon la oportunidad para dar media vuelta y huir.

Vicente no se detuvo hasta llegar a nuestra casa; ese es a menudo el alcance de los derechos humanos allí; ese conflicto cultural preocupa a la gente hasta el día de hoy. Quizás algún día se arreglen las cosas. Es difícil de entender para los estadounidenses. Sin embargo, con gusto habríamos entregado toda nuestra vida a esos queridos caribes mientras estuvimos en Trujillo, pero las circunstancias no nos permitieron quedarnos. El negocio bananero había sufrido un fracaso colosal. Una enfermedad se coló y

destruyó los cultivos, por lo que las empresas no pudieron continuar. Las plantaciones bananeras en esa parte del país cerraron por completo. Eso significó que... Todos los cristianos, y casi todos los hombres que vivían en los alrededores de Trujillo, tuvieron que buscar trabajo en otro lugar. No había tren. Incluso levantaron las vías. No había comunicación ni transporte; en aquel entonces, apenas estaban poniendo en marcha las aerolíneas, pero eran muy caras, lo que impedía que alguien como un misionero las usara con frecuencia. Así que todos se fueron de Trujillo. Conté 60 creyentes que habían formado parte de nuestras vidas mientras estuvimos allí, y todos se habían ido a otros lugares.

Y debido a este éxodo, había una gran necesidad en otra parte del país. Después de mudarnos a Tela, volvimos a tener transporte para llevarnos a cualquier parte, pero si nos hubiéramos quedado en Trujillo, nos habríamos quedado confinados. Teníamos que caminar a cualquier parte. Caminar también es maravilloso, pero cuando se trata de recorrer 96 kilómetros seguidos, es diferente. Así que nos mudamos a la costa norte, a Tela. Después tuvimos mucho trabajo en Tela y sus alrededores. Hasta entonces, había muy pocos otros lugares. Misioneros que habían venido a ayudar, pero por esa época llegaron más. Ahora contábamos con la ayuda de James Scollon y su esposa, de Detroit. Y, por supuesto, los propios cristianos caribes siguieron adelante con gran éxito.

CAPÍTULO 35: *Cuatro domingos en Tela y sus alrededores*

Notas sobre la asistencia a los servicios cerca de Tela:

Desde mi regreso, me he propuesto visitar algunas de las asambleas rurales más nuevas el Domingo del Señor. Me ha parecido una buena idea, ya que muchos creyentes que trabajan en las fincas bananeras, etc., o debido a la distancia, solo pueden asistir a las reuniones los domingos. Generalmente me quedo en Tela un domingo al mes y luego visito diferentes asambleas los otros tres domingos.

El siguiente es un relato del trabajo del último mes en los días del Señor:

El primer domingo de noviembre visité la pequeña asamblea de Las Palmas. Esta no es una asamblea nueva, sino que tiene muchos años de existencia. No ha crecido mucho, quizás debido a su ubicación y escasa población, pero nos alegra ver a los pocos creyentes perseverar fielmente en la fe. Este lugar está a solo tres cuartos de hora en bicicleta y luego otros tres cuartos de hora a pie desde Tela. Durante la temporada de lluvias es imposible usar la bicicleta, ya que la carretera está inundada en algunas partes. La fiesta conmemorativa comenzó al mediodía con diez creyentes reunidos alrededor de la mesa. A esto le siguió una reunión ministerial donde buscamos animar a estos queridos creyentes a perseverar en la fe. Después de una breve visita, partí de nuevo hacia Tela y asistí a la reunión evangélica allí por la noche.

El segundo domingo, el despertador sonó a las 4 a. m. Esto me dio tiempo para prepararme, tomar un café y caminar hasta la estación para tomar el tren que salía a las 5 a. m. Llegué a Uluita, un pequeño asentamiento rural, a las 6:30 a. m. La reunión del partimiento del pan comenzó a las 9 a. m.,

cuando 25 creyentes se reunieron para recordar al Señor. Se cantaron cuatro himnos, ocho hermanos dirigieron la oración y un hermano leyó las Escrituras. Fue un tiempo precioso. A la 1 en punto hubo una reunión de ministerio, y algunos creyentes de la asamblea de Agua Blanca habían caminado las cuatro millas desde allí para estar en esta reunión. El salón estaba lleno. Este salón fue construido por los propios hermanos y tiene un techo de paja, paredes de tablas toscas aserradas a mano y traviesas de ferrocarril que la compañía frutera había desechado como piso. Se hicieron y respondieron muchas preguntas entre las reuniones y a las 4:30 p. m. Cuando el tren que nos había llevado allí por la mañana regresó a Tela a las 6:30 p. m., justo a tiempo para la reunión evangélica.

El tercer domingo, no necesité el despertador, ya que me quedé en Tela. La fracción del pan es a las 9 a. m., y ese domingo en particular, cuarenta personas se reunieron para recordar al Señor, y casi la misma cantidad se sentó. Es sorprendente la cantidad de gente que entró al salón de Tela para ver cómo recordamos al Señor. Inmediatamente después de la fracción del pan, tenemos la escuela dominical. Estaba abierta los domingos porque yo estaba en casa. Los demás domingos, la escuela se divide en clases. Hemos visto que la escuela dominical está aumentando en número desde nuestro regreso. Por la tarde, se realizaban las visitas y el trabajo en la prisión y el hospital, la clase bíblica para mujeres a las 5:30 p. m. y las reuniones evangélicas a las 7 p. m. Un hermano nativo siempre comparte esta reunión, y algunos de ellos dan un mensaje muy bueno.

El cuarto domingo, el despertador no olvidó sonar a las 4:00 a. m. y a las 5:00 a. m. ya estaba en el tren camino a Bataan, una gran plantación de cáñamo donde hay una excelente asamblea nueva. Viajé en este tren hasta las 9:30 a. m. y luego hice transbordo a un ramal. Nuestro vagón en esta línea era un viejo vagón de ganado con asientos duros a ambos lados y uno que subía por el centro. Un viaje de una hora nos llevó de regreso a Bataan. La reunión matutina (servicio de comunión) comenzó a las 11:00 a. m. y

16 personas se reunieron para recordar al Señor, mientras que tres creyentes que aún no están en comunión se quedaron sentados. Inmediatamente después de la reunión matutina, hubo una reunión ministerial, y tuvimos el privilegio de hablar sobre la Santa Cena. No tuve mucha oportunidad de conversar con los cristianos en este lugar, ya que [debía] que Lo regresara al vagón de ganado a la 1:30 p. m. para poder tomar la línea principal y regresar a Tela para la reunión evangélica. De noche. Cuando salí, algunos hermanos estaban ocupados con la escuela dominical y otros planeaban ir con folletos a otra granja a pocos kilómetros.

Llegamos a la vía principal y vimos que el tren se retrasaba, algo habitual. Al subir al tren, oí voces furiosas en una acalorada discusión. De repente, uno de estos hombres sacó su revólver y se dispuso a resolver la discusión con él. Esta fue la señal para que la mayoría de los pasajeros saltaran de sus asientos y corrieran al siguiente vagón. Alguien debió convencerlo de que volviera a guardar la pistola en el bolsillo, ya que todo quedó en silencio. Aproximadamente media hora después, sonaron tres disparos de un revólver a solo dos asientos delante de mí, lo que provocó que algunos de los pasajeros más nerviosos volvieran a sobresaltarse, pero pronto se calmaron cuando alguien gritó que solo le disparaban a un mono en uno de los árboles al pasar el tren. Más tarde, por la noche, se oyeron dos disparos más detrás de mí, y de nuevo algunos pasajeros se sobresaltaron, pero solo era alguien que probaba su pistola por la ventana. A las 6:30 p. m. estábamos en Tela y, después de un rápido baño y un café, asistimos a la reunión evangélica en Tela, donde se había reunido una gran multitud.

Espero este mes ir a Kilómetro Siete, Agua Blanca y San Juan para las reuniones dominicales y, con la ayuda del Señor, espero poder ir más durante los próximos años para visitar diferentes lugares.

John Ruddock
Tela, República de Honduras

Centroamérica

2 de diciembre de 1947

CAPÍTULO 36: *Dos cartas desde la Costa de los Mosquitos*

Hace unos 30 años, el hermano Alfredo Hockings, de Devonshire, fue guiado por el Señor a establecerse en la ciudad de San Pedro Sula, República de Honduras, con el propósito de servir al Señor en el evangelio. Durante varios años había trabajado como colportor en Centroamérica y las repúblicas del norte de Sudamérica, pero la necesidad del evangelio en Honduras lo impresionó tanto que decidió dejar su trabajo como colportor y dedicar su tiempo a la obra del Señor en este país. Se salvaron almas en San Pedro Sula y se formó una asamblea allí. La obra del evangelio se llevó a cabo en los pueblos de los alrededores, en muchas de las plantaciones bananeras y en algunos lugares de la costa norte.

En 1931, mi esposa y yo tuvimos el privilegio de reunirnos con el hermano Hockings y su esposa. Pasamos casi un año con ellos en San Pedro Sula y luego nos fuimos a vivir a Trujillo, un puerto en la costa norte. Fue en este lugar donde desembarcó Cristóbal Colón a finales del siglo XV. Aún se pueden ver algunas de las antiguas ruinas españolas, y los antiguos cañones ocupan un lugar de honor.

Comenzamos a trabajar en este bastión católico romano distribuyendo folletos de puerta en puerta, luego los evangelios y, donde vimos interés, un Nuevo Testamento. Fue un trabajo arduo y al principio no hubo mucho interés, pero con el tiempo se formó una asamblea a medida que uno tras otro se salvaba. A diez minutos caminando cuesta abajo desde este pueblo hay una aldea caribe. Comenzamos a trabajar en esta aldea de la misma manera que en Trujillo y también celebrábamos una reunión al aire libre en la playa cada Domingo. Durante un tiempo, mi esposa y yo éramos los únicos en la reunión al aire libre, y nuestra principal labor era enseñar coros

a los niños. Después de más de tres años y medio de esto, un caribe vino a vernos una mañana para decirnos que había aceptado al Señor Jesús como su Salvador. Ese fue un día de regocijo. Varios otros indígenas caribes confesaron haber sido salvados, y la obra se extendió luego por la costa hasta la aldea caribe de Aguan. Varios se salvaron allí y se formó una pequeña asamblea, que continúa prosperando hasta el día de hoy.

Trujillo dependía para su existencia del trabajo en las plantaciones bananeras que rodeaban el distrito, y así, cuando en 1939-40 las enfermedades atacaron las bananeras, las plantaciones se convirtieron en un fracaso. Las compañías frutícolas comenzaron a trasladar a miles de personas a otras partes del país y Trujillo perdió a la mayor parte de sus habitantes. Muchos cristianos también se mudaron, y nos encontramos casi donde habíamos empezado.

Lo que al principio parecía una calamidad, después se convirtió en una bendición, pues dondequiera que iban los creyentes, testificaban de Cristo y en muchos lugares celebraban reuniones evangélicas, y así la Palabra se difundió.

El hermano James Scollon y su esposa se unieron a nosotros en 1938 y se establecieron en el puerto de La Ceiba, donde realizan una excelente obra para el Señor.

El transporte desde Trujillo a tantos lugares se convirtió en un problema para nosotros cuando se levantó el ferrocarril, y nuestro único medio de transporte era mediante un servicio de barco irregular o un avión ocasional. Nos sentimos muy preocupados por esto y, tras mucha oración, nos sentimos impulsados a establecernos en Tela, donde había una pequeña asamblea y los cristianos habían estado pidiendo ayuda.

Tela sería un pueblo desconocido e insignificante si no fuera por ser uno de los principales puertos de exportación de banano. Cada año, miles y

miles de racimos de esta deliciosa fruta se embarcan desde este puerto. Mientras vivíamos en Trujillo, visitábamos Tela con frecuencia, al igual que el hermano Hockings. Los cristianos habían construido un pequeño salón (iglesia); el arquitecto y constructor era un querido hermano mayor que no sabía leer ni escribir, y que, antes de su conversión, había sido un gran político y participaba a menudo en actividades revolucionarias. Este salón ha sido ampliado dos veces en los últimos seis años.

Un ferrocarril corre desde Tela a través de las plantaciones bananeras por muchos kilómetros, y a lo largo de esta vía se encuentran hombres y mujeres que han sido salvos y ahora tienen 18 años para Dios. También hay algunas asambleas a lo largo de esta línea. Algunos de estos cristianos eran personajes notables antes de que Dios los encontrara y los salvara. Un hombre solía andar con un revólver en cada cadera y, cuando estaba bajo los efectos del alcohol, era alguien a quien había que evitar. Otro, que ahora es muy activo en el evangelio, tuvo que ser atado con cuerdas por estar borracho, y justo después de uno de estos ataques, un siervo del Señor, que creía en la siembra junto a todas las aguas, le habló de su alma. Poco después, fue salvado maravillosamente.

Las conferencias se celebran en diferentes lugares durante el año, y siempre hay muy buena asistencia durante los tres o cuatro días que duran. Estas conferencias son momentos de verdadera ayuda para los creyentes y un testimonio en los lugares donde se celebran. Recuerdo que después de una de las conferencias en La Ceiba, cuando más de 300 personas se habían reunido durante los cuatro días de reuniones, una persona no salva se preguntaba cómo tanta gente podía estar junta durante tantos días sin pelearse. Esta fue la oportunidad para que uno de los hermanos le contara cómo Dios había salvado sus almas y los había hecho a todos uno en Cristo.

En cartas recientes del hermano Hockings, que nos contaba sobre las actividades en los diferentes lugares, nos enteramos de que 32 creyentes se

han bautizado desde que partimos a principios de año. Esto ha sido una alegría para nosotros y damos gracias al Señor por ello. También hemos tenido decepciones, y muchas veces nos hemos inclinado con tristeza ante el Señor al ver a algunos que antes eran brillantes alejarse. Creemos que los cristianos necesitan más ayuda de la que tienen, debido al limitado número de obreros.

En Honduras, hay un oído atento para el evangelio y los folletos, por lo general, son bien recibidos. Al viajar en tren, la gente suele acercarse a nosotros para pedirnos folletos. Muchos que no entran a los pasillos para escuchar el evangelio por miedo a ser vistos, se quedan afuera durante toda la reunión escuchando lo que se dice.

Los siguientes son extractos de una carta que recibí recientemente de la Sra. Scollon, quien nos cuenta sobre un viaje que ella y su esposo hicieron a Trujillo y a la aldea caribe de Aguán.

“Tuvimos un buen viaje a Trujillo, aunque corto como siempre. Las reuniones fueron muy buenas. Las celebramos en una habitación de la casa de los Hode, justo enfrente de la prisión. Como los guardias querían asistir, trajeron a sus prisioneros. También vinieron algunos soldados y otras personas del pueblo. Doña Florinda no sabe qué hacer últimamente con su escuela dominical. Al principio era para los niños, luego empezaron a venir algunas mujeres y ahora vienen algunos hombres, que recitan sus versos con los niños.

Uno es guardia de la prisión y dice que se ha salvado.

Fuimos a la aldea caribe de Aguán y tuvimos un viaje encantador. Lydia Clotter se bautizó, al igual que su hermana, quien debía bautizarse el año pasado, pero lo pospuso porque su esposo amenazó con abandonarla. Una noche, a medianoche, la echó de casa sin ropa y la golpeó mucho, pero ella dice que incluso si la golpea, quería bautizarse.

El primer extracto muestra la necesidad de más obreros. Doña Florinda ha continuado la escuela dominical en Río Cristales y Trujillo desde que nos fuimos de allí a Tela. Debido a la cojera, no pudo ir a Río Cristales a la escuela dominical, así que resolvió el problema invitando a los niños a su casa. Dios está usando a esta hermana de una manera maravillosa para difundir el evangelio. Siete personas de su propia casa han sido salvadas en los últimos seis o siete años.

En la última carta del hermano Scollon, recalcó la necesidad de más obreros en Honduras y preguntó si alguno de los jóvenes parecía interesado. Oramos, y pedimos al pueblo del Señor que también ore al Señor de la mies para que envíe obreros a su cosecha. Oremos también para que el Señor ayude a quienes ya somos fieles en nuestro servicio a Él.

John Ruddock

Trujillo, República de Honduras,
Centroamérica

4 de noviembre de 1946

Epílogo:

Jesús mismo se acercó y fue con ellos. Lucas 24:15

¿VOLVERÍAS?

*Si hubieras estado en tierras extranjeras,
donde las almas afligidas extienden sus manos
para suplicar, pero nadie entiende;
¿Volverías? ¿Lo harías?
Si hubieras visto a las mujeres llevar
sus pesadas cargas sin nadie con quien compartir;
las hubieras oído llorar, sin que nadie se preocupara;
¿Volverías? ¿Lo harías?
Si las hubieras visto desesperadas,
golpeándose el pecho y halándose el pelo,
mientras poderes demoníacos llenaban el aire;
¿Volverías? ¿Lo harías?
Si hubieras caminado por la arena de Honduras,
con tu mano en la mano del Salvador
y supieras que Él te había llamado a esa tierra;
¿Volverías? ¿Lo harías?
Si hubieras visto morir al cristiano,
sin temor a la muerte,
los hubieras visto sonreír y despedirse,
¿Volverías? ¿Lo harías?
Sin embargo, siguen esperando, una multitud cansada,
han esperado, algunos tanto tiempo,
¿cuándo la desesperación se convertirá en canción?
¡Voy a volver! ¿Lo harías?*

AUTOR DESCONOCIDO

*Sí, volvería. Pero no, no puedo,
he vuelto y vuelto y vuelto.
Ahora he llegado a los ochenta,
mis piernas están quietas y doloridas, 100,
mis ojos están apagados, mi audición ha desaparecido,
más apto para el Cielo que para viajar ahora.
No, no puedo volver. ¿Puedes? ¿Puedes?*

JOHN RUDDOCK

Lo siguiente es de la revista irlandesa Harvest Fields (*Campos de cosecha*):

Llamado a casa:

El Sr. John Ruddock (anteriormente de Honduras) 21 de febrero de 1988 en California.

John Ruddock nació en Growell el 17 de diciembre de 1897. Fue salvo a los 21 años e inmediatamente se unió a Ernest Wilson para testificar de Cristo y predicar el evangelio cuando surgían las oportunidades. En 1921, toda la familia Ruddock se mudó a Los Ángeles y John se involucró en la obra entre los hispanohablantes. Se casó con Nettie Baird, originaria de Escocia, en 1926 y, poco después de su boda, fueron a Guatemala para ayudar en la obra del Señor. Seis años después, las asambleas de Los Ángeles los encomendaron a servir al Señor en Honduras, primero en San Pedro Sula, luego en Trujillo y luego en Tela, hasta su regreso a California en 1978.

Cuando John y Nettie Ruddock se unieron a la obra en Honduras, probablemente solo había una asamblea en todo el país. Las vías de comunicación eran limitadas. Los Ruddock viajaban en tren donde podían y subían las empinadas laderas de las montañas a pie o en mula. Sufrían frecuentes ataques de malaria. John Ruddock trabajó con todas sus fuerzas, predicó el evangelio, discipuló a los conversos, enseñó de casa en casa, construyó salones de reunión, vio cómo se formaban asambleas en lugares remotos y, aun así, encontró tiempo para viajar con otros hermanos a los países vecinos de Costa Rica y Nicaragua. Hoy en día, hay 160 asambleas en la República de Honduras. John y Nettie Ruddock son recordados con cariño y aprecio por miles de creyentes en toda la república.

No hay palabras para expresar adecuadamente lo que Dios permitió que John y Nettie Ruddock contribuyeran a la obra en Centroamérica durante 52 años de dedicado servicio.

Cuando, por necesidad, John y Nettie Ruddock se mudaron a la sede de las Asambleas del Oeste en California en marzo de 1978, no se estaban retirando de la obra del Señor. Comenzaron a recopilar textos bíblicos en español y a combinarlos con láminas a color de tamaño revista. Enviaban más de 500 al mes para distribuirlos como premios de la escuela dominical y para la obra entre adultos en Costa Rica, Guatemala, El Salvador y Honduras.

Recientemente, tras obtener un libro sobre la historia de la familia Ruddock, que incluía los nombres y direcciones de sus miembros en muchas partes del mundo, John Ruddock le escribió a cada uno contándoles sobre su lugar de nacimiento, infancia, inmigración, matrimonio y trabajo, y explicándoles claramente el camino de salvación de Dios. Al recibir respuestas, procuraba mantener el contacto; algunos eran creyentes, pero la mayoría no. Las palabras no son suficientes, los párrafos no son adecuados, un libro planeado no será adecuado; solo los registros del cielo contarán cuán trascendentales para Dios fue la vida del joven que cayó de rodillas en su lugar de trabajo en Irlanda en 1918 y clamó en voz alta: "Dios, sé propicio a mí, pecador". Puede que tenga contemporáneos, pero ¿dónde están sus sucesores?

Traducción por:
Pedro L. Márquez

Para más información visitar:



BUHHOS

Buscadores de Historia en Honduras

<https://buhhoshn.wixsite.com/buscadoreshn>





*Me preguntó si yo era
moravo, bautista,
metodista o adventista.*

*Al responderle que no,
me preguntó:*

¿Entonces qué eres?

**Soy lo que Biblia
dice que soy**



P8-CLJ-0